

LAS CRÓNICAS DE MALUS DARKBLADE III

DEVORADOR DE ALMAS

DAN ABNETT & MIKE LEE



WARHAMMER

Lectulandia

¡Poseído por el abominable demonio Tz'arkan, el elfo oscuro Malus Darkblade debe pasar por una peligrosa búsqueda a fin de recuperar cinco objetos antiguos de poder con los que conseguirá que le devuelvan su alma! Con dos objetos ya en su poder, Darkblade se da ahora a la tarea de encontrar la *Daga de Torxus*, un alma maldita que otorga a quien la posee un terrible poder. Con los señores de esclavos de Karond Kar pisándole los talones, Darkblade se dirige a las tierras de los túmulos, una antigua necrópolis donde descansan los príncipes elfos oscuros. Pero ¿qué tiene que temer un monstruo como Malus Darkblade?

Lectulandia

Dan Abnett, Mike Lee

Devorador de almas

Crónicas de Malus Darkblade 3

ePUB v1.0

Bercebus 17.11.11

más libros en lectulandia.com

1. El barco de los condenados

Los susurros arrancaron a Malus Darkblade del feliz olvido. Con un gruñido, abrió los ojos legañosos y buscó a tientas, en la oscuridad, la botella que había junto a él; hizo una mueca de disgusto al saborear por anticipado la acritud del vino. Y entonces se dio cuenta, con una sacudida, de que la voz baja e impaciente no estaba dentro de su cabeza, sino en algún lugar de la habitación contigua.

Malus se desembarazó de un salto de las sábanas enmarañadas e hizo caer con gran estrépito al suelo de madera las botellas vacías que había sobre aquel desastre de cama. La cabeza le daba vueltas, y durante unos instantes de náusea, el movimiento giró en contraposición al cabeceo y balanceo del barco. El vello de la nuca se le erizó ante un posible peligro, incluso mientras apretaba los dientes reprimiendo las ansias de vomitar. Malus pestañeó en la oscuridad del camarote del capitán, y de su boca escapó un gemido involuntario.

La voz volvió a susurrar, esa vez algo más alto y de manera más inteligible.

—Perdón por despertaros, mi señor...

Malus miró con los ojos entornados hacia el lugar del que provenía la voz. La silueta de un hombre se alzaba a los pies de la cama destartada, rodeada por el débil resplandor de una linterna de luz bruja que ardía en el pasillo al otro lado de la puerta abierta del camarote. El noble miró con frialdad la aparición, intentando centrar sus pensamientos confundidos por el vino.

—Por los dioses del inframundo, Hauclir —rechinó—. Si pudiera matarte con la mirada, ya serías un charco humeante en cubierta. ¿Tienes idea de la hora que es?

—Algo más tarde de medianoche, mi señor —dijo el criado—. Por eso estoy aquí. Ha vuelto a suceder.

Las palabras hicieron que el noble se levantara rápidamente, mientras un atroz juramento moría en sus finos labios. Inclínó la cabeza y exhaló un único suspiro sibilante, invocando la fría claridad de su ira. Cuando se levantó de la cama dando tumbos, su cabeza todavía estaba abotargada y la boca le sabía a estiércol, pero sus pensamientos eran fríos y claros.

El camarote del capitán del barco corsario *Saqueador* estaba en un estado lamentable y lleno de basura. Había pocos recursos. Después de la batalla que había librado en la isla de Morhaut hacía casi un mes, siempre había reparaciones más urgentes que hacer mientras la barcaza herida volvía a casa renqueando. Había trozos de lona de triple capa clavados a los marcos rotos de las ventanas a proa y a popa del camarote. Las puertas arrancadas de otros camarotes del barco tapaban agujeros en el mamparo de proa y en el techo, en las partes donde los proyectiles de las catapultas habían atravesado la madera de roble hechizada del barco. Uno de ellos había atravesado el camarote y había destrozado el cabecero de la cama de madera de

espino tallada antes de descansar sobre la pila de colchones de crin de caballo; el otro aún estaba medio incrustado en cubierta y entre la cama y la enorme mesa de mapas de la estancia. Había baúles, pilas de ropa, trozos de armadura y armas inservibles apilados entre trozos de madera astillada y loza rota. Malus, que todavía llevaba una ennegrecida cota de malla de buena calidad sobre el kheitan de cuero oscuro y el traje, tan sólo se detuvo un momento a ponerse las botas; a continuación, con una familiaridad fruto de la práctica, revolvió entre las pilas de desechos y sacó su pesada capa y el cinto de la espada de la mesa de mapas chamuscada.

—Vámonos —dijo mientras pasaba junto a su criado y salía al pasillo.

Un gruñido largo y gutural resonó en el estrecho pasillo mientras el *Saqueador* se hundía entre dos olas. Malus adaptó sus pasos a la cubierta inclinada sin detenerse y se arrebujó en la capa marinera de lana. En el fondo de su mente nublada por el vino comenzó a contar los segundos mientras el barco llegaba al final de su descenso. El *Saqueador* se debatía en los agitados mares, en vez de cabalgar las crestas de las olas como debería. El noble contó hasta cinco antes de sentir cómo el casco temblaba, mientras el barco golpeaba contra la ola que venía y más tarde comenzaba a remontar de nuevo.

Malus se preguntó cuánta agua habría caído sobre la cubierta superior y se habría introducido en el barco, añadiendo de este modo su peso al del oro y la plata que transportaba si el peso era excesivo, y al barco le estallarían las juntas, lo que permitiría el paso de todavía más agua al interior, hasta que llegara el momento en que finalmente el *Saqueador* se hundiría en una fosa y se abriría paso hacia la sima de los Dragones.

«El saqueo ha sido un mal necesario», pensó Malus, con pesar, mientras jugueteaba con las espadas. Había conducido nueve barcos y más de mil hombres hasta los mares del norte, para encontrar y destruir la guarida de una banda de piratas contaminada por el Caos llamada skinriders. El enfrentamiento con la flota de guerra personal de su líder en el fondeadero de la isla había sido una batalla brutal y cuerpo a cuerpo entre los ágiles corsarios druchii y los barcos de guerra más grandes y pesados de los skinriders. Al final, sólo los del *Saqueador* y menos de cien marineros provenientes de los otros nueve barcos habían sobrevivido. Si Malus hubiera intentado negarles a los druchii el botín de su victoria, no tenía dudas de que lo habrían matado en el acto.

Tal como estaban las cosas, era capitán sólo porque no había otro. El verdadero capitán del *Saqueador* y su primer oficial estaban muertos, y él lo comandaba en virtud de su condición de noble y de la cédula real del drachau de Hag Graef que portaba. Malus llegó a la escalera que había al final del pasillo y se armó de valor para subir a cubierta. Se preguntó cuánto tiempo se mantendrían su autoridad y la creciente presión en los bajos del barco.

La escalera ascendía a través de la ciudadela del corsario, la sección de cubiertas de popa que alojaba los camarotes de los oficiales, la sala de mapas y el espacio de trabajo del cirujano del barco. Malus subió hasta la cubierta principal y descendió por un pasillo estrecho y mal iluminado que terminaba en una sólida puerta de roble. Había dos corsarios a ambos lados de la puerta, iluminados por el débil fulgor de una lámpara bruja de luz parpadeante, con los chubasqueros chorreando constantemente agua salada sobre la cubierta. Los marineros druchii se pusieron firmes de mala gana mientras Malus se aproximaba, con los ojos bajos y la expresión plomiza. El noble los rozó al pasar sin siquiera mirarlos, suponía que eran parte de la guardia y, como tal, no pintaban nada fuera de sus puestos. Si reconocía su presencia significaba que tendría que ocuparse de la infracción y en aquel momento no estaba seguro de cómo acabaría semejante enfrentamiento. Aquella certeza lo hirió profundamente, pero su ira estaba silenciada bajo el peso de varios litros de vino malo. En aquel momento, Malus no sabía con certeza si aquello era bueno o malo, pero definitivamente era algo necesario, mientras el equilibrio de poder en el barco continuara siendo precario.

Malus abrió la puerta y recibió un chorro de agua fría en la cara y el cuello que cortó el zumbido de su cabeza como un cuchillo de desollar. Una ráfaga de aire húmedo amenazó con arrancarle la puerta de las manos.

El noble, arrebujiándose en su capa, que sujetaba firmemente con la mano blanquecina, se abrió paso en la noche con cuidado. Soplaba un viento cortante desde el norte, que hacía vibrar y golpear las velas del *Saqueador*, agitándose como un espíritu atormentado entre las jarcias deshilachadas allá arriba. El viento gélido golpeaba al noble desde arriba y desde atrás, y bajo sus pies, la cubierta subía y bajaba mientras el barco zozobraba entre las olas frías y plomizas. Débiles linternas de luz bruja creaban piscinas de luz verdosa por toda la cubierta principal, pero más allá de los rieles destrozados y astillados del barco tan sólo había oscuridad y el choque con el mar. Era una suave noche de verano, tratándose de los mares del norte.

El noble se detuvo, intentando mantener el equilibrio. Hauclir pasó junto a él rozándolo, mientras se dirigía hacia el mástil principal. El antiguo capitán de la guardia llevaba una camisa oscura y un kheitan teñido de añil oculto bajo una fina cota de malla ennegrecida. No llevaba ninguna capa pesada para resguardarse del viento y del agua; después de varios años de montar guardia en las almenas de Hag Graef estaba acostumbrado a climas más adversos que ése. Al igual que la de los marineros, su piel estaba curtida, debido a toda una vida a merced de los elementos, pero las cicatrices en forma de cruz que tenía en las manos daban testimonio de batallas de otro tipo.

El oficial era robusto para ser druchii, con brazos y piernas vigorosos. Llevaba la espada corta de rigor, y un pesado garrote de mango colgando del cinto. Era lo contrario del oficial avaricioso y con aspecto de petimetre que Malus se había

encontrado en primer lugar en el portón de Hag Graef hacía más de cinco meses, donde había preferido la utilidad y la eficiencia antes que las armas cargadas de joyas y las ropas elegantes. Llevaba el pelo largo y oscuro recogido en una gruesa trenza metida por debajo del kheitan, y sus pómulos angulosos estaban cubiertos de una elegante barba, que se había dejado crecer desde la batalla en aquella isla perdida.

Aparte de tener una total falta de respeto por el rango de Malus y una vena insolente, que era casi suicida por su franqueza, Hauclir había resultado ser un guardia personal sorprendentemente eficiente y leal desde que había entrado al servicio del noble. Era un juego difícil actuar con la mayor insubordinación posible y hacerse indispensable sólo lo justo para no resultar muerto, y Malus no tenía otro remedio que admirar la dedicación y la habilidad de aquel hombre.

Hauclir condujo a Malus al mástil principal, pero alteró su rumbo en el último momento para evitar una parte de la cubierta cercana a la base metálica del mástil. Malus pisó un charco de sangre espesa y pegajosa.

—Tened cuidado dónde pisáis, mi señor —murmuró cuando ya era demasiado tarde, y a continuación señaló hacia la mitad del mástil—. Mirad allí.

Había una sombra más oscura contra la vela negra del *Saqueador*; Malus pensó que podía oír el crujir de una cuerda mientras el cuerpo daba bandazos siguiendo el movimiento del viento cambiante. Al mirar arriba notó cómo algo caliente goteaba y se estrellaba contra su cara pesadamente, algo que olía a cobre fundido. A pesar de no ver los detalles, sabía muy bien lo que colgaba allá arriba; un hombre desnudo, abierto en canal, destripado, y que en vez de ojos, tenía unos agujeros rojos y descarnados vaciados por unas manos desnudas. Malus emitió un gruñido profundo. La bruma del vino malo estaba comenzando a disiparse y un zumbido doloroso empezaba a extenderse por la parte posterior de su cabeza.

—¿Cuántos van ya? —preguntó fríamente.

Hauclir cruzó los brazos y su rostro se crispó en una mueca.

—Ocho, mi señor.

Malus estiró el cuello y distinguió las otras siluetas que colgaban de los palos del barco maltrecho como horripilantes trofeos. El primer asesinato había tenido lugar la noche después de que el *Saqueador* partiera de la isla perdida y comenzara su tortuoso viaje de vuelta a casa. En aquel momento, ni Malus ni Hauclir habían sabido qué hacer. ¿Era un ajuste de cuentas, o una oscura ofrenda a los Dragones de las Profundidades para regresar sanos y salvos a casa? El noble sólo había realizado dos viajes por mar en toda su vida: el tradicional crucero iniciático de su paso a la edad adulta, y un único viaje de tráfico de esclavos hacia el Viejo Mundo muchos años después. Era un novato en las costumbres del mar, y Hauclir jamás había pisado un barco antes de la expedición contra los skinriders. Bruglir, el ilustre hermano de Malus, había comandado el *Saqueador*, pero él y su guardia personal habían muerto

en la batalla y la tripulación veía a Malus como poco más que un intruso. El noble era reacio a azotar al puñado de supervivientes para obtener información. Por eso, se había reprimido; prefería ignorar el asesinato, tomarlo como un hecho aislado y concentrarse en arribar a Naggaroth. Al principio le había parecido la forma correcta de actuar, pero tres días después apareció otro cuerpo.

Hauclir estudió los cadáveres y especuló con la posibilidad de que todo eso tuviera que ver con el tesoro que se guardaba en la bodega de los corsarios. Todos los marineros que había a bordo podían reclamar el rescate de un drachau en oro como parte de botín, pero la avaricia es una fiebre que sólo crece cuando se alimenta, y los marineros estaban acostumbrados a apostar para pasar el tiempo. El anterior guardia llegó a la conclusión de que los muertos eran pobres almas a las que habían pillado haciendo trampas a los dados o a hassariya y habían sido colgados en un acto de justicia marinera para advertir a otros jugadores.

Malus reunió a todos los marineros a la mañana siguiente y ordenó que detuviesen los asesinatos, y a continuación, Hauclir, apoyado por un grupo reducido, requisó las espadas de la tripulación y las guardó bajo llave en la armería del barco. A la tripulación no le gustó la orden, pero obedeció, y después de pensarlo detenidamente, Malus desistió de llevar las cosas más allá ordenando que bajaran los cadáveres. A cientos de leguas de Hag Grae, sabía perfectamente que el límite de su autoridad lo imponían la tradición marinera y la buena disposición de la tripulación.

Fue después de la quinta muerte cuando Hauclir se dio cuenta de la existencia de una tendencia preocupante: había sólo un puñado de marineros a bordo leales a Malus y todos estaban siendo destripados y colgados uno a uno.

Se hicieron interrogatorios. Azotaron a varios marineros. Los ánimos de la tripulación empeoraron, pero nadie sabía quién estaba detrás de las muertes y ni siquiera por qué se estaban produciendo. Malus ordenó que se bajaran los cuerpos, pero al día siguiente todavía colgaban de los palos. Ante la opción de insistir sobre el asunto y quizá provocar un enfrentamiento, Malus había apretado los dientes y lo había dejado pasar, reacio a arriesgarse a perder aún más autoridad. Decidió ordenarle a Hauclir y sus hombres de confianza que se quedaran esperando a los asesinos, con la intención de pillarlos con las manos en la masa y después torturar públicamente a los responsables de la manera más brutal que se pudiera imaginar.

Desde entonces, habían muerto tres hombres más. Malus se frotó la frente, intentando aclarar su mente y deshacerse del dolor de cabeza que cada vez era más fuerte.

—¿Cómo ha podido ocurrir? —preguntó con voz amenazante.

Hauclir se disponía a responder, pero se detuvo. Después de un instante, negó con la cabeza.

—No lo sé —dijo con expresión sombría, mostrando una dentadura perfecta—.

Estaba vigilando desde la cubierta de la ciudadela. Tenía hombres en los mástiles superiores e incluso en proa. Duras recorría la cubierta cada quince minutos, pero justo después del cambio de guardia, ahí estaba.

—Por lo menos deben de haber sido dos hombres —gruñó Malus, apretando los puños—. El cuerpo está abierto en canal como un cerdo en la matanza, y sin embargo, ¿no hay rastro de sangre?

El antiguo capitán de la guardia se encogió de hombros.

—Podría haber estado envuelto en un trozo sobrante de velamen y atado ya por las muñecas. Todo lo que tendrían que haber hecho es lanzar la cuerda por encima del palo del mástil y elevarlo —La mirada de Hauclir se paseó por la penumbra, que era como la de una caverna; su expresión era de rabia y frustración—. Podrían haberlo hecho en menos tiempo del que lleva contarle y está tan oscuro como boca de lobo ahí fuera. Yo podría haber estado junto al mástil y aun así no haberme dado cuenta.

Malus podía sentir la rabia creciendo lentamente en su pecho a medida que los efectos del vino se disipaban.

—Ya es suficiente —siseó—. Mi paciencia se ha terminado. Escoge diez hombres al azar y comienza a despellejarlos. Quiero nombres.

—No podemos hacer eso —dijo Hauclir.

El noble se dio la vuelta y golpeó a su guardia personal en la cara con el dorso de la mano. El potente restallido se perdió en el viento al instante, pero Hauclir se balanceó sobre los pies mientras brotaba sangre de su labio partido.

—Soy el capitán de esta nave —dijo Malus con brusquedad—. Y nadie vierte la sangre de esta tripulación salvo yo, por ley y por costumbre. Debería haber empezado a despellejar vivos a los hombres tan pronto como esto empezó.

—No podríamos haberlo hecho entonces, y no nos atrevemos a hacerlo ahora —dijo Hauclir, poniéndose a su misma altura y limpiándose un hilillo de sangre oscura con el dorso de la mano. Los ojos le brillaban de dolor, pero su rostro tenía una expresión fría y disciplinada—. Cuando completamos nuestra tripulación con los supervivientes del resto de la flota había quizá un hombre entre diez en cuya lealtad podíamos confiar. Ahora hay dos. Creedme mi señor, me he enfrentado a más de un motín en mis tiempos y sé de buena tinta que una vez que has enseñado la mano sólo pueden pasar dos cosas: o bien los hombres se amilanan y aceptan tu autoridad sin cuestionarla, o se vuelven contra ti como una manada de nauglirs hambrientos. Si insistís en el tema, no creo que haya muchas dudas acerca de lo que pasará.

—¿Y crees que es mejor que parezca débil y que deje estos asesinatos sin castigo? Hauclir respiró profundamente.

—Creo que es preferible evitar una pelea que sabemos que no ganaremos, mi señor —Señaló con la cabeza hacia el timón del barco—. El viejo Lachlyr dice que no estamos a más de veinte leguas de la costa norte de Naggaroth; no me preguntéis

cómo lo sabe, pero los lobos de mar tienen un instinto especial para estas cosas. Dice que avistaremos tierra probablemente mañana al alba y, a partir de ahí, hay otro día o dos bajando por el estrecho de los Esclavistas y entrando en el Mar Frío. Podríamos atracar en Karond Kar en tres días, pagarle a la tripulación y deshacernos de ella. No habrá ningún otro asesinato antes, así que podéis evitar un enfrentamiento y, al mismo tiempo, conservar el pellejo.

—A menos que estos hombres estén siendo asesinados porque hay un motín en marcha y los asesinos estén eliminando a los miembros leales de la tripulación hasta que decidan hacer su jugada. —Malus observó el cadáver colgante con expresión pensativa—. Podrían estar colgando a las víctimas como advertencia para los otros, a fin de mantenerlos a raya. Avistar tierra mañana puede ser la señal para moverse y apoderarse del barco y de la totalidad del oro.

El capitán de la guardia negó con la cabeza.

—No, ya había pensado en eso. ¿Por qué esperar? Si suficientes miembros de la tripulación estuvieran dispuestos a matarnos y reclamar todo el oro, lo podrían haber hecho en cualquier momento. ¿Por qué tomarse tanto trabajo en cazar a los leales? Éstos no son hombres sutiles, mi señor. Si cabe, se han vuelto más feroces desde que dejamos esa maldita isla.

Malus pronunció una oscura maldición entre dientes, pero tuvo que admitir que Hauclir tenía razón. Al principio, la moral de la tripulación era alta, cuando comenzó la batalla y con el saqueo que vino después, pero una vez que volvieron a mar abierto el estado de ánimo de los marineros había sido cada vez más tenso. Primero habían sido sólo los hombres originales del *Saqueador*, pero se había extendido poco a poco a otros supervivientes también, como una extraña fiebre. El dolor que le producían sus pensamientos y el zumbido en la cabeza eran cada vez más fuertes. El noble rechinó los dientes.

—Hay algún propósito en estas muertes, Hauclir. Si no es un motín, entonces, ¿qué es? Es demasiado constante para ser otra cosa que no obedezca a un plan... —La voz del noble se fue haciendo menos audible a medida que se iba dando cuenta de algo. Entornó la mirada.

La pausa hizo que Hauclir girase la cabeza.

—¿Mi señor?

—Los asesinatos —dijo Malus—. ¿Cómo sabes que no habrá otro antes de que lleguemos a Karond Kar? Hauclir frunció el ceño.

—Bueno, cada hombre fue asesinado más o menos con cuatro días de diferencia, justo en... —El guardia personal abrió mucho los ojos—. Justo en el cambio de luna.

Malus asintió, mientras su rostro adquiría una expresión asesina.

—Exacto. Esto no es un motín, Hauclir. Esto es brujería. —El noble giró sobre sus talones y volvió por donde había venido, avanzando a grandes pasos.

Le llevó un tiempo asimilar del todo lo que Malus había dicho. Hauclir abrió mucho los ojos y se apresuró a seguir al noble.

—Pero ¿qué significa, mi señor? ¿Adónde vais?

—A la fuente —dijo Malus con enfado—. Mi querido hermano tiene cosas que explicarme.

La puerta de roble se había convertido en un santuario horripilante.

Al principio, habían sido tan sólo tallas; los marineros tallaban sus nombres en la puerta o en el marco, esperando una bendición, o escribían pequeñas oraciones por la muerte de sus amigos. Algunas de las oraciones habían sido adornadas a lo largo del tiempo al volver sus autores con el deseo de consagrarse de nuevo a su dios. Líneas fluidas de drucasto, talladas elegantemente por manos callosas, estaban rodeadas de representaciones vividas de escenas de batallas compuestas de más y más líneas artísticas talladas en la madera. Incluso Malus se sintió impresionado por el arte y la habilidad de los marineros devotos, que se habían pasado horas trabajando en sus oraciones en la dura superficie de la puerta.

Más tarde, sin embargo, las oraciones habían pasado a ser menos artísticas y más directas. Había nombres escritos con sangre, o algunas veces, incluso, el aspirante plantaba una mano sangrienta en la superficie de madera de la puerta. Entonces, alguien cogió un clavo de carpintero y puso una mano cortada que había pertenecido a un skinrider. Las orejas cortadas adquirieron popularidad, al igual que los cueros cabelludos.

A partir de ahí fue sólo cuestión de tiempo que los devotos comenzaran a apilar cabezas al pie de la puerta de Yasmir.

El hedor era insoportable. Malus no había estado en aquella parte del barco desde que el *Saqueador* había dejado la isla de Morhaut, y el espectáculo sangriento ya había sido lo bastante horripilante entonces. El noble contó, por lo menos, veinte cabezas de skinriders antes de detenerse asqueado. El dolor que sentía iba de mal en peor, le latía el fondo de los ojos como un tambor y parecía tener una carga eléctrica invisible por todo el cuerpo que le ponía los pelos de punta. De repente, sintió ganas de saborear de nuevo aquel pésimo vino.

Malus hizo una pausa ante la puerta empapada de sangre. Por lo que podía ver, hacía tiempo que no había sido abierta, quizá desde que dejaron la isla. Durante los pocos momentos sobrios que había tenido en las últimas semanas le había parecido una bendición no tener a Urial vagando por la cubierta principal como un pájaro de mal agüero. Ahora no estaba tan seguro.

Urial llevaba semanas encerrado en aquella habitación con su hermanastra. Malus no apreciaba en absoluto a Yasmir; sin embargo, la idea lo perturbaba enormemente.

El noble pensó con amargura que todavía debía de estar borracho mientras se frotaba la cara con la mano. Yasmir era indescriptiblemente hermosa y astuta como

una víbora. Cuando estaba en Hag Graef había tenido a los jóvenes nobles de la corte comiendo en la palma de su mano y los había hecho sangrar como diversión. Pero fue su amor por su hermano Bruglir lo que la hizo útil para Malus. Necesitaba la flota de Bruglir para alcanzar la isla y vérselas con los skinriders, y con el apoyo de Yasmir se aseguraba la cooperación de Bruglir. Urial, por otro lado, era un hombre amargado y retorcido que tenía tantas razones para odiar a su familia como Malus. El niño deforme, que había sido entregado al templo de Khaine como sacrificio humano, había sobrevivido a la inmersión en el caldero de los sacrificios, una señal del favor del dios. Se había convertido en sirviente del templo y había aprendido muchas artes arcanas, y por esa razón, Malus también lo necesitaba. Así pues, Malus había tejido una red de promesas y mentiras que había atado a sus hermanos a él. O eso había imaginado.

Con la influencia de Urial como sirviente del templo, Malus pudo persuadir al drachau de Hag Graef para que le otorgara un poder de hierro, de modo que pudiera comandar la flota de Bruglir y buscar la isla perdida. La influencia de Yasmir era realmente el hierro que había tras la orden, sin embargo; una fuerza a la que Bruglir no podía oponerse. Urial, a su vez, amaba a Yasmir, y Malus le había prometido que cuando finalizara la campaña, Bruglir no se interpondría en su camino.

Al final, todos fueron traicionados de un modo u otro.

Bruglir resultó muerto en la batalla a manos del jefe de los skinriders, pero no antes de que lo traicionara su señora del mar, Tanithra. Yasmir fue traicionada por la deslealtad de Bruglir y su odio hacia él despertó una parte de ella que había permanecido dormida durante sus años de refugio en el Hag. Sus ansias asesinas se habían transformado en una manifestación viva de la muerte: en palabras de Urial, una santa del Dios de Manos Ensangrentadas. Incluso Malus se vio obligado a admitir que su habilidad para matar con sus largos cuchillos tenía algo de sobrenatural dadas su terrible elegancia y habilidad. La tripulación la vio luchar durante un abordaje desesperado en medio de un temporal a finales del invierno y después sus aposentos se convirtieron en un santuario dedicado al Señor del Asesinato.

Malus levantó la mano hacia la puerta manchada de sangre. Había brujería en el interior; comenzaba a ser capaz de sentirla, como un hedor que le quemaba la garganta. El zumbido de su cabeza empezó a transformarse en palabras, pero en vez de eso se concentró en la puerta y sus sangrientas inscripciones.

Se detuvo, con la mano a pocos centímetros de la madera oscura. La piel le picaba cuando entró en contacto con las corrientes de poder invisible. Tras unos instantes retiró la mano. «¿Por qué llamar a la puerta? —pensó—. Con todo ese poder a sus órdenes, Urial sabe sin duda que estoy aquí.»

Malus Darkblade levantó la pierna y abrió la puerta de una patada en medio de

una lluvia de astillas y metal retorcido.

2. La novia de la perdición

Abrir la puerta del camarote de una patada fue como perforar el lado de un horno. Oleadas furiosas de calor llenaron el pasillo mal iluminado. Una sensación de dislocación invadió a Malus. Levantó la mano sin pensar, como si quisiera parar algún golpe invisible, y el zumbido de su cabeza cesó. Una sensación familiar, como si una serpiente se le enroscara por dentro de las costillas, le oprimió fuertemente el corazón.

Al otro lado de la puerta, el aire vibró con una potencia desconocida. Había runas complejas y símbolos tallados profundamente en el suelo, las paredes y el techo, y la sangre fresca circulaba por los canales para unir las geometrías místicas. Cuando el camarote era el de Yasmir, ella en raras ocasiones lo abandonaba durante el viaje. En el extremo más alejado de la habitación, había levantado una especie de santuario, compuesto por las primeras ofrendas primitivas de la tripulación, y meditaba a sus pies durante horas y horas. Aquella construcción primitiva ya no estaba; en su lugar se encontraba la misma Yasmir. Estaba sentada, inmersa en una especie de trance, en el centro de la habitación, manteniendo el equilibrio sin esfuerzo, y su rostro tenía la serena y despiadada expresión de una reina.

Malus la observó, conmocionado, haciendo caso omiso de la silueta postrada y desnuda de Urial tendida a los pies de su majestuosa hermana. Yasmir llevaba una corona de latón en la frente y de sus hombros colgaba un manto de un rojo intenso y negro brillante que latía lleno de vida al mismo tiempo que su corazón. Llevaba una túnica de órganos relucientes entretejidos con hilos hechos de oscuras venas y arterias que se asemejaban a cables. La sangre fresca relucía en el esmalte brillante que llevaba sobre el pecho y una única gota relucía con luz trémula en una mejilla perfecta.

El noble observó a su hermanastra y, en ese momento, la vislumbró como lo hacía Urial: trascendente, sublime, una diosa vestida de masacre, y durante un único latido de su corazón la adoró. Palabras de devoción llegaron sin control a su mente. «Me postraré ante ti sobre una alfombra de huesos —pensó con el corazón encogido—. Te bañaré en la sangre de naciones enteras y llenaré el aire con la música de los inocentes asesinados. Elevaré un canto fúnebre sobre la superficie del mundo y te llevaré más allá, hacia las incontables estrellas.»

Una risa fría, cruel, y tan antigua como los huesos del mundo, eliminó aquella letanía de adoración de su mente. Habló una voz, que resonó en su pecho.

—Mírala y desespera, pequeño druchii —dijo Tz'arkan, y su voz se hundió como una cuchilla en el cerebro de Malus—. Ella es obra tuya, una diosa de sangre que ha tomado forma. Pero no puedes ser suyo. Me perteneces a mí.

Malus apartó bruscamente los ojos del rostro de Yasmir; notó que la bilis le subía

por la garganta. Por la Madre de la Noche, ¡cómo necesitaba un trago!

—No pertenezco a nadie, demonio —susurró entre dientes—, y mucho menos a ti.

«¡Ojalá fuera cierto!», pensó, lleno de amargura. Cerró los puños con fuerza y sintió el anillo de rubí en su dedo. Lo llevaba como un grillete; era tan incapaz de quitárselo como de arrancarse la mano. Malus lo llevaba desde hacía casi cinco meses, desde que lo había encontrado en un templo en las profundidades de los Desiertos del Caos. Había ido allí en busca de fortuna y poder, pero se había dado cuenta demasiado tarde de que había caído en una trampa.

El templo también era la prisión del gran demonio Tz'arkan, mantenido prisionero allí desde hacía eones por una cábala de brujos del Caos, y en una única acción precipitada Malus se había convertido, sin darse cuenta, en el peón de Tz'arkan. Desde entonces se había dedicado por entero a deshacerse del abrazo del demonio, ya que dentro de un año Tz'arkan reclamaría su alma para toda la eternidad a menos que encontrara cinco reliquias de poder que liberarían al demonio de su cárcel de cristal. Dos estaban ahora en su poder: el *Octágono de Praan*, robado de las garras de una tribu de hombres bestiales del norte, y el *Ídolo de Kolkuth*, sacado de su lugar de descanso en la Torre de Eradorius en la isla perdida de Morhaut.

Enfrentarse a los skinriders que habían reclamado la isla como suya no había sido más que un ardid para reunir los barcos y los hombres necesarios para alcanzar la isla y encontrar la torre. El precio en hombres y barcos no había significado nada para el noble, que estaba dispuesto a reducir a polvo continentes enteros si eso era lo que necesitaba para recuperar su alma de las manos del demonio; si es que quedaba algo de ella, claro.

El demonio siseó, divertido, mientras se deslizaba alrededor del corazón latiente del noble. La presencia burlona de Tz'arkan era constante en el fondo de su mente, donde lo tentaba con poderes que estaban más allá de los conocimientos de los mortales, pero cada vez que la fría, gélida fuerza de los dones del demonio fluía por sus huesos dejaba una mancha en su interior, que lo corrompía desde dentro. El vino era el único refugio que había encontrado contra la influencia de Tz'arkan, pero era un tipo de paz desgraciada y efímera. Hubo momentos, en medio de la noche, en que se preguntaba si bebía para escapar de los susurros tentadores del demonio, o para protegerse de la tentación de utilizar todavía más el poder de Tz'arkan.

En ese mismo momento, sin embargo, la idea de hacer pedazos a su hermano era muy tentadora.

—Hola, querido hermano —dijo Malus con frialdad y enfado—. Has estado bastante recluido estas últimas semanas. Si hubiera sabido que estabas aquí abajo tejiendo una túnica con las tripas de mis marineros, te habría visitado mucho antes.

Urial no respondió. Lenta, intencionadamente, se irguió sobre su única pierna

buena. El cuerpo desnudo del antiguo acólito era esbelto, casi infantil. Estaba extremadamente delgado; los músculos de acero se marcaban bajo una piel casi traslúcida. Malus se sorprendió al ver que prácticamente cada centímetro de su cuerpo, de arriba abajo, tenía inscritas cientos de runas arcanas. Su cabello grueso y blanco le caía suelto hasta la cintura, y cuando se giró para mirar a Malus, sus ojos brillaron rojos como monedas de latón fundido. Malus dirigió la vista hacia el brazo derecho atrofiado de Urial y su pierna izquierda, retorcida y escorzada, y combatió una oleada de repulsión. La repugnancia debió quedar patente en su rostro, ya que Urial cuadró los hombros y se puso más recto, como si retara a su hermanastro a señalar su debilidad. Había un brillo en los ojos de Urial que Malus había visto antes, en la cubierta del *Saqueador* durante la batalla en medio del temporal invernal, cuando Yasmir había demostrado su terrible entusiasmo por matar. Se vio transportado a una especie de éxtasis.

La expresión de felicidad de su rostro perturbó a Malus más que cualquier otra cosa.

—Saludos, Malus —dijo Urial con voz sepulcral—. Me preguntaba cuándo vendrías. Unos instantes más y habrías llegado demasiado tarde.

Malus entornó la mirada con expresión de cansancio.

—¿De qué estás hablando, en nombre de la Madre Oscura?

—No blasfemes —dijo Urial, y en ese momento su voz sonó dura—. No, aquí. Este es un lugar santo, santificado por el Señor del Asesinato.

—Éste es mi barco, hermano —dijo Malus, atravesando con decisión la puerta y entrando en el camarote—, y los que has asesinado eran mis hombres.

Urial sonrió.

—¿Tus hombres? No lo creo. Si hay alguien en este barco que sea un amotinado, ése eres tú. Mataste a su verdadero capitán.

—Bruglir murió a manos de un skinrider —dijo Malus con brusquedad—. Estabas allí. Lo viste tan bien como yo.

La sonrisa del druchii deforme se hizo más amplia.

—¡Ah!, pero estaba intentando matarte a ti, creo recordar. Fue sencillamente mala suerte que se cruzara en el camino del hacha de aquel monstruo. —Urial se giró y fue cojeando hacia el único catre del camarote, dándole la espalda a su hermano de manera ostentosa. Había una túnica negra y un kheitan del mismo color sobre el colchón de crin de caballo—. Lo manipulaste para tus propios fines, al igual que me manipulaste a mí. —Comenzó a vestirse, lanzándole una mirada protectora a Yasmir por encima del hombro—. Hubiera tratado de matarte yo mismo, pero tenía otras prioridades. Lo que intento decir es que tú eres el usurpador aquí, no yo. De hecho, si hay alguien que pueda reclamar la lealtad inquebrantable de la tripulación en este momento, ésa es Yasmir. No veo a los hombres dejar ofrendas sangrientas frente a tu

puerta.

Por un instante, Malus se quedó sorprendido. Nunca antes había conocido esa cara de Urial. ¿Qué le había pasado al severo sacerdote cuya fe inquebrantable había prevalecido contra las huestes demoníacas de los skinriders?

Tz'arkan se revolvió.

—Ten cuidado, Malus; hay peligros aquí que no puedes comprender.

El noble agitó la cabeza como si quisiera deshacerse de la voz que había dentro de su mente.

—¿Por qué asesinaste a esos hombres? —preguntó, concentrándose de nuevo en Urial.

—¿Asesinarlos? No. Estás confundido —contestó Urial, agitando la cabeza—. Fueron sacrificios voluntarios, hermano. Murieron para gloria de la santa viviente, para anunciar su llegada con ofrendas de muerte mientras camina a través de la Puerta Bermellón.

—¡Deja de hablar en clave! —gruñó Malus—. ¿Qué tonterías estás diciendo?

Urial se ajustó el cinturón, y a continuación, deslizó el kheitan por encima de sus hombros. Se volvió hacia Malus, atándose los cordones de la prenda y sonriendo de forma enigmática.

—Hay mucho que contar —dijo—, y tú no eres digno. Pero diré esto: yo también te manipulé a mi manera.

Malus hizo una pausa. No le gustaba adónde conducía aquella conversación. ¿Manipulado? ¿Cómo?

Urial terminó de atarse los cordones y ajustó el cuero; entonces, se giró y cogió cuidadosamente un objeto oscuro que había sobre la cama. Lo acunó en la curva de su brazo lisiado, y Malus vio que era un cráneo amarillento y muy antiguo, atado con hilo de cobre. El druchii de pelo blanco acarició suavemente la reliquia con la punta del dedo mientras reordenaba sus pensamientos. Finalmente, dijo:

—¿Nunca te pareció extraño que naciera de esta manera?

Malus frunció el ceño.

—No, algunos niños tienen malformaciones. Así son las cosas.

—¿Así son las cosas? Mírala. —Urial señaló a Yasmir—. Ella es perfecta; la sangre de las reinas de Nagarythe fluye por sus venas. Piensa en el ilustre y traicionado Bruglir, un héroe entre los hombres. Tenían la misma madre y el mismo padre que yo. —Su expresión se ensombreció—. Mi madre estaba embarazada de mí cuando Lurhan volvió de las Arcas Negras con esa bruja, Eldire, tu madre.

—¿Crees que ella te retorció las extremidades en el vientre materno?

—Por supuesto —dijo Urial—. Pretendía matar a mi madre y ocupar su lugar. Utilizó sales metálicas de las forjas y se las metió en la comida. Nada más puede explicar la enfermedad degenerativa que se apoderó de mi madre y lentamente le

robó las fuerzas durante dos largos meses. Cuando finalmente murió, Lurhan hizo que sus sirvientes me arrancaran de su vientre con la esperanza de que sobreviviera. —La sonrisa del pálido druchii se volvió amarga—. Según los sirvientes, me echó un vistazo y dijo que yo era la causa de la terrible muerte de su esposa. Me entregaron inmediatamente al templo. Creo que Lurhan me hubiera arrojado a las calderas él mismo si hubiera podido.

—Y ni siquiera Khaine te quiso —resopló, asqueado, Malus. Se estaba cansando de los aires engreídos de Urial.

Para su sorpresa, Urial lanzó una carcajada.

—Eres un necio, Malus Darkblade. ¿Crees que a Khaine le importa de quién son los cráneos que adornan su trono? ¡No! Nunca hay suficientes ofrendas para saciar su hambre. Sólo deja vivir a aquellos que están destinados a cosas mayores.

Malus lo miró, incrédulo.

—¿Tú?

—Ha habido otros hombres que se salvaron de la caldera, pero ninguno tan lisiado como yo. Las sacerdotisas de Hag Graef lo interpretaron como un gran presagio y me enviaron con los ancianos de Har Ganeth, la Ciudad de los Verdugos. Fue allí, años después, donde conocí la profecía.

Algo se agitó dentro de Malus. Una vaga sensación de inquietud lo invadió. ¿Profecía?

Urial cogió el cráneo con su mano buena y escudriñó las profundidades de sus cuencas ensombrecidas.

—Es antigua, muy antigua; quizá uno de los primeros testamentos que el Señor del Asesinato otorgó a sus creyentes, en los albores del mundo.

—¿Y de qué habla esa profecía?

—Habla de un hombre nacido en la casa de las cadenas, tocado por los dioses y abandonado por los hombres. —Urial miró intensamente la calavera, como si la retara a contradecirlo—. Se le arrebatará a su madre y su padre lo expulsará, pero gracias a su odio prosperará. —El antiguo acólito bajó el cráneo y dirigió la mirada hacia Yasmir, cambiando su expresión por una de puro deseo—. Y su hermana tomará las espadas del Dios de Manos Ensangrentadas y será bendecida con su semblante y su sabiduría. Será la *Anwyr na Eruen*, y el Señor del Asesinato se la dará como esposa, como señal de que su destino está cerca.

Malus frunció el ceño ante el título arcaico.

—¿La Novia de la Perdición?

Urial asintió.

—Aun así —dio un paso vacilante hacia ella, con una expresión de arrobamiento en el rostro—, cuando completé mi instrucción en el templo, los ancianos me devolvieron a la casa de Lurhan para esperar la llegada de mi novia. Cuando vi por primera vez a

Yasmir en la Corte de las Espinas supe que era ella. Pasaron los años y seguía sin casarse, a pesar de las atenciones que le dedicaban los mejores príncipes druchii de la ciudad. Cuando tomó a Bruglir como amante me enfadé al principio, pero ahora veo que todo fue parte del gran plan de Khaine. Sin la traición de Bruglir, ella jamás habría conocido su verdadero yo. —Se volvió hacia Maíus—. Y sin ti, su traición jamás habría salido a la luz. Has servido bien al Señor del Asesinato, Malus, y me ocuparé de que seas recompensado por todo lo que has hecho.

El noble se encontró negando con la cabeza. De repente, le resultaba difícil respirar. ¿Podía ser verdad lo que Urial estaba diciendo?

—Más de lo que crees —dijo Tz'arkan, con una risita horripilante—. ¿Qué son los hombres, después de todo, sino los juguetes de los dioses?

Malus miró a Yasmir y se quedó sin aliento.

—¿Y qué destino os tiene reservado tu preciado Señor del Asesinato? ¿Acabaréis con el mundo?

El druchii de pelo blanco tan sólo sonrió.

—Nada tan insignificante —dijo sonriendo. Sostuvo el cráneo amarillento—. Ésta es una de las reliquias más antiguas del templo, hermano. En justicia, sólo por mirarla tu vida está condenada. Es todavía más antigua incluso que la perdida Nagarythe, y nuestra tradición proclama que es el Cráneo de Aurun Var, el primero de nuestra raza que juró servir al Señor del Asesinato. Fue él el primero que escuchó la profecía de los labios del mismo Khaine, y la leyenda dice que su sombra hablará con el elegido y lo conducirá hacia su destino cuando llegue la hora.

Malus miró a su hermano con expresión cansada. Una sonrisa apagada se extendió por su cara angulosa.

—Pero el cráneo todavía no te ha hablado, ¿verdad?

Durante un efímero instante, la seguridad de Urial se tambaleó.

—La profecía lo dice muy claro: el cráneo hablará cuando llegue el momento y no antes. El noble asintió.

—Sí, por supuesto. Pero mientras tanto aún necesitarás mi ayuda.

—Has hecho todo lo que el Señor del Asesinato precisaba que hicieras, Malus Darkblade. Ya no necesitamos nada de gente de tu calaña.

Malus descubrió los dientes ante el viejo insulto.

—¿Crees que Lurhan, sencillamente, te permitirá encerrar a su hija en uno de tus templos? Es el señor de la guerra más poderoso de Naggaroth, hermano. Necesitarás mi influencia para ayudarte a convencerlo de que ella estará mejor con las sacerdotisas. —Abrió las manos en un gesto conciliador—. Sólo pido un pequeño favor a cambio.

—¿Y cuál sería?

Malus se acercó a Urial.

—Deseo hacer uso de tus conocimientos arcanos, hermano —dijo en voz baja—. Estoy buscando una serie de artefactos, reliquias antiguas que han estado perdidas durante cientos de años. Una de ellas es un arma mágica llamada la *Daga de Torxus*. —El noble se encogió de hombros—. Las razones de mi búsqueda no son relevantes, pero...

—Buscas liberar al demonio Tz'arkan de su prisión —dijo Urial con frialdad.

Malus se tambaleó hacia atrás como si lo hubieran golpeado. La cabeza le dio vueltas.

—¿De qué estás hablando?

—¿Me tomas por tonto, hermano? —dijo Urial con sarcasmo—. Adiviné cuál era tu plan incluso antes de abandonar Naggaroth. Lo sospeché cuando irrumpiste en mi torre con aquella bruja, Nagaira, y robaste el cráneo de Ehrenlish. Te envié al norte en busca de su prisión, ¿verdad? —Resopló, asqueado—. Cuando me contaste que era una sacerdotisa del culto de Slaanesh supe que tenía razón. Fuiste a la isla para recuperar el *Ídolo de Kolkuth* y ahora vas tras la *Daga de Torxus*. ¿Qué más queda? ¿El *Octágono de Praan*? ¿El *Amuleto de Vaurog*? —Sus ojos cobrizos brillaron con desprecio—. Vine contigo hasta aquí por el bien de Yasmir. No recibirás más ayuda por mi parte.

—Pero Lurhan...

—Lurhan te quería muerto antes de dejar Naggaroth —soltó Urial, lleno de impaciencia—. Si no hubiera sido por la cédula real que obtuviste del drachau mediante amenazas, habría encontrado una manera de matarte antes o después. ¿Cómo crees que reaccionará cuando sepa que fuiste la causa de la muerte de su amado hijo y heredero? —Meneó la cabeza—. No, Malus, estás acabado. No tienes valor para mí.

—Ya veo —dijo Malus.

A continuación, con dos rápidas zancadas, atravesó el espacio que había entre ambos y le arrebató el cráneo a Urial.

Los ojos del druchii de pelo blanco se abrieron desmesuradamente por la sorpresa y la ira. Malus comenzó a hablar..., pero su cuerpo se sacudió con una descarga eléctrica mientras un poder mágico partía el aire de la habitación en dos con un rugido furioso y una voz lo golpeaba como un puño.

—ID A LAS MORADAS DE LOS MUERTOS, VOS, ¡OH, ERRANTE!, Y DERRAMAD LA SANGRE DEL PADRE DE LAS CADENAS.

Malus y Urial se tambalearon ante la fuerza de las palabras. El aire olía a cobre candente mientras hilillos de humo se elevaban desde la sangre que había sobre las runas por todo el camarote. El noble miraba de un lado a otro, buscando la fuente de aquella terrible voz.

—LA DAGA SE HALLA DETRÁS DE LA LUNA ASTADA. TU CAMINO

ESPERA EN LA OSCURIDAD DE LA TUMBA.

Era Yasmir. La vestimenta de órganos vivos se le había caído al levantarse, y había dejado al descubierto su silueta desnuda y luminosa. Líneas de sangre brillaban sobre su cuello, hombros y pechos. La boca abierta de labios carnosos temblaba y sus ojos eran dos ascuas encendidas.

La voz se desvaneció tan rápidamente como había llegado y sobrevino un silencio devastador. Malus se tambaleó, esforzándose por comprender lo que acababa de pasar.

Su mirada se encontró con la de Yasmir y lo único que vio en sus ojos fue muerte. Los cuchillos brillaban en sus manos.

—¡Blasfemo! —exclamó Urial con la voz distorsionada por la angustia. El druchii de pelo blanco avanzó dando tumbos y le arrebató el cráneo a Malus—. ¡Peón del demonio! —Elevó la reliquia por encima de su cabeza y varios arcos de fuego carmesí surcaron la superficie—. ¡El derecho es mío por nacimiento! ¡Mía será la espada y mía la Novia de la Perdición! ¡La profecía se cumplirá!

Malus se alejó de Urial y Yasmir tropezando. Ella lo observaba con la mirada sin alma de un depredador, y él no se hacía ilusiones acerca de lo que pasaría si lo alcanzaba con sus finos cuchillos.

De la boca de Urial salieron crepitantes palabras de poder. Una mano invisible atrapó a Malus y lo lanzó por los aires. Atravesó volando la estrecha entrada, se golpeó dolorosamente en el hombro contra el marco de la puerta y se estrelló contra la pared que había al otro lado del pasillo.

Cuando volvió en sí unos instantes más tarde, todo lo que Malus pudo ver más allá de la puerta fue un vórtice de luz rojiza. De la puerta salía un viento caliente como el aliento de un dragón, que portaba el débil grito de Urial el Rechazado.

—¡Dejad que la Puerta Bermellón se abra de par en par! Levantaos, ¡oh, devotos de Khaine!, y allanad el camino de la Novia de la Perdición con la sangre del sacrificio.

Un gruñido resonó a través de la cubierta por debajo de Malus, como si el casco del barco herido se estuviera hundiendo bajo un peso imposible. Entonces, oyó el débil sonido de los gritos y del choque de acero contra acero que provenía de la cubierta principal, por encima de ellos. Maldiciendo amargamente, el noble se incorporó y corrió en dirección a los sonidos de la batalla.

Malus recordó las palabras de Urial mientras irrumpía en la cubierta principal con la espada en la mano: «Me preguntaba cuándo vendrías. Unos instantes más y habrías llegado demasiado tarde».

Se estaba librando una batalla campal en la cubierta, y en el fragor del combate las siluetas tuvieron un breve momento de alivio cuando se vieron arrastradas bajo el resplandor de las luces brujas. Las dagas brillaron bajo la luz verdosa mientras los

guardias nocturnos luchaban mano a mano con las formas marchitas que una vez habían sido compañeros marinos.

Los hombres colgados habían vuelto a la vida.

Malus observó cómo un marinero que luchaba a brazo partido con un monstruo de piel grisácea lo apuñalaba con una daga una y otra vez en el pecho. El monstruo agarró al hombre por el hombro, asiéndolo con gran fuerza, y haciendo caso omiso de los golpes del marinero, le puso una mano en la cara. Lenta e inexorablemente el demonio le empujó la cabeza hacia atrás, hasta que los gritos del druchii quedaron silenciados por el sonido de los huesos al astillarse. El marinero momificado arrojó el cadáver sobre la cubierta y avanzó a tumbos hacia el puente de mando, donde había dos guardias con lanzas dispuestos a defender el timón del barco.

—Madre de la Noche —maldijo Malus, valorando la situación de la batalla.

Los hombres que se encontraban de guardia estaban a punto de ser derrotados y el resto de la tripulación estaba bajo cubierta, ignorante del peligro. Todos iban a ser sacrificados a Yasmir.

El noble miró las siluetas que luchaban a su alrededor, incapaz de distinguir unos hombres de otros en la oscuridad. La tripulación estaba en clara desventaja, armada únicamente con cuchillos en vez de con las espadas curvas que normalmente llevaban al cinto.

—¡Hauclir! —exclamó Malus, mientras se ponía en movimiento para interceptar al muerto viviente que se aproximaba a las escaleras de la ciudadela.

—¡Aquí, mi señor! —se oyó un grito que provenía de la oscuridad, cerca del mástil principal.

—¡Ve abajo y despierta al resto de la tripulación, y a continuación, abre el arsenal! ¡De prisa!

El guardia personal gritó una respuesta, pero Malus no le prestó atención, concentrado como estaba en la figura que se arrastraba hacia las escaleras y extendía las manos desgarradas y marchitas hacia la barandilla. Le salían gusanos de las cuencas vacías de los ojos y le colgaban restos de entrañas arrugadas de la cavidad abierta en el desgarrado abdomen. Malus se abalanzó sobre el monstruo con un grito de guerra y le asestó al cadáver un poderoso golpe en la nuca. La hoja de la espada penetró en la carne, pero a continuación llegó a la espina dorsal de la criatura y rebotó con un sonido metálico que retumbó enviando una dolorosa descarga al brazo de Malus. La cabeza de la criatura se giró y pareció fijarse en él por primera vez. El hombre desollado se sacudió la espada de la nuca como si fuera una mosca, y luego fue a agarrar al noble con una velocidad sorprendente.

Malus esquivó la mano que intentaba atraparlo y le lanzó un tajo con la espada. Una vez más, el filo atravesó la carne pútrida con facilidad, para después rebotar en el hueso con un chirrido metálico. La espada se desvió de la muñeca de la criatura y se

llevó un trozo de carne correosa del antebrazo del cadáver, con lo que pudo atisbar un brillo metálico del color del cobre bruñido. La magia que había vuelto a la vida a los hombres desollados había transformado sus huesos en cobre macizo.

Una vez más, el cadáver reaccionó con una rapidez sorprendente, agarrando la espada del noble con gran fuerza. El acero afilado rechinó contra los huesos de metal, mientras el monstruo quitaba la espada de en medio y agarraba a Malus por el cuello.

Malus dejó escapar un grito ahogado. Sólo le dio tiempo a tragar aire una sola vez antes de que los dedos se cerraran como un cepo. Se retorció entre las garras del monstruo, tirando en vano de la espada que la criatura tenía atrapada en su mano. La presa que le atenazaba el cuello seguía apretando cada vez más.

Tz'arkan se revolvió, desenroscándose lentamente en el pecho de Malus.

—Te superan, Darkblade —siseó el demonio con malicia—. Urial se ha pasado un mes entero creando a sus ejecutores, pero tú has sido muy estúpido; has estado demasiado inmerso en la bebida para ver el peligro antes de que fuera ya tarde.

La boca del noble se movió, pero no consiguió que pasara ningún sonido a través de las garras sofocantes del cadáver. La sangre le rugía en los oídos y en sus ojos la oscuridad subía como la marea.

La voz de Tz'arkan siseó como una serpiente en los oídos de Malus.

—¿Deseas que te haga olvidar tu insensatez, pequeño druchii? ¿Dejo que esta pequeña marioneta de bronce y carne te quite la vida? ¿O quieres que te preste mi fuerza? —La risita del demonio se filtró en su cerebro como un veneno—. ¿Qué debo hacer? Dímelo, Darkblade. Dime qué debo hacer.

Malus agarró el antebrazo del monstruo con la mano que tenía libre, apoyó los pies contra su cadera y empujó con todas sus fuerzas. Podía sentir cómo se debilitaban sus miembros y la oscuridad amenazaba con vencerlo. Un terror puro y absoluto le recorrió la espina dorsal como un rayo.

De repente, la criatura se tambaleó hacia atrás. Malus perdió el apoyo en el abdomen del cadáver y se desplomó en la cubierta, y sin previo aviso, el monstruo volvió a tambalearse de nuevo. El noble se esforzó por ponerse en pie, y mientras lo hacía, se fijó en el astil de roble negro pulido que sobresalía de la clavícula derecha de la criatura. El guardia que había en lo alto de la escalera de la ciudadela le había clavado la lanza en el hombro y la había fijado contra el duro hueso. Entonces, el corsario dejó caer todo su peso contra el astil de la lanza y casi consiguió tirar al torpe monstruo contra la cubierta. Al ver eso, Malus también apoyó todo su peso contra la criatura, y eso fue suficiente para hacerle perder el equilibrio. El cuerpo momificado cayó hacia atrás y aterrizó pesadamente en la cubierta... durante un breve instante la presión se relajó.

Malus consiguió respirar brevemente, y sus ojos brillaron de odio mientras decía con voz áspera:

—Préstame tu fuerza, demonio. ¡Ahora!

El poder de Tz'arkan fluyó dentro de Malus como un torrente de agua helada y nauseabunda. Su cuerpo se puso tenso; abultadas venas negras surcaban cuello y manos, y reptaban como vides trepadoras por la parte izquierda de su cara. Sus ojos se convirtieron en estanques de la noche más negra y le salía vapor helado de los labios. El mismo aire parecía helarse a su alrededor, contaminado por el contacto con el demonio. Mientras el poder recorría sus miembros, podía sentir cómo lo devoraba por dentro, abriéndose camino como el agua a través de la roca de una montaña. Algún día sería su perdición, pero mientras tanto era algo glorioso.

La mano libre de Malus aferró la muñeca del monstruo. La carne muerta quedó reducida a pulpa y los fluidos putrefactos le gotearon entre los dedos. Los huesos de bronce crujióron, se doblaron y, al fin, se hicieron pedazos. El noble retrocedió dando tumbos y se arrancó la mano muerta y mutilada de la garganta, que tenía hinchada. Al quitarle la espada de la mano al cadáver, lanzó cinco dedos de bronce sobre la cubierta.

El monstruo todavía intentó levantarse, boqueando hambriento. Malus le dio un tajo con la espada y le cortó el cuello de un solo golpe. El cuerpo se desplomó, sin vida, mientras la cabeza daba botes por la cubierta. Al final, acabó en el riel de babor, todavía boqueando sin parar. El noble la alcanzó de dos zancadas rápidas y la lanzó al mar de una patada.

La batalla había terminado en pocos minutos, cuando Hauclir y cincuenta marineros habían irrumpido en la cubierta principal y habían vencido a los hombres desollados. Para entonces, más de un tercio de la tripulación había muerto.

Malus estaba en el centro del desierto camarote de su hermanastra. Las visiones se sucedían ante sus ojos. Unas veces veía la habitación tal como era, con marcas de quemaduras en las paredes y sangre medio coagulada goteando de las runas talladas en el techo; otras, veía una caverna iluminada con una luz rojiza. Una multitud de figuras vestidas con túnicas negras y máscaras de porcelana con forma de calavera se inclinaban como señal de obediencia bajo los brazos abiertos de una diosa de piel de alabastro. Ella y Urial estaban de espaldas a un arco independiente tallado en piedra rojiza; él se encontraba bajo el mismo arco y tenía la impresión de estar observando la escena desde el otro lado de una puerta invisible.

—No puedes esconderte de mí, hermano —siseó Malus—. Vayas donde vayas, te encontraré. Lo juro.

—¿Decíais algo, mi señor? —preguntó Hauclir con expresión cansada desde la puerta.

La visión se desvaneció. Malus agitó la cabeza, exhausto. Los dones del demonio eran poderosos, pero cuando se desvanecían se sentía totalmente agotado.

—Sólo me hacía una promesa a mí mismo —contestó.

Hauclir estudió la cara de su señor durante un instante, lo suficiente para hacer que Malus se sintiera incómodo. A pesar de todas las debilidades y asperezas del guardia personal, éste podía ser también perceptivo de una manera desconcertante cuando quería. Pero el antiguo capitán de la guardia simplemente dijo:

—¿Adonde creéis que han ido?

—No lo sé, y por ahora no me importa —contestó.

Malus miró a su alrededor, intentando recordar las palabras que Yasmir (o la voz que hablaba a través de Yasmir) había dicho. ¿Había sido la calavera la que le había dicho adonde tenía que ir? ¿Era posible aquello?

«La daga se halla detrás de la luna astada. Tu camino espera en la oscuridad de la tumba.»

—El timonel dice que estaremos en la entrada del estrecho de los Esclavistas en pocas horas —continuó el guardia personal—. Quiere saber dónde atracaremos.

Malus volvió a mirar hacia el centro de la habitación, donde había visto la imagen fantasmagórica de su hermano. Urial se había escapado con su futura esposa, pero cuando había vuelto la vista hacia él, Malus había visto algo nuevo en los ojos color cobrizo de aquel hombre.

Miedo.

—Pon rumbo a Karond Kar —ordenó Malus, asintiendo, pensativo—. Debo hacer una visita a las moradas de los muertos.

3. La torre de los esclavos

El *Saqueador* navegaba con facilidad por las aguas picadas del Mar Frío, y su casco negro se deslizaba a través de las olas de color peltre con algo de su antigua elegancia. La luz del sol emitía destellos furiosos sobre el mar grisáceo, remarcando las crestas de las olas con un brillo plateado que hacía daño a los ojos después de tantas semanas de oscuridad y penumbra en el norte. El estrecho de los Esclavistas había quedado atrás hacía horas y casi toda la tripulación del barco estaba en cubierta, haciendo reparaciones y hablando unos con otros en voz baja y sibilante.

Los hombres en las jarcias estaban cantando alguna antigua saga marinera que databa de los tiempos de la perdida Nagarythe. Sus voces roncas cambiaban con el viento, como un coro de fantasmas afligidos. El barco machacado se abría paso por la accidentada costa norte, dejando atrás altos acantilados de tiza y calas boscosas siete millas a estribor. De vez en cuando, la oscura silueta de un dragón se estiraba lánguidamente desde lo alto de un acantilado y abría sus grandes alas membranosas antes de echarse a volar en el aire frío y despejado. Trazaban círculos en lo alto sobre el agua, buscando con ojos penetrantes lucios de mar con los que saciar su voraz apetito.

Karond Kar era un saliente afilado de roca gris, casi invisible desde el aire, todavía a unas leguas al norte y al oeste de donde se encontraban ahora. Apenas un tercio de su impresionante altura resultaba visible por encima de la rocosa línea de costa, pero como todas las ciudadelas druchii tenía un aire amenazador y autoritario, incluso a tanta distancia.

Malus estaba de pie en la proa del barco mientras la tripulación se afanaba en sus asuntos; miraba con expresión sombría la lejana torre y se preguntaba cuánto de lo que había dicho Urial sería verdad. No era de los que creían en las profecías o en las maquinaciones del destino; pocos druchii lo hacían, porque implicaba un grado de indefensión que les resultaba insoportable. La esclavitud era un signo de debilidad, incluso a escala cósmica. El hecho de que el templo de Khaine abrigara ese tipo de ideas, aunque fuera en secreto, ya resultaba bastante perturbador; peor aún era la idea de estar atado a ella.

Una cosa de la que estaba seguro era que su expedición a los Desiertos del Caos no había resultado el plan atrevido e inesperado que había creído. Se había enfrentado a los deudores y a una oposición secular después de su desastrosa incursión de tráfico de esclavos el verano anterior, y su hermana Nagaira lo había manipulado para que pensara que había una fuente de gran poder escondida en el norte con la que podía hacerse. Aquel poder había resultado ser el demonio, Tz'arkan, y más tarde había descubierto que ella, junto con su hermano Isilvar, pertenecían al culto proscrito de Slaanesh, que adoraba a Tz'arkan como uno de los príncipes más importantes de ese

dios. Habían pretendido usar sus ataduras con el demonio para sus propios fines, pero al final le había dado la vuelta a la situación, traicionándolos ante Urial y los guerreros del templo.

Nagaira había sido una hechicera de poder considerable y lo había manipulado aprovechando su desconocimiento de las artes arcanas. Sus actividades ilegales eran un secreto a voces en Hag y un asunto sobre el que se especulaba. Nadie sabía cómo podía haber aprendido tanto y tan de prisa fuera de los conventos de brujas de Naggaroth. Malus no tenía pruebas, pero cada vez estaba más convencido de que su madre Eldire había sido la maestra secreta de Nagaira.

Urial afirmaba también que Eldire era la causante de su deformidad. ¿Acaso ella estaba orquestándolo todo para que se ajustara a un plan secreto propio, o también era un peón ignorante de la supuesta profecía? Lo que aquello implicaba hacía que un escalofrío le recorriera la espalda.

—¿Hasta dónde llega todo esto? —se preguntó Malus—. ¿Y hacia dónde conduce?

—A la oscuridad —le susurró Tz'arkan—. La oscuridad espera, Malus. Nunca lo olvides.

Antes de que Malus pudiera decir nada más oyó ruido de pasos. El noble se giró mientras Hauclir se aproximaba; le clavó al guardia personal una mirada amenazadora.

—¿Qué pasa ahora, Hauclir? —dijo Malus con brusquedad.

El guardia personal se detuvo a una distancia prudencial e hizo una pausa, pensando bien lo que iba a decir.

—Nos estamos acercando a Karond Kar, mi señor.

—Sí, Hauclir, ya lo veo —gruñó el noble.

Hauclir hizo una mueca, cambiando, incómodo, el peso del cuerpo de uno a otro pie.

—Una vez que atraquemos no pasará mucho tiempo antes de que los agentes de Hag Graef descubran que Bruglir está muerto y su flota ha sido destruida. Vuestro padre se enterará poco después, me temo.

Malus se encogió de hombros.

—Es una posibilidad.

El guardia personal frunció el ceño, insatisfecho con la respuesta.

—¿Nos quedaremos en Karond Kar, entonces? Dijisteis algo anoche acerca de visitar las moradas de los muertos.

—¿Y qué pasa?

El guardia personal apretó la mandíbula, no muy seguro de cómo seguir.

—¡Suéltalo, maldita sea! —rugió Malus.

—Los nobles de antaño iban a las moradas de los muertos a buscar las

bendiciones de los Antiguos Reyes antes de ir a la guerra —contestó Hauclir, hablando precipitadamente—. ¿Es ése vuestro plan? ¿Entrar en guerra con vuestro padre?

Durante un instante, Malus no pudo hacer nada más que mirar con incredulidad el rostro atribulado del guardia personal.

—¡Claro!, lo has adivinado —dijo—. Voy a lanzar mi temible ejército de uno contra la casa del señor de la guerra más poderoso de Naggaroth. ¿Te has vuelto loco?

Hauclir se enfadó ante el tono que había utilizado Malus.

—Desde que entré a vuestro servicio os he visto infiltraros en el culto de Slaanesh, extorsionar al drachau de Hag Graef para que os concediera una cédula real y comandar una flota druchii para enfrentaros a la mayor banda de piratas de los mares del norte. En este momento, nada de lo que hagáis puede ya sorprenderme. — El hombre se cruzó de brazos y le devolvió la mirada a Malus—. ¿Por qué, entonces, las moradas de los muertos? ¿Pretendéis esconderos en la ciudad funeraria hasta que vuestro padre se olvide de vos?

El noble apretó los puños.

—Contén tu lengua impertinente, si no quieres que te la arranque —le advirtió Malus—. Resulta que hay algo en la ciudad funeraria que necesito y pretendo conseguir.

Hauclir abrió mucho los ojos.

—¿Así que pretendéis robar en las tumbas de los Antiguos Reyes?

—No lo sabré hasta que esté allí —contestó Malus—. ¿Cómo es que sabes tanto de la ciudad de los muertos?

El cambio de tema pilló al guardia personal desprevenido.

—Yo... leí un poco sobre ella cuando era joven —dijo.

—¿De veras? —Malus enarcó una ceja, pensativo—. ¿En tus lecturas se mencionaba algo acerca de un lugar con una luna astada?

—¿Una luna astada? No lo sé... —La voz del segundo bajó de tono mientras reflexionaba acerca de la pregunta. Ladeó la cabeza, mirando a Malus con curiosidad—. Si no recuerdo mal, uno de los príncipes de Nagarythe llevaba una luna creciente como símbolo de su casa. —El rostro del guardia personal se iluminó—. ¡Eleuril el Maldito! Ese era su nombre.

—¿El Maldito? —Malus suspiró—. ¿Por qué será que no me sorprende?

—Se dedicaba a asesinar a sus parientes, si no recuerdo mal. Mató a su padre, a su mujer y al padre de su mujer.

—¿Y?

—Y lo descubrieron.

—¡Ah!

—Según cuentan, fue estrangulado en su cama por el espíritu vengativo de su mujer. —Hauclir se encogió de hombros—. Por supuesto, eso es tan sólo una leyenda. Probablemente, la familia de su mujer hizo que lo asesinaran. De todos modos, es una buena historia. Si no recuerdo mal...

Malus lo interrumpió, agitando la mano.

—Una historia horrible, estoy seguro. ¿Por casualidad no mencionará una daga?

—Como estaba a punto de decir, mi señor —dijo Hauclir con tono perentorio—, Eleuril adoraba a Khaine y, si no me falla la memoria, fue uno de los primeros príncipes aquí en Naggaroth en convertirse a su culto. Esto sucedió en los primeros tiempos, cuando Malekith prohibió por primera vez a los hombres hechiceros y Eleuril era una especie de cazador de brujos. Le quitó la daga a un hechicero de Slaanesh llamado... Bueno, qué importa su nombre. No me acuerdo. De cualquier modo, pretendía usar la daga para asesinar a su parentela y echarles la culpa a los miembros del culto de Slaanesh. —Se encogió de hombros—. ¿Quién sabe? Quizá la daga estaba maldita.

—Ésa es la impresión que me da a mí —dijo Malus con expresión sombría.

Hauclir entornó la mirada con aire de sospecha.

—¿Vais detrás de la daga, no es así?

—¿Para qué querría yo semejante cosa?

—¿Qué querríais hacer con esa pequeña estatua que tenéis bajo llave en vuestro camarote, o ese extraño amuleto que tanto os inquietaba en el Hag? —El tono de voz del guardia personal era suave, pero la expresión de sus ojos oscuros se volvió resuelta de repente—. Me da la impresión de que os estáis tomando mucho trabajo para reunir una serie de objetos arcanos.

Malus dio un paso hacia Hauclir y deslizó la mano hacia la empuñadura de su espada.

—Tu mirada penetrante y tu mente recelosa te han servido bien, Hauclir..., siempre y cuando no las enfoques sobre mí —dijo tranquilamente—. Recuerda tu juramento y a quién sirves.

Hauclir se puso rígido.

—Por supuesto, mi señor —dijo, impasible—. ¿Cuáles son vuestros deseos una vez que atraquemos en el puerto?

Malus volvió la vista hacia la lejana torre.

—Eso dependerá del recibimiento que nos den —contestó con total calma—. Si se nos permite echar el ancla en el puerto, te quedarás a bordo y vigilarás el tesoro, mientras yo realizo algunas pesquisas. —El noble plegó los brazos contra el pecho—. Si algo va mal, no obstante, debes reunir mis posesiones del camarote del capitán y encontrarte conmigo en una casa de placer del barrio del Comercio llamada La Bruja Cortesana.

—¿Hay alguna razón para creer que algo pueda... ir mal, como decís?

El noble se encogió de hombros.

—Es posible que ofendiera a ciertas personas de alto rango la última vez que pasé por aquí.

Se hizo el silencio. Hauclir esperó, creyendo que Malus se extendería sobre el tema, pero el noble no dijo nada más.

—Muy bien, mi señor —dijo, al fin, el guardia personal; a continuación, se giró sobre sus talones y se alejó.

Tz'arkan emitió una risita falsa en la cabeza de Malus.

—Guardas los secretos como un demonio —dijo, admirado—. ¿No hay nadie en quien confíes?

Los labios del noble se curvaron en una expresión de asco.

—En estos momentos, ni siquiera confío en mí mismo.

El rompeolas de Karond Kar tenía casi cinco kilómetros de largo y estaba hecho de piedra extraída de las imponentes montañas que rodeaban la Torre de los Esclavos. Los señores de la torre pagaron enormes cantidades a un grupo de escultores para que tallaran la piedra en la base del rompeolas en forma de figuras de esclavos, de manera que sus cuerpos agonizantes y tensos parecieran surgir de las olas heladas para aguantar los bloques de piedra que mantenían a raya el Mar Frío. Durante cientos de años, el rompeolas había sido conocido como Neira Vor, el Gran Lamento. Cuando los corsarios druchii llegaban a la torre con las bodegas repletas de esclavos, éstos veían las estatuas tan realistas y dejaban escapar terribles lamentos, pensando que ése sería su destino. Los señores de la torre nunca se cansaban de aquella broma.

Karond Kar era la más lejana, siniestra y rica de las seis ciudades de Naggaroth, y disfrutaba de grandes riquezas como centro de intercambio de todos los esclavos que transportaban los invasores druchii por todo el mundo conocido. Era el lugar perfecto para servir de terreno neutral para la compra y venta del recurso máspreciado de la tierra, ya que la torre estaba demasiado lejos, era muy difícil que un ejército accediera a ella por tierra y poseía una poderosa flota propia para repeler los asaltos por mar. Los seis señores de la torre eran viejos y poderosos druchii, designados por el Rey Brujo, provenientes de cada una de las seis grandes ciudades, y de esa manera, disfrutaban de la misma influencia en los consejos de los drachau de la torre. Había agentes de todas las casas más poderosas de Naggaroth que tenían residencia fija en la ciudad comercial al pie de la torre, y durante el verano, se triplicaba la población, ya que los comerciantes menores realizaban el viaje de dos semanas por mar para comprar suministros para el año siguiente.

Era la temporada baja de incursiones y el fondeadero de la torre estaba prácticamente vacío. Casi todos los invasores druchii pasaban el invierno en la ciudad de Ciar Karond y seguramente acababan de partir en sus naves hacía pocas semanas.

La parte oriental del fondeadero estaba en penumbra por las sombras que proyectaban los cascos de la flota que defendía la torre, barcos de casco alargado y elegante que guardaban cierto parentesco con el estropeado *Saqueador*. Malus observó desde la cubierta del puente de mando mientras uno de los barcos de la torre levaba anclas y desplegaba las velas. La cubierta del barco estaba abarrotada de guerreros, y la luz del sol proveniente del norte se reflejaba en sus armaduras de bien definidas placas y en las puntas de sus lanzas.

Hauclir se apoyó en una de las ballestas fijadas a la popa, con los brazos cruzados, mirando con aprensión el barco de guerra que se aproximaba.

—¿Es esto normal?

Malus asintió.

—Querrán inspeccionar la carga por si hay alguna enfermedad, buscar buenas oportunidades para proponer a sus jefes, amenazarnos para obtener algún que otro soborno, ese tipo de cosas. —Miró de reojo al guardia personal—. Todo lo que solías hacer en Hag Graef, pero sobre el agua.

El antiguo capitán de la guardia asintió, comprendiendo.

—¿Saco algunas monedas de la bodega?

Para su sorpresa, Malus negó con la cabeza.

—¿Recuerdas aquellos trofeos que guardábamos en la bodega de popa? Llévate a algunos hombres y que los saquen a la superficie cuando lleguen los inspectores.

Hauclir hizo una mueca, pero asintió.

—Como deseáis, mi señor. —Se dirigió a la barandilla que daba a la cubierta principal y, gritando, dio unas cuantas órdenes con voz militar, para descender a continuación.

El barco de guerra los alcanzó en cuestión de minutos; les pasó por la proa y dio la vuelta para situarse después a estribor. Los guerreros y los oficiales que se apelotonaban en la barandilla del barco miraban a Malus y al *Saqueador* atentamente, fijándose en los daños que había sufrido el barco y en el estado de la tripulación. En un momento dado, la mirada del noble se cruzó con la de un oficial alto y de aspecto imponente que estaba de pie junto al timón del barco que pasaba. El noble inclinó la cabeza a modo de saludo, pero sólo obtuvo una mirada feroz y llena de arrogancia como respuesta.

Después de completar su detallada inspección, el barco de guerra de la torre atravesó la estela del *Saqueador* y se deslizó por el lado del puerto. Un marinero druchii de anchos pectorales curvó las manos alrededor de su boca y bramó:

—¡Arriad velas y echad el ancla en nombre de los señores de la torre y preparaos para ser abordados! —El tono de voz de aquel hombre dejaba claro lo que pasaría si la tripulación del *Saqueador* no lo hacía.

—¡Arriad velas! —ordenó Malus, lo suficientemente alto como para que se lo

oyera en ambas naves.

La agotada tripulación se puso en marcha y, en pocos minutos, las velas rasgadas del barco estaban recogidas. Para cuando el ancla de popa cayó al agua de la bahía, el barco de guerra de la torre había hecho descender un bote largo cargado de tropas que los remeros hacían avanzar sobre las olas entre los dos barcos.

Malus respiró profundamente. Por un instante, se preguntó si quizá debería haberle ordenado a Hauclir que preparase un soborno, pero descartó la idea.

—Bajad las escalas y preparaos para recibir al grupo de inspección —ordenó, y a continuación, se dirigió a la cubierta principal para esperar la llegada del inspector.

El bote largo llegó junto a ellos en pocos minutos y tan pronto como su casco golpeó contra el lateral del *Saqueador* tensaron las escalas de cuerda y los hombres armados pasaron por encima de la barandilla de babor. Los guerreros formaron una fila de rostros severos a lo largo de la barandilla, con las espadas desenvainadas. Al contrario que muchos corsarios, los hombres de la torre llevaban una armadura completa de placas sobre el kheitan y la cota de malla, lo cual les daba mayor protección, siempre y cuando no cayeran por la borda. Malus se fijó en que la armadura era de alta calidad, cubierta por un esmalte verde como el mar y decorada con la insignia de un dragón enroscado alrededor de una torre estrecha, el símbolo del mismísimo drachau de Karond Kar.

Diez hombres armados se agolpaban en la cubierta principal con las armas apuntando hacia afuera, antes de que el inspector en persona apareciera sobre la barandilla. Malus se sorprendió al ver que era el mismo capitán. El oficial llevaba una pesada capa de piel de dragón, fijada a su armadura con broches de oro con forma de dragones marinos. Su armadura verde mar estaba decorada con una serie de ostentosas inscripciones, y las empuñaduras de sus espadas gemelas llevaban gemas incrustadas. Parecía muy joven para ser capitán de barco, y su rostro no presentaba cicatrices de batalla. «Eso quiere decir que tiene buenos contactos», dedujo Malus.

El oficial druchii subió a bordo del *Saqueador* y se dio cuenta del estado de la cubierta principal de un solo vistazo mientras fruncía el entrecejo. El capitán era alto y fibroso, de rostro demacrado y una nariz afilada y puntiaguda. Sus ojos brillaban como trozos de obsidiana mientras manoseaba los guanteletes de su armadura y clavaba en Malus una mirada crítica.

—¿Dónde está vuestro capitán? Soy Syrclar, hijo de Nerein el Cruel, drachau de Karond Kar. —Miró a Malus de arriba abajo, con una mueca desdeñosa—. No tengo por costumbre hablar con subalternos.

En ese momento, Malus hubiera deseado arrojar a aquel hombre al mar, pero en vez de eso consiguió sonreír con frialdad.

—Tengo el honor de comandar este barco, lord Syrclar —dijo con una leve reverencia.

Una expresión consternada asomó al rostro de Syrclar. —Pero éste es el *Saqueador*. Lo reconocería en cualquier parte.

—Así es, mi señor.

—Entonces, ¿dónde está Bruglir, hijo de Lurhan, el vaulkhar? Éste es su barco.

La sonrisa de Malus se hizo más amplia.

—¡Ah!, ahora entiendo vuestra confusión, señor. Bruglir murió luchando en una campaña contra los skinriders al norte.

Justo en ese momento las puertas de la ciudadela se abrieron, y Hauclir apareció a la cabeza de un grupo de marineros, arrastrando varios fardos envueltos en lonas manchadas. Malus hizo una seña a Hauclir.

—Os complacerá saber, señor, que la campaña tuvo éxito.

Antes de que el joven druchii pudiera contestar, Hauclir arrojó uno de los fardos a sus pies. Cuando se abrió, quedó a la vista un montón de cabezas cortadas, en descomposición y cubiertas de sangre seca, que despedían un olor hediondo. Los guardias de Syrclar retrocedieron ante semejante hedor; muchos murmuraron entre dientes maldiciones u oraciones a los Dragones de las Profundidades.

Malus se agachó y observó las cabezas como si fuera un sirviente comprando melones en el mercado. Cogió una de las más grandes y se la arrojó al joven capitán.

—Tomad, lord Syrclar, con mis respetos. Colgadla de una pica en el barrio de los Esclavistas como señal de que los skinriders ya no nos molestarán más.

—¡Por los Dragones de las Profundidades! —exclamó Syrclar mientras el macabro trofeo golpeaba con un ruido blando contra su pechera y dejaba una mancha marrón sobre el esmalte verde.

Luego, la cabeza golpeó contra la cubierta y rebotó sobre los pies de los guardias, lo que hizo que se dispersaran en todas direcciones. La tripulación del *Saqueador* que estaba en cubierta observó la confusión de aquellos hombres y dejó escapar una risa burlona entre dientes.

Syrclar palideció de ira mientras frotaba frenéticamente los fluidos que ensuciaban su armadura.

—¿Estáis loco? ¿A quién se le ocurre traer estas cosas apestosas a bordo?

—Tenemos suficientes trofeos abajo para decorar las murallas de todas las ciudades de Naggaroth —dijo Malus, orgulloso—. Pensamos que sería lo adecuado, como símbolo de la gran victoria de Bruglir.

—¡Estarán infectados con alguna enfermedad, estúpido! —exclamó Syrclar—. Podríais estar todos contagiados.

Malus miró a sus hombres, sabiendo que eran conscientes de que Urial había desinfectado los cuerpos completamente antes de llevarlos a bordo. Se volvió hacia Syrclar con una mirada de estudiada inocencia.

—Pero ninguno de nosotros se ha puesto enfermo —dijo tajantemente—. Bueno,

excepto Irhan y Ryvar. —El noble miró de manera significativa a Hauclir.

El guardia personal lo comprendió en seguida.

—Pero encerramos a Ryvar en el almacén de popa cuando empezó a caérsele la piel a trozos —dijo, inexpresivo.

Syrclar abrió los ojos, aterrorizado.

—¿Y qué hay de Irhan? —preguntó.

—Bueno, no hubiera sido correcto encerrarlo, temido señor. Era el cocinero.

El joven druchii presionó la superficie de su pechera con una mano temblorosa.

—¡Volved al barco! —Ordenó a sus hombres—. ¡De prisa! —Mientras comenzaban a retirarse pasando por encima de la barandilla, Syrclar apuntó imperiosamente a Malus —: ¡Echad el ancla aquí, en la bahía! No intentéis atracar en el muelle, o usaremos el aliento del dragón y os quemaremos enteros.

—Pero nos harán falta comida y suministros —dijo Malus con voz apenada—. Estos hombres necesitan bajar a tierra...

—Lo que vuestros hombres necesitan es un sacerdote —dijo Syrclar, con la voz tensa por la ira—. Si tienen sentido de la decencia, rezarán para que los dragones os maldigan a vos y a vuestra casa hasta el fin de los tiempos. —Casi una cuarta parte del grupo de inspección había desaparecido, y el joven capitán estaba pasando ya una pierna por encima de la barandilla. Se detuvo un instante, y le lanzó a Malus una mirada furiosa—. ¿Cuál es vuestro nombre? Mi padre, el drachau, tendrá noticias de esto.

El noble reprimió un gesto de consternación. «El truco ha estado a punto de funcionar a la perfección», pensó, suspirando por dentro.

—Malus, hijo de Lurhan, el vaulkhar de Hag Graef —dijo con expresión grave.

Syrclar hizo una pausa.

—¿Tú eres Malus? ¿Ese al que llaman Darkblade?

—Lo soy —respondió el noble sin esforzarse en esconder su enfado.

El joven oficial estudió a Malus un instante; se debatía entre la indecisión y el miedo. Finalmente, volvió a pasar la pierna por encima de la barandilla y les hizo un gesto a los hombres que quedaban.

—Apresadlo —les ordenó.

Hauclir se puso delante de Malus, con semblante grave y con las manos preparadas para sacar las armas. Malus lo detuvo posando una mano sobre su hombro.

—Recuerda mis órdenes —dijo en voz baja, empujando a su guardia personal a un lado—. ¿Prenderme? —dijo Malus al joven oficial—. ¿Con qué cargos?

—¿Acaso no erais el capitán del corsario *Espada Espectral* el verano pasado?

El noble respiró profundamente.

—Lo era —dijo.

—¿Y no volvisteis a Naggaroth hace cinco meses con un cargamento de carne?

—Sí —admitió Malus.

—Pero no os detuvisteis aquí, tal y como marca la ley de la comarca. Los señores de la torre reciben un diezmo de todos los cargamentos de esclavos que se traen a Naggaroth, aunque no sean vendidos aquí.

—Soy perfectamente consciente de las leyes —dijo Malus, lacónico—. Sencillamente, decidí ignorarlas.

Syrclar le dedicó al noble una sonrisa lobuna.

—Entonces, fuisteis doblemente estúpido al volver aquí, infectado o no —dijo—. Los señores de la torre tienen excelente memoria y no olvidan a aquellos que los agravian —asintió con la cabeza a sus hombres.

Dos guerreros rechinaron los dientes y cogieron a Malus por los brazos, mientras un tercero lo despojaba de sus armas.

—Por la ley de la torre seréis prisionero en las mazmorras de Karond Kar hasta que vuestros parientes paguen el diezmo que retuvisteis —dijo Syrclar con una sonrisa satisfecha—. No me cabe duda de que vuestro padre el vaulkhar no malgastará su tiempo en pagar vuestra fianza, así que no tendréis que pasar más de un mes encadenado.

Los caballos piafaban y resoplaban sobre los adoquines del muelle, molestando a las gaviotas que se posaban con su comida en las filas de estatuas alineadas frente al muelle. Éstas graznaban, desdeñosas, desde los yelmos y las hombreras de las armaduras de los corsarios de piedra, o daban saltitos sobre las espaldas de los esclavos tallados inclinados bajo el peso de las cadenas de granito. Syrclar y sus hombres no prestaron atención a los pájaros, esperando con impaciencia en sus monturas mientras dos marineros ayudaban a Malus a subir a la suya. Cuando estuvo sentado, uno de los marineros le ató las manos a una argolla en la parte trasera de la silla de montar con varias vueltas de cuerda cubierta de alquitrán y un nudo bien apretado. El segundo marinero le pasó las riendas a uno de los hombres de Syrclar, que asintió con la cabeza a su amo. El joven señor levantó la mano.

—*Sa'an'ishar* —exclamó—. ¡Formad y emprended la marcha!

Unos minutos después la procesión comenzó a abrirse paso por el muelle y se dirigió a la calle Dolorosa.

Malus sintió cómo se removía el demonio mientras su caballo se ponía en marcha casi al final de la fila.

—Parece que una vez más has conseguido superarte —se burló Tz'arkan—. ¿De verdad pensabas que ese pequeño necio no iba a preguntar tu nombre?

—Era un riesgo calculado —susurró entre dientes—. Y casi funcionó.

—Casi funcionó —repitió el demonio con voz burlona—, o lo que es lo mismo, falló.

—No del todo. Al menos el barco está aislado. La tripulación no podrá largarse con el oro. Y conseguí bajar a tierra, lo que me acerca un poco más a mi objetivo.

—¿Pretendes decirme que esto forma parte de tu plan?

Malus rechinó los dientes.

—No del todo —admitió.

La procesión llegó al final del muelle oriental y torció por una amplia avenida que conducía tierra adentro en dirección a la torre. Aquél era el principio de la calle Dolorosa, el camino que tomaban todos los esclavos mientras los conducían hacia el mercado como a reses y el camino que todos seguían de vuelta a los barcos que los llevarían con sus dueños por todo Naggarth. Era media tarde y la avenida estaba casi desierta. Algunos grupos de mercaderes cubiertos con gruesas capas, que llevaban carretas cargadas con herramientas y se dirigían hacia los muelles o salían de ellos, dejaban bien despejado el camino a las tropas armadas y a caballo mientras pasaban. Una compañía de guardias se cruzó con ellos; llevaban las lanzas sobre el hombro. Su oficial saludó a Syrclar con una inclinación de cabeza y miró a Malus con recelo en tanto avanzaban hacia los muelles.

La avenida tenía unos noventa metros de largo, y a ambos lados estaban las fachadas altas y estrechas de las tiendas, que ofrecían de todo, desde barriles a galletas; con tan pocos barcos en el puerto no hacían demasiado negocio. Los peones estaban fuera sin nada que hacer, jugando a los dados o a los huesos, o fumando en pipa y hablando en voz baja.

Malus estudió las tiendas atentamente, tratando de acompañarlas a la imagen mental que tenía de muchos años atrás. No había estado en Karond Kar desde su crucero iniciático, y gran parte del tiempo que había estado en tierra lo había pasado bastante borracho. Intentó recordar dónde estaba La Bruja Cortesana entre todas aquellas calles tortuosas y callejones del barrio de los Esclavistas y, por primera vez, se dio cuenta de que tal vez no existiera después de tanto tiempo.

Al final de la hilera de tiendas, la avenida se abría hacia una enorme plaza, que estaba dividida en filas de corrales vacíos y plataformas elevadas. Ésta era la primera y más grande de las plazas de esclavos, donde se traían los cargamentos y se calculaba su valor. Los esclavos aptos para oficios o trabajos duros se llevaban a continuación a la plaza que estaba al este. La procesión siguió a través de aquel espacio vacío, donde el eco hacía resonar el paso de los caballos, y dirigiéndose más al norte, se adentró en una calle más estrecha y sumida en la oscuridad gracias a las altas casas que la bordeaban. Un destello acudió a la memoria de Malus. «Sí —pensó—, esto me resulta familiar.»

La calle no era del todo recta; las ciudades druchii solían ser laberintos diseñados para confundir y matar a los intrusos. Los caballos se adentraron en la oscuridad bajo las altas casas, dominados por balcones y troneras a cada paso que daban. Los

servientes y los mensajeros iban de un lado a otro atendiendo sus asuntos entre las residencias de los mercaderes y los talleres, agachándose en las entradas o en callejones para dejar que los jinetes pasaran.

Delante de Malus apareció una casa alta a la derecha, con la puerta tachonada de metal y decorada con un dragón de piedra en el arco. La cabeza amenazante del dragón sobresalía tanto que muchos de los guerreros que iban a caballo tuvieron que agacharse mientras pasaban. Más recuerdos emergieron: «¡El dragón! Recuerdo haberme dado en la cabeza con esa maldita cosa —pensó el noble—. Habrá una bifurcación de la calle principal un poco más arriba. Allí es donde tendrá que ocurrir».

Las manos enguantadas del noble se agarraron con más fuerza a la silla. Miró por encima del hombro. Había cuatro hombres en la parte de atrás, dos de ellos con ballestas sobre el regazo. Serían la verdadera amenaza.

Malus se irguió sobre la silla, intentando ver la calle secundaria. El guerrero que iba delante de él lo miró con el ceño fruncido a modo de advertencia y asió con más fuerza las riendas del caballo de Malus.

—Despierta, demonio —susurró Malus—. Necesito tu poder.

Tz'arkan se revolvió contra las costillas de Malus.

—Por supuesto —dijo con tono meloso—. Siempre a tu disposición, Malus; no sabes lo contento que estoy de ver que confías en mí en tiempos de necesidad.

—Cállate —rechinó Malus, enormemente molesto porque el demonio tenía razón. ¿Cómo había llegado al punto en el que el poder del demonio era una arma más de su arsenal?

La calle secundaria apareció antes de que se diera cuenta; era un callejón claustrofóbico que salía hacia la izquierda en ángulo desde la calle principal. El noble apretó los puños.

—¡Ahora! —dijo.

Un hielo negro martilleó en sus venas. Malus sintió que le ardían los ojos y que sus músculos reptaban como si fueran serpientes por debajo de su piel. A través de sus apretados dientes, empezó a salir vapor, y el noble se inclinó sobre su silla para aferrarse con fuerza, ya que el caballo había notado el cambio que se había producido en él y empezaba a volverse loco de terror.

4. La casa del placer

El caballo que llevaba a Malus se encabritó y empezó a resoplar; aterrorizado, se alzó y comenzó a sacudir la cabeza. El guerrero que llevaba la montura se cayó de la silla y fue arrastrado por los adoquines, atrapado por las riendas que se había enrollado alrededor de la mano. En el aire resonaron más relinchos cuando otros caballos del grupo notaron el olor del noble y fueron presas del pánico.

Entre las paredes, muy cerca las unas de las otras, resonaban rudas maldiciones y órdenes dadas a gritos, mientras los guerreros druchii intentaban retomar el control de sus monturas. Malus luchó para permanecer sentado, con la cabeza inclinada sobre el cuello del caballo encabritado mientras éste giraba y corcoveaba. Rechinó los dientes al mismo tiempo que trataba de deshacerse de las cuerdas que ataban sus muñecas. Un dolor intenso le recorría los brazos en tanto tiraba de las cuerdas sin conseguir soltarlas.

El virote de una ballesta le pasó zumbando junto a la cabeza; lo hizo lo suficientemente cerca como para que notase una ráfaga de aire. Malus vislumbró a uno de los guerreros de la parte trasera de la fila, con el pálido rostro desfigurado por la ira mientras tiraba de las riendas de su caballo e intentaba disparar la ballesta con una sola mano. Observó, impotente, mientras el dedo del guerrero se cerraba sobre el gatillo y se le hizo un nudo en el estómago cuando el arma se disparó con un ruido seco apenas audible. En ese mismo momento, el caballo del ballestero dio un respingo hacia la derecha, lo que impidió que el hombre apuntara. El proyectil pasó junto a la cabeza de Malus como una mancha oscura, seguida por el inconfundible crujido de una cabeza impactando contra chapa de acero. Un hombre gritó y el olor a sangre llenó el reducido espacio.

Malus cerró los ojos y concentró su voluntad en las cuerdas que le cortaban la piel. El dolor de las muñecas sólo hacía que creciera su enfado; cuanto más le dolían más tensaba las cuerdas. Sangre tibia fluía por la fría piel de sus brazos; a continuación, notó un dolor intenso y algo que reventó súbitamente, y la cuerda cayó de sus manos ensangrentadas.

El noble intentó frenéticamente alcanzar las riendas mientras los guerreros a su alrededor daban la alarma. Una mano se cerró sobre su tobillo, y al mirar hacia abajo, Malus vio el rostro vociferante del guerrero druchii que había estado llevando a su caballo momentos antes. El hombre todavía tenía las riendas de Malus bien agarradas, y ahora trataba de tirar al noble de la montura. Malus liberó su bota y le dio una patada en la cara al guerrero. Hubo huesos rotos y la sangre manchó las patas del caballo mientras el hombre caía hacia atrás sobre los adoquines. Arrancándole las riendas de la mano al druchii inconsciente, Malus giró la cabeza del caballo para dirigirse hacia la calle secundaria.

—¡Corre, maldito jamelgo! —rugió, espoleando los flancos del caballo.

El animal se puso en marcha de un salto, relinchando de terror, lo que hizo que los criados y los comerciantes se refugiaran precipitadamente en los umbrales de las puertas y en los callejones mientras corría a gran velocidad por una calle tan estrecha que apenas le permitía el paso.

Maldiciones iracundas y gritos llenos de miedo resonaron a espaldas de Malus; en un momento dado, un cuenco de cerámica estalló contra la pared, cerca de su cabeza, pero eso sólo hizo que espoleara aún más a su caballo, sabiendo que la ventaja sobre sus perseguidores era de escasos segundos. Se estrujó el cerebro en busca de recuerdos mientras las puertas y los balcones pasaban rápidamente ante sus ojos. Pensó que había un desvío..., hacia el norte, pero ¿a qué distancia? Un sirviente que llevaba una cesta de mercancías del mercado se cruzó en el camino del caballo. Logró esquivarlo y empezó a gritar obscenidades mientras corría buscando la seguridad de un portal.

Gruñendo como un lobo, el noble cargó contra la figura que huía; arrojó al hombre contra un muro de piedra y lanzó por los aires una lluvia de fruta y carne. Malus volvió la vista atrás para ver la silueta maltrecha del sirviente, que rebotaba en el muro y caía redonda en medio de la calle. La puerta de la casa ya estaba abierta y otros dos sirvientes se apresuraron a salir para atenderlo, lo cual obstruyó el camino aún más.

Malus a punto estuvo de pasarse de largo la entrada a la calle de la derecha; tiró de las riendas justo a tiempo y las herraduras del caballo levantaron chispas al derrapar sobre los adoquines. El animal chilló y corcoveó, intentando tirarlo de la montura, pero gracias a la fuerza del demonio se sujetó a su lomo como una sanguijuela. Un gran alboroto que procedía del lugar del que había venido le dijo a Malus que sus perseguidores estaban a punto de alcanzarlo. Miró hacia la calle norte frenéticamente, buscando detalles que le resultaran familiares, pero no encontró ninguno. Maldiciendo entre dientes, espoleó la montura calle arriba en el mismo momento en que un guerrero druchii con una lanza apareció galopando por el camino por el que Malus acababa de pasar.

El guerrero arrojó su arma con un grito furioso, y Malus extendió la mano esperando cogerla al vuelo. La punta de la lanza pasó por encima de los omóplatos de Malus, arrancó anillas de la cota de malla y lo desequilibró ligeramente sobre la montura. Su mano intentó agarrar la lanza por el mango, pero el arma le rebotó en la palma, golpeó contra el muro que había enfrente y cayó fuera de su alcance mientras el caballo salía disparado hacia el norte calle arriba. El guerrero desenvainó una espada curva y lo siguió, aullando como un espectro vengativo. Más jinetes entraron en la calle y causaron un gran estruendo. Al igual que el guerrero, comenzaron a perseguirlo.

Un proyectil de ballesta rebotó contra la pared que había a la derecha de Malus y fue a dar contra el saliente de piedra que había sobre una entrada estrecha, lo que hizo caer fragmentos de muro sobre él. Esa calle era algo más ancha que la anterior, lo que daba cabida a dos caballos. Había más transeúntes druchii que entraban y salían de las tiendas alineadas en la calle. Muchos eran sirvientes domésticos, como se podía ver por las torques que brillaban en sus cuellos, mientras otros eran nobles, comerciantes o soldados fuera de servicio. Los sirvientes se dispersaron al oír el ruido de los caballos al galope, mientras los soldados miraban a Malus con curiosidad y desconfianza, y echaban mano de la empuñadura de sus espadas.

—¡Fuera de mi camino, malditos! —les gritó Malus a los que se cruzaban por delante, deseando por la Madre Oscura tener una arma en la mano para añadir algo de peso a la orden.

Más arriba, un soldado se opuso claramente al tono de Malus y desenvainó la espada. Al noble se le secó la boca. Hizo amago de cargar hacia el hombre, pero éste se mantuvo firme. En el último momento, Malus se desvió hacia la izquierda, y el soldado describió un arco con la espada. Partió la rienda derecha del caballo y pasó rozando el flanco del noble. Varias anillas metálicas se desprendieron con un crujido seco, pero la armadura y el grueso kheitan de cuero que llevaba debajo absorbieron el impacto. Malus maldijo con fiereza al hombre mientras pasaba junto a él como una exhalación, y obtuvo un gesto obscuro a cambio.

—Lo que daría por una espada —murmuró, enfadado.

Malus se aferró aún más a un mechón de crines del caballo con la mano derecha e inspeccionó las fachadas de las tiendas que había en la calle. Recordó una fila de tabernas que conducían a La Bruja Cortesana, pero lo único que vio fueron panaderías y pescaderías. Sufrió un apretón en el estómago al pensar que había tomado un camino equivocado.

—¿Quieres una espada? Nada más fácil —dijo Tz'arkan con voz tranquila y maliciosa.

«¡Sí!», pensó al instante, pero la palabra se le atragantó cuando recordó de qué modo le había proporcionado el demonio los medios para navegar por el laberinto allá en la isla del Morhaut.

—Pero no necesito una espuela de hueso afilado que me salga de la muñeca —dijo con brusquedad.

—No tiene que salir de tu muñeca...

—Déjame a mí lo de las armas, demonio —gruñó Malus.

El noble hizo describir al caballo un giro cerrado para tomar un desvío... y fue directamente hacia un grupo de obreros que estaban junto a un bloque de mampostería caído.

Malus tiró bruscamente de las riendas con un grito sobresaltado, pero el caballo

iba demasiado de prisa como para poder parar. Los esclavos humanos y enanos se apartaron a izquierda y derecha mientras gritaban alarmados, y los látigos restallaron en tanto los supervisores druchii intentaban mantener en orden su mercancía. Uno de los esclavos no se movió con suficiente rapidez y fue arrollado por los cascos del caballo; sus gritos desgarradores se interrumpieron rápidamente cuando una de las herraduras le partió el cráneo en dos como una sandía.

La pila de ladrillos se desparramó por un tercio de la calle. Era parte de la fachada de una casa que se había desmoronado con una avalancha de piedras. Sin más opciones a la vista, Malus se inclinó sobre la silla y espoleó el caballo, haciéndolo subir por la inestable pila de ladrillos. El caballo trepó valerosamente hasta la cima, buscando apoyo con los cascos ensangrentados. Cerca de la cima, el caballo comenzaba a desfallecer cuando un látigo restalló sobre el brazo izquierdo de Malus con un chasquido. El noble rugió de dolor, pero el sonido sobresaltó al animal lo suficiente para que redoblara sus esfuerzos, de tal modo que se abalanzó sobre la cima del promontorio y se lanzó desde arriba.

Desgraciadamente para Malus, sus perseguidores conocían las obras. Cuando doblaron la esquina trazaron un ángulo hasta la parte más alejada del promontorio, y mientras el caballo del noble descendía por la parte opuesta de la pila de escombros, Malus vio que dos jinetes ya iban ligeramente por delante de él. Uno era el espadachín que había visto antes; el otro llevaba una lanza en ristre, listo para arrojarla o clavarla. Uno de ellos, el espadachín, era mejor jinete. Sorteaba con su montura esclavos aterrorizados y pequeños montones de piedra, y alcanzó a Malus justo cuando su caballo bajaba los últimos metros del promontorio de ladrillos.

Malus se echó a un lado mientras un tajo de revés lo alcanzaba justo debajo del omóplato. Maldiciendo con fiereza, espoleó al frenético caballo para que fuera más de prisa, pero el espadachín mantuvo el ritmo, inclinándose sobre los estribos y tirando un tajo con la espada hacia abajo. La hoja alcanzó a Malus con fuerza en el hombro izquierdo, justo debajo de la clavícula, y una punzada de dolor le recorrió la espalda mientras el filo le atravesaba la cota de malla y el kheitan. El noble sintió cómo el brazo se le quedaba entumecido por el golpe, y justo en ese momento, el caballo gritó de dolor y giró bruscamente a la izquierda, cruzándose en el camino del espadachín.

Ambos caballos chocaron en medio de un coro de gritos angustiados y fieros juramentos de sus jinetes. El caballo del espadachín druchii golpeó al de Malus en el pecho y el hombro, y por un angustioso instante el noble temió que su caballo resultara golpeado en el flanco. Así pues, ambos caballos forcejearon, encabritándose y lanzándose mordiscos con sus enormes dientes cuadrados. Malus luchó por mantenerse sobre la silla, incluso cuando el espadachín de la torre le lanzó un torpe tajo a la cabeza.

Los instintos que tanto le había costado entrenar avisaron a Malus justo en el último momento. Agachó la cabeza hacia un lado, y el golpe volvió a aterrizar en su hombro herido. Un dolor intenso bajó desde el cuello a la articulación del hombro. Desesperado, soltó las riendas y con la mano izquierda intentó agarrar el arma. Su mano se cerró por pura suerte sobre la parte de atrás de la espada de un solo filo; sintió el borde de la hoja contra las puntas de sus dedos cuando agarró el arma y tiró de ella. Con la gran fortaleza que le insuflaba el ímpetu guerrero y los terribles dones del demonio, casi sacó al sorprendido espadachín de su montura; lo arrastró hacia adelante, y su muñeca quedó al alcance de Malus. El noble dejó ir la espada con la intención de alcanzar la muñeca del hombre y obligarlo a que soltara el arma, pero justo entonces el caballo de Malus mordió al otro en el cuello. La montura del espadachín dio un respingo hacia atrás y relinchó; el hombre cayó de la silla. El caballo de Malus se detuvo por un momento, pero de pronto saltó hacia adelante y huyó de la batalla. Malus intentó en vano apoderarse de la espada mientras ésta caía fuera de su alcance; luego luchó por mantenerse sobre la silla en tanto su caballo galopaba calle arriba y torcía bruscamente por un desvío.

Malus supo distinguir al instante que algo iba mal en la manera de andar del caballo; al mirar hacia atrás vio una lanza de mango negro clavada profundamente en la grupa del animal. Lo único que hacía que el caballo siguiera avanzando era el miedo, pero el noble supo que no duraría mucho más. Aún peor, vio que los edificios habían pasado de ser tiendas a ser residencias, y muchas estaban cerradas o en bastante mal estado. Definitivamente se encontraba en la calle equivocada. Para su sorpresa, el noble comprobó que el ruido de cascos se iba diluyendo a sus espaldas. No podía imaginar por qué, pero no iba a poner en duda su fortuna. El caballo iba cada vez más despacio cuando llegaron a otro brusco desvío. «Con suerte —pensó—, podré encontrar un callejón un poco más arriba y continuar a pie.»

Dobló la esquina... y vio al instante por qué sus perseguidores habían pasado de largo. La calle seguía durante unos quince metros más y terminaba en una serie de balcones de hierro. Lo tenían acorralado.

Malus tiró torpemente de la única rienda, obligando al caballo medio muerto a detenerse con un traspié. Miró, desesperado, a su alrededor buscando alguna salida. Podía oír a sus perseguidores dándose órdenes unos a otros en voz baja mientras conducían sus monturas hacia la esquina. Estarían encima de él en cualquier momento.

El noble oyó que una puerta se abría en lo alto. Vio que dos niños nobles salían apresuradamente al balcón y lo miraban, parlotando, excitados. Malus enseñó los dientes. Le habría gustado tenerlos al alcance de la mano.

Tuvo una idea. Hizo girar el caballo en redondo y estudió los barrotes forjados. «Parece arriesgado —pensó—, pero no más que una espada en las entrañas.»

Malus acercó el caballo tambaleante a uno de los muros de piedra y dejó que se detuviera temblando. El primero de los jinetes torció en la esquina con la lanza preparada. El noble se agarró a la silla y subió la pierna izquierda. Pisando con cuidado, se puso de pie sobre el lomo del animal.

El demonio rió entre dientes cuando Malus extendió los brazos para equilibrarse.

—Pareces una de esas horribles gaviotas —dijo Tz'arkan—. ¿Es esto una especie de extraña rendición o pretendes volar por encima de tus captores?

—Algo así —dijo Malus con una sonrisa cínica.

Justo cuando el lancero que iba en cabeza preparó su arma para lanzarla, el noble respiró profundamente, dobló ligeramente las rodillas... y saltó.

Sin la repugnante fuerza del demonio que recorría sus miembros no habría tenido ninguna oportunidad. De hecho, apenas alcanzó con las puntas de los dedos la barandilla de hierro del balcón, que estaba a tres metros por encima de su cabeza. Se agarró al metal oxidado como a un clavo ardiente, apretando los dedos con gran dolor contra las barandillas de bordes afilados. Con un gran esfuerzo, acompañado de un gruñido, consiguió subir. Más abajo, el lancero dejó escapar un grito de asombro; un momento más tarde la lanza chocó con gran estruendo contra la pared que quedaba a la derecha de Malus.

Malus se enderezó y echó un vistazo por encima de la barandilla..., sólo para volver a agacharse en el momento en que un proyectil rebotaba en el hierro. Se oyeron gritos de enfado provenientes del final del callejón. Malus sonrió. A menos que Syrclar tuviera un subalterno poseído por un demonio lo iban a tener difícil para atraparlo.

Por supuesto, todavía le quedaba mucho por escalar.

El noble divisó su próximo destino: otro balcón, a unos dos metros por encima y a tres del edificio contiguo. Antes de que el balletero pudiera recargar, se subió sobre la barandilla, respiró profundamente y saltó en el aire con un grito salvaje. Alcanzó su objetivo con facilidad; se agarró a la barandilla con ambas manos y saltó por el lateral. De inmediato, miró hacia el balcón de la casa de al lado. Estaba a unos tres metros por encima y en diagonal de donde estaba agachado. Los dos niños druchii lo observaban, asustados, con los ojos abiertos. Les dedicó una sonrisa feroz y huyeron al interior, despavoridos y dando voces.

Esa vez los hombres de Syrclar estaban preparados. Saltó en medio de una lluvia de flechas y lanzas que zumbaban a su alrededor como un enjambre de avispas. Lo hizo con facilidad. De hecho, parte de él se emocionó al sentir el viento en la cara y la manera en que su cuerpo lo llevaba de un balcón a otro sin esfuerzo. Le dolía terriblemente el hombro en el punto donde la espada había atravesado su armadura, pero eso contribuía a que se sintiese aún más vivo. Riendo para sí, se situó en el borde de la barandilla y se enfrentó cara a cara con un sirviente que blandía un hacha

dispuesto a proteger a los niños.

Una vez más fue el puro instinto lo que salvó a Malus. Se echó hacia atrás mientras el hacha atravesaba el aire con un silbido, desviándose de su cuello por pocos centímetros. Sus dedos resbalaron cuando llegó al límite de su alcance y, por un instante, colgó inconscientemente a diez metros sobre Syrclar y sus hombres. En el mismo momento, el sirviente le lanzó otro tajo con el hacha, y Malus fue a cogerla con ambas manos. Agarrándola por el mango, se lanzó hacia adelante con todas sus fuerzas, lo que hizo que el sirviente perdiera el equilibrio y saltara por los aires mientras el noble se estampaba contra la barandilla del balcón. El sirviente cayó, y Malus se abalanzó a por el hacha en un acto heroico, pero con tan mala suerte que el hombre acabó llevándose el hacha consigo mientras caía sobre los adoquines.

—¡Maldición! —exclamó Malus, mirando con impotencia el arma perdida.

Dentro de la casa podía oír los gritos de los niños y una conmoción aún mayor acercándose a él, así que no perdió el tiempo. De pie todavía en la parte exterior del balcón, se giró hacia el siguiente y saltó los cuatro metros que lo separaban de él. Otra flecha de ballesta pasó zumbando a su lado, pero esa vez hubo gritos de asombro y consternación abajo, ya que los hombres temían que su presa escapara. Malus hizo una pausa lo bastante larga como para dedicarles un saludo burlón, y a continuación saltó desde el balcón hasta el tejado del edificio. Las tejas de pizarra resbalaban, y el tejado estaba muy empinado, pero el noble no perdió el tiempo rodeando el perímetro hasta llegar a la parte occidental del edificio. Era un salto grande, casi cinco metros sobre una calle estrecha, pero apenas dudó un instante. Cerró los ojos y se lanzó al vacío con un aullido de lobo rabioso.

—¿Sienta bien, verdad? —susurró Tz'arkan en su mente—. Y esto no es nada en comparación con los regalos que te ofrezco. Y aun así me das la espalda, refugiándote en los vapores del vino malo. ¿Ves lo necio que has sido?

Malus abrió los ojos y vio las tejas del otro edificio cada vez más cerca de su cara. Aterrizó bruscamente, lo que provocó que cayeran al vacío algunos trozos de tejas. Después, rodeó el perímetro del tejado, mirando todavía más hacia el oeste. Había otro tejado justo al lado de éste, y luego otra calle que parecía desembocar en una pequeña plaza. Se dio cuenta con una sonrisa de que aquello le resultaba familiar.

—Soy mi propio dueño, demonio —dijo casi sin aliento—. Ni tú, ni mi padre..., ni el Rey Brujo en persona... podéis darme órdenes. Lo que hago lo hago por mí. Tú eres el necio.

—¿De veras? ¿Y qué pasaría si intentaras saltar al siguiente edificio y te encontraras con que te he retirado mis generosos regalos?

—Me caería.

—¿Y?

—Y tendría que pensar algo realmente de prisa antes de golpear contra el suelo.

—Estúpido druchii —escupió el demonio—. Crees que tienes respuestas para todo. No fuiste tan listo cuando entraste en mi habitación y te pusiste el anillo en el dedo. Tragaste el anzuelo en seguida.

—Cierto, caí en la trampa —dijo Malus, saltando en el aire—. Pero aún no me he caído al suelo. ¿A qué no?

El noble estaba aterrizando en el tejado de al lado cuando se dio cuenta de que el demonio se había quedado en silencio. Lo tomó como una buena señal.

Malus cruzó al otro lado del edificio y miró hacia una calle llena de tabernas y de soldados, marineros y peones. Más al norte, y allí, al otro lado de la plaza, vio el cartel gris de La Bruja Cortesana. Malus sonrió y calculó la distancia hasta el siguiente tejado; otros cuatro metros más o menos. Juntó las piernas, respiró hondo, y saltó.

Tan pronto como sus pies dejaron el borde del tejado, Malus se dio cuenta de que la fuerza del demonio se había esfumado.

Voló unos dos metros y comenzó a caer en picado como una flecha. Tres metros, seis metros... Podía oír el ruido de la multitud cada vez más alto. A los ocho metros, se golpeó contra el muro del edificio hacia el que había saltado, tan fuerte que se quedó sin respiración. Siguió cayendo y se dio contra el borde de la barandilla de metal de uno de los balcones. Cayó otros dos metros antes de chocar con un cartel que colgaba. La madera se hizo astillas. Malus y el cartel de madera recorrieron juntos los últimos cuatro metros para aterrizar sobre una pila de adoquines.

Varias figuras se agolparon en los límites de su campo visual; eran caras pálidas que lo miraban horrorizadas, atónitas o disgustadas. Malus notó unos dedos indecisos que intentaban echar mano del dinero que llevaba en un cinturón alrededor de la cintura. Con un rugido, apartó la mano y se puso de rodillas con gran dolor.

Un ruido sordo invadió sus oídos. Malus sacudió la cabeza, tratando de eliminarlo. El ruido continuó. Entonces, notó las vibraciones en las palmas de las manos y se dio cuenta de qué era lo que lo producía. Cascos de caballos.

Malus se puso en pie, tambaleándose. Debería haber adivinado que los jinetes se limitarían a seguirlo por la superficie. Le llevó un momento distinguir la izquierda de la derecha, pero una vez que lo hizo comenzó a correr hacia la casa de placer.

Estaba a mitad de camino cuando oyó gritos a su espalda. Algo cayó con gran estrépito sobre los adoquines. ¿Una lanza?

Malus no se paró a comprobarlo. Varios druchii se apartaron de su camino mientras avanzaba a tumbos hacia las puertas dobles de la casa de placer y se abría paso hacia el interior.

El olor del incienso y de los vapores narcóticos le produjo un cosquilleo en la nariz mientras se adentraba con paso vacilante en la oscuridad y el calor que había al otro lado de la puerta. Los sirvientes avanzaron con vacilación, sin saber bien qué

hacer con un noble ensangrentado, que llevaba una armadura de corsario maltrecha y que se tambaleaba como si estuviera borracho en la entrada. Un criado armado dio un paso al frente, extendiendo la mano.

—Sus armas, señor —dijo.

Malus rió, mostrándole las manos vacías, y apartó al perplejo guardia de un empujón. Su cuerpo se movía sólo por instinto, empujado por recuerdos de borracheras de años atrás. El noble se dirigió hacia la izquierda, localizó la escalera casi al instante y se apresuró a descender, adentrándose en la oscuridad perfumada.

La escalera bajaba formando una amplia y lenta espiral, y pasaba por puertas con cortinas de suave piel de foca. De aquellas habitaciones salían débiles sonidos: risas, gemidos apasionados o jadeos de dolor. La música invadía el aire denso, fluyendo lánguidamente desde alguna habitación oculta. Malus siguió adelante; apresuraba el paso cuando comenzó a oír arriba gritos apremiantes.

Su descenso se detuvo en una habitación circular iluminada por braseros incandescentes. Había ocho puertas alrededor del perímetro de la habitación, y cada una de ellas conducía a una habitación suntuosa, reservada para los ricos o los nobles; los sirvientes entraban y salían por aquellas puertas, llevando bandejas de bebidas. Encima de cada entrada se cernían bestias fantásticas: dragones, mantícoras, quimeras, y cosas así. Una de las puertas estaba enmarcada por un par de nauglirs agazapados. Malus cruzó la habitación con una sonrisa ávida y abrió la puerta de par en par.

Al otro lado había una habitación octogonal iluminada por los carbones ardientes de media docena de braseros. El suelo de piedra estaba cubierto de cojines y alfombras alrededor de bandejas repletas de pan, queso y fruta. Las botellas de vino brillaban bajo la tenue luz y el aire estaba lleno de un humo azul y espeso. Seis figuras encapuchadas, envueltas en capas autarii, estaban tendidas sobre los cojines, entreteniéndose con un número similar de esclavas elfas y humanas.

Se oyeron gritos airados provenientes de las escaleras. Malus cruzó la habitación tambaleándose, dando tumbos por las suaves y traicioneras alfombras. Los esclavos se dispersaron cuando se dirigió hacia una bandeja de carne asada cerca del centro de la habitación. Sus ojos se posaron en el cuchillo largo y de hoja ancha que había junto al tenedor de trinchar, en el borde de la bandeja.

Syrclar y seis de sus hombres irrumpieron en la habitación pisándole los talones, con los rostros congestionados y las espadas preparadas. El noble pasó por delante de la bandeja y su mano se cerró sobre un mango curvo de madera, tras lo cual se giró para encarar a sus perseguidores.

Malus les enseñó los dientes a los hombres de la torre y levantó el largo tenedor para trinchar que había cogido por error. Los esclavos se dispersaron hacia las esquinas de la habitación. Los autarii permanecían inmóviles, observando la escena

desde las profundidades de sus capuchas.

—Supongo que querréis discutir los términos de vuestra rendición —dijo el noble.

Syrclar sonrió.

—Cortadle las manos y arrancadle la lengua —les dijo a sus hombres—. Dejaremos que su padre pague un rescate por ellas metidas en un frasco.

Malus retrocedió mientras los seis guerreros atravesaron cautelosamente la habitación. Continuó haciéndolo hasta que tocó la pared del fondo con la espalda y luego esperó, con el tenedor de trinchar preparado. Los guerreros se distribuyeron en un semicírculo, temerosos de sus extrañas habilidades, pero confiados en su superioridad numérica.

Estaban a mitad de camino del fondo de la habitación cuando los autarii actuaron de manera repentina. Sin mediar palabra, sacaron largos cuchillos de la manga y saltaron a por los hombres de la torre. Los guerreros, cogidos por sorpresa, fueron abordados y arrojados al suelo. Las hojas de los cuchillos brillaron, cortando tendones, muñecas y gargantas. La sangre empapó las alfombras en pocos segundos. Los guerreros se retorcían, dando patadas a las bandejas y las botellas mientras agonizaban.

Syrclar retrocedió, horrorizado, ante la matanza que contemplaban sus ojos. La espada del joven noble tembló y, a continuación, cayó al suelo. Se volvió para correr, pero Malus cruzó la habitación en tres zancadas rápidas, pasando por encima de los cuerpos de los hombres agonizantes, y sujetó al aristócrata por el pelo largo y negro.

Los dientes gemelos del tenedor se hundieron profundamente en un lateral de la garganta de Syrclar. El noble se puso rígido y escupió sangre arterial de un color rojo brillante. Malus lo soltó, giró y cogió la espada de Syrclar mientras éste caía de rodillas.

Malus estudió la hoja y asintió con aprobación.

—Más vale tarde que nunca —dijo con un suspiro, y luego se giró y le cortó la cabeza a Syrclar.

El cuerpo sin cabeza continuó erguido unos instantes; después cayó de lado, aún chorreando sangre.

El noble admiró su trabajo un instante. Acto seguido, se giró hacia las figuras encapuchadas.

—¿Sería mucho pedir una copa de vino? —preguntó.

5. Ardides y estratagemas

—¡Ah!, ahí está —dijo Malus mientras escoltaba a Hauclir a la habitación cubierta de alfombras que había en el subsuelo de la casa de placer—. ¡Ya pensaba que te habrías metido en un lío! —El noble cogió una gorda uva tileana de una bandeja que estaba al lado del cojín que ocupaba y le hizo un gesto a su guardia personal para que se sentara—. Toma vino y come algo. No te fijes en los cuerpos.

Hauclir dejó cuidadosamente en el suelo uno de los viejos baúles de Bruglir, y fue mirando, uno tras otro, los cuerpos ensangrentados. Los guardias de Syrclar todavía estaban tendidos donde habían caído, retorcidos en posturas que hablaban de una muerte violenta. El guardia personal señaló con la cabeza el cuerpo que Malus estaba usando como escabel.

—¿Supongo que eso es parte del joven lord Syrclar?

—El mismo —dijo, girándose para escupir una semilla de uva a la cabeza cortada de Syrclar—. Resultó ser un cazador muy hábil, pero al final ocurrió que la presa a la que había acorralado era demasiado para él.

Los hombres que rodeaban a Malus dejaron escapar unas risitas ahogadas. Con la llegada de su señor se habían deshecho de sus vestimentas autarii, dejando a la vista unas armaduras negras esmaltadas y torques plateados de acero en los que estaba grabado el símbolo de un nauglir, la insignia personal de Malus. Bebían vino en copas de oro, jugueteaban con las jóvenes esclavas agachadas junto a ellos y observaban a Hauclir con la mirada depredadora de una manada de lobos.

El noble señaló a sus secuaces con un gesto lánguido de la mano.

—Ya conoces a algunos de estos perros viejos: Silar Sangre de Espinas, mi senescal; Dolthaic el Despiadado, y Arleth Vann. Los demás entraron a mi servicio mientras estábamos en alta mar... Todo lo que puedo decir de éstos es que son hábiles con el cuchillo, lo cual hace que mi estima por ellos crezca mucho.

Hauclir asintió con expresión ausente mientras lo asimilaba todo. El secuaz asignado para cuidar de él pasó junto al antiguo capitán de la guardia y ocupó de nuevo su sitio entre alfombras y cojines.

—¿Qué significa todo esto, mi señor? —preguntó, descargando un paquete grande y pesado del hombro y dejándolo junto al baúl.

El noble se encogió de hombros y tomó otra uva del racimo que tenía en la mano izquierda. Había una botella de vino y una copa rebosante en una mesa baja a su derecha. Silar se la había servido hacía horas y todavía no la había tocado.

—Planificación anticipada —explicó, metiéndose otra uva en la boca—. Antes de dejar Hag Graef sabía que si quería regresar vivo a casa, mi ilustre hermano mayor tendría que morir prematuramente, así que lo organicé todo para encontrarme con Silar aquí en vez de ir directamente a casa para comunicarle a mi padre la feliz

noticia. —Honró a sus hombres con un gesto de fingida reprobación—. Han estado aquí gastándose mi dinero y viviendo como conquistadores durante más o menos un mes.

La habitación se llenó de sonrisas lobunas y risas contenidas. Dolthaic el Despiadado, un joven druchii con facciones angulosas y una larga coleta recogida en un moño de corsario, levantó su copa en un brindis.

—Si así es como matáis a vuestros parientes —dijo con una risa sepulcral—, ¡entonces doy gracias a la Madre Oscura de que tengáis una familia tan numerosa!

Los demás se unieron a las risas, algunos levantando las copas a su vez, hasta que una voz sonora las cortó como un cuchillo.

—Bebed y actuad como necios mientras podáis —dijo Silar Sangre de Espinas—. Nada será lo mismo después de esto. Será la guerra o el exilio ahora que Malus ha matado al hijo favorito de Lurhan.

Malus se giró ligeramente para mirar a su lugarteniente. Silar era un guerrero joven, alto y bien parecido, con un rostro que milagrosamente no tenía cicatrices de guerra. Era un hombre severo e impertinente, como mínimo, pero leal y honesto, y sobre todo, totalmente carente de ambición o subterfugio. Por sí solo no hubiera durado ni un mes en la sociedad druchii, pero Malus le había dado una posición honorable en una casa influyente, y en gran parte estaba protegido de la crueldad de la vida diaria. Estaba sentado a la derecha de Malus, escrutando con expresión sombría las profundidades de su copa. El noble le escupió una semilla.

—¿Era de extrañar que te dejara en Hag, Silar? —dijo Malus con un gruñido amable—. ¿Qué estás diciendo de una guerra? Bruglir murió en batalla, no por mi espada.

Hauclir dejó escapar un resoplido. Malus lo miró fijamente con expresión furiosa y éste bajó la mirada.

—Murió en una batalla a la que vos lo enviasteis —dijo Silar, enérgico—. Bruglir era un héroe de los pies a la cabeza, tanto que incluso el drachau lo envidiaba. Todo lo que le va a importar a Lurhan es que os llevasteis a su hijo mayor y heredero a los mares del norte y dejasteis que lo mataran, junto con la mayor parte de su flota. —Silar meneó la cabeza, mirando su copa como si estuviese llena de veneno—. Vuestro padre intentó mataros una vez y si los rumores en el Hag son ciertos, lo avergonzasteis frente al drachau cuando forzasteis a Uthlan Tyr a daros una cédula real. ¿Qué creéis que hará cuando oiga las últimas noticias? —El joven soldado respiró hondo y echó un largo trago de vino.

El ambiente en la habitación se ensombreció. Incluso la sonrisa avariciosa de Dolthaic se esfumó ante el severo juicio de Silar. Malus frunció el entrecejo, agraviado.

—Hablando de rumores infames, ¿qué otras noticias me traéis del Hag?

Silar se encogió de hombros.

—El Rey Brujo declaró la temporada de campañas una semana antes de lo esperado, ya que el invierno estaba siendo tan suave. La tregua entre Hag Graef y el Arca Negra de Naggor todavía se mantiene, de forma milagrosa. Los drachau incluso llegaron a liberar a su rehén Fuerlan y lo devolvieron al arca. —Silar tomó otro sorbo de vino, evitando juiciosamente hablar del incidente causado por Malus cuando había torturado a Fuerlan hasta casi matarlo por un asunto de etiqueta hacía varios meses—. Sin feudos importantes que conquistar, los nobles de la ciudad que no se han hecho a la mar están en el campo buscando algo que les permita probar sus espadas.

—Antes de que nos fuéramos se decía que vuestro padre estaba reuniendo a sus propios hombres para hacer una expedición al norte —lo interrumpió Dolthaic—. Probablemente se dirigirían a una de las atalayas septentrionales para cazar dragones o algo parecido.

—¿De veras? —dijo Malus, enarcando una ceja—. Eso podría ser casualidad. Pero ¿qué hay de mi hermano Isilvar? Lurhan juró registrar la ciudad en busca de los seguidores de Slaanesh que se reunían en la torre de Nagaira. ¿Descubrieron a Isilvar como su hierofante?

—No —dijo Silar con expresión seria—. Lurhan organizó un espectacular registro de todas las torres de la ciudadela drachau, pero los sirvientes de Isilvar juraron que éste había dejado la ciudad hacía días. Por supuesto, ninguno de ellos sabía adonde había ido, y vuestro padre pareció satisfecho dejando las cosas en ese punto.

—¿Y el drachau?

—Lurhan sacó de sus casas a una docena de acólitos y los llevó ante el drachau arrastrándolos por el pelo por toda la ciudad. Algunos de ellos eran nobles de alto rango (todos ellos, ¡qué coincidencia!, eran conocidos enemigos del propio drachau). Uthlan Tyr los mandó empalar en los muros del Hag y dio el asunto por zanjado.

—Estúpido miope —siseó Malus—. Así pues, Isilvar escapó de la ira del drachau. Está claro que tiene más influencia sobre Lurhan de lo que había sospechado, o quizá el vaulkhar teme que si Isilvar está implicado eso empañará la reputación de Bruglir. —Malus hizo una pausa, dándose golpecitos en la boca con una uva redonda y morada, y con expresión pensativa—. Sería interesante ver cómo cambian las cosas una vez que se extienda la noticia de la muerte de Bruglir. De todos modos, Isilvar sigue siendo una amenaza que hay que eliminar.

—¡Parece como si pretendierais volver a Hag Graef cabalgando, sin más, y presidir desde vuestra torre como si nada ocurriera! —dijo con incredulidad Silar.

—Pues, Silar, eso es precisamente lo que pretendo hacer.

—¡Entonces, sois un necio! Vais a meter la cabeza en las fauces del nauglir —exclamó Silar, poniéndose en pie, vacilante. El vino que había en su copa medio

vacía se derramó, lo que añadió otra mancha a las que ya había en las alfombras—. Y las nuestras también, llegado el caso. Hasta ahora habíais sido bastante bueno yendo un paso por delante de las consecuencias que vuestros actos irreflexivos habían provocado, pero esto... —La voz de Silar tembló mientras su sentido de la propiedad entraba en conflicto con frustraciones reprimidas—. Esto es algo de lo que no podréis escapar hablando. ¿Acaso no lo veis?

Nadie se movió. Dolthaic le dio la espalda a Silar, ocupándose de rellenar su copa. Los secuaces más nuevos miraban alternativamente a Silar y a Malus con la misma sorpresa y expectativa, esperando ver morir al senescal en cualquier momento. Pero Malus simplemente se quedó mirando a su lugarteniente en silencio durante un tiempo largo, sin que la expresión de su rostro revelara sus pensamientos.

—Silar, me has servido lealmente y bien durante muchos años —dijo por fin. Sin pensar, cogió la copa de la mesa que tenía junto a él e inspeccionó su contenido lánguidamente—. Creo que debes de estar muy, muy borracho para haber hablado de manera tan imprudente, porque normalmente no te atreverías a hablar de lo que no te corresponde, así que no ordenaré a estos hombres que te desollen vivo y le den de comer tus partes íntimas a sus nauglirs, como tendría el derecho de hacer. —Miró fijamente a Silar—. Estás aquí para servir. Nunca jamás lo olvides.

El senescal apretó con fuerza la copa. Los músculos de la mandíbula se tensaron mientras luchaba por reprimir más palabras imprudentes. Finalmente, respiró hondo y tiró la copa a un lado.

—Por supuesto, mi señor —dijo con tono fatalista—. Perdonad mi impertinencia. No volverá a suceder.

Malus esbozó una sonrisa.

—Estoy seguro de ello. Pero —continuó, levantando un dedo para enfatizar— tus preocupaciones son bien acogidas, aunque infundadas, así que déjame explicarte cómo son las cosas.

Se irguió sobre los cojines e hizo una pausa, dándose cuenta de que se había llevado la copa a los labios. El olor del vino oscuro y seco se elevó desde la copa, llenó su nariz e hizo que pensara en la advertencia del demonio. Después de pensarlo un instante, fingió tomar un sorbo, y dejó la copa a un lado deliberadamente.

—Pensemos en la situación tal y como está —les dijo a sus hombres—. Por consideración a Silar, hablaremos sin tapujos: mi padre, el vaulkhar, me odia amargamente y nada le gustaría más que verme muerto. Hasta hace poco se lo han impedido... ciertos acuerdos alcanzados con mi madre, Eldire.

—¿Qué acuerdos? —preguntó Hauclir, al parecer poco consciente de la impertinencia de semejante pregunta.

—No lo sé con certeza —contestó Malus.

Hasta ahí era cierto; tenía sospechas de que Eldire había puesto sus poderes

mágicos al servicio de Lurhan a cambio de que le fuera concedido un hijo, pero no tenía pruebas de que fuera así.

—Sin embargo, con Bruglir muerto, Silar tiene la impresión de que Lurhan me acusará de la muerte de su heredero y se verá plenamente justificado en su búsqueda de venganza.

De hecho, se verá obligado a actuar, o se arriesgará a que lo interpreten como un signo de debilidad; así que, como veis, mi lugarteniente ha hablado con algo de sentido común.

Hauclir asintió, pensativo, cruzando los brazos y apoyándose en el baúl. Los demás intercambiaron miradas de preocupación..., todos excepto Silar, que comenzó a caminar de un lado a otro de la habitación.

—Sería un acontecimiento muy grave si llegara a suceder. —Malus volvió a recostarse, acomodándose sobre los cojines—. No estoy del todo convencido de que así sea. Debemos recordar que, sobre todo, Lurhan, el vaulkhar, es un hombre soberbio y ambicioso que necesita un heredero para cimentar su legado como caudillo de Hag Graef. Ése era Bruglir, pero ahora ya no está. ¿Quién queda? Isilvar ha vivido toda la vida como una rata a la sombra de su hermano mayor y ahora mismo permanece oculto debido a sus ataduras con un culto prohibido. Urial está muy vinculado al templo y al mismo drachau, pero eso no cambia el hecho de que sea un tullido cuya autoridad no aceptaría ninguna de las otras casas.

—El vaulkhar todavía podría encontrar un sucesor a través del matrimonio — señaló Silar.

Estaba claro que el lugarteniente se había pasado mucho tiempo reflexionando acerca de la situación mientras los sirvientes esperaban en Karond Kar.

—Lo hubiera hecho con anterioridad, pero Nagaira fue consumida por la tormenta del Caos que desató en su torre y Yasmir... —Malus hizo una pausa, intentando explicar en qué se había convertido su hermana—. Bueno, ella ha desaparecido. Urial se la llevó y no creo que Lurhan la vaya a ver hasta dentro de mucho.

La mirada del noble buscó a Arleth Vann, que estaba en cuclillas en una esquina de la habitación, apartado de los otros, para vigilar tanto la puerta como a todos los que estaban dentro. Al contrario que los demás, su rostro pálido permanecía oculto bajo la capa y no mostró interés por la comida, el vino o las esclavas. Malus se preguntó, de repente, qué podría saber el antiguo asesino del templo acerca de la profecía de la que había hablado Urial, o adonde conducía la Puerta Bermellón.

«Más tarde —pensó—. Él y yo tendremos una larga charla tras nuestro regreso al Hag.»

—¿Así que creéis que vuestro padre se verá obligado a proponeros una tregua porque sois la única esperanza que tiene como heredero? —preguntó Hauclir.

Malus sonrió.

—Exacto. Como puedes ver, los últimos acontecimientos me han situado en una posición bastante ventajosa si lo miras del modo adecuado. —Cambió de postura para mirar a Silar mientras pasaba por detrás de él—. Créeme Silar, no tengo intención de buscar el exilio, y mucho menos de hacerle la guerra a mi padre. Me conoces mejor que nadie. ¿Qué es lo que deseo más que nada en el mundo?

Silar miró fijamente a Malus.

—Ser vaulkhar de Hag Graef.

—Eso mismo —dijo Malus, con un brillo feroz en los ojos—. Y de ahí sólo hay un pequeño paso hasta el trono del drachau. Ese momento se acerca, Silar. Me he abierto camino hacia él con lentitud pero con seguridad durante muchos años. A lo que nos enfrentamos ahora no es a la calamidad, sino a la oportunidad, si tenemos la voluntad de cogerla. —Miró a su alrededor, a los miembros de su guardia personal allí reunidos, y sonrió ampliamente—. Ya os he convertido en hombres ricos. Pronto os convertiré también en hombres poderosos. ¿Estáis conmigo?

—¡Yo estoy con vos! —exclamó Dolthaic, levantando su copa a modo de saludo—. ¡Hacia la Oscuridad Exterior y más allá!

Malus se volvió hacia Hauclir.

—¿Y tú?

El guardia personal se encogió de hombros.

—Es una pregunta sin sentido. Hice mi juramento, así que por supuesto estoy con vos —dijo, y sonrió—. Sin duda, estaré contento de bañarme en riquezas y poder si vos me lo ordenáis.

Los otros hombres rieron, levantando sus copas.

—¡Malus! —exclamaron, y Malus rió con ellos. Sólo Silar los observaba en silencio, con expresión sombría.

—¿Cuál es vuestro plan, mi señor? —preguntó el lugarteniente con expresión seria.

El noble reflexionó sobre la pregunta un instante.

—¿Habéis traído todo lo que os pedí?

Silar asintió.

—Los nauglirs están alojados en los establos de los barracones de la ciudad y *Rencor* carga vuestros efectos personales.

—Excelente —contestó Malus.

Había aprendido, durante sus numerosos encuentros con bandidos en el trayecto de vuelta desde los Desiertos del Caos, que la mejor manera de proteger las posesiones de uno es cargarlas a lomos de un nauglir hambriento.

—Entonces, comed y bebed mientras podáis, porque todos tendremos que haber dejado Karond Kar por la mañana. Hay cosas que hacer antes de que Lurhan vuelva

al Hag. Además —dijo, mirando el cuerpo que tenía bajo los pies—, antes o después, alguien echará de menos a este escabel mío y comenzará a hacer pesquisas.

Malus se puso en pie y se acercó a Hauclir y al baúl. Sus espadas, sacadas del caballo de lord Syrclar, estaban al lado, apoyadas contra la pared.

—Hauclir, tú conducirás a los demás de vuelta al *Saqueador* esta noche, donde supervisarás el pago a la tripulación. El resto del tesoro se sacará del barco y se llevará a tierra, a Hag Graef. Tú y Dolthaic os quedaréis a bordo y llevaréis el *Saqueador* a Ciar Karond. Te daré una carta autorizando las reparaciones de los calafates. Con los hombres pagados y el resto del oro trasladado, la tripulación seguramente batirá un récord de velocidad para alcanzar la Ciudad de los Barcos y disfrutar de un permiso en tierra.

—Muy bien, mi señor —dijo Hauclir sin demasiado entusiasmo.

—¿Quién hará de capitán del barco? —preguntó Dolthaic. Malus sonrió.

—Tú podrás tener ese honor. No creo que Hauclir quiera el trabajo aunque le ponga una daga en el cuello.

Le hizo un gesto con la mano a Hauclir para que se apartara del baúl y lo abrió; después comenzó a sacar las piezas de su armadura de placas. Sin pensar, Hauclir empezó a desatar la estropeada cota de malla que cubría el torso del noble.

—Silar, tú y el resto de los hombres llevaréis el oro de vuelta al Hag y esperaréis mi regreso —continuó—. Sin embargo, antes de que partáis mañana, os necesitaré para localizar y contratar a un guía que me lleve a las moradas de los muertos.

—¿Las moradas de los muertos? —preguntó Silar, frunciendo el ceño—. Pero ¿por qué?

Malus encogió exageradamente los hombros, sintiendo la mirada de Hauclir fija en la nuca.

—Es la época de campaña, como dijiste. Si Lurhan me va a ver como un heredero adecuado, tendré que comenzar a ganarme una reputación como algo más que un libertino, ¿no te parece?

—Pero ¿por qué ir solo? Cualquier guía que encontremos por aquí seguramente será un asesino o un ladrón.

—Razón de más para no tentarlos con un succulento botín, ¿no estás de acuerdo?

Malus se quitó la pesada cota de malla y comenzó a abrocharse la armadura. Por primera vez, se dio cuenta de lo bien que sentaba volver a tierra firme y tratar problemas familiares como la traición y la intriga.

—Además —dijo, sonriéndole a Silar por encima del hombro—, si eres capaz de encontrar a un solo druchii en esta ciudad olvidada por la diosa que sea más despiadado y malintencionado que yo, estaré realmente sorprendido.

Hathan Vor tenía una cara que parecía que le hubieran pasado una piedra de afilar.

—Justo aquí, querido señor, justo aquí —dijo Vor, volviéndose para mirar a

Malus a través de la intensa lluvia.

Como el resto de sus *hermanos*, el guía despreciaba el uso de una capa o capucha y su pelo negro caía en mechones empapados a ambos lados de su rostro destrozado.

No había ni un trozo de piel, desde la frente estrecha hasta la barbilla puntiaguda, que no estuviera cubierto de cicatrices. Las orejas y la nariz eran poco más que bultos estragados, como si se las hubieran mordido las ratas. No tenía cejas y las cicatrices en los bordes de los ojos hacían que parecieran siempre entornados. Sus mejillas estaban cruzadas por hileras de cicatrices que parecían llegar hasta el hueso y brillaban como canalillos de agua a la débil luz del atardecer. Una cicatriz particularmente larga y de bordes desiguales tiraba de la comisura izquierda de su boca y le confería una sonrisa sarcástica permanente, dejando entrever una fila de dientes ennegrecidos y puntiagudos. Era una cara que costaba mirar, incluso para Malus; hasta los *skinriders* llevaban pieles que ocultaban su piel enferma bajo una capucha. El rostro de Vor era el de un compatriota *druchii* y estaba vivo. Eso inquietaba a Malus quizá más que una banda entera de piratas despellejados y contaminados por el Caos.

Los otros guías, los supuestos hermanos de Vor, no estaban mucho mejor. Todos tenían la cara llena de cicatrices propia de los delincuentes comunes. En Karond Kar, a los *druchii* cuyos delitos y posición social eran demasiado insignificantes como para merecer los esfuerzos de un torturador en condiciones, simplemente les hacían una cicatriz en la cara para marcarlos como alborotadores. A juicio de Malus, Vor debía de haber estado robando pan o haciendo trampas a las tabas a diario, y seguramente lo habrían marcado cada vez que lo habían pillado.

Malus se volvió a inclinar sobre su silla e intentó enderezar la espalda. Su capa de lana le pesaba más que la armadura de placas que llevaba debajo. La lluvia chorreaba sobre el cuello y los hombros musculosos de *Rencor*, lo que añadía un extraño brillo a las escamas verde oscuro de aquel gélido. Mientras Malus observaba, la criatura levantó el morro afilado y lleno de dientes hacia el cielo y dejó escapar una fina columna de vapor de la nariz. Nacidos y criados en cavernas oscuras y húmedas, muy por debajo de la tierra, los gélidos prosperaban en ambientes húmedos. En ese mismo momento, Malus envidiaba tanto al *nauglir* que le causaba dolor.

Habían avanzado por el Camino de los Esclavistas desde Karond Kar durante unas dos semanas, y Malus no conseguía recordar ni un solo momento en todo ese tiempo en el que hubiera dejado de llover. Había aprendido a comer, dormir y cabalgar bajo el agua. No había ni un trozo de su ropa que estuviera seco. Los *petates* estaban empapados, al igual que la mayor parte de la comida. Después del quinto día de lluvia ininterrumpida, Malus se dio cuenta de que no se había mojado tanto en más de un mes en el mar a bordo del *Saqueador*. Después de eso, se pasó el resto del tiempo buscando la oportunidad de asesinar a alguien.

El Camino de los Esclavistas recorría la sinuosa costa de dos mares contiguos. Empezaba en Karond Kar y seguía hacia el sur, y después hacia el oeste, primero a lo largo del Mar Frío y luego del Mar Maligno, hasta que finalmente terminaba en las puertas de Naggarond, la fortaleza del Rey Brujo. El viaje duraba muchas semanas a pie, con oscuros bosques y montañas altas y grises al oeste y el ancho mar al este. No había posadas ni tabernas a lo largo de la ruta, sólo fortalezas de recambio que guardaban comida y caballos descansados y listos para llevar mensajes urgentes desde Karond Kar hasta Naggarond y vuelta. Dormían en pequeñas cuevas o en claros del bosque separados de la carretera y se alimentaban de comida húmeda y fría porque no tenían madera seca para hacer fuego. Malus, que no hacía mucho había sido torturado durante una semana sin descanso, pensaba que el trayecto desde la Torre de los Esclavos había sido el momento más miserable de toda su vida.

Vor señaló, orgulloso, hacia el auténtico muro de árboles frondosos y follaje que había a menos de un metro de la carretera. Visto a través de la bruma gris de la lluvia, el bosque parecía una masa sólida.

—¿Qué se supone que tengo que ver? —dijo Malus con brusquedad, pensando que si el tipo intentaba decir algo inteligente, como ver los árboles y no el bosque, lo mataba ahí mismo.

—Aquí dejamos el camino —dijo el guía, hablando en un tono que se impuso al tamborileo de la lluvia—, para ir a las moradas de los muertos, arriba, en las montañas.

Malus observó los árboles con expresión cansada.

—Me habían dicho que había un camino.

—Sí, lo hay. Piedras de basalto negro y estatuas de fieras damas con afilados dientes —dijo Vor, asintiendo con énfasis—. El camino del túmulo. Pero eso son dos leguas al sur y está prohibido viajar por él. Aquí hay una senda de cazadores que nos llevará a donde necesitamos ir.

—¿Prohibido? —Malus frunció el ceño bajo la capucha caída—. ¿Por quién?

—Los autarii, por supuesto —dijo Vor, como si le estuviera explicando algo a un niño pequeño—. Guardan la ciudad contra los intrusos.

—¿Qué? —preguntó Malus. ¡Nadie le había contado aquello!—. ¿Por qué les iban a importar las tumbas de los viejos reyes?

Vor se limitó a encogerse de hombros.

—¿Quién sabe? Son espectros, no hombres normales. Vamos —dijo, haciéndoles señas a sus hombres—. Notaréis menos la lluvia bajo los árboles.

Malus se detuvo un instante mientras Vor y sus siete hombres subían con dificultad cuesta arriba y se adentraban uno a uno en la densa maleza. Un sentimiento de pavor se instaló sobre sus hombros como un manto de hielo.

—Ese hombre espera cortarte la garganta —susurró el demonio.

—Por supuesto —dijo Malus, encogiéndose de hombros—. ¿Quién no lo quiere en Naggaroth?

—Supongo que no creerás en su historia de carreteras prohibidas. Mira las cicatrices de su rostro. Ha sido un proscrito durante muchos años. Sin duda, habrá asesinado a un centenar de nobles crédulos como tú.

—Tienes un extraño sentido del humor, demonio —dijo Malus con amargura—. Esas cicatrices son las marcas de un aficionado. Efectivamente es un proscrito, pero uno muy malo. No le tengo miedo.

Condujo con reticencia a *Rencor* hacia el bosque, alertado por la repentina tensión en la espalda y en los hombros del reptil. El noble pudo sentirlo también mientras pasaban debajo de las ramas que chorreaban agua.

Los estaban vigilando.

6. Sangre y sal

Llegaron a las ruinas antes de que Malus se diera cuenta. En un momento estaba caminando junto a *Rencor*, apartando la densa y húmeda maleza, y al siguiente estaba tirando de él frente a una pequeña hilera de cimientos de color gris oscuro que le llegaban justo hasta las rodillas. Al frente, los omnipresentes árboles empezaban a ser cada vez más dispersos para dejar paso a una especie de claro, limitado por un perímetro cuadrado de muros toscos y grises, cuyos ladrillos estaban redondeados por el paso del tiempo.

Los espacios vacíos en el muro estaban llenos de turba musgosa, que descendía de forma abrupta hacia un suelo relativamente plano a unos cinco metros de profundidad. Malus concluyó que el edificio debía de tener una planta más abajo en algún punto que la tierra estaba cubriendo poco a poco. El área circunscrita por las ruinosas murallas era bastante grande. Desde su posición ventajosa, Malus podía ver un foso para hacer fuego en el centro, rodeado de una serie de chamizos hechos de sólidos troncos y cubiertos de más turba. Había incluso un punto en la esquina que alguna vez había sido un pequeño recinto para los caballos, completado con una valla primitiva y una puerta hecha de cuerdas. Hathan Vor y sus hombres se movían por la zona con facilidad, como si estuvieran familiarizados con ella desde hacía mucho, y se dispersaron para inspeccionar los chamizos y limpiar de hojas el foso para el fuego.

Malus puso la mano en el cuello de *Rencor* y sintió la tensión en los potentes músculos del gélido. La sensación de que los vigilaban se había hecho más intensa a medida que el grupo se adentraba en el bosque, pero por mucho que lo intentó, el noble no vio ni oyó nada que le indicara quién, o qué, los estaba siguiendo. Podía ver que Vor y sus hombres lo notaban también, pero parecían aceptarlo como un inconveniente más, como lo era el constante repiqueteo de la lluvia de verano.

«Tienen que ser los autarii», dedujo Malus. Vor decía que guardaban las moradas de los muertos y sabía de primera mano que podían moverse como espectros en los bosques de donde habían venido. Por primera vez, se sintió agradecido de que lloviera, ya que le daba buenos motivos para mantener la capucha caída sobre el rostro. Había un clan autarii en concreto con el que no le apetecía volver a cruzarse. Por supuesto, el urhan del clan había muerto por su propia naturaleza traicionera, pero Malus dudaba de que el resto del clan lo viera de ese modo. Muchas veces a lo largo del día intentó estimar a qué distancia estarían las tierras del clan. ¿Unas cien leguas? ¿Más? ¿Menos? Sólo los mismos autarii lo sabían con certeza. Todo lo que podía hacer Malus era esperar lo mejor.

El noble cogió las riendas de *Rencor* y condujo al nauglir por la pendiente empinada y musgosa hasta el recinto en ruinas. El gélido avanzó con un gruñido

grave, moviéndose con facilidad por el suelo resbaladizo gracias a sus garras. Las escamas del vientre del nauglir rasparon el borde deteriorado de los cimientos, y Malus se sorprendió al ver que las viejas rocas aguantaban el peso de una tonelada del animal.

La bestia de guerra iba un poco lenta, aún digiriendo lentamente la dieta regular de carne de caballo que Silar le había estado dando durante toda su estancia en Karond Kar. Los nauglirs eran monturas fieras y poderosas, ideales para la guerra y la caza, pero su naturaleza voluble los hacía impredecibles e incluso peligrosos como cabalgaduras a menos que se los mantuviera bien alimentados. Malus había aprendido bien esa lección durante el viaje de ida y vuelta a los Desiertos y no quería repetirlo. Si *Rencor* se volvía irascible y comenzaba a comerse a los guardias, la situación sería bastante incómoda.

Malus condujo a *Rencor* hasta un colgadizo en el lado del foso opuesto al que habían cogido los guías.

—Levántate —le ordenó a la montura.

El nauglir se levantó obedientemente sobre las patas traseras. El gélido elevó su hocico cuadrado y gruñó, lo que hizo que Malus mirase hacia atrás. Vor se estaba acercando con precaución exagerada, mirando atentamente al nauglir.

—Nunca mires a un gélido a los ojos, Vor —dijo Malus, volviéndose para encarar al hombre—. Son criaturas de manada y lo toman como un desafío a su dominio.

Vor dirigió rápidamente su atención a Malus.

—Vamos a acampar aquí y seguiremos mañana.

Malus frunció el entrecejo, tratando de averiguar cuánto tiempo de luz tenían todavía.

—Seguramente tendremos una o dos horas más antes de que anochezca —dijo, elevando la vista hacia la lluvia que volvía brumoso el aire entre los árboles.

—Así es como se hace, temido señor —dijo—. Esta noche presentamos nuestros respetos a los espectros, y así podemos continuar sin problemas.

El noble frunció aún más el ceño.

—¿Presentar nuestros respetos? —No estaba seguro de que le gustara cómo sonaba aquello.

—Esta noche los espectros se sentarán para compartir nuestro fuego, nuestra carne y nuestra sal, y les diremos que estamos agradecidos de que nos permitan visitar las tumbas de nuestros ancestros —dijo Vor—. Después de eso, nos dejarán en paz.

—¿Eso es todo? —preguntó Malus, vacilante. El druchii lleno de cicatrices sonrió.

—El respeto cuenta mucho para los autarii, temido señor. Además, las moradas de los muertos pertenecen a todos los druchii; tenemos el mismo derecho que ellos a

caminar por entre las torres.

—Entonces, ¿por qué se arrogan el derecho de guardarlas? Vor meneó la cabeza.

—Les he preguntado, pero no quieren hablar de ello. Quizá ya ni lo recuerdan.

El noble señaló hacia los muros semiderruidos.

—¿Hemos llegado a las afueras de la necrópolis?

Para sorpresa de Malus, Vor rió entre dientes.

—¡Oh, no!, temido señor. El valle de los Antiguos Reyes está todavía a un día de viaje. —Estudió las piedras grises con una sonrisa enigmática—. La necrópolis se construyó hace miles de años, poco después de que nuestros ancestros llegaran aquí por primera vez. Estas ruinas son mucho más antiguas. Venid, dejadme enseñaros algo.

Vor dio un amplio rodeo alrededor del nauglir, que estaba descansando, y se dirigió hacia una esquina de la estructura. Malus lo siguió lleno de curiosidad.

Vor se colocó junto a la base del muro y tocó la piedra desnuda con las puntas de los dedos.

—Tocadlo. Es piedra, pero al tacto es como acero pulido —dijo—. Suave y frío, casi como el cristal. Hace varios veranos encontramos suficientes ladrillos sueltos para hacer el foso para el fuego allá. No brillan ni crujen, no importa cuánto se calienten.

—Brujería —dijo Malus, torciendo la boca de asco.

—¡Oh, seguro! —Vor se mostró de acuerdo—. Pero mirad allí.

Señaló hacia una línea descolorida que recorría el muro a unos cuatro metros de altura. Malus miró el parche multicolor con los ojos entornados y se dio cuenta después de un instante de que estaba mirando un mosaico. Ante sus ojos surgió un diseño.

—Parece algún tipo de paisaje.

Vor asintió.

—Una orilla del océano, con arena de color claro y peces extraños —dijo—. Si os acercáis lo suficiente, podréis ver flores y árboles altos, y la brillante luz del sol. Aquí, en la ladera de una montaña, en una tierra de cielos grises y hielo.

Malus asintió, pensativo. El paisaje lo llevó de vuelta a una extraña ciudad, más al norte incluso de donde estaban ahora, con canales y un barco encallado a cientos de leguas de cualquier mar. El recuerdo le produjo un escalofrío.

—¿Quién construyó esto? —dijo prácticamente para sí.

Vor se volvió a encoger de hombros.

—Nadie lo sabe —dijo con voz débil, maravillado—. Estas montañas son viejas, están desgastadas por el tiempo y hay hondonadas muy profundas en las que ningún druchii ha posado jamás los ojos, y mucho menos las ha explorado. —En su rostro estropeado se formó una sonrisa torcida—. ¡Algún día espero tropezar con un tesoro

oculto en una cueva, y entonces volveré a Karond Kar y viviré como un señor en su torre!

—Ten cuidado con lo que deseas, Hathan Vor —dijo Malus, sorprendiéndose de la sinceridad que había en su voz—. Hay tesoros que se pierden por algún motivo.

Vor miró al noble.

—Parece que habláis por propia experiencia. ¿Es un tesoro lo que buscáis en las moradas de los muertos? ¿O pretendéis dejar algo valioso detrás?

La absoluta ingenuidad de la pregunta hizo reír a Malus.

—¿Qué druchii viaja hasta estas montañas olvidadas por la diosa para dejar su tesoro en alguna antigua cripta?

—Os sorprenderíais, temible señor —respondió Vor con expresión sombría—. Hay druchiis de antiguos linajes (algunos todavía poderosos, otros tan sólo una sombra de su antigua gloria) que mandan a sus hijos todos los años para llevarles regalos a sus ancestros. La tradición se remonta a la perdida Nagarythe, y algunas familias todavía respetan las antiguas costumbres.

El noble miró a Vor con expresión cansada.

—Y supongo que les proporcionan un negocio alternativo muy lucrativo a los bandidos emprendedores que conocen el camino a las criptas —dijo.

Vor rió.

—Sin duda —respondió, aunque había un brillo en sus ojos que contradecía su tono relajado—. No habéis mencionado qué cripta estáis buscando, temible señor.

—¿Eso importa?

—Oh, sí —dijo Vor—. El valle es muy grande, y serpentea por entre las montañas a lo largo de unas doce leguas. Las casas más poderosas tienen sus torres en la parte más alejada del valle, así que es cuestión de cuántos días más hemos de continuar ascendiendo.

Malus reflexionó acerca de la pregunta un instante, y a continuación, se encogió de hombros. Tendría que decírselo antes o después.

—Busco la tumba de Eleuril. Su símbolo...

—El símbolo de la luna astada —dijo Vor, asintiendo con la cabeza—. Sí, la conozco. Otros dos días de viaje, y después hay que adentrarse muy arriba en el valle. —Su expresión se oscureció.

—¿Qué sabes de esa cripta? —preguntó Malus.

Vor se disponía a hablar, y después se lo pensó mejor. Se encogió de nuevo de hombros.

—Está maldita —dijo sencillamente—. Pero eso es asunto vuestro, no mío. —El druchii lleno de cicatrices hizo un gesto brusco con la cabeza a Malus—. Debo vigilar el fuego y la cena, temido señor. Los espectros vendrán a medianoche, así que descansad ahora si queréis. Tendréis que estar presente cuando lleguen.

El guía se volvió y se alejó sin decir más. Malus lo observó mientras se iba, preguntándose si habría desvelado demasiado. De repente, la presencia invisible de los autarii parecía la menor de sus preocupaciones.

La cena era un guiso de alubias y ternera en salazón cocida al fuego y con agua como único acompañamiento. Había un pellejo de vino decente en la mochila de Malus, pero no sentía deseos de probarlo. Quería estar en plenas facultades cuando los autarii llegaran aquella noche.

La comida estaba sosa, pero el fuego era de agradecer. Los guías habían tenido la previsión de mantener una pila de leña seca bajo uno de los chamizos y, en la hora que había pasado desde que montaron el campamento, el fuego rugía proyectando extrañas sombras sobre los muros medio derruidos. Había un círculo de viejos maderos que rodeaba la hoguera, y Malus se había hecho con un sitio antes que nadie. Ahora, horas después, estaba seco y caliente, y luchaba contra el sueño mientras Vor y el resto de su banda fumaban en pipas de arcilla y hablaban entre ellos en susurros. Un hervidor de hierro todavía bullía junto al fuego, y había dos cuencos limpios cerca, apartados para los visitantes a los que esperaban.

Vor se agachó junto al hervidor, removiéndolo suavemente con una cuchara de madera. Llevaba el pelo estropajoso recogido con una tira de cuero, lo cual le daba, si cabe, un aspecto todavía más terrorífico bajo la luz cambiante.

Malus cruzó los brazos y miró cómo la bruma y el humo formaban remolinos sobre las llamas que subían.

—Háblame de las moradas de los muertos —dijo, tratando de permanecer despierto—. ¿De veras es una ciudad hecha de criptas de piedra?

Hathan Vor sonrió levemente.

—Es una ciudad fragmentada —dijo en voz baja—. Cada cripta está rodeada de edificios y jardines de piedra, o incluso tiene una pequeña plaza. Pero ninguna de ellas forma un conjunto con las demás, si entendéis lo que quiero decir. Es como si cada familia hubiese creado su cripta al estilo de la torre que dejaron atrás en Nagarythe, incluyendo tantos elementos de la ciudad que los rodeaba como podían permitirse.

Malus trató de imaginárselo. Eso de enterrar a los muertos le resultaba una noción bastante extraña. Los druchii habían sido incinerados durante generaciones, siguiendo los dictados del templo de Khaine. Un culto que en aquellos días estaba prohibido, según recordó Malus.

—Puedo entender lo de las torres, supongo —dijo—. Pero ¿por qué el resto?

El druchii lleno de cicatrices se encogió de hombros.

—No hay nadie vivo que lo recuerde..., excepto la misma Morathi, supongo. Aunque hay leyendas, por supuesto. —Su sonrisa se hizo más amplia—. Mi favorita cuenta que las moradas de los muertos eran parte de un conjuro elaborado para

levantar Nagarythe con el poder de la nigromancia. Con cada alma enterrada, el conjuro se haría más poderoso, hasta que finalmente la tierra inundada resurgiría de las aguas. —Vor rió entre dientes—. Otra de las leyendas simplemente dice que las familias antiguas querían recuperar en la muerte algo parecido a lo que habían perdido en vida. Sospecho que hay algo de verdad en eso.

—¿Es por eso por lo que piensas que la cripta de Eleuril está maldita? —preguntó Malus.

Vor no contestó. Durante un instante, Malus pensó que había ofendido al hombre de alguna manera, pero entonces se dio cuenta de que los otros guías se habían quedado también callados. Se incorporó, escrutando las caras de los hombres que lo rodeaban... y se dio cuenta de que ya no estaban solos.

Había dos autarii en el límite de la luz de la hoguera. Eran tan esbeltos, oscuros y silenciosos que por un momento Malus pensó que eran un efecto de la luz. Entonces, Vor se aclaró la garganta y dijo:

—Os veo, hijos de las colinas. Es una noche oscura. Venid y compartid nuestro fuego.

Las palabras parecían memorizadas, como si se tratase de un cántico ritual, pero Malus también notó algo de aprensión solapada. Algo no iba del todo bien.

Sin decir una palabra, las dos figuras se deslizaron junto al fuego. Llevaban capas moteadas de lana de color gris, verde y negro, sobre las cuales las gotas de lluvia brillaban como diamantes. Como si fueran una sola persona, los espectros extendieron las manos pálidas y delgadas, y se quitaron las enormes capuchas. La luz jugueteó sobre los rasgos angulosos y de huesos finos, y brilló sobre unos ojos grandes e inesperadamente violeta. Las dos sombras parecían ser hermano y hermana; más que eso, podrían haber sido gemelos. Sus rostros aristocráticos estaban tatuados con el mismo dragón enroscado, elaborado con una tinta azul fantasmagórica. Eran increíblemente hermosos, ni muy femeninos ni muy masculinos, y la serenidad de sus rostros casi idénticos los hacía tan irresistibles como irreales de un modo inquietante. Su cabello, de un negro lustroso, estaba recogido en numerosas trenzas bien apretadas. Malus se fijó en que la muchacha llevaba huesos de dedos en el pelo. «Probablemente, los huesos de nobles druchii», pensó con temor, recordando que la carne de los nobles druchii era un manjar para los clanes de las colinas.

Las dos sombras se pusieron junto al fuego, pero permanecieron de pie, observando a los druchii, que estaban sentados, uno por uno. Cuando las miradas se posaron en Malus, se detuvieron. El peso de sus ojos le dio dentera. Vor lo miró con expresión cansada.

Con un profundo suspiro, Malus se quitó la capucha.

Los autarii siguieron observando a Malus. Vor cogió un cuenco.

—Perdonadme por no tener carne y sal preparadas para vosotros —dijo apresuradamente—. Esta noche habéis llegado temprano. ¿Compartimos nuestra comida con vosotros y os presentamos nuestros respetos?

El muchacho se volvió hacia Vor; se movía con una agilidad espectral. Cuando habló, su voz era clara y pura como una campana.

—Te conocemos bien, Hathan Vor —dijo—, al igual que conocemos al resto de tus parientes. Pero ¿qué hay de ese hombre? —Los ojos violeta se volvieron a posar sobre Malus—. ¿Sabes cómo se llama?

—Él..., él es Malus, hijo de Lurhan, el vaulkhar de Hag Graef —dijo Vor, mirando a Malus con nerviosismo—. Es un noble, de un antiguo linaje y viene a honrar a sus ancestros en las moradas de los muertos.

La mano de Malus se movió lentamente hacia la empuñadura de su espada bajo la capa. No le gustaba el rumbo que estaba tomando aquello.

El muchacho agitó la cabeza, pero fue la muchacha la que contestó.

—Ése es uno de sus nombres —dijo con voz oscura y ronca como el humo—, pero conocemos otro. En las colinas se lo conoce como An Raksa.

Malus se tragó un juramento. Contempló brevemente las probabilidades que tenía de matar a ambos espectros allí mismo. Pensó que era posible que hubiera una docena más observando desde las sombras y que seguramente no llegaría a dar dos pasos antes de que el proyectil de una ballesta le atravesara el cuello. Hizo un esfuerzo por sonreír.

—Me dieron ese nombre como reconocimiento a un favor que le hice al urhan Beg —dijo en tono casual—. Es raro, pero no recuerdo haberos visto en la casa de su clan.

—Toda la colina sabe que mataste al urhan y a su hijo —dijo el muchacho con frialdad—. Enséñanos tus manos.

El noble dudó. Vor, enfadado, miró a Malus.

—¡Hazlo! —siseó.

Malus se apartó lentamente la capa y levantó las manos con las palmas hacia arriba. Las dos sombras las estudiaron atentamente, como si estuvieran buscando alguna señal oculta visible sólo para ellos.

Después de un instante, el muchacho frunció el entrecejo.

—Sus manos no están manchadas con la sangre del urhan —le dijo a su hermana.

—Eso no lo convierte en inocente; sólo en listo —replicó ella—. Todavía debe responder ante los parientes del urhan. —Se volvió hacia Vor—. Has aceptado el oro de este hombre. —Era una afirmación más que una pregunta.

Vor la miró, y después a Malus, y luego a ella de nuevo.

—Yo..., sí —tartamudeó—. Pero sólo eso. No llevo su collar ni le he hecho ningún juramento.

La voz del druchii lleno de cicatrices sonaba ligeramente suplicante, pero los autarii eran incommovibles.

—Adiós, Hathan Vor —dijo la muchacha con expresión seria.

A continuación, las dos sombras se giraron y se adentraron lentamente en la noche.

Durante un instante, nadie se movió. Incluso dio la impresión de que Hathan Vor había dejado de respirar durante un buen rato.

—No tocaron ni la carne ni la sal —dijo, finalmente, con la voz hueca por el miedo—. Ahora somos intrusos. —Vor miró a sus parientes—. Bendita Madre de la Noche, ¿qué vamos a hacer?

Malus se levantó y lentamente desenvainó la espada. La sostuvo, dejando que la luz de la hoguera jugara en su filo, y dirigió la mirada hacia la oscuridad.

—Si yo fuera vosotros, pondría centinelas y mantendría el fuego encendido —gruñó—. Va a ser una larga noche.

El siseo de alarma de *Rencor* fue como el silbido de un hervidor de agua, y sacó a Malus de un sueño sin sueños. Pestañeó a la débil luz del falso amanecer, y su mano se cerró sobre la hoja desnuda que descansaba sobre su regazo.

Había una silueta oscura varios metros más allá, con los hombros encogidos bajo la lluvia. Le llevó un instante reconocer la cara llena de cicatrices del druchii. ¿No acababa de cerrar los ojos? Comprendió que no; estaba todavía oscuro cuando finalmente había decidido que los espectros no iban a tratar de arrasar el campamento.

—¿Qué pasa? —refunfuñó.

—Selavhir se ha ido —dijo Vor con expresión seria.

—Se ha ido —repitió Malus—. ¿Quieres decir que ha muerto?

—Quiero decir que se ha ido. Que ha desaparecido.

Malus se incorporó, frotándose la cara con la mano mojada.

—¿Era uno de los centinelas?

—Tenía la primera guardia; después, lo sustituyó Hethal a la hora del lobo. Lo vi volver a su petate. —Vor miró, aterrado, hacia uno de los chamizos que había al otro lado de la hoguera agonizante—. Pero ahora ya no está allí.

Malus miró con expresión distraída la bruma que había sobre ellos, intentando despejarse.

—Así que volvió a su petate, cogió sus cosas y se fue mientras no mirabais.

Vor rió amargamente.

—Ni siquiera yo sería tan estúpido de intentar caminar por estos bosques por la noche, especialmente cuando están repletos de espectros enfadados —dijo con brusquedad—. No me dijisteis que los autarii tenían una disputa con vos.

—Tú no me dijiste que nos sentaríamos alrededor de una hoguera con un par de

espectros cuando te contraté en Karond Kar —le contestó.

Vor enseñó los dientes con un rugido contrahecho.

—Los espectros tienen a Selavhir —gruñó—. Vinieron aquí y se lo llevaron delante de nuestras mismísimas narices. Sólo la Madre Oscura sabe lo que le pueden haber hecho. —Miró fijamente a Malus—. Ahora ya no verás las moradas de los muertos, noble. Vamos a desmontar el campamento y a marcharnos mientras podamos.

Malus miró al hombre con frialdad.

—No te pagué para que salieras corriendo al primer signo de peligro, Hathan Vor. Continuaremos hacia la cripta de Eleuril como planeamos.

El guía rió de nuevo, pero esa vez había un tono de desesperación en su voz.

—¡Estáis loco, noble! Vamos a volver al Camino de los Esclavistas tan rápidamente como podamos... Podéis ensillar a ese reptil y venir con nosotros, o podéis estar colgando de uno de los ganchos de carne de los espectros cuando anochezca.

Ahora Malus estaba totalmente despierto.

—Escúchame, estúpido trozo de carne —rugió, levantándose lentamente—. Tengo hombres esperando mi regreso a Karond Kar. Si te dejas caer por allí sin mí, o no te dejas ver en unas semanas, te garantizo que te encontrarán y te harán sufrir de maneras que harían implorar piedad a un espectro, después de que maten a todo bicho viviente que te haya preocupado alguna vez. La única esperanza que tienes de sobrevivir a esta expedición es que me llesves a la cripta de Eleuril y me saques sano y salvo de estos bosques.

—¿Estáis dispuesto a arriesgar la vida por llegar a esa maldita cripta?! —exclamó Vor.

—No se trata de eso —dijo Malus con dureza—. De lo que se trata es de que estoy dispuesto a arriesgar la tuya y mucho más. Ahora pon a tus hombres en marcha.

Salieron de las ruinas con paso ligero. Malus se mantenía cerca de Vor; tres hombres exploraban por delante y tres más cubrían la retaguardia. Vor ordenó a los hombres que se mantuvieran a la vista los unos de los otros en todo momento, pero la túpida maleza y la lluvia constante lo hacían casi imposible. Los guías viajaban con las armas dispuestas, y Malus caminaba con una mano sobre el flanco de *Rencor*, fiándose más de los sentidos del nauglir que de los suyos propios. La sensación de que los observaban era abrumadora; parecía que venía de todas las direcciones al mismo tiempo.

Durante horas, la pequeña fila se fue adentrando en el denso bosque, recorriendo con dificultad el terreno, que iba subiendo a un ritmo constante. A media mañana, Vor ordenó una breve pausa.

Los druchii se agruparon bajo las ramas que chorreaban agua, bebiendo ansiosos

de sus cantimploras y masticando tiras de carne seca. Vor los contó.

—¿Dónde está Uvar? —preguntó, mirándolos uno por uno. Uno de los hombres miró hacia atrás, hacia el camino por el que habían venido.

—Era el último de la fila —dijo, temeroso—. Lo vi justo antes de que nos detuviéramos. ¡Lo juro!

—No importa —dijo Malus con expresión sombría—. Se ha ido. —El noble miró a Vor—. ¿Cuánto queda para llegar a las afueras de la necrópolis?

—Unas cuatro o cinco horas más —dijo Vor sin pensar—. ¿Por qué?

—Entre estos malditos árboles los autarii tienen ventaja —dijo en voz baja—. Una vez que lleguemos a las calles y las torres de las criptas, puede que consigamos igualar las cosas. Los espectros son como fantasmas en la espesura, pero, créeme, si los cortas sangran como cualquier hombre. ¡Ahora vamos!

Los hombres se pusieron en pie y apretaron el paso, siguiendo un ritmo brutal. Tal como estaban las cosas, el plan de Malus les daba al menos una oportunidad de sobrevivir y los mantuvo en movimiento a pesar de que el terreno era cada vez más escarpado y traicionero. La lluvia no paraba. Más de una vez, Malus pensó en coger su ballesta de su envoltorio engrasado y cargarla, pero sabía que las condiciones de humedad dañarían el arma a la larga, y además no tenía objetivos a los que disparar.

Dos horas más tarde, Vor ordenó otra parada. Cuando contó a los hombres faltaba otro. Huril, un druchii alto y robusto, con una cuchilla en cada una de sus manos llenas de cicatrices, se había puesto en cabeza tras la última parada y había desaparecido rápidamente en la espesura. Nadie sabía cuándo lo habían atrapado los espectros.

El miedo se adueñó de los supervivientes. Malus se puso delante de ellos con la espada preparada y dijo:

—Levantaos. ¡Podéis ponerlos en marcha y probar suerte con los espectros, o quedaros aquí y morir por mi mano! ¡Vosotros elegís!

Los guías le dirigieron a Malus miradas de odio reconcentrado, pero se levantaron con esfuerzo y se pusieron en marcha. Esa vez todos se mantuvieron bien cerca, sin preocuparse ya por las mandíbulas babeantes de *Rencor* o su cola flagelante. Vor iba corriendo detrás de Malus, girando la cabeza de un lado a otro, y tratando de mantener a la vista a todos sus hombres.

Incluso con menos de un metro entre uno y otro, la densa maleza seguía dificultando que todos estuvieran visibles constantemente. Malus se concentró en poner un pie delante del otro, apresurándose a través de la maraña de vegetación tan de prisa como podía y esperando tropezar tras el siguiente muro de vides colgantes o del seto de helechos con calles urbanas de piedra gris.

Casi tres horas después, la única ensoñación del noble se vio interrumpida por gritos de alivio que provenían de delante. Se dio prisa en atravesar un seto de altos

arbustos y se encontró con la dura superficie de los adoquines escondidos entre la hierba que había a sus pies. Más adelante podía ver que la maleza había desaparecido casi por completo y los mismos árboles eran cada vez más escasos; daban paso a edificios altos y oscuros, y torres esbeltas como dagas rodeadas por montones de peñascos ennegrecidos. Malus pudo ver a los dos druchii que iban en cabeza agitando los brazos hacia él, llenos de excitación.

—¡Eso es! —dijo Malus, mostrando los dientes con una fiera sonrisa—. ¿Lo ves, Vor? Los espectros no son infalibles. Intentaron detenernos con todas sus fuerzas y fallaron. Si nos siguen dentro de la necrópolis, te prometo que se lo haremos pagar.

El guía lleno de cicatrices no dijo nada. Malus se volvió, con una sonrisa burlona en los labios, pero cuando miró hacia atrás le falló la voz.

Allí no había nadie. Hathan Vor había desaparecido.

7. Las moradas de los muertos

—Bendita Madre de la Noche —dijo Malus sin aliento, escrutando las profundidades de la noche como si Vor pudiera aparecer en cualquier momento entre la maleza.

En ese preciso instante, los matorrales de helechos se removieron y apareció uno de los guías que cerraba la marcha con los ojos desorbitados por el miedo. El druchii se paró en seco.

—¿Dónde está Vor? —preguntó con una voz que el pánico había transformado en un hilo.

—¡Corre! —dijo Malus, que, con un ágil movimiento, se montó en la silla de *Rencor*.

El guía druchii se lo quedó mirando, sin terminar de entender la desaparición de Vor. Asestándole en el hombro un golpe de plano con la espada, Malus gritó:

—¡Corre! ¡Maldita sea!

El hombre se puso en movimiento, y Malus espoleó su montura, que emprendió un trote veloz. *Rencor* iba sorteando con facilidad la vegetación cada vez más rala, dejando atrás con sus grandes zancadas a los guías druchii avanzados hasta penetrar en los alrededores de la necrópolis. Los pies del gélido golpearon el abigarrado pavimento cuando el noble invirtió la marcha de su montura para contar las cabezas de los druchii que lo seguían con dificultad. Vio a tres de los hombres de Vor; los druchii encargados de cerrar la marcha de la columna todavía no estaban a la vista. Malus se agazapó en la montura tratando de ofrecer el menor blanco posible al mismo tiempo que escudriñaba la línea arbórea intentando detectar alguna señal de movimiento.

—Vuestro señor se ha marchado —dijo el noble a los aterrorizados guías—. Los malditos espectros nos lo arrebataron de las manos.

Los hombres intercambiaron miradas de pánico.

—¿Qué hacemos ahora? —inquirió uno.

—¿Qué otra cosa podemos hacer? Les haremos pagar por esto —le espetó Malus—. Han estado jugando con nosotros desde anoche, pensando que éramos una presa fácil. Ahora tenemos la ocasión de hacer que lamenten su arrogancia.

—No —dijo otro de los guías, un hombre de edad más avanzada con la cabeza totalmente calva y una muesca en lugar de su fosa nasal derecha—. Esto es una locura. ¡No podemos derrotar a los autarii!

Malus atravesó al hombre con la mirada.

—¿Y qué propones que hagamos, entonces? ¿Ofrecernos como corderillos para que nos estofen? Estos salvajes se comen a los druchii de la ciudad del mismo modo que nosotros desollamos y comemos a un cochinito. ¡Se trata de luchar o morir,

mentecato!

—Fue tu tozudez lo que nos metió en esto —le replicó el hombre—. Si hubiéramos hecho lo que dijo Vor, ahora estaríamos en el Camino de los Esclavistas. —Se volvió hacia sus compatriotas—. Propongo que corramos hacia allí y dejemos al noble librado a su suerte. ¡Es a él y no a nosotros a quien quieren los espectros!

Malus cerró con fuerza la mano sobre la empuñadura de su espada. Se disponía a degollar a aquel insolente cuando un grito agudo resonó en el bosque. El último de los guías avanzó tambaleándose entre los árboles, lívido y con los ojos desorbitados. Vio a Malus y a los suyos, y avanzó a trompicones hacia ellos, tratando de decir algo sin que de su boca saliera sonido alguno. Después de unos cuantos pasos, tropezó con una raíz y trató de sujetarse a un tronco, pero se le resbaló la mano sobre la corteza húmeda y cayó de bruces en la hierba. Tenía clavados en la espalda tres viroles de ballesta y la ropa empapada de sangre. El hombre tuvo una última convulsión y ya no se movió.

El noble se volvió hacia los guías reunidos.

—Éste es el destino que os aguarda si volvéis a los bosques —dijo—. Si queréis vivir, permaneced cerca de mí. Y ahora: ¡andando!

Sin esperar una respuesta, espoleó a *Rencor*, que partió al trote y se internó en los sombríos caminos de la necrópolis.

En torno a Malus, se alzaban edificios de piedra gris, estructuras que no habrían desentonado en Hag Graef ni en ninguna otra próspera ciudad de los druchii. Unas torres altas, como espadas, subían hacia el cielo plomizo más allá de los edificios cuadrados, dispuestas aquí y allá, a izquierda y derecha, mientras la ciudad de los muertos se iba abriendo camino por el sinuoso valle, ascendiendo cada vez más entre las montañas invisibles detrás de nubes de niebla y lluvia. Al principio, Malus sintió una especie de dislocación tan potente que apartó de su mente todo otro pensamiento. La sensación de llegar a casa era tan poderosa que se encontró mirando al cielo para ver las torres agrupadas del Hag.

Avanzó por una especie de avenida, un camino de piedra negra que recorría el fondo del valle entre apretadas filas de criptas y monumentos. Cada tanto partían del camino principal calles laterales que llevaban a tumbas específicas. El noble se giró en la montura para ver a los tres guías supervivientes, que venían pisándole los talones, y a continuación condujo a *Rencor* por un camino lateral sumido en las sombras crepusculares.

Unos veinte metros más adelante la calle se bifurcaba a la derecha, llevando a lo que parecía un jardín de piedra decorativo. En una esquina había una gran estructura, posiblemente una representación de una casa de placer o de un pabellón de deportes. Ventanas cuadradas e inusualmente altas se alineaban en las fachadas del edificio, que daban a ambas calles como negras oquedades en la sonrisa de una calavera gris. Con

una mueca, Malus decidió que serviría para sus fines.

Detuvo a *Rencor* y se volvió hacia los hombres. El noble señaló con la espada a dos de ellos y, apuntando hacia el camino lateral del jardín, les ordenó:

—Vosotros dos id por ahí y haced todo el ruido que podáis.

Los hombres asintieron, respirando agitadamente. El tercero —el druchii calvo que había sido partidario de abandonar a Malus— levantó la vista hacia el noble.

—Y nosotros, ¿qué? —preguntó.

Malus señaló el edificio con la barbilla.

—Adentro. Cuando las sombras se hayan disipado les haremos probar de su propia medicina. —Se volvió hacia los dos señuelos—. Al oír el bramido de *Rencor*, volved y ayudadnos a degollar a algunos.

Los hombres esbozaron una sonrisa aviesa y se internaron en el jardín, chapoteando con sus botas en los charcos diseminados por la calzada.

Malus se dejó caer de la silla y condujo al nauglir hasta la ventana más próxima. La bestia de guerra olfateó la oscuridad que había al otro lado del portal antes de saltar por la abertura con sorprendente agilidad. El noble le hizo al druchii una seña de que entrara y, a continuación, lo siguió pisándole los talones.

En el interior, el aire olía a humedad y a cerrado. Lo único que se veía eran unos cuadrados de débil luz grisácea que el poniente pintaba en el suelo. De las largas hendiduras que formaban extraños dibujos en el suelo de piedra salían nubes de polvo, y Malus oyó un gruñido tenebroso que llegaba de las vigas del techo. «Es un milagro que esos viejos edificios no se hayan venido abajo en todo este tiempo —pensó—. Estaría bueno haber llegado hasta aquí y morir por apoyarse contra la columna equivocaba y quedar sepultado por una tonelada de piedra.»

Se oía el ruido de un cuerpo pesado deslizándose sobre la piedra al moverse *Rencor* en la oscuridad.

—¡Alto! —dijo en un susurro, y la respuesta fue un golpe sordo al sentarse el nauglir sobre la piedra.

—¿Y ahora qué toca? —susurró el druchii calvo.

—Esperar y observar —dijo Malus en tono apenas audible—. Quédate al otro lado de la luz y observa la calle. No te muevas a menos que yo te lo diga.

El noble recibió sólo un gruñido como respuesta. Le pasó por la cabeza que al guía calvo no se le presentaría una mejor oportunidad de cortarle el gaznate y salir corriendo, pero apartó la idea de su cabeza. Contaba con que el deseo de venganza del druchii pudiera más que su cobardía y se dedicara a vigilar el sombrío callejón.

De inmediato, Malus cayó en la cuenta de que su plan tenía un fallo. La lluvia dejaba suspendida en el aire una neblina gris que creaba en los dos callejones pozos impenetrables de oscuridad. Sólo quedaba en ellos una franja central plenamente iluminada. Los sigilosos autarii eran capaces de sortear, amparados en las sombras, la

emboscada de Malus si éste no extremaba las precauciones. El noble respiró hondo y trató de concentrarse, poniendo máxima atención en el panorama más amplio que se abría ante él y no en una zona específica o un conjunto de detalles. Cuando llegara el momento se anunciaría con cambios sutiles en la escena exterior, movimiento que seguramente no percibiría de frente, sino en los campos de visión periférica.

Pasó un buen rato sin que sucediera nada. Malus podía oír claramente a sus señuelos por el jardín o sus inmediaciones, llamándose a voces. En las sombras exteriores nada se movía. ¿Sería posible que los espectros ya se hubieran deslizado a su lado pasando desapercibidos? Eso no había forma de saberlo.

Rencor se removió apenas. Malus estaba a punto de volverse para imponer silencio a la bestia cuando su vista captó un atisbo de movimiento, un sutil cambio en la profundidad de las sombras que había al otro lado del edificio en el que se encontraban. Podría tratarse de un efecto engañoso de la luz, o de una mala jugada de su mente cansada, pero entonces volvió a verlo. Los espectros se arrastraban por el camino y se dirigían silenciosamente hacia los hombres que estaban en el jardín.

Malus hizo una mueca en la oscuridad.

—Arriba, *Rencor* —susurró, y al mismo tiempo que el nauglir se ponía de pie, él desenvainó la espada—. ¡Ahora! —gritó corriendo hacia la ventana.

El noble se lanzó de un salto a la calle con un penetrante grito de guerra y blandiendo la espada. La respuesta fue media docena de disparos de ballesta, pero los espectros habían sido tomados por sorpresa y ningún virote dio en el blanco; se estrellaron contra las paredes del edificio, de donde arrancaron cortantes esquirlas de piedra.

Malus contó por lo menos diez autarii en las sombras fuera del edificio. Seis de ellos intentaban volver a cargar sus armas mientras los demás atacaban al noble con espadas cortas que emitían destellos feroces en sus manos. Un año antes, la visión lo habría aterrorizado, mientras que ahora la batalla hizo que su corazón se llenara de un júbilo salvaje.

El largo de la espada curva de Malus superaba en más de un palmo al de las que empuñaban los espectros, y el noble aprovechó al máximo esa ventaja. Se lanzó contra el autarii que tenía más cerca, descargando en la cabeza del hombre una profusión de golpes. El espectro reaccionó con la rapidez de una serpiente, bloqueando a diestro y siniestro con enérgicos movimientos. Entonces, Malus describió un amplio arco con su espada y alcanzó al hombre justo debajo de la rodilla. La espada de magistral factura atravesó capa tras capa de la vestimenta y penetró en la carne; cortó la pierna y produjo una efusión de sangre oscura. El espectro se desplomó con un grito de angustia, pero Malus ya se lanzaba en busca del siguiente par de enemigos.

Éstos lo asaltaron por ambos flancos al mismo tiempo. Malus saltó sobre el

hombre que tenía a la derecha e hizo retroceder al espectro con un relampagueante mandoble dirigido a sus ojos. El noble dio un paso adelante, exponiendo su flanco derecho al segundo autarii, oportunidad que aprovechó éste para lanzarse sobre él en un intento de atravesarle la garganta con su arma. El espectro no consiguió su objetivo; el noble esperó hasta que el hombre lanzara el ataque, y entonces, giró sobre sus talones con un revés de su espada, que limpiamente le separó la cabeza del cuerpo. Giraba ya para hacer frente a su segundo enemigo cuando vio, sorprendido, que el cuerpo decapitado del que acababa de matar seguía trastabillando y, cayéndole encima, lo derribaba a tierra.

A Malus se le llenaron la cara y la boca de sangre caliente y salada cuando aterrizó sobre las resbaladizas piedras de la calzada debajo del cuerpo desmadejado. Oyó entonces el ruido inconfundible del acero hundiéndose en la carne: el otro espectro había acudido raudo y en su precipitación había clavado el arma en el blanco equivocado. Malus se revolvía debajo del cadáver, tratando de sacárselo de encima al mismo tiempo que intentaba alcanzar al otro autarii. De un salto, el espectro se puso fuera de su alcance, que era todo lo que Malus podía esperar. De un puntapié arrojó al muerto contra su adversario ganando toda la distancia posible para ponerse de pie nuevamente.

La tierra se sacudió y una pata escamosa del tamaño de un gran escudo se estampó contra el suelo a escasos centímetros de la cabeza de Malus. *Rencor* lanzó un atronador bramido y se incorporó a la refriega; le dio una dentellada al autarii portador de la espada. El espectro gritó, despavorido, y trató de salir corriendo, pero no contó con la sorprendente velocidad del nauglir. *Rencor* arremetió contra él, lo asió por un hombro y lo sacudió como lo haría un terrier con una rata cogida en sus fauces. Las costillas y las cervicales se partieron en una serie de crujidos, y el espectro cayó inerme.

Malus cambió de dirección; se apartó con una voltereta del nauglir desbocado y se puso de pie con dificultad. Oyó el sonido de ballestas que se disparaban, y más virotes atravesaron el aire. Uno rebotó en el espaldarón izquierdo del noble y fue a dar sobre el lado opuesto del edificio. Otros virotes alcanzaron a *Rencor* en la clavícula y en el costado, a lo que respondió la furiosa bestia con un rugido de pura rabia. El noble vio cómo el gélido giraba en redondo y arrancaba con el puntiagudo hocico el virote clavado en su hombro. Ya fuese por accidente o adrede, el látigo de su cola golpeó de lleno a uno de los ballesteros y lo lanzó sobre el pavimento transformado en un amasijo sanguinolento. El noble entrevió al druchii calvo en un combate cuerpo a cuerpo con otro de los espectros; la espada corta de cada uno de ellos amenazaba el gaznate del contrario.

Un gruñido y un chasquido metálico hicieron que Malus volviera la vista a la derecha, donde otro autarii trataba de recargar su ballesta. El noble se lanzó sobre él

con un enloquecido aullido.

El tiempo pareció detenerse mientras atravesaba la calle, cubriendo la distancia que lo separaba del balletero tan rápidamente como le fue posible. Malus no dejaba de aullar como un demonio esperando conseguir con eso que el otro se pusiera tan nervioso que no pudiera cargar el arma a tiempo. Era una carrera a muerte, y Malus la perdió.

El autarii apuntó la ballesta y disparó mientras Malus estaba todavía algunos metros fuera de tiro. Trató de esquivar el proyectil volviéndose de lado, pero éste atravesó el espacio como un relámpago. Sintió un fuerte impacto contra el hombro y, a continuación, un dolor tan ardiente que lo dejó sin aire.

Malus se tambaleó mientras trataba de respirar, pero se rehízo y saltó hacia adelante. El fiero gesto del espectro se convirtió en un rictus de agonía cuando el noble le hundió la punta de su espada en la ingle. El hombre cayó redondo en medio de un charco de sangre que no paraba de crecer mientras el noble se daba de bruces contra la pared del otro lado de la calle. Allí permaneció apoyado un momento, tratando de recuperar el aliento y viendo las grandes gotas de sangre que se deslizaban por el asta del proyectil que tenía clavado en el hombro izquierdo. Caían a sus pies como gotas de lluvia mientras el dolor palpitaba al unísono con su agitado corazón.

Un espectro apareció amenazador a su izquierda. Malus se lanzó a por él con feroz determinación, apuntándolo con la espada ensangrentada. En el último momento reconoció al guía calvo, que se apartó de él con un grito de terror.

—¡Lo hemos conseguido! —dijo el druchii, blandiendo su cuchillo—. ¡Huyen para salvar el pellejo!

Malus a duras penas se mantenía de pie y trataba de centrarse en otra cosa para olvidarse del dolor. Se oían gritos aterrorizados que superaban incluso el ruido que hacían las mandíbulas de *Rencor al* saciar éste el hambre con uno de los espectros muertos. Un momento después, el noble se dio cuenta de que los autarii se retiraban hacia el jardín de piedra. Frunció el entrecejo y meneó la cabeza con aire perplejo. Aquello no tenía sentido.

Entonces, oyó el ruido de combate dentro del propio jardín y cayó en la cuenta de lo que había pasado.

—Los malditos espectros han tendido su propia trampa —gruñó—. Vieron hacia dónde íbamos y enviaron a la mayor parte de sus hombres por el camino principal para distraernos.

No había habido tiempo de comprobar nada durante el combate, pero estaba claro que ninguno de los espectros gemelos se contaba entre los muertos de los que estaba sembrada la calle.

La expresión del guía calvo pasó del triunfalismo al temor en un abrir y cerrar de

ojos.

—¿Y ahora qué? —preguntó con voz que transpiraba desesperación.

—En primer lugar, tira con fuerza del maldito virote y sácamelo —dijo Malus con voz entrecortada, apoyándose en la pared.

El guía agarró con reservas el asta ensangrentada.

—De acuerdo —dijo, reuniendo valor—. Cuando cuente tres.

—¡Tira de una vez, maldita sea! —rugió Malus, y el guía arrancó el proyectil.

El mundo empezó a dar vueltas. En lo profundo de su pecho, Malus sentía que el demonio se retorció extasiado, flotando en un mar de delicioso dolor.

—¡*Rencor!*

A la llamada de Malus, el nauglir acudió trotando obediente al lado del noble. De los cuatro virotos que tenía clavados en el flanco rezumaba profusamente un icor oscuro, pero la bestia de guerra parecía conservar toda su fuerza y velocidad. Malus avanzó dando tumbos hacia su cabalgadura y rápidamente le arrancó los proyectiles antes de alzarse con dificultad sobre la montura. Ya había cesado el ruido de combate en el jardín. Se les estaba agotando el tiempo.

El noble clavó los talones en los ijares del gélido y se reincorporó al primer camino lateral.

—¡De prisa! —le dijo al guía, y se volvió hacia la derecha, alejándose de la avenida principal.

Pasaron ante más edificios antiguos y desiertos en diversos grados de abandono. Malus fue estudiándolos uno por uno, buscando un lugar que dos hombres pudieran defender sin dificultad. Transcurrieron algunos momentos tensos en los que daba la impresión de que a Malus se le había agotado la suerte, pero entonces, al final del camino, atisbo un edificio cuadrado, sin ventanas, cubierto por los cuatro lados de elaborados bajorrelieves, que representaban una procesión de nobles druchii danzantes. El único acceso era una puerta estrecha cuya simplicidad contrastaba con el esplendor circundante. Malus lanzó a *Rencor* al galope en el preciso momento en que en el extremo del callejón que quedaba a sus espaldas se oía un coro de aullidos. El noble se volvió y consiguió ver a unos treinta autarii que formaban un grupo compacto en torno a dos figuras inconfundibles. Los dos espectros gemelos se habían echado hacia atrás las capuchas y aullaban al sollozante cielo como un par de lobos. A pesar de lo lejos que estaban, a Malus le pareció que sus tatuajes relucían con un luz fantasmal.

A *Rencor* le bastaron instantes para llegar al extremo de la calle, y el único superviviente de los guías estaba pegado al nauglir cuando Malus saltó de la montura y condujo a la bestia al interior del imponente edificio. El interior era una cámara amplia, sin divisiones, con un techo que se alzaba casi a cinco metros por encima de sus cabezas. Haces de luz endeble y chorros de agua de lluvia entraban por los

lugares donde el antiguo techo había sufrido el deterioro de siglos. La luz apenas permitía ver. Había una plataforma en el fondo de la estancia y algo que parecía un altar de piedra verde y oscura desgastado por la acción del tiempo. Malus condujo a *Rencor* por el suelo sembrado de desechos y se encontró con que había una rampa detrás de la plataforma que bajaba hacia una oscuridad oscura como una cueva.

Tras detener a *Rencor*, Malus echó la mano hacia atrás para coger la ballesta y la aljaba que llevaba bajo la silla de montar y se las pasó al guía.

—Colócate sobre la plataforma y dispara a cualquiera que consiga pasar por delante de mí —dijo.

El hombre recogió los envoltorios con expresión confundida.

—¿Qué vas a hacer?

Malus desmontó y desenfundó su segunda espada.

—Voy a matar a cuanto maldito espectro atraviese esa puerta —dijo con expresión torva, mientras desandaba el camino por el que habían venido.

Hay que reconocer que el calvo no perdió tiempo en discusiones. De camino hacia la puerta, Malus oyó el chasquido tranquilizador de la palanca de rearme de la ballesta. Fue sorteando los puntos por los que el tejado dejaba filtrarse la luz y la lluvia, amparándose en las sombras más densas.

—Y bien, demonio —dijo a Tz'arkan en un susurro cuando consideró que se encontraba a distancia suficiente—, sé que estabas esperando este momento. Préstame tu fuerza.

—Claro que sí —respondió el demonio con voz acariciante—. Espero por tu bien que sea suficiente.

Las palabras hicieron que a Malus le corriera un escalofrío por todo el cuerpo.

—¿Y eso qué significa? —dijo, pero la pregunta quedó ahogada bajo el peso frío del poder de Tz'arkan.

La sangre se le heló en las venas; la carne y la piel se unieron y en el hombro se le formó una cicatriz con forma de estrella. Había recuperado su integridad física y, de hecho, por primera vez desde hacía días, se sintió realmente vivo.

En la puerta de acceso hubo un movimiento de espectros, y con una sonrisa gozosa, Malus se dispuso a salirles al paso.

Los autarii llegaban como una tromba oscura y llenaban el aire de penetrantes aullidos. A Malus le dio la impresión de que sus movimientos eran lentos y pesados, como los del ganado cuando se dirige al matadero. Sus espadas gemelas tejieron un tapiz de muerte justo al otro lado de la puerta: cortaron miembros, esparcieron entrañas y atravesaron gznates a cada golpe de acero. Su macabra recolección hizo brotar de su garganta una risa enloquecida; muchos de los espectros ya estaban muertos antes de tocar el suelo, víctimas de una muerte tan instantánea que ni tiempo tenían de gritar de terror o de dolor.

Malus dejó de contar cuántos yacían apilados en la entrada. En realidad, tras la caída del décimo hombre, la matanza se había convertido en algo casi mecánico. Su risa se debilitó y aquello empezó a aburrirlo.

Fue entonces cuando uno de los espectros gemelos a punto estuvo de matarlo.

Los hombres muertos caían indolentemente al suelo. Cuando de sus heridas apenas había empezado a manar sangre, el muchacho se precipitó contra Malus blandiendo un par de ensangrentadas espadas. Atacaba como una víbora, tratando de alcanzar la cara y la garganta del noble, que por pura suerte logró apartar la cabeza en el último momento, de modo que el corte que amenazaba su garganta sólo le hizo una herida en la mejilla. El noble retrocedió parando rabiosamente el ataque, y el autarii apartó sus espadas al mismo tiempo que se lanzaba otra vez contra él como un torbellino. Las espadas gemelas resonaron contra su peto y sus espaldarones. Las junturas crujieron y los remaches se soltaron por efecto de los golpes. Malus, que hacía apenas un instante era un dios de la muerte, luchaba ahora a la defensiva.

Daba la impresión de que los espectros también tenían sus recursos mágicos.

La proximidad le permitía ver el reluciente dragón que cruzaba la cara del joven autarii. Había serenidad en su rostro, y una absoluta inexpresividad en sus ojos color violeta mientras descargaba sobre Malus una andanada de golpes. El noble se recuperó rápidamente, parando cada arremetida con pericia y presteza, pero el otro era implacable y superaba la guardia de Malus una y otra vez haciendo resonar su armadura.

Malus cedió terreno y poco a poco se internaba más en el edificio mientras trataba de encontrar un punto débil en la defensa del otro. Como el resto de los autarii, sus armas eran un par de espadas cortas, pero esto lo compensaban con creces su fuerza bruta y su velocidad. Cada vez que Malus lanzaba un ataque, el joven respondía con un contraataque potencialmente mortífero. A pesar del poder del demonio, el otro casi lo superaba.

El noble retrocedió aún más, procurándose un breve respiro. Oyó el golpetazo de una ballesta por encima de su hombro y vio que su contrincante desviaba el proyectil con una de sus espadas. En cuestión de segundos, el espectro le había hecho recorrer la gran estancia y volver al punto de partida.

Malus se apartó hacia la derecha, y el espectro se situó a la izquierda. Se movieron lentamente en círculo, midiéndose, buscando una oportunidad para atacar. Malus observó que el autarii ni siquiera parecía agitado.

—Incluso ahora estás jugando conmigo —gruñó el noble. El joven sonrió levemente por toda respuesta.

El noble estaba de espaldas a la lejana entrada. Se inclinó hacia atrás y saltó sobre el autarii. Las espadas entrec chocaron, y Malus siguió su impulso hacia adelante, pero el joven no cedió terreno, y los aceros se quedaron inmóviles. El noble se afirmó e

hizo un alto con el rostro a escasos centímetros de la cara de su contrincante.

—No puedes ganar —dijo Malus entre dientes—. ¿De dónde proviene tu fuerza? Dímelo y te perdonaré la vida.

El otro lanzó una carcajada.

—Eso no son más que palabras, noble —dijo—. Tus espadas no tienen nada que hacer con las mías.

Malus se esforzó, pero el joven no cedió un palmo.

—Es cierto —admitió a regañadientes—. Ése es el motivo por el cual decidí transformar esto en un enfrentamiento de ingenios.

El otro frunció el entrecejo.

—No entiendo.

Malus apoyó la bota en el pecho del autarii y empujó. Impulsado por la fuerza del demonio, el joven salió disparado por los aires y fue a parar a las fauces abiertas de *Rencor*. El grito sorprendido del espectro quedó sofocado por un crujido de huesos.

—Lo sé —respondió Malus, balanceándose sobre los pies—. Los tontos como tú nunca entienden, hasta que es demasiado tarde.

—¡Señor del Terror! —gritó el guía—. ¡El techo!

Malus alzó la vista. Los haces de luz parpadeaban al moverse los espectros entre ellos. Una vez más le habían ganado de mano. El asalto de la entrada sólo había sido una distracción, mientras el resto de los espectros trepaba por los muros y llegaba hasta el tejado.

El noble volvió a mirar hacia la puerta. También por allí aparecían más espectros.

—A la cripta —gritó—. ¡De prisa!

Malus asió las riendas de *Rencor* y, tirando de ellas, lo apartó de los restos del gemelo muerto. El guía bajó de la plataforma y desapareció rampa abajo, seguido de cerca por Malus.

El guía no había pasado de la base de la rampa cuando se paró en seco para tantear con la mano que le quedaba libre la oscuridad. Malus hizo al hombre a un lado y confió en que los sentidos del nauglir criado bajo tierra le permitirían advertir cualquier peligro.

Tras haber andado menos de cuatro metros en aquella negrura abismal, *Rencor* rozó un objeto alto y hecho de piedra. Se oyó un crujido siniestro, y el aire se llenó de olor a polvo. Sobre sus cabezas, el techo se estremeció.

Malus se quedó paralizado. Tenía la impresión de que el verdadero peligro no tenía nada que ver con fosos ni con pozos ocultos. Un movimiento en falso, y *Rencor* haría que el edificio se derrumbara encima de sus cabezas.

El noble respiró hondo y sintió en la boca un gusto a aire húmedo, estancado. En la estancia de arriba se oyó el grito desgarrado de la hermana gemela del espectro muerto, que inmediatamente se transformó en un alarido de rabia bestial.

—Ese..., ese chico —dijo el guía con voz aterrorizada—. ¿Qué era? ¿Y tú? ¿Qué eres tú?

—Silencio —ordenó Malus en un susurro—. Estoy tratando de pensar una manera de salir de aquí.

—Hay una —dijo el demonio, y su voz pareció reverberar en la negrura—. Está delante de tus mismísimas narices, pero dudo de que tengas el ingenio necesario para verla.

—¡No es momento para tus malditas adivinanzas! —le replicó Malus—. ¡A menos que puedas sacarme de este agujero, no quiero saber nada de ti!

—Yo no puedo..., pero tú, sí —dijo el demonio—. Sólo necesitas voluntad.

—¿Voluntad? —preguntó Malus con tono desabrido—. ¿La voluntad para hacerlo?

—La voluntad de usar todos los instrumentos que tienes a tu disposición, imbécil.

—En nombre de la Madre Oscura, ¿de qué estás hablando? —Malus buscó, perplejo, a su alrededor. Al mirar por encima del hombro, la escasa luz que llegaba de la planta alta le permitió ver los cuartos traseros de *Rencor* y, más allá, al guía que miraba, temeroso, rampa arriba—. Él no sirve para nada —dijo Malus en voz baja—, y *Rencor* no es tan rápido como para permitirme dejar atrás a una veintena de espectros. Y tendría tantas posibilidades de blandir el *Ídolo de Kolkuth* como de encontrar la salida de este pozo...

Se quedó con la boca abierta. El ídolo.

Envainó las espadas y rebuscó entre las alforjas de su montura con aquella escasa luz. Después de un momento, dio con un objeto pequeño y frío envuelto en seda. Lo sacó y lo descubrió. La figura de bronce destelló levemente.

Según las leyendas, el *Ídolo de Kolkuth* tenía el poder de curvar el espacio y el tiempo. Él mismo lo había visto en la isla de Morhaut. Pero ¿cómo funcionaba? ¿Qué sabía él de brujería?

Algo que una vez había oído decir a su madre, una poderosa bruja, resonó en su cabeza. El poder lo configura quien lo esgrime. Está hecho para servir, del mismo modo que un esclavo se adapta a la voluntad de su amo. ¿Y acaso la brujería no era un poder que se manifestaba?

Malus respiró hondo. El poder del demonio lo había abandonado y se sentía débil. Sin embargo, su poder seguía intacto. Todavía refulgía alimentado por el odio y el deseo.

Montó. Sentía al ídolo como un peso frío en su mano derecha. Pensó que todo era una locura. ¡Él no era un brujo! Pero si no hacía algo, iba a morir ahí abajo, en aquella tumba húmeda y vacía. Estaba dispuesto a dar lo que le quedaba de alma por engañar a la muerte un rato más. El guía se volvió.

—¡Madre de la Noche, ya los veo! ¡Esa chica autarii y su gente! ¡Ahí vienen!

—Que vengan —dijo Malus.

Con un grito tiró de las riendas de *Rencor* e hizo que el gélido describiera un apretado círculo. Su poderosa cola golpeó la cercana columna y la partió con un enorme estruendo.

Hubo otro gran crujido que en lugar de debilitarse creció en intensidad. De lo alto caían nubes de polvo. Malus sostuvo el ídolo en alto y visualizó el camino de fuera del edificio. Puso toda su voluntad en una única y furiosa orden.

—¡Llévame allí!

Malus clavó los talones en los flancos de *Rencor*. Hubo entonces un crujido tremendo, desgarrado, y el mundo se volvió del revés.

8. El devorador de almas

Sintió el viento silbándole en los oídos y, durante un momento, le revolvió el estómago la sensación de estar suspendido en un vacío infinito. Oyó sus propios gritos de terror, pero era demasiado tarde para volverse atrás. Había saltado del precipicio y, cuando se dio cuenta, empezaba a caer.

«El destino —oyó que murmuraba una voz dentro de su cabeza—. Debes seguir un sendero o perderte en el vacío para siempre. ¡Escoge!»

Malus cerró los ojos y expresó su voluntad en un susurro. No podía sentir nada. ¿Tenía todavía el *Ídolo de Kolkuth* en la mano? Trató de olvidar el terror del salto y de centrarse en la calle que había en el exterior del antiguo edificio. «Éste es mi sendero —pensó—. Éste es el lugar al que quiero ir. ¡Obedece mi orden!»

Un puño invisible se cerró sobre sus entrañas y apretó con una fuerza inclemente. Sus huesos empezaron a irradiar un frío terrible, una sensación que agradeció. A continuación, se produjo un impacto espantoso y ya no se enteró de nada más.

Lo despertó el golpeteo de las gotas de lluvia sobre su mejilla. Abrió los ojos y se encontró boca abajo sobre unas piedras negras y con la cabeza metida en un charco de agua salobre y bilis.

Con un gruñido se puso boca arriba entre quejidos provocados por las dolorosas convulsiones que le sacudían todo el cuerpo. Por primera vez desde hacía días, cuando sintió los diminutos impactos delineando los planos y aristas de su rostro, la maldita lluvia le pareció una bendición. Sus miembros estaban debilitados y se sentía hueco y frío por dentro. «Ésta es la sensación que produce encontrarse entre los muertos —pensó de pronto—. Me he convertido en un muerto viviente.»

La sensación de unas escamas que se deslizaban por el interior de sus costillas perturbó los pensamientos del noble.

—Acabas de probar por primera vez la brujería, Malus Darkblade. ¿Te ha gustado?

—Ha sido terrible —dijo el noble, exhausto—, pero no esperaba otra cosa. ¡Maldita brujería! —añadió con un gruñido, tratando de ponerse de pie a pesar de su debilidad.

Le temblaban las piernas, y el esfuerzo hizo que se le revolvieran las tripas, pero un momento después consiguió alzarse sobre los codos. En ese instante, reparó en que todavía tenía el ídolo apretado en la mano. No lo sentía. En realidad, sus sensaciones eran muy vagas.

Descubrió que estaba tirado en el estrecho callejón, a algunos metros del templo sin ventanas donde se había refugiado. Había dos o tres cuerpos desmembrados a la entrada y tanto el dintel como el muro grisáceo presentaban salpicaduras de sangre. Las paredes del edificio estaban surcadas de profundas grietas y muchos de los

bajorrelieves se habían hecho trizas sembrando de escombros la calle. En el aire flotaba una espesa nube de polvo que lentamente se iba asentando sobre la tierra bajo el peso de la lluvia. Por lo que pudo ver, ni uno solo de los espectros había conseguido escapar.

—No obstante, volvería a hacerlo —dijo con fría certidumbre—. Haré lo que deba hacer, sea lo que sea, para librarme de ti.

—Claro que sí. —El demonio rió con una risita cómplice—. Habrás hecho muchas cosas terribles antes de que tú y yo hayamos terminado, Malus Darkblade. Es tu sino.

—¡Sino! —exclamó Malus—. Yo soy el dueño de mi destino, demonio. — Lentamente, abriendo un dedo tras otro, soltó el ídolo, que cayó al suelo con estrépito—. Para bien o para mal, el camino que elijo en este mundo es mío y sólo mío.

—Creas lo que creas —dijo Tz'arkan—, al final, el resultado es el mismo.

—Ahórrame estos juegucitos —gruñó el noble.

Miró en derredor buscando a *Rencor* y lo vio a unos metros a su espalda. El gélido estaba echado de lado, lo cual era mala señal. Reuniendo sus mermadas fuerzas, Malus se puso de pie con paso vacilante.

—Hay un torbellino de fuerzas a tu alrededor, Malus. En este mismo momento ejercen presión sobre ti y determinan la trayectoria de tu fugaz existencia. Cerrar los ojos no hace que desaparezcan.

Enfurecido, Malus sacó un cuchillo que llevaba al cinto y aplicó la aguzada punta a su garganta.

—Podría matarme ahora mismo —dijo—. Nadie puede impedirlo. Si puedo hacer eso, ¿dónde queda la ilusión de ese sino del que hablas?

—Excelente pregunta —respondió el demonio. El ser infernal parecía realmente divertido—. Pongamos a prueba tu teoría. Mátate.

—¿Qué?

—Ya me has oído, noble. Córtate el cuello con la daga.

—Yo... —dijo Malus, vacilante—. Yo no deseo morir, demonio. No se trata de eso.

—Claro que sí —replicó Tz'arkan—. Se trata de eso; precisamente de eso. No te matarías por nada del mundo porque no es tu sino hacerlo.

—No, estás retorciendo el argumento —dijo Malus con rabia—. No quiero matarme porque quiero hacer que mi familia sufra por las ignominias que ha cometido conmigo. Quiero reclamar el título de vaulkhar, entre otras cosas. Tengo ambiciones, demonio, ambiciones terrenales. —Hizo una pausa para tomar aliento y consiguió emitir una fugaz carcajada—. Morir ahora sería... inconveniente.

—Y por eso vives... como lo exige tu sino —insistió el demonio.

—Sabía que ibas a decir algo por el estilo —dijo Malus con sorna.

Se puso de rodillas junto a *Rencor* y apoyó una mano en el flanco de la bestia. El nauglir respiraba superficialmente. El noble se arrastró gateando hasta la cabeza de la bestia y con suavidad le abrió uno de los grandes párpados. Sólo se veía la parte blanca del ojo.

De repente, el gran reptil tuvo un espasmo y sacudió las cuatro patas y la cola como un látigo. Malus se apartó rápidamente, librándose por los pelos de la pata delantera del nauglir cuando el gélido se puso de pie de un empujón.

La bestia de guerra, con su tonelada de peso, se alzó del suelo, emitiendo chasquidos y gruñidos, y luego volvió a plegar las patas y se agazapó. Husmeó el aire cautamente y, al ver a Malus, dejó escapar un gruñido afectuoso.

Malus meneó la cabeza.

—Estúpido lagarto —dijo cariñosamente—; si no te conociera, diría que habías perdido el sentido.

El nauglir soltó un largo bramido y se apoyó, vacilante, sobre los cuartos traseros. Malus no podía culpar a la bestia.

Malus cabalgó toda la larga noche, ascendiendo el sinuoso camino del valle en medio de la lluvia.

Había extraído los proyectiles que *Rencor* tenía clavados y había limpiado las heridas lo mejor que había sabido. Su larga experiencia le indicaba al noble que la constitución del gélido haría que cicatrizaran en cuestión de días, siempre y cuando los proyectiles no estuvieran envenenados. Mientras la oscuridad se iba cerniendo sobre ellos, condujo al gélido de la brida nuevamente a la avenida principal e inició la búsqueda de la cripta de Eleuril; montaba sólo cuando el cansancio le impedía dar un paso más. El nauglir avanzaba incansablemente, sin notar casi el peso del druchii y su armadura. Vor le había dicho que la tumba del príncipe estaba cerca de la cabecera del valle, todo un día más de cabalgada por el negro camino. Con suerte llegaría al amanecer y encontraría algún lugar donde tomarse un breve descanso.

Las horas transcurrían en silencio. Sólo se oían el tamborileo de la lluvia y las suaves pisadas del nauglir. Por fin, el entumecimiento se había transformado en una especie de frío penetrante que lo recorría de pies a cabeza. Cuánto hubiera dado por un buen fuego y, todavía mejor, por una buena copa de vino; pero ambas cosas eran imposibles. En más de una ocasión, pensó en la frasca de vino que llevaba en las alforjas, pero una y otra vez apartó la tentación. ¿Quién podía saber qué otros peligros acechaban en las moradas de los muertos? Así, siguió cabalgando, helado y dolorido, con las palabras del demonio resonando todavía en su cabeza.

Lo que necesitaba era un vidente. El Rey Brujo y sus lugartenientes podían requerir los servicios de uno para que les mostrara los posibles resultados de sus acciones, y así gobernar y desbaratar los planes de sus enemigos. Se prometió que cuando regresara al Hag, Eldire y él tendrían una larga conversación.

Teniendo en cuenta sus sospechas, ¿podría confiar en algo que ella le dijera?

Tan absorto estaba en sus pensamientos que al principio no reparó en el cambio en la marcha de *Rencor*. El nauglir se pegó más al suelo y su marcha se hizo más lenta y más fluida. Los belfos del gélido se dilataron, aspirando con fruición el aire húmedo, y su hocico romo se acercó tanto al suelo que casi lo tocó. Sólo cuando la bestia de guerra emitió un largo y ronco gruñido salió Malus de sus cavilaciones. El gélido había captado el aroma de su alimento preferido: carne de caballo.

El noble refrenó apresuradamente a *Rencor*. Lo apartó de la carretera y lo obligó a internarse en las sombrías profundidades de uno de los lados del camino. Sobresaltado, cayó en la cuenta de que se aproximaba el alba; el cielo tomaba el tinte perlado que anuncia el falso amanecer. Jirones de niebla se pegaban a las bases de los edificios vacíos y de las amenazadoras torres. Malus estudió los alrededores con más atención: los edificios estaban hechos de materiales más refinados y adornados con tallas más graciosas e intrincadas, que a un tiempo resultaban familiares y extrañas. Había mayor profusión de torres, aunque algunas habían sufrido el desgaste de siglos y otras estaban prácticamente en ruinas. Había llegado a la morada de los Antiguos Reyes, las criptas de los últimos príncipes de Nagarythe.

—¡Alto! —ordenó el noble, dejándose caer de inmediato a la calzada.

Todos los sonidos parecían inusitadamente altos en aquella quietud envuelta por la niebla, y eso ponía nervioso a Malus. Sin pensarlo, echó mano a su ballesta, hasta que recordó que la había perdido durante su enfrentamiento con los espectros.

Una rápida mirada en derredor le permitió hacerse una idea de lo que lo rodeaba y reparar en un gran montón de escombros que había un poco más adelante en el camino. El montón de ladrillos formaba una empinada pendiente junto a una torre parcialmente caída, cuya parte superior sobresalía unas dos o tres plantas por encima de los edificios que había en esa zona de la metrópolis.

—¡Quédate aquí! —le dijo a *Rencor*.

Lamentó no tener una manera de sujetar a la hambrienta bestia, ya que era posible que, si tardaba demasiado, el nauglir se dejara llevar por el hambre y saliese a la caza de la fuente de aquel apetitoso olor equino. Sin dejar de mirar con desconfianza por encima del hombro, el noble avanzó lenta y silenciosamente hasta la torre quebrada y empezó a escalar los pesados bloques de piedra a los que la lluvia había vuelto resbaladizos.

El ascenso le llevó mucho más tiempo del que esperaba; los escombros eran algo inestables, y cada vez que con una mano o una bota hacía que se desprendieran algunas pequeñas piedras, se quedaba paralizado para detectar cualquier indicio de alarma. Después de casi una hora, llegó al punto más alto y se echó cuerpo a tierra sobre las piedras, escudriñando el panorama de apretados edificios y estrechas callejuelas.

En seguida vio los fuegos de los vigías: dos hogueras a unos veinte metros la una de la otra, de las que se alzaban unas llamaradas de tres metros de altura hacia la húmeda atmósfera. Habían sido encendidas en una pequeña plaza a varios cientos de metros de distancia y proyectaban un resplandor vacilante sobre las filas de oscuras tiendas de campaña y contra la tallada fachada de una torre funeraria situada en el extremo más alejado de la plaza. El ruido lejano de caballos inquietos se superponía al suave repiqueteo de la lluvia.

Malus estudió la torre más atentamente y empezó a sentir el miedo que le atenazaba las entrañas. El trabajo en piedra que decoraba el arco que remataba el nicho de la entrada era un gigantesco bajorrelieve de un príncipe druchii con una ornamentada armadura. Del puño derecho del príncipe colgaba un puñado de cabezas cortadas sujetas por el pelo, mientras que su mano izquierda estaba alzada y se cerraba sobre la curva de una luna en cuarto creciente.

—Bendita Madre de la Noche —maldijo en voz baja—. Están tratando de irrumpir en la tumba de Eleuril.

Rebuscando con las manos encontró en primer lugar el *Ídolo de Kolkuth*. La estatuilla de bronce estaba más fría que el hielo a pesar de estar envuelta en varias capas de mugrientas esteras. Malus la colocó rápidamente sobre las piedras del suelo y siguió rebuscando en sus alforjas.

—Con todos los lugares que hay en Nagaroth para buscar aventuras, tenían que venir precisamente aquí —musitó con tono airado.

Una rápida mirada al cielo le confirmó que faltaba menos de una hora para el amanecer. Los druchii del campamento se despertarían en cualquier momento. Tendría que actuar con gran rapidez si quería tener una oportunidad.

—¿Acaso supones que esto es mera coincidencia, Darkblade? —El demonio parecía realmente sorprendido.

Malus encontró un pequeño objeto envuelto en una tela y lo sacó, pero se dio cuenta de que era la piel de la cara de su hermano, bien conservada en sal y plegada para que no se deteriorara. La devolvió a la bolsa y buscó más al fondo.

—Es la época de las campañas —dijo con aire distraído—. Los señores druchii emprenden viajes en busca de gloria o de tesoros, o de ambas cosas a la vez. No dudo de que muchos de ellos estarían dispuestos a hacerse saqueadores de tumbas sin pensar que se pueden salir con la suya.

—Pero ¿al frente de semejante ejército?

—Los bosques están llenos de espectros, demonio. De haber podido elegir, también yo habría traído conmigo un pequeño ejército. —Su mano tropezó, por fin, con una forma suave y redondeada. Malus se quedó un momento mirando la frasca y se dispuso a hacerla a un lado; después le quitó el tapón con los dientes y echó un buen trago antes de devolverla a la bolsa.

—¿Cuántos señores podrían reunir a tantos hombres sólo para ir en busca de reliquias?

—¿En todo Nagaroth? Docenas de ellos; estoy seguro —respondió Malus sin vacilar—. ¿Piensas que voy a creerme que todo esto tiene algo que ver conmigo?

—Necio druchii —dijo el demonio con desprecio—. De todas las criptas de este valle, da la casualidad de que esos hombres armados están acampados justo a las puertas de la torre que tú estás buscando.

—Pero eso significaría que alguien más sabe que estoy buscando la *Daga de Torxus* y que sabe además dónde la puedo encontrar —dijo Malus—, y no hay nadie...

La idea lo asaltó de golpe. Se dio cuenta de que Urial lo sabría. ¿Sería posible que hubiera reunido una fuerza tan de prisa? Har Ganeth estaba sólo a unos cuantos días de allí bajando por el Camino de los Esclavistas.

Malus respiró hondo, apretó los dientes con gesto obstinado y reanudó su búsqueda.

—Es posible que tengas razón —dijo—, pero ¿qué importancia tiene? Sea quien sea el que está al mando, todavía no tiene la daga en su poder o ya no estaría allí; de modo que todavía puedo llegar antes.

Ante la sorpresa del noble, el demonio rió de buena gana.

—No necesitas enemigos, Darkblade —dijo el demonio—. Tan listo, tan cruel, tan deliciosamente odioso, pero tan resuelto. Piensas que el mundo empieza y termina en ti.

—Y eso, ¿qué se supone que quiere decir? —inquirió Malus.

—Consecuencias, Malus; consecuencias. Ya has desbaratado los planes de mucha gente en tu afán de poder. ¿Creíste que te olvidarían en cuanto hubieras acabado con ellos? Te siguen tendiendo trampas, pero tú eres demasiado impetuoso para evitarlos.

—¿Y esto me lo dice un poderoso demonio que se dejó atrapar dentro de un cristal durante miles de años? Puedo prescindir de tus arranques de sabiduría —replicó el noble. En ese preciso momento su mano dio con un objeto plano y duro envuelto en seda—. Aquí estás —musitó al mismo tiempo que lo sacaba.

Malus buscó entre los pliegues de la seda y puso al descubierto un medallón octogonal hecho de grueso bronce y sobre el cual se había grabado un conjunto de extrañas runas que resultaba difícil reconocer. El *Octágono de Praan* era la primera de las reliquias que Malus había recuperado por indicación del demonio. Mientras que el *Ídolo de Kolkuth* podía curvar el espacio y el tiempo a su alrededor, el Octógono protegía a quien lo portara de la brujería. Con el entrecejo fruncido por la aversión, deslizó la cadena que lo sujetaba alrededor de su cuello y, a continuación, cogió un pequeño envoltorio que colgaba de la silla de montar y se lo echó al hombro. Después, y a regañadientes, recogió el ídolo y volvió a colocarlo

rápidamente en la alforja.

Dejándose llevar por un impulso, estiró la mano y dio unas palmadas en el flanco de *Rencor*.

—Si no he vuelto antes de un día, tienes mi permiso para marchar sobre ellos y devorar a cuanto ser vivo se ponga en tu camino —gruñó el noble—. Mientras tanto, espera.

Dicho eso, Malus echó una mirada a la oscuridad del cielo, tratando de calcular la hora. Llevaría un buen rato averiguar dónde estaban emplazados los centinelas alrededor del campamento druchii, y todavía más, sortearlos y llegar a la tumba. Nada le apetecía menos que llegar a la torre y encontrarse atrapado dentro cuando saliera el sol y los saqueadores de tumbas volvieran a sus labores.

—Siempre te queda la posibilidad de volver a usar el ídolo —le susurró Tz'arkan taimadamente—. Un paso bastaría para colocarte ante las puertas de la tumba. Imagínate.

Malus hizo una mueca de desagrado.

—Claro está que puedo imaginarlo, demonio —replicó—. Por eso prefiero correr el riesgo con los guardias.

La entrada de la tumba era un breve pasadizo de menos de tres metros de largo que daba a una cámara cuadrada de unos seis metros de ancho. Estatuas de mantícoras mantenían una silenciosa vigilancia a ambos lados de las puertas abovedadas de la cripta frente a la entrada, y las paredes de la cámara estaban decoradas con mosaicos en los que estaba representado un druchii alto y bien parecido que infligía terribles torturas a una gran variedad de hombres y mujeres de noble aspecto.

Malus observó, de inmediato, que los supuestos saqueadores de tumbas ya habían estado trabajando en las grandes puertas de la cripta. Había mazas y cinceles diseminados por el umbral y profundas hendiduras en la superficie de las puertas. El noble miró hacia el otro lado, hacia la plaza, y vio que todavía no había ningún movimiento entre las tiendas de campaña. Le había llevado menos tiempo del que había previsto abrirse camino entre los guardias. La lluvia constante y lo tardío de la hora habían hecho que los centinelas se refugiaran dentro de los ruinosos edificios que rodeaban la plaza, dejándole despejado el acceso al campamento.

El noble se volvió y cautelosamente entró a gatas en la cámara, estudiando con atención las altas puertas y el daño que les habían hecho los guerreros druchii. «Es como si hubieran estado escarbando en la piedra», se dijo. Se acercó aún más, hasta que notó las manchas que había en el suelo ante el umbral.

«De modo que en la tumba cripta de Eleuril no faltan trampas para los incautos», pensó.

Malus se acercó todavía más, con cuidado de no pasar entre las dos mantícoras.

Se puso en cuclillas y estudió el suelo buscando mecanismos o planchas ocultos.

—¡Ojalá Arleth Vann estuviera aquí! —susurró—. Probablemente podría hacer esto con los ojos cerrados. Yo no tengo ni idea de lo que estoy buscando.

Siguió examinando el suelo un rato, sabiendo que le quedaba poco tiempo, pero no encontró nada que le llamara la atención. Pensó que tal vez habrían desencadenado algo al tratar de atravesar las puertas; estudió los anillos, las bisagras y los herrajes de hierro.

El noble comprobó minuciosamente las incisiones hechas en las puertas. La madera era tan oscura y antigua que parecía piedra.

Malus la observó, preocupado. Observó el suelo buscando los fragmentos producidos por el cincel. Un momento después, descubrió un trozo del mismo color de las puertas y lo recogió. Los bordes cortaban como una cuchilla y en el fragmento no había ni vestigios de grano.

No era que la puerta fuera de madera que se había endurecido hasta parecer piedra. La puerta era de piedra.

—Ésta no es la entrada —se dio cuenta—. Es un señuelo para distraer a los saqueadores. Entonces..., ¿dónde está la verdadera puerta?

El noble retrocedió hasta el centro de la cámara y empezó a estudiar, uno tras otro, los muros. Repasó cada una de las escenas representadas en las paredes, pero sin notar nada fuera de lo común. Había una evolución definida en las escenas que presentaban una cronología de las hazañas del personaje como inquisidor del Rey Brujo. La última escena de la secuencia lo presentaba abriendo en canal a un hechicero con una daga negra de aspecto extraño. Intrigado, Malus se acercó al mosaico. Curiosamente, estaba ubicado en el centro de la pared de la derecha.

Alargó la mano y pasó los dedos por las pulidas piedras del mosaico para apreciar su solidez. Al tocar con las puntas de los dedos la hoja de la daga, sintió que se hundía y oyó un ruido chirriante.

De repente, se sintió envuelto en un haz de luz verdosa que chisporroteaba al recorrer su cuerpo como si fuera fuego líquido. Sintió el aire caliente que producía a su paso, pero su energía lo recorrió como si se tratara de agua, y se desvaneció en un estallido instantáneo.

El noble retrocedió, vacilante, deslumbrado y con un zumbido en los oídos por la explosión. Pasó un momento antes de que se diera cuenta de que el medallón que llevaba al cuello relucía como bronce recién salido de la forja y de que el *Octágono de Praan* lo había salvado de aquella trampa embrujada.

Cuando dejaron de zumbarle los oídos, Malus oyó gritos de sorpresa que llegaban de la plaza. Tras una duda momentánea, alargó las manos y volvió a hacer presión sobre la pared. Una sección del muro se desplazó silenciosamente hacia adentro y dejó al descubierto una estrecha escalera que subía y bajaba, perdiéndose en la

oscuridad.

Los ojos de los muertos estaban fijos en Malus mientras éste subía por la escalera hacia la tumba del príncipe.

La piedra gris se transformó en negro mármol pulido dentro del pozo de la escalera y se encendieron globos de luz bruja como si los hubiera activado el eco de los pasos del noble. A cada metro que subía, encontraba un estrecho nicho abierto en la pared con un arco recubierto de oro y tallado con delicadas runas. En cada uno de ellos había un sirviente momificado con las manos plegadas y la cabeza baja en señal de súplica eterna. Tenían los ojos abiertos —tal vez los habían dejado así a propósito, o tal vez los párpados se habían retraído con el paso de los siglos mientras sus cuerpos iban sucumbiendo lentamente a la acción del tiempo—, y parecían mirar a Malus, que subía veloz escaleras arriba en busca de su señor.

No tenía conciencia de la distancia que había recorrido ni de la cantidad de figuras silenciosas y vigilantes que había encontrado a su paso cuando la escalera acabó ante una puerta abierta. Al otro lado, había una cámara circular de mármol pulido bañada con una luz mágica.

Una delgada estera de seda oscura conducía desde la puerta hasta el centro de la cámara, donde un atril sostenía un pesado libro encuadernado con piel oscura. Más allá del atril se elevaba una plataforma octogonal, sobre la cual, dentro de un ataúd vertical y ataviado con una armadura negra esmaltada, estaba la momia del príncipe Eleuril.

Otros ocho ataúdes formaban un círculo alrededor de la plataforma del príncipe, y desde donde estaba Malus podía verse que cada uno de ellos contenía el cuerpo de un caballero druchii con todos sus avíos de guerra y con una larga espada reluciente sobre el pecho. El noble permaneció en el umbral, indeciso. En el aire se notaba la magia. No sabía por qué, pero la sentía como un cosquilleo sobre la piel.

De la escalera llegaban sonidos amortiguados que los oídos de Malus percibieron como voces. ¿Serían Urial y sus hombres que habrían entrado por la puerta escondida y subían por la escalera?

Malus se volvió a mirar el cuerpo del príncipe. Las manos de Eleuril sostenían algo que tenía sobre el pecho. Pensó que podía ser una daga.

Moviéndose con todo cuidado, el noble entró en la cámara. El aire olía a cerrado. El techo formaba una bóveda a nueve metros sobre su cabeza y en lo alto podían verse las motas de polvo flotando en medio del resplandor de las luces brujas. Avanzó con cautela por la alfombra de seda, observando cómo se hacía polvo bajo sus pies.

En la antigüedad, los nobles de Nagaroath solían acudir a rendir homenaje a sus ancestros en las moradas de los muertos. Caminaban por alfombras como esa que pisaba Malus, se arrodillaban ante libros como el que estaba ante el ataúd del príncipe y leían en ellos las legendarias hazañas de sus antepasados. Así recordaban las glorias

que se habían perdido cuando Nagarythe se hundió bajo las aguas y juraban venganza en nombre sus ancestros. En una época, los señores de la guerra del Rey Brujo solían recorrer el largo camino hacia la necrópolis en vísperas de una guerra para invocar los espíritus de los Antiguos Reyes, como solían llamar a los príncipes.

«Pero de eso hace ya mucho tiempo», pensó Malus. Las antiguas costumbres se perdían en la noche de los tiempos. Los volúmenes donde se contaban las grandes hazañas permanecían sin que nadie los leyera en la oscuridad de los sepulcros, y las alfombras de seda se hacían polvo bajo los pies de un ladrón. Así eran ahora las cosas.

El noble rodeó el gran libro y, estremando los cuidados, subió a la plataforma, que era muy estrecha. Apenas había en ella espacio para el ataúd del príncipe, y Malus no tuvo más remedio que sujetarse del borde de mármol para no perder pie. Allí, a escasos centímetros de la momia, Malus pudo ver la larga y negra daga que Eleuril sostenía con sus manos cubiertas con guanteletes. «Es curioso que lo entregan al descanso eterno con ese cuchillo», pensó, disponiéndose a apartar las manos del muerto. Lo lógico habría sido que hubiera preferido una espada.

Los dedos de Malus se posaron sobre el frío acero plateado del guantelete..., y el príncipe Eleuril lanzó un grito.

El noble sintió un escalofrío de terror que lo recorrió de pies a cabeza cuando los ojos del príncipe se abrieron de golpe y dejaron ver la furia de una luz azulada que relucía en el fondo de las negras cuencas. El noble retrocedió y se encontró a punto de perder el equilibrio en el borde de la plataforma. Antes de que pudiera recuperarlo, el cuerpo del príncipe se sacudió, volvió a una vida sobrenatural y le asestó a Malus un puñetazo con su mano enguantada.

La criatura tenía una fuerza terrible, que hizo que Malus saliera despedido hacia atrás como si fuera un niño. Chocó contra el atril, de modo que el gran tomo cayó sobre el suelo pulido y, por fin, se quedó encajado entre dos de los ataúdes de los caballeros. Horrorizado, vio que también ellos se levantaban de sus lechos de seda con los ojos centelleantes y lanzando gritos de furia.

Malus consiguió ponerse de pie y sacar sus dos espadas cuando los caballeros no muertos saltaron sobre él desde sus tumbas con temible velocidad y lo atacaron uno por cada lado. Sus largas espadas relucían como varitas mágicas y eran más rápidas que cualquier arma esgrimida por la mano de un ser vivo, y tenían tal fuerza que a punto estuvieron de obligar a Malus a ponerse de rodillas. Sin embargo, en lugar de ceder terreno, él contraatacó, esquivando con una finta al caballero de la izquierda y girando acto seguido sobre un talón para descargar un revés sobre el de la derecha. La espada del noble alcanzó al caballero por encima de la cadera. La piel apergaminada y los frágiles huesos se quebraron; el guardián de la tumba se partió en dos.

«Pese a su fiereza y su fuerza, son frágiles», observó Malus con una mueca

despiadada mientras ponía toda su atención en el caballero que quedaba. Lo hizo justo a tiempo de parar un golpe arrollador que lo hubiera alcanzado en el pecho. El noble fue lanzado hacia atrás por la fuerza del golpe y sintió que una mano fría lo asía por el tobillo. Desde el suelo, el caballero caído golpeó con su espada la espalda de Malus, que mordió la armadura del noble y lo dejó atontado. Otro golpe del segundo caballero alcanzó a Malus en el brazo izquierdo. Un dolor ardiente lo recorrió desde el hombro hasta la muñeca e hizo que soltara la espada que sostenía con esa mano.

Con una mueca feroz, Malus dio un pisotón a la muñeca que lo sujetaba por el tobillo y la hizo trizas bajo su talón. Acto seguido, echó atrás el pie, dio una patada al caballero caído y le separó la cabeza del cuerpo. Cuando el cuerpo destrozado cayó al suelo, el noble se abalanzó contra el segundo caballero, le hizo perder el equilibrio y lo empujó contra su ataúd. Por las junturas de la armadura del muerto salió polvo cuando Malus cogió el brazo con el que el caballero sostenía la espada a la altura del codo y se lo arrancó de cuajo. A continuación, hundió la empuñadura de la espada en el cráneo insolente que cayó al suelo dando botes.

«Dos menos. Me quedan seis», pensó Malus, apartándose del cuerpo que se desmoronaba. Entonces, una mano huesuda tan dura como el acero lo cogió por el cuello. El noble apenas tuvo tiempo de gritar de rabia antes de que el penetrante grito de Eleuril le llenara los oídos y la *Daga de Torxus* se le clavara en el costado.

9. El precio de la daga

La Daga de Torxus se hundió en su carne, y Malus Darkblade se sintió morir.

Un dolor espantoso lo sacudió de pies a cabeza y tuvo la sensación de que una parte de sí se había desprendido y él había quedado flotando dentro de su propio pellejo. Le pareció que su corazón se paraba y que la sangre empezaba a estancarse en su carne. Perdió totalmente las fuerzas —a lo lejos oyó el ruido de su espada sobre las piedras del suelo—, y a continuación, cuando la oscuridad se extendía como aceite en sus ojos, fue como si su cuerpo se marchitara por dentro y la carne se volviera negra y dura como la mojama y los huesos se le petrificaran. Era como si la daga fuera un fragmento de la propia Oscuridad Exterior, que le extraía hasta el último atisbo de calor y de vida, y lo convertía en una oquedad bastarda que no era del todo demonio ni del todo hombre.

Lo último que oyó fue su propio grito de horror absoluto.

Se despertó respirando con dificultad el polvo de la tumba.

El aire seco raspaba su garganta maltrecha y le producía accesos de tos que extendían a todo el cuerpo el dolor sordo del costado. Sentía los ojos tan duros como piedras pulidas, y sobre ellos, los párpados parecían correosos. Malus no sabía si tenía calor o frío; en cierto modo, esas sensaciones le parecían ajenas, como si estuviera hecho de madera o piedra y no de carne pálida.

Estaba de espaldas, metido en un ataúd de bordes altos, con la cabeza apoyada sobre cojines de seda que crujían de viejos y olían levemente a descomposición. Tenía la pierna izquierda plegada sobre el borde del ataúd y la sentía pesada y entumecida. A Malus lo sorprendió esa sensación, y se preguntó si los muertos alguna vez sufrían la humillación de que se les durmiera una pierna. A su castigada mente aquello le pareció poco probable, con lo cual se vio obligado a aceptar el hecho de que, en cierto modo, todavía estaba vivo. El maldito príncipe le había clavado la daga y luego lo había echado a un lado como si hubiera matado un conejo.

Había silencio y oscuridad dentro de la tumba. El olor a cerrado era intenso y se mezclaba con el de sangre y vísceras. Lenta y dolorosamente, Malus alzó la mano izquierda. Los músculos le crujieron como cuero reseco cuando cerró los dedos sobre el borde del ataúd y trató de incorporarse. Hasta la débil caricia del aire sobre la cara se le hizo extraña a su cuerpo cuando logró adoptar la postura sedente. Tuvo un sobresalto al parecerle que no sentía el latido de su corazón. ¿Acaso la daga lo había transformado en un muerto viviente igual que el príncipe y los caballeros que lo rodeaban? Ojos ciegos miraban a Malus con expresión acusadora desde unos rostros pálidos, salpicados de sangre y con un rictus de terror y de dolor.

Malus tardó algunos minutos en hacerse cargo de lo que lo rodeaba. Nada menos que cincuenta hombres yacían muertos en la cripta del príncipe, atravesados y

mutilados por las espadas de los caballeros no muertos, pero al final la victoria había favorecido a los vivos. No se veía por allí ni a uno solo de los príncipes guardianes, y el propio príncipe había quedado reducido a un montón de telas rasgadas y huesos astillados que algún druchii había reunido en una pila desordenada al pie de su ataúd vertical.

—La daga ha desaparecido —gruñó Malus—. Los supervivientes se hicieron con ella.

No tenía necesidad de hurgar entre los cuerpos para estar seguro. Los hombres que habían plantado sus tiendas en la plaza no habían venido a buscar la bendición de Eleuril, sino a robarle. Si se habían ido, quería decir que se habían llevado consigo la daga.

El noble se pasó una mano por la cara. Tenía la piel correosa.

—¿Cuánto tiempo habré estado aquí?

—Todo un día —dijo el demonio—. La daga te extrajo hasta la última gota de vida que no fuera ya mía.

—¿Qué significa eso? —inquirió.

—Significa que eres el primer mortal que ha sobrevivido al embate del Devorador de Almas —dijo el demonio—, pero sólo porque no tenías alma que devorar.

—¿Y eso es algo que debo agradecerte?

—La otra posibilidad era convertirse en un espíritu torturado, atado para toda la eternidad al lugar donde había muerto —dijo el demonio—. Comparado con la poderosa crueldad de la daga, yo soy el más benigno de los tiranos.

A Malus se le ocurrieron muchos comentarios irritados, pero por el momento se sentía demasiado desgraciado para debatir el tema.

—¿O sea que es cierto que Eleuril fue asesinado por el vengativo espíritu de su esposa?

—¿Él y también sus caballeros? —dijo Tz'arkan con desprecio—. No, al final de su vida se dio el lujo, y así lo ordenó a sus sirvientes, de morir por acción de la daga a fin de proteger a los druchii de la destrucción. Mantuvo su vigilia durante miles de años..., es decir, hasta que llegaste tú.

—¿Vigilia? ¿De qué estás hablando?

El demonio suspiró.

—Eleuril arrebató la daga a un hechicero de Slaanesh llamado Varean, que a su vez se había internado en los Desiertos para robársela a un señor de la guerra del Caos. Varean estaba buscando la espada porque había descubierto una profecía según la cual un hombre sin alma llegaría un día, se apoderaría de la daga y desataría sobre los druchii una ola de sangre y fuego. Cuando Varean fue arrestado por los hombres de Eleuril, prometió aceptar todos los castigos que el príncipe considerara adecuados a cambio de que Eleuril se ocupara de que se mantuviera la daga en un lugar seguro.

Y el príncipe cumplió su palabra hasta la muerte. Por lo que a los druchii respecta, siempre les pareció muy extraño. Muchos pensaron que se había vuelto loco.

—¿Y tú lo sabías?! —gritó Malus—. ¿Durante todo este tiempo sabías que me encaminaba a una emboscada y no dijiste nada?

—¿Por qué preocuparse? —replicó el demonio—. Era otra de esas viejas historias relacionadas con una profecía. Pensé que tú no creías en esas cosas.

La risa del demonio quedó ahogada por un vendaval de terribles maldiciones mientras Malus saltaba por un lado del ataúd y caía sobre una alfombra de cadáveres que cubrían el suelo. El noble seguía maldiciendo por todos los espíritus cuyo nombre conseguía recordar cuando al caer sobre el costado de la herida el dolor atroz hizo que se desvaneciera.

Pasó algún tiempo antes de que Malus volviera a abrir los ojos. Lo primero que sintió fue la fría sensación de la sangre que manchaba su costado. Lentamente y con todo cuidado, se incorporó. La forma en que le palpitaban las sienes se parecía más al goteo del agua que al redoble de un tambor. El noble trató de examinar la herida, pero su armadura le dejaba ver poco más que el orificio triangular que el arma había hecho en su peto.

—Una fea herida —se quejó, resoplando—. Demonio, aunque odio decirlo, tendrás que curar esto. No creo que vaya a cerrarse sola.

—Todo a su debido tiempo, Malus —dijo Tz'arkan—. A su debido tiempo. Últimamente he sido demasiado generoso con mis dones. Te devolveré algo de tus fuerzas, pero el resto tendrá que esperar.

Malus sintió el toque frío del demonio extendiéndose a través de él, y el dolor se redujo. Sus miembros recuperaron parte del vigor, y el corazón le dolía por el esfuerzo de insuflarle más fuerzas. El noble trató de olvidar su lamentable estado lanzando más improperios al demonio mientras buscaba sus espadas entre los cadáveres.

Le había dado la vuelta al octavo o noveno cuando se dio cuenta de algo. Estudió el rostro del que acababa de mover y sintió que lo recorría un escalofrío.

—¡Eh!, yo conozco a este desgraciado —dijo, temeroso—. Su padre es miembro de la guardia personal del vaulkhar. No son hombres de Urial.

El noble se arrodilló entre los cadáveres, considerando las implicaciones. Además de Urial ¿quién podría haber reunido a tantos hombres y tener constancia del interés de Malus por la daga? La respuesta era obvia.

—Isilvar —dijo con odio después de un momento. Había miedo en su voz.

—¿Sospechas de tu otro hermano? —inquirió el demonio.

—Por supuesto —respondió—. Tiene el dinero y la influencia necesaria para reunir a un grupo de soldados como éste, y sobradas razones para enfrentarse a mí.

El noble movió la cabeza caviloso. También estaba absolutamente seguro de que

el hierofante del culto de Slaanesh en Hag Graef no era otro que Isilvar. Aunque se había salvado de la destrucción del culto, Malus le había abierto a Isilvar una herida terrible en la garganta que tardaría mucho tiempo en curarse, en el caso de que se curara.

—Él sabía que yo había estado en el templo del norte y que era tu... sirviente —admitió Malus—. Es posible que también supiese lo de las reliquias y lo de su poder para liberarte.

—Tu lógica es irrefutable —dijo Tz'arkan. ¿Había un deje burlón en su voz? Malus no estaba seguro—. La cuestión es: ¿qué vas a hacer al respecto?

El noble vio la empuñadura familiar de una espada en el suelo de mármol. La extrajo del hombre que yacía encima y usó el pelo de un guerrero herido para limpiar la sangre de la hoja.

—Evidentemente, sería un error desafiar a Isilvar y a sus hombres yo solo —dijo Malus, enfundando la espada—. Tendré que seguirlo de vuelta hasta el Hag y pagar el precio que me pida para conseguir que me dé la daga.

—Un plan caro, pero prudente —dijo el demonio con tono de aprobación—. Estás bromeando, sin duda.

—Por supuesto —replicó Malus con gesto apesadumbrado—. Voy a perseguirlo como a un zorro y a colgar sus orejas de mi cinturón, y si me da la daga sin demasiados problemas es probable que deje que muera con su virilidad intacta.

—No esperaba menos —dijo Tz'arkan—. Desde luego, Malus Darkblade, hay que reconocer que ante la adversidad siempre reaccionas con toda la violencia física necesaria.

Casi había amanecido cuando Malus salió de la tumba de Eleuril. Cada paso hacia la base de la torre había sido una tortura que había llevado a su cuerpo al límite de la resistencia. Cuando salió tambaleándose a la plaza vacía estaba ojeroso, arrastraba los pies y si movía las piernas lo hacía sólo impulsado por un odio que lo quemaba por dentro.

Los saqueadores de tumbas no habían perdido el tiempo. Habían levantado el campamento y se habían puesto en marcha inmediatamente, con lo que ya le llevaban todo un día de ventaja. Malus supuso que volverían al Camino de los Esclavistas y se dirigirían hacia el oeste, dejarían atrás las murallas empapadas de sangre de Har Gareth y buscarían refugio en Hag Graef. No tenía la menor intención de permitir que Isilvar y sus hombres llegaran tan lejos.

Sin embargo, tuvo que perder más tiempo antes de que *Rencor* estuviera listo para emprender el viaje. Se encontró al gélido donde lo había dejado, acurrucado en uno de los edificios vacíos y devorando ruidosamente un par de caballos. A juzgar por las sillas de montar y los arreos que todavía llevaban encima, Malus dedujo que el nauglir, atormentado por el hambre, había atacado a la columna druchii en el

momento en que abandonaba la necrópolis. Tenía clavados más virotes de ballesta, pero el noble sabía muy bien que no era conveniente acercarse a la bestia de guerra hasta que hubiera saciado su apetito. Cuando el nauglir se hubo hartado por fin, Malus tuvo acceso a sus alforjas y pudo comer parte de las raciones secas que le quedaban, e hizo bajar la carne y el pan resacos con dos copas de amarga sangre de caballo. Seguía sintiéndose peligrosamente débil y era consciente de que le esperaban días de dura cabalgada.

A mediodía, se había ocupado de las heridas de *Rencor* e iniciaron la persecución de los saqueadores. Al final, la lluvia se había convertido en una llovizna fría y pertinaz que distorsionaba los sonidos y ocultaba los objetos distantes tras un velo de niebla. Malus hizo que el nauglir cogiera un paso largo y sostenido para no cansarse, y estaba bien entrada la noche cuando el noble se vio obligado a hacer un alto. Aunque *Rencor* podría haber continuado todavía varias horas, Malus había ido perdiendo fuerzas poco a poco a medida que avanzaba el día y llegó un momento en que ya no estaba seguro de que pudiera mantenerse sobre la silla. Condujo al nauglir a una fragua abandonada y se acomodó contra el costado escamoso de *Rencor* con ambas espadas cruzadas sobre el regazo. Pronto se quedó dormido.

Se despertó al amanecer, apenas algo más descansado. Tanto su regazo como el suelo de piedra estaban manchados de rojo. No sabía cómo, pero en sueños se había vuelto a abrir la herida, y al ver el charco de sangre coagulada, pensó que tal vez había estado a punto de no volver a despertar. Sólo pudo engullir otra ración de carne seca antes de montar de nuevo y ponerse en marcha.

Malus pasó el día en medio del delirio que le producían la pérdida de sangre y la fatiga. Caían chaparrones intermitentes que alternaban con intervalos de un sol débil y mortecino que casi no calentaba. El trote del nauglir le resultaba soporífero, y de vez en cuando, se despertaba, sobresaltado, de una somnolencia vacua y se daba cuenta de que había recorrido varias leguas de las que no tenía conciencia.

Al final del día, había llegado al otro extremo del valle. La entrada de la necrópolis era una alta verja aislada, cuyas columnas tenían la forma de dos imponentes dragones. La puerta estaba tallada con las largas líneas curvas de intrincadas runas que Malus recordaba haber visto en la tumba de Eleuril. Se preguntó si habría en todo Naggaroth un solo druchii capaz de leer la lengua muerta de Nagarythe.

Al otro lado de la verja, había una sucesión de estatuas talladas todas en lustroso mármol negro. Eran de altas y voluptuosas mujeres druchii, cuyos cuerpos desnudos estaban tallados con gracia y riqueza de detalles. De sus dedos salían unas garras largas y curvas, y sus bocas sensuales presentaban unos terribles colmillos leoninos. Malus supuso que representaban a espíritus guardianes inspirados en mitos olvidados de su pueblo. Eran figuras imponentes, y el noble no pudo evitar cierta inquietud al

pasar bajo su temible mirada.

El estrecho camino estaba hecho de la misma piedra negra que la necrópolis y sólo permitía el paso de dos cabalgaduras al mismo tiempo. De los saqueadores no había ni rastro.

Malus siguió cabalgando de noche, decidido a recuperar el tiempo perdido, pero al caer la oscuridad entre los árboles empezó a resultarle difícil mantenerse despierto. Se le ocurrió comer un poco más de carne seca, pero después de buscar infructuosamente en las alforjas durante varios minutos, desistió. Un poco más tarde se encontraba inclinado sobre la perilla de la montura con la cabeza caída sobre el pecho. Cuando se quiso dar cuenta estaba tirado en la hierba junto al camino. No había notado la caída. El noble buscó con la vista a *Rencor*, pero el nauglir había desaparecido. Una parte de su cerebro le decía que debía levantarse y encontrar al gélido, pero lo único que hizo fue acurrucarse y quedarse dormido.

Lo despertó horas más tarde un crujido de huesos. El sol se filtraba entre los árboles y *Rencor* estaba cerca, sentado y dándose un banquete con un jabalí que había cazado en el bosque. Cuando la bestia de guerra hubo terminado con la carcasa, Malus se arrastró hasta él y hundió la cara en la carne tibia, comiendo todo lo que pudo. Cuando por fin se puso de pie, vacilante, tenía la puntiaguda barbilla y las mejillas, blancas como tiza, manchadas de sangre.

Al avanzar el día, Malus sintió que iba ganando fuerzas y con la llegada del crepúsculo había recuperado lo suficiente la conciencia como para ver el refugio abandonado al pie de la montaña. Estaba apenas apartado del camino y tenía una buena vista de éste y del Camino de los Esclavistas, que se encontraba a menos de cincuenta metros hacia el sur.

El noble se dejó caer de la montura e inspeccionó la antigua estructura. Por lo que se veía, había sido usada el día anterior: había un fogón intacto protegido por un gran trozo cuadrado de techo firme e incluso una pila de leña.

La perspectiva de calentarse al lado del fuego y de un techo para protegerse de la lluvia le resultó casi irresistible a Malus, pero al mismo tiempo sabía que más adelante por aquel camino los saqueadores de tumbas estarían también montando su campamento. Si no seguía avanzando mientras ellos descansaban, jamás les daría alcance. Meneando la cabeza, pesaroso, el noble volvió a montar y tomó rumbo oeste.

Esa vez tuvo la lucidez necesaria para darse cuenta cuando ya no pudo más y consiguió encontrar un tosco refugio para viajeros en el que acurrucarse para protegerse contra la lluvia. Incluso se arriesgó a despojarse de su peto y de su kheitan para examinar bien la herida que le había hecho Eleuril. Vio con alivio que de la herida triangular sólo quedaba una fea cicatriz en forma de estrella. El demonio se las había ingeniado para curar la horrible herida, pero era evidente que le había tenido que dedicar un tiempo y un esfuerzo considerables. «Hasta el poder de Tz'arkan tiene

sus límites», pensó Malus, lo cual le produjo tanto regocijo como la propia cicatriz.

Con la recuperación gradual de sus fuerzas, Malus fue aumentando el ritmo de la marcha; cabalgó durante horas después de la puesta del sol, hasta el momento en que el cansancio le impidió mantenerse erguido. Él y *Rencor* adoptaron una especie de rutina: cuando el noble ya no podía más, conducía al nauglir hacia los árboles que bordeaban el lado norte del camino y buscaba un roble o un pino bajo el cual guarecerse. Con las fuerzas que le quedaban, desensillaba a la bestia y la dejaba libre para que cazara, con lo cual se aseguraba una ración de carne fresca y jugosa esperándolo al despertar. Eso le bastaba para seguir la marcha y acortar la distancia que lo separaba de los saqueadores y de su botín.

Al final del tercer día por el Camino de los Esclavistas, *Rencor* captó el olor de los caballos. El cambio en la actitud del gélido arrancó a Malus de su fatigada duermevela e hizo que refrenara a la bestia mientras estudiaba el trazado del camino que tenía delante sí. En la lejanía, siguiendo la curva de la costa, se podían ver las torres cuadradas de Har Ganeth, la Ciudad de los Verdugos. Aunque estaba a leguas de distancia, la sola visión bastó para que un escalofrío lo recorriera de pies a cabeza. Mucho más cerca, tal vez sólo a unas cuantas leguas al otro lado de una serie de suaves colinas, vio la cima de una sola torre estrecha, Vaelgor Keep, una de las docenas de fortificadas torres de información que jalonaban el Camino de los Esclavistas. De la torre salían volutas de humo: «Hogueras —pensó el noble —; suficiente para una numerosa banda de druchii».

La noche se avecinaba. Hacía un rato que había dejado de llover e incluso el plomizo cielo gris se había transformado en nubes rápidas empujadas por un moderado viento del oeste. Las colinas de color pizarra estaban teñidas de un naranja intenso por el poniente, y el Mar Maligno se veía tan oscuro como el hierro. A pesar de lo débil y vacío que se sentía, a Malus se le aceleró el corazón al pensar en que por fin tenía a su presa al alcance. El noble se dejó caer de la silla y empezó a urdir un plan.

Una sola luna llena brillaba contundente y dorada sobre el horizonte oriental, y se destacaba sobre una cortina de jirones de nubes. El viento seguía susurrando desde el oeste, silbando sobre las crestas escarpadas de las colinas de pizarra. Los ruidos del campamento le llegaban a Malus claramente hasta su escondite entre la espesura del lado norte del Camino de los Esclavistas: los hombres hablaban y maldecían mientras jugaban a los dados, o se reían por lo bajo sobre sus copas de vino, sentados en torno a una de las muchas hogueras de vigilancia. Los caballos piafaban, inquietos, en el corral de la torre fortificada y se oía el ruido de las mazas que utilizaban los artesanos para reparar el acero de la armadura y las armas de los huéspedes.

Según los cálculos aproximados de Malus, había por lo menos cien hombres acampados a las afueras de la torre, simples soldados y la propia dotación del fuerte,

expulsada de su alojamiento para hacer sitio a los invitados de alta alcurnia. No se veían dentro del campamento estandartes que anunciaran la identidad del grupo, algo inusual pero no insólito. Malus sospechaba que Isilvar no tenía el menor deseo de hacer públicos sus movimientos, posiblemente con la esperanza de volver al Hag antes de que nadie sospechara siquiera que había salido.

El demonio lanzó una fría risita.

—Estás en el umbral, Malus. ¿Darás el fatídico paso?

Malus hizo una pausa con expresión ceñuda.

—¿De qué estás hablando, demonio?

Durante un momento, Tz'arkan guardó silencio.

—Te molestó que no te contara lo de Eleuril y su profecía. Aquí también hay otra profecía. ¿Quieres oírla?

Malus cerró los puños.

—¿Ya sabes lo que sucederá cuando entre en la torre?

—¡Oh, sí! La urdimbre está preparada desde hace siglos, Darkblade. Muchas vueltas y revueltas del destino te han traído hasta este punto. —Malus tuvo la sensación de que el demonio mostraba unos dientes afilados al sonreír, saboreando su disgusto—. ¿Te lo cuento?

—No me importa —le soltó Malus—. Voy a entrar en la torre digas lo que digas... ¡Me juego el alma si no consigo la daga! Diviérteme ahora. ¿Qué es lo que me espera allí?

El demonio le respondió con un susurro íntimo, como el de un amante.

—Tu ruina —le dijo en las profundidades de su oído—. Éste es el lugar donde todos tus planes se van al traste.

Un escalofrío sacudió a Malus. Durante unos largos instantes, se quedó demasiado sorprendido para hablar.

—Estás mintiendo —consiguió articular, por fin.

—¿Y por qué habría de hacerlo? —inquirió el demonio—. ¿Te he mentado alguna vez, Darkblade? Te estoy haciendo un favor al advertirte del abismo que se abre ante ti. Tienes la posibilidad de dar la vuelta y salvarte.

—¡Sabes que no puedo hacerlo! —dijo el noble entre dientes, con rabia—. ¡Si sigo esperando, los saqueadores de tumbas estarán bajo la protección de Har Ganeth y, después, de la propia Naggarond! ¡Tengo que dar el golpe esta misma noche!

—Entonces, debes aceptar tu destino..., tal como quedó previsto hace tiempo —dijo el demonio—. El escenario está preparado, Darkblade. Ve y representa tu papel.

La risa de Tz'arkan resonaba en la cabeza de Malus mientras dejaba atrás los árboles y avanzaba sigilosamente entre las sombras hacia la torre. A cada paso que daba tenía la sensación de que se iba cerrando una cuerda sobre su garganta, pero siguió adelante, decidido a lograr su propósito.

En la linde del campamento, justo donde ya no alumbraban las hogueras de vigilancia, Malus estaba en cuclillas estudiando el camino que seguiría para atravesar el espacio que lo separaba de las puertas de la torre. Unos cuantos druchii andaban dando vueltas mientras los demás estaban sentados comiendo, bebiendo o jugando después de todo un día de marcha.

Malus echó una mirada a la luna. Su luz salía y se escondía según pasaban las nubes delante de ella. Después de unos segundos, otro desgarrado manto gris la tapó sumiendo el campamento en la oscuridad. El noble aferró la empuñadura de su espada. Era el momento: tras echarse la capucha sobre la cara y envolverse bien en la oscura capa empezó a avanzar sigilosamente.

Atravesó el campamento como un fantasma, con pasos tan ligeros que el susurro del viento bastaba para ocultarlos. La mayor parte de los acampados ni siquiera repararon en él. Unos cuantos creyeron ver una forma oscura con el rabillo del ojo, pero al alzar la vista no vieron más que oscuridad.

En unos cuantos minutos, Malus había atravesado el campamento y se cobijaba bajo la sombra de la propia torre. Ésta era una estructura alta, cuadrada, dominada por una ventana redonda con cristales emplomados cerca de la cima. Era evidente que se trataba de una parada obligada de los señores de la guerra que hacían incursiones en las montañas septentrionales.

Moviéndose de prisa y de modo silencioso, Malus llegó a las gruesas piedras de roble negro de la torre. Al otro lado se oían, amortiguados, los sonidos de una juerga. El noble apoyó una mano sucia contra la madera oscurecida y empujó. Evidentemente, estaba cerrada para que nadie entrara durante la noche. «Muy bien», pensó, pesaroso, volviendo a mirar hacia arriba.

Cuando hubo subido las tres plantas para llegar al ventanal, le temblaban las piernas de puro agotamiento. Reuniendo todo su coraje, sacó las espadas y se pegó contra los cristales de color rojo y cobalto. Pudo ver debajo la sala principal de la torre, dominada por el contorno desdibujado de la mesa del señor. Había unas figuras sentadas, comiendo o bebiendo vino. La figura que ocupaba la cabecera de la mesa se puso de pie, levantando en alto un objeto. La voz del señor de la guerra llenó la sala y llegó amortiguada a los oídos de Malus.

—¡La fabulosa *Daga de Torxus* es nuestra! ¡Cuando regresemos, nuestros nombres se inscribirán en el cuadro de honor del propio templo de Khaine!

Las aclamaciones entusiastas de los hombres llenaron a Malus de un rabia feroz que lo hizo lanzarse contra la ventana. Los cristales se hicieron trizas cuando el noble saltó como un león al interior de la sala.

—¡No, se inscribirán en urnas funerarias! —declaró al aterrizar en medio de una lluvia de cristales de colores.

El salón se llenó de gritos de alarma y del ruido de las sillas al caer cuando una

docena de personajes de alta alcurnia se pusieron de pie y desenvainaron sus sibilantes espadas. Entonces, el que ocupaba la cabecera se volvió hacia Malus con expresión regia, en la que se mezclaban la sorpresa y la ira.

El señor de la guerra sostuvo la mirada de Malus, y el noble sintió que el helado puñal del reconocimiento se le clavaba en el corazón.

—¿Quién osa irrumpir aquí?

—Yo.

Malus oyó su propia voz. Las palabras salían como un gruñido torturado mientras el noble procuraba contener su desaliento. Lo único que quería era salir corriendo de la sala iluminada por el fuego, pero ya era demasiado tarde. La suerte estaba echada.

Los ojos del señor de la guerra se agrandaron mientras estudiaba la figura que esgrimía una espada ante él.

—¡Tú... eres un druchii! ¡Uno de los nuestros! ¿Qué te ha pasado?

Malus hizo una pausa, extrañado. Entonces, se dio cuenta de que debía de tener un aspecto lamentable: demacrado, ojeroso, cubierto por capas de sangre seca y mugre.

—¿Eso qué importa? —Señaló la daga que el señor de la guerra sostenía en la mano—. Eso es todo lo que me interesa, la *Daga de Torxus*. Me he pasado semanas buscándola para descubrir al final que tus hombres se habían apoderado de ella. —Malus envainó su espada y dio un paso adelante, alargando la mano—. Entrégamela.

El señor de la guerra miró la daga y después contempló la mano extendida de Malus. Con mirada desorbitada vio las venas gruesas, negras, que palpitaban bajo la piel del noble y se quedó pasmado al ver el enorme rubí oblongo que Malus lucía en el índice.

—Espera... Ya sé quién eres —dijo, de repente. Miró más detenidamente el rostro de Malus y su expresión se transformó en la rabia más profunda—. Malus. ¡Malus! —gritó—. ¿Qué estás haciendo aquí?

Todo se le iba de las manos, todos sus minuciosos planes y sus secretas ambiciones. Sentía que todo se desmoronaba. Malus sacó su segunda espada y se lanzó contra el señor de la guerra con un aullido de furia.

El señor de la guerra se puso pálido.

—¡Detenedlo! ¡Detenedlo en nombre de Khaine! —ordenó, y sus subordinados se aprestaron a obedecer.

Los guerreros estaban embotados por el vino y demasiado confiados en su superioridad numérica. Esperaban que Malus cediera terreno al ver que se acercaban, pero se lanzó sobre ellos como un lobo herido. El primer hombre apenas tuvo tiempo de parar un mandoble salvaje que casi le abre un tajo en la cara. Malus hizo a un lado la espada del guerrero y le clavó la otra en la garganta. De la herida brotó un chorro rojo y brillante, y el hombre cayó y se ahogó en su propia sangre.

De todas partes, caían golpes sobre Malus. Una espada lo golpeó en la espalda y rebotó en su armadura, y otra le hizo un corte en la oreja izquierda. El noble paró un mandoble que trataba de alcanzarlo en el hombro y asestó un golpe con la otra espada sobre la muñeca del atacante. La hoja forjada por manos magistrales lo alcanzó en la articulación, y la mano del atacante salió despedida por la habitación. Creyendo haber encontrado una brecha, otro guerrero le entró por la izquierda tratando de alcanzarlo en el brazo. La espada dio entre dos planchas de la armadura e hizo un corte profundo en el bíceps del noble. Instintivamente, Malus le lanzó un revés de su arma a la altura de los ojos.

—¡Ah! ¡Mi cara! ¡Mi cara! —gritó el hombre, retirándose de la refriega.

Una espada golpeó a Malus en el hombro derecho y lo empujó de lado, lo que lo salvó de que el mandoble de otro, que le abrió una brecha en el cuero cabelludo, le partiera el cráneo. El noble sintió la sangre caliente corriéndole por la mejilla mientras se lanzaba contra el guerrero que tenía a su derecha. Éste trató de impedir el avance de Malus, apuntándolo a la garganta, pero el noble lo bloqueó con la espada que llevaba en la izquierda y le dio al hombre una cabezada que lo derribó al suelo. Antes de que el guerrero pudiera recuperarse, el noble le dio un pisotón en la entepierna y cortó el grito ahogado del hombre atravesándole el ojo derecho.

Tras liberar la hoja de la espada, giró en redondo, justo a tiempo para responder a la carga del último de los guerreros. El miembro de la guardia le lanzó una furiosa arremetida tratando de alcanzar a Malus en la cabeza o el cuello, y lo hizo retroceder por todo el salón. Malus paró cada golpe con rápidos movimientos de su espada derecha, mientras mantenía replegada la izquierda como un reptil dispuesto a atacar. El otro no cejó en su empeño hasta que le hizo un tajo en la mejilla, pero entonces su pie tropezó en una copa caída y perdió estabilidad. El noble paró su retirada y lanzó un mandoble con la izquierda, que alcanzó a su oponente en la garganta. Medio metro de acero teñido de rojo asomó por la parte trasera del cuello del miembro de la guardia y le partió en dos la espina dorsal. El hombre cayó al suelo sin vida.

La espada del noble rechinó sobre el hueso cuando tiró de ella para arrancarla del cuello del guerrero. Un repentino movimiento, que captó con el rabillo del ojo, hizo que Malus se volviera en el preciso momento en que el señor de la guerra le lanzaba un mandoble directo al pecho.

—¡Vete al infierno, escoria! —gritó el señor de la guerra. La punta de su espada alcanzó al noble en el brazo derecho, justo en la juntura del avambrazo y el espaldarón. Malus apenas notó la penetración de la hoja en la carne.

El señor de la guerra redobló el ataque, lanzando furiosos mandobles contra el pecho de su contrincante. El noble dio un salto hacia atrás, poniéndose fuera del alcance de la espada. El acero relumbró ante su cara, y esa vez pudo parar la pesada espada de plano y hacerla a un lado. La verdad es que se veía obligado a retroceder, y

a ese paso, llegaría al extremo de la sala. El druchii atacaba sin pausa, presa de la furia.

El señor de la guerra lanzó un rugido y se lanzó sobre Malus sosteniendo la espada con ambas manos por encima de su cabeza. El movimiento desplazó hacia arriba el peto, dejando al aire una estrecha brecha donde se superponían dos piezas de su armadura. Sin pensarlo, Malus se dejó caer sobre una rodilla y arremetió con todas sus fuerzas. La punta de la espada alcanzó la cota de malla que cubría el abdomen del señor de la guerra e hizo que se desprendieran los eslabones. El peso de la carga del druchii hizo el resto. Se abalanzó sobre la espada de Malus y se clavó la afilada hoja casi hasta la empuñadura. El señor de la guerra cayó de rodillas con un gruñido.

Llevado por la desesperación, Malus aplicó la bota contra el pecho de su adversario y recuperó la espada. Un torrente de sangre oscura brotó de la herida. El druchii se quedó mudo, mirando la sangre que manchaba sus manos y, a continuación, alzó los ojos hacia el noble.

—¿Por qué, Malus? ¿Por qué? —preguntó a punto de perder el conocimiento.

La mano del noble se cerró sobre la empuñadura de su espada.

—Hago lo que debo —respondió—. Adiós, padre —añadió con amargura, y acto seguido separó la cabeza del señor de la guerra de sus hombros.

El cuerpo de Lurhan se desplomó sobre el suelo de piedra. Malus se quedó mirando el cadáver y sintió sabor a ceniza en la boca. ¿Cuántas veces había soñado con ese momento? En sus sueños, la escena siempre le había sabido a triunfo, no a tragedia.

Malus se agachó y arrebató la daga del cinturón de Lurhan. Había conseguido la reliquia, pero a costa de su propia vida. Ahora era un proscrito.

El noble sintió que el demonio se removía en su interior.

—¿Padre? —dijo Tz'arkan con fingida sorpresa—. Malus, ¿acabas de matar a tu propio padre?

—He conseguido la reliquia que querías, ¿no es así? —dijo con desprecio, medio mareado por la rabia y la consternación.

«No tuve elección —pensó obstinadamente—. ¡No tuve elección!»

10. El lobo herido

Malus sintió que el suelo temblaba bajo sus pies por la caída de algo pesado varias plantas por debajo del salón principal al mismo tiempo que sofocados gritos de alarma llegaban por la escalera central de la torre. El noble giró en redondo y vio un reguero de color rojo brillante que atravesaba el salón y bajaba por la escalera. Un rápido recuento le reveló que faltaba un miembro de la guardia del vaulkhar, el hombre cuya mano había cercenado Malus al comienzo de la reyerta. El guerrero había reunido las fuerzas que le quedaban y había bajado con paso vacilante para abrir las puertas y advertir a los acampados debajo de que habían dado muerte a su señor.

El noble emitió un gruñido feroz al debatirse entre la razón y la desesperación animal. Sólo podía salir por donde había venido. Se volvió a mirar la cristalera hecha añicos.

—¡Demonio! —gritó—. Dame tu fuerza. ¡De prisa!

—¡Eres demasiado codicioso, pequeño druchii! —replicó Tz'arkan—. Tus venas ya están negras por obra mía, ¿y todavía quieres más?

—¡Ya estoy harto de tus burlas!

El noble tomó impulso y saltó al alféizar de la ventana. A punto estuvo de no conseguirlo, ya que sus músculos estaban debilitados por las heridas que le habían infligido las espadas druchii. Sintió en la cara un viento frío, pero no tan frío como la sensación helada que tenía en los huesos. A sus pies se abría la negrura de la noche. Tres plantas más abajo, figuras con la espada desenvainada corrían a través de la plaza y desaparecían en el interior de la torre. Malus se inclinó hacia el peligroso vacío tratando de asirse con sus débiles dedos al estrecho marco de la ventana.

—¿Vas a concederme mi deseo o tendré que desplegar mis alas con la esperanza de volar?

—No es cuestión mía... —empezó a decir.

—¡Embustero! —le espetó Malus—. ¡Tengo tres de las cinco reliquias en mis manos, maldito demonio! ¡Si muero aquí, la multitud se apoderará de ellas y volverán a dispersarlas! No es sólo mi vida lo que está en juego, sino también tu propia libertad, ¡de modo que o me ayudas o te resignas a otro milenio de cautividad!

Un grito rabioso resonó en la cabeza de Malus, pero al mismo tiempo un hilo de gélido vigor se extendió dolorosamente por sus miembros. Le volvieron las fuerzas y, de golpe, vio de nuevo el mundo enfocado. En el momento en que los primeros hombres de Lurhan desembocaron atropelladamente en la sala, Malus saltó desde la ventana y cayó con suavidad sobre una cornisa que estaba a unos metros de allí. Como una araña bajó por las paredes mientras los miembros de la guardia personal de su padre buscaban infructuosamente en el salón, allá arriba, dispuestos a vengar a su

señor.

Los hombres de Lurhan que habían sobrevivido eran todos muy fieles..., o tal vez temían las consecuencias de volver al Hag sin la cabeza del que había dado muerte al vaulkhar. Cuando Malus se reencontró con *Rencor*, el aire se llenó del sonido de los cuernos de caza y ya se había dispuesto todo para seguirle el rastro.

Malus no podía darse el lujo de recorrer con sigilo la legua que lo separaba de su cabalgadura. Había corrido apartando la maleza, pisoteando vides, hasta llegar al escondite donde lo esperaba el nauglir. Sólo paró al oír la respiración lenta y sibilante. En la oscuridad, bajo los árboles, Malus apenas distinguía la forma del gélido que estaba pegado al suelo en actitud de alerta. Se dio cuenta de que había asustado a la bestia con su intempestiva llegada. Un paso más y podría haberlo partido en dos de un mordisco.

—Soy yo, *Rencor* —dijo Malus. Plegó los brazos y se cubrió con ellos la cabeza en un intento de parecer más pequeño y menos amenazador—. Tranquilo. Nos espera una buena cabalgada esta noche.

Dio un paso adelante. *Rencor* volvió a resoplar, esa vez con más fuerza. Malus se quedó atónito. «Algo va mal —pensó—. La bestia no me reconoce.»

Los nauglirs eran criaturas de reconocida estupidez, pero *Rencor* era una rara excepción. De tamaño mucho menor que sus congéneres, la bestia de guerra había sobrevivido en las cavernas gracias a que era más lista y más despiadada que los demás. «Es el demonio —pensó Malus—. Huele en mí la corrupción del maldito espíritu.»

Con movimientos lentos y cuidadosos, Malus buscó en un pequeño bolsillo de su cinto y sacó una botellita de cristal azul oscuro. Tras quitar el tapón, vertió un poco de líquido transparente y acre en la palma de la mano y se frotó con ella la cara y las manos. El vrahsha le produjo escozor al tocarle la piel, pero en cuestión de segundos, sintió la carne fría y entumecida. «Tan frío por fuera como por dentro», pensó el noble con amargura.

Malus volvió a guardar la botellita. *Rencor* no había movido un solo músculo y lo seguía mirando, amenazador. El noble dio otro paso adelante. *Rencor* volvió a resoplar y, a continuación, olfateó el aire a modo de prueba. Malus se dio cuenta de que la postura del nauglir era un poco menos amenazadora.

—Eso es —dijo, avanzando otro paso—. Soy yo, grandísimo tonto. ¿Podemos marcharnos ahora?

La bestia se acercó un poco a Malus, alargando el hocico babeante. Malus extendió una mano, y el nauglir la olfateó con uno de sus enormes ollares. Después de un momento, el gélido se enderezó, pero Malus se daba cuenta de que no estaba totalmente convencido. Llegaría un día en que ni todo el vrahsha del mundo sería capaz de tapar el olor a demonio. «¿Qué haré entonces?», pensó Malus, pesaroso.

Al oeste sonó un cuerno de caza, a menos de media legua. Sabía que serían necesarios los sentidos de un autarii para seguirle el rastro, incluso con luna llena, pero si los caballos captaban el olor del nauglir y eran presas del pánico, eso lo delataría igualmente. El problema era que no podía regresar al este, hacia Karond Kar, después de la trifulca que había organizado allí. Si se encaminaba al norte, adentrándose en las montañas, correría el riesgo de otro encuentro con los espectros. Al oeste estaban Hag Graef y sus hombres, además de una fortuna en oro, pero primero tenía que despistar a los hombres de Lurhan.

Malus reprimió un juramento y volvió a considerar sus opciones. Ninguna era demasiado halagüeña. El camino estaba totalmente descartado por el momento. Lo único que podía hacer era abrirse paso por el bosque, llevando a *Rencor* por las riendas y marchando en paralelo al camino. Una vez que hubiera pasado la torre fortificada podría arriesgarse a volver a la vía principal y a cabalgar como un poseso hacia el Hag. Si era capaz de llegar a la ciudad antes de que se anunciara la muerte de Lurhan, podría reunir hombres y oro, y...

De pronto, interrumpió el hilo de su razonamiento.

—Y entonces, ¿qué? —dijo para sí—. ¿Adónde iré? En cuanto el drachau y el Rey Brujo se enteren de lo que he hecho, se me cerrarán las puertas de todas las ciudades de Naggaroth.

La vida no valía nada en la Tierra Fría y cualquier hombre estaba expuesto a morir a manos de otro a menos que fuera un acólito del propio Malekith. Eso incluía a los drachau de las seis ciudades y a sus vaulkhar, que vivían y morían según los caprichos del Rey Brujo, y de nadie más. Derramar su sangre equivalía a propiciar un enfrentamiento con el propio Malekith, y por extensión, con todo el pueblo druchii.

Los labios del noble se plegaron en un rictus de amargura.

—Quizá permita que Tz'arkan y Malekith se disputen el privilegio de atormentarme —le dijo a *Rencor* al coger sus riendas e internar al nauglir en el bosque—. ¿Quién sabe? Tal vez se destruyan mutuamente y pueda quedarme con Naggarond.

La creciente oscuridad anunciaba la proximidad de la noche; las nubes se fueron haciendo más densas hasta tragarse la luna y el aire se volvió frío. Durante horas, Malus condujo a *Rencor* a través del espeso bosque, tratando de mantenerse paralelo al camino. De vez en cuando, tenía que detenerse y dejar a la bestia de guerra mientras trataba de localizar la línea de árboles para orientarse.

El griterío en torno al fuerte no cesó en ningún momento. Durante toda la noche, se oyó el sonido de los cuernos y las órdenes a voz en cuello que recorrían el camino arriba y abajo mientras la guardia personal de Lurhan trataba de encontrar su rastro para vengarse. Ya hacía rato que había pasado la medianoche cuando Malus logró dejar atrás la torre fortificada. Al amanecer se dio cuenta de que sólo había avanzado

unas cuantas leguas hacia el oeste, pero el aire frío había traído del mar una espesa niebla que amortiguaba los sonidos y cubría la torre con un manto gris. El agotamiento y el dolor le pusieron la decisión fácil a Malus. Apenas podía ya poner un pie delante del otro después de haberse pasado casi toda la noche abriéndose camino entre la espesura del bosque. Ante eso, el camino abierto le pareció casi acogedor.

Rencor estaba ansioso por dejar atrás el confuso entorno del bosque y se lanzó a un trote rápido descendiendo por el Camino de los Esclavistas. Malus se sujetaba con fuerza a las riendas y procuraba mantenerse despierto. Estaba dispuesto a atarse a la montura si era necesario. Los hombres de Lurhan se habían pasado toda la noche buscándolo y sus caballos tenían que estar casi tan cansados como él. Cada hora que el nauglir pasaba en el camino significaba poner una legua o más entre ellos y la torre.

La blanca niebla hacía difícil oír nada y mucho menos ver a más de veinte metros. Al principio, el cambio de ritmo dio nuevas energías a Malus y contribuyó a mantenerlo despierto, pero al cabo de media hora empezó a sentir pesadez en los párpados. Sacudió la cabeza con determinación, tratando de no dormirse. «Cada hora, una legua más», se volvía a decir una y otra vez, como si estuviera pronunciando una plegaria.

Malus estaba tan absorto en el esfuerzo por no dormirse que no oyó los cascos de los caballos, hasta que ya fue demasiado tarde.

Los jinetes surgieron de la niebla delante de Malus; marchaban por el camino con trote cansado. Eran tres jinetes e iban uno al lado del otro por el camino, con las lanzas apoyadas en el hombro. Los caballos llevaban la cabeza gacha por el cansancio. Habían decidido enviar partidas de reconocimiento en ambas direcciones por el Camino de los Esclavistas, y Malus se había dado de bruces con la partida del oeste.

Malus y los miembros de la guardia se divisaron al mismo tiempo. Todos se quedaron con la boca abierta y los ojos desorbitados por la sorpresa, mirándose con una especie de temerosa extrañeza, como si se les hubiera cruzado en el camino un fantasma en medio de la niebla matutina. Entonces, arreció el viento, y *Rencor* captó el olor de los caballos. El nauglir rompió la quietud del momento con un rugido atronador.

Los caballos se alzaron sobre las patas traseras y manotearon en el aire al oír el bramido de la bestia, pero no se dejaron llevar por el pánico. Eran caballos de guerra bien entrenados, preparados para la presencia de los temibles gélidos. Ésa fue toda la ventaja que Malus podía esperar, y la aprovechó desenvainando la espada y clavando los talones en los flancos de *Rencor* con un salvaje grito de guerra.

La respuesta de *Rencor* fue inmediata. Se abalanzó sobre el caballo que tenía más

cerca, y el jinete, viendo la proximidad de la muerte, alzó la lanza para clavársela en el ojo al gélido. El impulso del hombre era fuerte, pero el caballo reculó e hizo que errara el blanco, con lo que la lanza apenas rozó el hocico de la bestia. El soldado soltó un juramento y se echó atrás para intentar otra embestida, pero para entonces ya tenía al nauglir encima, que cerraba sus poderosas fauces sobre el caballo y el jinete. El grito del hombre y el del animal sonaron al unísono cuando sintieron que unos dientes afilados como dagas destrozaban su carne y sus huesos. El caballo cayó, con la espina dorsal rota, y el jinete trató de arrastrarse para ponerse fuera del alcance del furioso animal, que dejó tras de sí un rastro de entrañas destrozadas.

Los jinetes atacaron a Malus por ambos lados. Después de haberse recuperado de la conmoción inicial, los guerreros de la élite de Luhan reaccionaron con rapidez, pericia y ferocidad. Malus se retorció en su silla, haciendo a un lado la lanza de la izquierda con un golpe amplio de la espada y parando, a continuación, la de la derecha con un revés rápido como un rayo. El jinete de la izquierda de Malus dejó atrás al noble, tratando de colocarse para clavarle la lanza por la espalda, mientras el de la derecha persistía en su ataque, apuntando con su arma a la cara del noble.

Pensando con rapidez, Malus tiró de la riendas y clavó el talón derecho con fuerza en las costillas del nauglir. Siguiendo su orden, la bestia de guerra movió el látigo de su cola a la derecha y alcanzó con ella al caballo por la izquierda. El animal cayó dando una voltereta al partirse las patas delanteras como palillos, y el jinete quedó apresado bajo su cabalgadura. Mientras tanto, *Rencor* se lanzó sobre el caballo de la derecha y le dio una dentellada en el cuello.

Al sentir sus dientes, el animal se volvió loco de dolor y de miedo, y con los ojos en blanco empezó a debatirse por ponerse fuera del alcance de la bestia. El jinete lanzó un furioso juramento y clavó su lanza en el cuello del gélido. A Malus lo recorrió un escalofrío de terror, pero en seguida vio que la lanza no había afectado a ningún punto vital del animal. Era una herida espantosa, pero no fatal. Se inclinó hacia adelante todo lo que pudo y, de dos fuertes tajos, partió por la mitad el asta de la lanza.

El guerrero arrojó el asta astillada a la cabeza de Malus y echó mano de su espada, pero en ese momento el cuerpo musculoso de *Rencor* con un violento movimiento, le arrancó la cabeza al caballo. El animal cayó hacia adelante, salpicando a Malus con su sangre caliente y acre. El noble lanzó un alarido triunfal y espoleó a *Rencor*, que saltando por encima del guerrero que había quedado en tierra, se lanzó a galope tendido por el Camino de los Esclavistas. Al pasar, Malus se inclinó y trató de alcanzar al hombre con su espada, pero una última mirada hacia atrás le demostró que no le había hecho ningún daño sustancial. Acto seguido, se dedicó a examinar la herida de *Rencor*.

Unas formas oscuras brotaron de la niebla justo delante de ellos. Malus apenas

tuvo tiempo de ver a los cinco druchii que formaban una línea bloqueando el camino antes de que su jefe hubiera gritado «¡fuego!» y llovieran sobre él los virotes de ballesta.

A esa distancia era imposible que un balletero consumado errara el blanco. *Rencor* lanzó un rugido furioso y vaciló cuando un proyectil lo alcanzó en el musculoso pecho. El bramido tapó el ruido de los tres virotes que alcanzaron a Malus: uno le atravesó el espaldarón izquierdo y, al mismo tiempo, la protección del hombro y el peto por debajo de la clavícula mientras otro lo alcanzaba por la izquierda, justo debajo de las costillas. El tercer proyectil hizo blanco en la pantorrilla derecha, por debajo de la rodilla. Por una cruel jugarreta del destino, la punta dio en una pequeña hendidura y encontró asidero suficiente para penetrar la armadura en lugar de golpear en una parte más redondeada y resbalar.

No sintió dolor. Debido en parte al *vrahsha* y en parte a la conmoción de tantos golpes, durante unos instantes no notó nada y su mente estaba extrañamente clara. Vio a los hombres dispersarse al paso de *Rencor* mientras recargaban sus armas. Más allá, en un corrillo defensivo del lado norte de la carretera, esperaban los caballos de los guerreros. Malus tiró de las riendas para dirigir su montura hacia los animales, y el gélido, animado por el frenesí de la batalla, le obedeció de buena gana. Sin los jinetes para tranquilizarlos, los caballos se pusieron como locos al ver la carga del nauglir y se desperdigaron en todas direcciones antes de que el reptil pudiera ponerles una garra encima.

Malus empleó una combinación de rodilla y rienda para poner a su cabalgadura en la pista del caballo que huía hacia el oeste. Se dio cuenta, con un curioso desapego, de que el proyectil alojado en su hombro había inmovilizado las placas de la armadura, lo que le trababa el brazo. Por delante de él, el caballo iba a galope tendido, con las orejas hacia atrás y la lengua fuera, pues le iba la vida en alejarse de la sibilante respiración de la bestia de guerra. Poco a poco, pero sostenidamente, la distancia entre los animales se fue agrandando. El nauglir era incansable y duro como la piedra, pero no muy rápido. Éso no preocupaba demasiado a Malus, pues lo que quería era hundirse en la niebla todo lo posible antes de que los balleteros pudieran volver a dispararle.

Un disparo apresurado de uno de los balleteros pasó surcando el aire a la derecha de Malus. El noble se pegó todo lo que pudo a su montura, sin aliento por el dolor que le producía montar. Su mirada se fijó en una anilla de acero sujeta a un eslabón giratorio en la perilla de la montura. En batalla, las riendas del gélido se pasaban a través del anillo para mantenerlas más cerca del cuello del reptil, de modo que así fueran más difíciles de enganchar o de cortar.

Malus echó mano del cinto de la espada torpemente y, tensándolo, lo enganchó a la argolla. Con gran esfuerzo, cogió el extremo que había pasado por la anilla y lo

sujetó a la parte tensa de su cinturón haciendo un lazo.

Oyó el silbido de frustración de *Rencor* al ver que su presa desaparecía en la niebla delante de ellos. Malus suspiró profundamente y sujetó bien el cinturón antes de perder la conciencia presa de un dolor feroz.

El contacto de la lluvia fría sobre la cara despertó a Malus.

Abrió los ojos y vio a lo lejos la superficie plomiza del Mar Maligno, velado por movedizas cortinas de lluvia. Después de un instante, se dio cuenta de que ya no se movían, y todos sus sentidos se activaron ante la señal de alarma para enviar una oleada de energía a sus miembros. Lenta y cautelosamente se incorporó, reparando con retraso en que estaba casi fuera de la montura, sujeto apenas por menos de quince centímetros de su cinturón de cuero.

Sintió un dolor que empezaba por la pierna y soltó un involuntario quejido al mismo tiempo que trataba de reacomodarse en la silla. Toda la parte izquierda de la armadura, desde el hombro hasta la rodilla, presentaba surcos de sangre seca y oscura. Miró al cielo, tratando de calcular la posición del sol en medio de la lluvia. Le pareció que era un sol de tarde, pero en su estado bien podía equivocarse.

«Lo primero es lo primero», pensó, tomando una resolución firme. Al menos, los proyectiles tenían cabezas capaces de perforar la armadura, o sea que eran aguzadas y no anchas y con púas.

Echó mano al que sobresalía de su pantorrilla y lo sujetó con cuidado. Respiró hondo, apretó los dientes y tiró.

El virote salió con una efusión de sangre y produciendo un dolor espantoso. Empezó a verlo todo borroso, pero cerró los ojos y respiró hondo, hasta que pasó el momento. A continuación, prestó atención a los que tenía clavados en el costado.

Cuando hubo extraído todos los proyectiles, se paró a estudiar la situación. Ninguno de los que lo habían alcanzado en el torso habían penetrado demasiado, en especial el del hombro, pero la herida de la pantorrilla era otro cantar. Había entrado a fondo en el músculo y le dolía más que las otras dos juntas.

—Tz'arkan —dijo Malus con los dientes apretados—. Ayúdame.

El demonio no respondió.

Malus maldijo con todas sus fuerzas y volvió a llamar a Tz'arkan una y otra vez, pero el demonio no respondía. ¿Habría abusado del pozo de poder del demonio? Durante un fugaz momento, se atrevió a pensar que tal vez Tz'arkan lo había dejado definitivamente, incapaz de mantener el control de su alma. Una mirada al anillo que llevaba en el dedo y a las venas negras que palpitaban como gusanos a lo largo del dorso de su mano hizo que rápidamente desechase toda esperanza. Al final, el noble se vio obligado a recurrir a una medida desesperada que llevaban siglos usando los caballeros del gélido. Sacó su botellita de vrahsha y vertió una pequeñísima cantidad en cada una de las heridas, que quedaron entumecidas de inmediato y le arrancaron al

noble un profundo suspiro de alivio. Usar la baba de nauglir para tratar heridas representaba un gran riesgo, ya que podía producir infecciones, locura o incluso la muerte al introducirse la toxina en un corte abierto, pero por el momento las ventajas superaban a los riesgos. De todos modos, si no se ponía en marcha de inmediato, era hombre muerto.

Moviéndose con cuidado, Malus se dejó caer de la montura y apoyándose en su pierna sana examinó las heridas de *Rencor*.

La lanzada que había recibido en la garganta era profunda, pero se curaría con el tiempo. El virote de ballesta se había desprendido en algún momento —Malus sospechó que el gélido se la había arrancado porque le molestaba— y había dejado una herida irregular, que ocasionaría problemas si no se la atendía. Cuando el noble se lo ordenó, el gélido se pudo de pie, lo cual era una señal alentadora. Cualquier gélido capaz de ponerse de pie, también podía andar.

El noble sacó un odre de agua de sus alforjas y tomó un buen trago; a continuación, trató de orientarse. Ahora estaban mucho más cerca de Har Ganeth. Malus vio perfectamente la ominosa ciudad y sus murallas llenas de sangre. Al mirar hacia atrás no vio por ninguna parte la torre fortificada que se había perdido en medio de la lluvia y de las escarpadas colinas.

Los hombres de Lurhan andarían por ahí, acercándose. Estaba seguro de que los supervivientes de la partida de búsqueda habrían vuelto al fuerte y habrían despertado al campamento. Sin embargo, los caballos, cansados, no serían capaces de hacer un buen tiempo ese día, especialmente con esa lluvia, de modo que al menos tenía unas horas para decidir qué hacer a continuación.

Har Ganeth no era un refugio seguro. Ningún hombre en su sano juicio ponía un pie en la Ciudad de los Verdugos si valoraba en algo su vida. Y si sus sospechas eran fundadas y Urial había huido hacia allí con Yasmir, lo único que conseguiría sería cambiar un peligro por otro.

A cuatro días más de viaje hacia el oeste, el Camino de los Esclavistas se cruzaba con el Camino de la Lanza, a la sombra de Naggarond, sede del propio Malekith. Malus reprimió un escalofrío. ¡Prefería probar suerte en Har Ganeth que buscar refugio tras las murallas del Rey Brujo!

¿Qué otras posibilidades había? Hag Graef estaba a tres días hacia el sur por el Camino de la Lanza. Allí esperaban Silar junto con Hauclir y el resto de sus hombres, y con oro suficiente para huir de Nagaroth si le placía. Pero ése era el lugar al que los hombres de Lurhan esperarían que fuera; peor aún, siete días en el camino les darían una buena ocasión de darle alcance con sus cabalgaduras más veloces. No estaba en condiciones de ofrecer resistencia, y mucho menos de combatir. Además, prefería cortarse el gaznate que dejarse llevar encadenado al Hag.

Sólo le quedaba el norte, el desolado y helado norte. Si podía llegar al Camino de

la Lanza antes que los hombres de Lurhan, podría despistarlos dirigiéndose a los Desiertos. Pero ¿qué le esperaba en ese caso? No había nada entre Naggarond y las atalayas fronterizas, excepto... Malus se enderezó y adoptó una actitud pensativa.

—¿Me atreveré? —preguntó en voz alta—. No sienten el menor afecto por Lurhan ni por Hag Graef, eso es indudable, pero tampoco por mí. A pesar de todo, puedo recurrir a mis vínculos de sangre; tal vez bastaría...

Un plan empezó a tomar forma en su cabeza. Las oportunidades de éxito era pocas, pero mucho mejores que las otras opciones.

Tuvo que intentarlo tres veces, pero después de varios minutos de agonía pudo volver a montar. Cogió las riendas de *Rencor* con la mano sana.

—¡Arriba, *Rencor* —ordenó, y el nauglir obedeció—. ¡Tenemos mucho camino por delante, pero al final habrá un establo y carne de caballo buena y fresca! Marchamos hacia el norte, adonde no se atreverán a seguirnos los hombres de Lurhan. El propio Malekith se ha ocupado de eso. Es hora de que me reúna con mi tío. Muerto Lurhan, espero que él y yo tengamos bastante de qué hablar.

Con un tirón de las riendas y un toque de talones, *Rencor* se puso en marcha, y sus zancadas largas e incansables los dirigieron rápidamente hacia el oeste. El noble se reafirmó en su idea de cabalgar toda la noche poniendo al nauglir al límite de sus fuerzas para llegar al cruce de caminos antes que sus perseguidores. Una vez en el camino hacia el norte, los hombres de Lurhan estaban invitados a seguirlo; de hecho, su presencia resultaría muy conveniente.

Absorto en sus planes, Malus corría por el Camino de los Esclavistas hacia los desiertos helados y el Arca Negra de Naggor, el reino de Balneth Calamidad.

11. El camino del odio

Pasaron días; Malus ya no estaba seguro de cuántos. Había veces en que no sabía siquiera si era de día o de noche.

No hubo descanso ni pausa en su huida de los hombres de Lurhan. Los vengativos guardias del vaulkhar marchaban más de prisa en sus caballos, de modo que Malus jamás se paraba más de unos cuantos minutos. *Rencor* seguía adelante, incansable. Sus patas palmeaban las negras piedras del Camino de los Esclavistas mientras Malus perdía y recuperaba la conciencia, y deliraba por la pérdida de sangre y la fatiga.

Dejaron atrás Har Ganeth por la noche, lo bastante cerca como para oír los lamentos de las multitudes sacrificiales al otro lado de las murallas de la ciudad. El olor a sangre era tan intenso que incluso a media legua de la ciudad Malus tuvo que luchar encarnizadamente para que el nauglir no se desviara del camino, hasta que por fin el viento dejó de traer hasta ellos el poderoso influjo.

Las cosas empezaron a verse borrosas poco después de que se acabara la comida. Malus sabía que *Rencor* podía correr toda una semana con lo que había cazado y había comido por el camino, pero el noble no era tan afortunado. Tampoco podía darse el lujo de dejar que el gélido se pasara toda una noche cazando en el bosque. Al empezar y terminar cada día, Malus estudiaba el camino por detrás de ellos y calculaba por la nube de polvo que levantaban sus perseguidores la distancia a que se encontraban, y siempre quedaba claro que los cazadores más rápidos habían compensado con creces la distancia ganada por él la noche anterior. No podía hacer otra cosa que mantenerse fuera del alcance de los sabuesos del vaulkhar.

Durante las largas horas en la montura solía invocar el nombre de Tz'arkan y convocar el poder del demonio para curarlo. Nunca obtuvo respuesta. El noble maldecía al demonio, lo llamaba cobarde y alfeñique, pero ni siquiera se inmutaban las serpientes en torno al atribulado corazón de Malus.

Tres días y dos noches después de pasar Har Ganeth, a Malus lo sacó de su sopor el gruñido amenazador de *Rencor*. El noble se removió en la silla pensando irracionalmente que el nauglir se había parado al lado del camino para dormir y los hombres de Lurhan les habían dado alcance, hasta que oyó los débiles quejidos suspendidos en el aire nocturno.

Malus sujetó las riendas con todas sus fuerzas. En cuanto vio ante sí las altas estacas negras que se elevaban hacia el cielo se dio cuenta de que había llegado al punto en que el Camino de la Lanza y el Camino de los Esclavistas se cruzaban. Cuerpos en diversos estados de descomposición estaban amarrados a las estacas de doce metros de altura, con los miembros estirados y los huesos rotos por la forma de atarlos a los inclementes postes a los que estaban sujetos con alambres. Casi todos

ellos estaban orlados por un fuego verde que los consumía y que se introducía en las cuencas vacías y en las bocas abiertas.

Algunos de los cuerpos llevaban días allí colgados; otros habían durado años, erosionados poco a poco por la acción violenta del viento y el hielo. Todos ellos habían nacido en noble cuna y muchos habían sido personajes bastante más destacados y poderosos que Malus. Todos habían transgredido las leyes del Rey Brujo y ahora sus espíritus temblaban de agonía mientras sus cuerpos eran consumidos por la implacable Tierra Fría.

Hasta *Rencor* percibió el manto de agonizante dolor que se cernía sobre la encrucijada y movía, irritado, la cola contra el aire helado. Malus cayó de pronto en la cuenta de que ése era el destino que le esperaba. «Lo que los hombres de Lurham podrían hacer conmigo sería un acto de piedad comparado con el juicio de Malekith», pensó.

Entonces, se acordó del demonio, y su mente delirante volvió a ver la imagen del Rey Brujo y Tz'arkan luchando por la posesión del alma de un proscrito. Con una risa salvaje, Malus aplicó los talones a los flancos de *Rencor* y pasó al trote por entre el bosque de dolientes figuras. Sobre el horizonte occidental pudo ver la ciudad fortificada de Naggarond, cuyas negras torres estaban pintadas con una fría luz bruja. La cinta blanca del camino relucía bajo la luz de la luna, trazando una trayectoria sinuosa hasta la temible ciudad desde el lado occidental del cruce de caminos. Hecho con los cráneos de la especie maldita de Aenarion, el Camino del Odio iba sólo a Naggarond, y muchos druchii a los que se les había obligado a recorrerlo jamás habían regresado. Malus desenvainó su espada y apuntó con ella a la lejana fortaleza a modo de burlón saludo, antes de dirigir su cabalgadura hacia el norte. «Ahora que vengan a por mí si se atreven —pensó—, primero tendrán que enfrentarse al Arca Negra.»

Tras dos días de cabalgar hacia el norte, Malus vio los primeros vestigios de hielo. Su aliento formaba grandes nubes de niebla en el aire frío y el viento era una bendición sobre su piel febril.

Se había estado aplicando vrahsha en las heridas a diario desde el combate cerca de Vaelgor Keep. Sin el efecto narcotizante de la toxina, seguramente no podría haberse mantenido consciente ni siquiera durante un día de dura marcha, y mucho menos toda una semana. La baba tóxica, incluso, era bastante eficaz para eliminar los tejidos gangrenados, pero no había tenido tiempo para mantener limpias las heridas durante el viaje y, en algún momento, se habían infectado.

No había forma de saber a qué distancia estaba del Arca Negra, pero detenerse no tenía sentido..., no tenía ni el conocimiento ni los elementos para tratar debidamente las heridas. Su única posibilidad era seguir cabalgando y confiar en que la gangrena no hiciera presa de él. De suceder eso, *Rencor* se volvería en su contra en cuanto

flaquear y no pudiera imponerse. Era una carrera no sólo contra los hombres de Lurhan, sino también contra su propio cuerpo desfalleciente.

Iba tambaleándose en la montura como si estuviera borracho y no paraba de lanzar improperios contra el demonio, pero Tz'arkan lo había abandonado.

Lo peor era que la guardia del vaulkhar parecía estar acortando la distancia. Durante un tiempo, Malus rechazó la información de sus propios sentidos, achacándola a la fiebre. Todas las mañanas, el noble se obligaba a volverse en la silla y mirar hacia el sur, buscando señales de hogueras, y desde que había tomado rumbo norte, las débiles columnas de humo le parecían cada día un poco más cercanas.

Sólo después de pasar por la tercera torre de vigilancia del camino se dio cuenta de lo que estaba ocurriendo: la guardia había llegado a tal punto de desesperación que había empezado a cambiar de monturas en cada uno de los fuertes por lo que pasaba. Eso les permitiría avanzar mucho más de prisa que antes, pero con un coste enorme. Los hombres debían de haber llegado a la conclusión de que era preferible arriesgarse a ser torturados por derrochar los recursos del Estado que perder el honor por volver al Hag con las manos vacías. Malus se dio cuenta de que era una decisión fatídica. Si no llegaba a los límites del territorio de Calamidad en cuestión de unos cuantos días, los hombres de Lurhan le darían alcance. El tiempo ya no jugaba a su favor.

En un momento dado, llevado por la desesperación, abandonó el camino con la esperanza de que sus perseguidores le perderían el rastro. No podía recordar qué era lo que lo había llevado a tomar dirección norte y este. El terreno era más escarpado y más difícil, y perversamente pensó que tal vez era un reflejo de que sólo podría consumir su destino por el camino más difícil. Pero ni con eso logró despistar a los hombres de Lurhan. Se dio cuenta de que había ganado unas pocas horas antes de que sus perseguidores se dieran cuenta de que ya no iba por el camino y retrocedieran para volver a encontrar su rastro.

Rencor afrontó con vigor las colinas boscosas y empinadas, pero incluso Malus podía notar que la imponente bestia empezaba a acusar el cansancio. En ese terreno escarpado, las posibilidades de cazador y presa estaban casi igualadas, y todo se reducía a cuál de las dos partes estaba dispuesta a cabalgar más duro para conseguir su objetivo.

A la noche siguiente de haber abandonado el Camino de la Lanza, las escarpadas colinas se convirtieron en una ondulada planicie helada, que se veía de un color azulado reluciente bajo la luz de la luna. Las montañas se erguían, blancas e inclementes, en el horizonte septentrional; durante horas, Malus estuvo contemplando sus líneas irregulares, ansiando ver un atisbo del Arca Negra.

El tiempo dejó de tener sentido mientras cabalgaba por encima de aquella planicie interminable. Su cuerpo ardía y se sacudía por la fiebre, y su mente iba a la deriva. Soñaba cosas desordenadas. En un momento, se encontró acompañado por una

partida de druchii que cabalgaban en sus gélidos por la planicie helada; no podía ver las caras de los jinetes, pero las voces que resonaban en sus oídos le parecían extrañamente conocidas. Se reían y se llamaban los unos a los otros, bromeando.

Malus intentaba hablarles, pero no le hacían caso, como si él fuera un fantasma que cabalgase entre ellos. Después de un rato, uno de los jinetes se acercó furtivamente hasta ponerse a su alcance. La armadura del caballero estaba cubierta de sangre seca, como si fuera un cadáver abandonado en un campo de batalla. Malus tendió la mano temblorosa para tocarlo, y el caballero se volvió a mirarlo. A través de las ranuras de la armadura, se veían unos ojos brillantes del moho de la tumba y de odio. Malus se apartó y, con una maldición, echó mano a la empuñadura de la espada. Cuando llegó a desenvainar el arma, la visión había desaparecido.

En otro momento, tuvo la sensación de que alguien estaba sentado detrás de él en la montura. Era una mujer —lo sabía con esa extraña omnisciencia que a veces acompaña a los sueños— y se apretaba contra él, rodeándole la cintura con los brazos y acariciando su pecho cubierto por la armadura. Podía sentir el tacto de sus dedos a pesar del brillante acero; dejaban un rastro tan helado en sus huesos como el paso de una gélida ráfaga. Malus sintió una cabeza sobre su hombro y un olor a tierra fresca mezclada con hedor a muerte cuando las manos de hielo se cerraron sobre su cuello.

El noble se sacudió y se revolvió echando la mano hacia atrás para arrancar a la criatura de la silla, pero lo único que encontró fue el aire. De repente, sintió un aliento de aire frío contra la mejilla y, a continuación, un impacto doloroso cuando su cuerpo cayó sobre la superficie helada.

Se despertó y vio a un monstruo que se cernía sobre él. *Rencor* le empujaba con el hocico la pierna derecha, como tratando de devolver algo de vida a su compañero de fatigas. Bajó luego la cabeza hasta la pantorrilla del noble y cuando olfateó la costrosa herida de Malus, éste vio que retraía los labios y dejaba al descubierto los amarillentos colmillos. Malus lanzó un grito de alarma y le dio al gélido un puntapié en el hocico. Sobresaltada, la bestia se apartó un poco y se sentó sobre los cuartos traseros, estudiando a Malus con uno de sus ojos rojos.

Malus se despertó herido por la luz del sol y por el sonido de los cuernos de caza.

El suelo tembló cuando *Rencor* lanzó un rugido amenazador. Malus alzó un brazo y lo sintió tan pesado como si fuera de plomo, mientras trataba de protegerse los ojos del hiriente resplandor. Vio al nauglir de pie, gruñendo hacia el lugar por el que habían venido. Por toda respuesta se oyó el relincho amedrentado de un caballo, y Malus se dio cuenta de que la larga carrera había tocado a su fin.

Con un doloroso esfuerzo, Malus se dio la vuelta y consiguió ponerse de pie. Los hombres de Lurhan estaban sobre sus cabalgaduras a unos cien metros de distancia, observando a su presa desde una ligera elevación. En el extremo de sus largas lanzas, el viento frío hacía ondear gallardetes negros, el color de la venganza y de la

enemistad moral. Los caballos temblaban de agotamiento, pero la expresión de los jinetes era de fría determinación, y sus miradas reflejaban un odio inquebrantable.

Mientras Malus observaba, el jefe de la partida sacó de las alforjas un objeto y lo levantó para que lo viera. Era la cabeza cortada de Lurhan, cuyo pelo negro se agitó desordenado por el viento. Era el estandarte de la enemistad moral. Cuando los guerreros lo obligaran a entrar por las puertas del Hag, tendría que llevar la cabeza de su padre en la mano, para que toda la ciudad pudiera contemplar la espantosa naturaleza de su crimen.

Sin que mediara palabra, los guerreros bajaron sus lanzas y empezaron a avanzar. *Rencor* lanzó un silbido hambriento, y el hielo comenzó a crujir bajo sus pies cuando se movió entre Malus y los jinetes. El noble echó mano a la espada. Le pareció que tardaba una eternidad en desenvainarla y, cuando lo consiguió, se dio cuenta de que lo único que podía hacer era evitar que cayera sobre el hielo.

Los hombres de la guardia avanzaban precavidos. Eran por lo menos doce, tal vez incluso veinte. Bajo la mirada nublada de Malus, parecían sólo formas tenebrosas, como una bandada de cuervos que avanzaban por el hielo. Sus lanzas estaban reforzadas con acero y tenían una punta ancha y afilada, ideal para combatir a caballo contra los gélidos. En su delirio, Malus podía ver cómo iba a desarrollarse el combate. Primero, rodearían a *Rencor*, tentando a la bestia hambrienta con carne de caballo mientras otros jinetes lo asaltaban por los flancos y clavaban sus lanzas en las partes vitales del nauglir. Entonces, en cuanto *Rencor* estuviera muerto, vendrían a por él. Lo máximo a lo que podía aspirar era a derribar a uno o dos de esos bastardos antes de que le arrebataran la espada.

Malus movió los labios agrietados. Su voz fue apenas un susurro irregular.

—Tz'arkan —dijo con voz cascada—. Ayúdame. Si no lo haces, se lo diré todo a estos hombres. Les diré que le entreguen las reliquias a Eldire. ¡Te lo juro! ¡No serás libre hasta que las estrellas sean cenizas en el cielo nocturno!

El noble cerró los ojos y reunió las escasas fuerzas que le quedaban. No se entregaría sin luchar. Haría frente a los atacantes y derramaría su sangre caliente. En ese momento, un ruido atronador sonó al norte, y la tierra se estremeció bajo sus pies. Giró en redondo, tambaleándose por la repentina sacudida, y vio un grupo de diez caballeros del gélido que bajaban a la carga desde la colina que había al norte, apuntando con sus lanzas a los hombres de Lurhan.

Los guerreros de Hag Graef titubearon un momento. Dada la situación, había una única respuesta posible. El jefe de los cazadores se volvió hacia sus hombres.

—¡A la carga! —gritó, imponiéndose al ruido atronador del avance de los gélidos, y los guerreros respondieron con un rugido feroz antes de lanzarse contra los caballeros del Arca Negra.

Los guardias bajaban de la cumbre formando un muro cerrado de caballos al

galope y de relucientes lanzas. Se desviaron levemente hacia la derecha, apartándose del noble y de su sibilante cabalgadura. El nauglir arrancó con las garras esquirilas de hielo y tierra helada, que lanzó al aire al abalanzarse contra el flanco derecho de los jinetes.

Dos hombres y sus monturas cayeron con un crujido horrible cuando la bestia de guerra de una tonelada de peso se lanzó sobre ellos como un felino a la caza. *Rencor* se deslizó sobre el hielo sujetando entre sus fauces a un caballo por el pescuezo; el segundo yacía formando un montón informe, con la espina dorsal rota, por la embestida del nauglir. Los jinetes, pese a estar protegidos con sus armaduras, no tuvieron mucha mejor suerte: uno yacía inmóvil a escasos metros, con el cuello evidentemente roto, mientras que el otro luchaba por ponerse de pie mientras se sostenía un brazo que le colgaba inerte. Una determinación fría se apoderó de Malus al ver al hombre herido, y blandiendo su espada se encaminó hacia él, dando tumbos, a través del hielo, y lo alcanzó por la espalda.

Los dos grupos de jinetes se enfrentaron en un estrepitoso choque de acero y carne. Los gritos de rabia y de dolor de caballos, hombres y gélidos se mezclaron cuando las lanzas y las garras se clavaron en la carne viva. A eso se sumó el ruido que hacía la madera al partirse las astas de las lanzas contra las armaduras o después de haber dado en el blanco.

El sonido llamó la atención de Malus; el impacto sacudió la tierra con tanta intensidad que hizo que volviera la cabeza aun a su pesar. Vio que los caballos de guerra eran rechazados por el choque y uno de los guerreros de Lurhan fue impulsado unos tres metros hacia arriba con el asta de su lanza rota en la mano. Un gélido atravesó el muro de caballos y, dando una voltereta, produjo un torbellino de escamas, sangre y tierra; la bestia había sufrido una muerte instantánea cuando una lanza de punta ancha se clavó profundamente en su cerebro. Otro nauglir atacó a diestro y siniestro, diseminando trozos de armadura aplastada cuando destrozó a un guerrero que no paraba de gritar. Los gélidos, más pesados, cayeron como las piedras de una catapulta sobre la fila de jinetes, tratando de encontrar asidero para sus patas mientras frenaban y hacían otra pasada. Muchos de los jinetes supervivientes espolearon sus corceles, más veloces, contra los gélidos, echándoselos encima, lo que dio lugar a un auténtico torbellino.

El hombre herido cargó contra Malus con un grito de odio; esgrimía la espada con la izquierda. A no ser porque el guerrero dio rienda suelta a su dolor y su rabia, podría haber tomado al noble totalmente por sorpresa. En realidad, Malus alzó su espada en un bloqueo débil que a duras penas podía evitar que el guerrero le rompiera el cráneo con un golpe de arriba abajo. La fuerza del impacto hizo retroceder a Malus mientras el peligro de una muerte inminente rescataba a su mente del delirio.

Sin dejar de gritar, el guerrero intentó una serie de torpes ataques con los que

pretendía alcanzar a Malus en la cabeza y los brazos. El hombre compensaba su falta de destreza con la fuerza. Cada golpe arrebatava al noble un poco más de las energías que tenía en reserva; cada vez que bloqueaba lo hacía con un poco menos de velocidad y de vigor. Una de las embestidas de su contrincante le dejó un surco sangrante en la mejilla derecha; otra lo alcanzó en el espaldarón izquierdo e hizo que un dolor agudo le recorriera todo el hombro. Un tercer golpe sonó en el avambrazo derecho de Malus y a punto estuvo de hacer que soltara la espada. Reaccionando instintivamente, el noble asentó bien el talón derecho y dejó de retroceder, con lo que el hombre de Lurhan chocó contra él. El guerrero soltó un grito de agonía cuando su brazo herido golpeó contra el pecho de Malus, y todavía más cuando el noble cogió el miembro herido con la mano que le quedaba libre y lo retorció con todas sus fuerzas. Malus vio cómo se ponía pálido un instante antes de que le clavara la espada en la garganta. Lo único que pudo hacer fue apartarse dando tumbos cuando el guerrero cayó al suelo. A continuación, se arrodilló junto al cadáver, temblando como una hoja por el agotamiento.

El sonido atronador de unos cascos le pasó por encima como una ola. Cuando miró hacia arriba vio que los jinetes supervivientes escapaban por donde habían venido, con las espadas y la armadura manchadas de sangre. Su jefe estaba entre los que habían conseguido escapar y seguía sosteniendo la cabeza de su señor muerto cerca del pecho. Cuando pasó a unos diez metros de Malus le echó una mirada de odio reconcentrado. «Sólo has conseguido un pequeño aplazamiento —parecían decir aquellos ojos oscuros—. Volveremos a encontrarnos. No perdonamos ni olvidamos.»

Cuando Malus consiguió ponerse de pie tambaleándose, los jinetes habían desaparecido. La tierra se estremeció con las pesadas zancadas de los seis gélidos que quedaban y que se abrían paso entre los cadáveres. Un noble de elevada estatura vestido con una armadura negra y dorada dirigió su cabalgadura hasta Malus y lo miró con expresión de furia en sus aristocráticas facciones.

Malus lo saludó con una reverencia y limpió la sangre de su espada en el pelo del hombre al que acababa de dar muerte.

—Un buen combate, hombres del Arca Negra —dijo, envainando el arma—. Soy Malus, pertenecía a Hag Graef. —Alzó la vista hacia el caballero—. Vuestro señor, Balneth Calamidad...

La bota del caballero lo golpeó justo entre los ojos. Un momento estaba hablando y al siguiente se había hundido en la negrura más absoluta.

Después de eso, se vio asaltado intermitentemente por visiones que aparecían y desaparecían como la marea. Vio rostros extraños que lo miraban con expresiones distorsionadas como si se reflejaran en un pozo de agua. Los veía mover la boca, pero sus voces también eran borrosas y vagas. Lo único inequívoco era el odio que ardía en sus ojos. Al menos, eso lo entendía.

Malus sintió el sabor de un líquido amargo en la lengua. Sentía el cuerpo hinchado y magullado, como si fuera carne a la que se deja carbonizar sobre el fuego. La sensación removió sus recuerdos como si fueran hojas secas.

—¿Padre? —musitó con miedo.

Estaba echado boca abajo sobre una superficie curva y dura. Cuando abrió los ojos lo único que vio fue una mancha blanca y borrosa. Sintió que se le revolvían las tripas y vomitó de forma estentórea.

Oyó el crujido de una montura de cuero. En algún lugar por encima de él, alguien dijo con disgusto y con un acento rústico del norte:

—Maldita sea, ya estamos otra vez. La próxima vez que paremos que lo lleve otro.

Alrededor hubo unas risas sibilantes. Malus cerró los ojos para no ver la terrible blancura y, una vez más, perdió la conciencia.

Estaba temblando. Yacía desnudo sobre el terreno helado, y unas manos fuertes lo sujetaban por las muñecas y los talones.

Malus olió el humo. Cuando abrió los ojos con dificultad pudo ver un cielo negro atravesado por innumerables estrellas. Las manos que lo sujetaban apretaron más y un círculo de cabezas se cernió sobre él.

—Mal momento para despertar —gruñó uno.

—Esto va a ser divertido —dijo otra voz.

En ese preciso instante, apareció una figura alta delineada sobre el cielo oscuro. Hubo un resplandor rojizo cuando la figura sostuvo el extremo reluciente de una daga al rojo vivo por encima de Malus. El reflejo bastó para que el noble reconociera al hombre que le había dado el puntapié.

—No me mates con la daga —se oyó decir—. Cualquier cosa menos la daga.

—Cállate —dijo el caballero, poniéndose en cuclillas junto a sus hombres y aplicando el acero brillante a la pierna de Malus.

Todavía seguía gritando y lanzando los juramentos más horribles que conocía cuando el hombre apartó el cuchillo de la pierna y lo aplicó a la herida que Malus tenía en el brazo. El olor dulzón y penetrante a carne quemada impregnaba el aire. El noble se ensució. Alguno de los presentes también lanzó un juramento y golpeó a Malus en un lado de la cabeza.

El caballero retiró la daga y se tomó un tiempo para examinar su trabajo. Satisfecho en apariencia, se puso de pie, y Malus tuvo la impresión de que su rostro pálido se hundía en el cielo de la noche.

—Tantos trabajos para nada —dijo alguien—. Mira sus venas, mi señor, están hinchadas por la corrupción. No durará más que un par de días.

—Tiene que presentarse mañana ante el subastador —replicó el caballero con voz ronca—. Después de eso, se lo puede llevar la Oscuridad Exterior.

Malus estaba a punto de sumirse una vez más en la oscuridad cuando la envergadura de lo que había dicho el hombre hizo que un escalofrío de absoluto terror lo recorriera de arriba abajo. ¡Pretendían venderlo en el mercado de los esclavos!

Se debatió violentamente. Consiguió liberar un brazo y una pierna antes de que los guerreros que lo rodeaban volvieran a sujetarlo contra la tierra helada. Uno de los hombres se acercó a él y le cogió la mandíbula con una mano áspera. Unos dedos de hierro le obligaron a abrir la boca como si fuera un ternero recién nacido.

—Dadle a probar otra vez el hushalta —dijo el druchii que lo tenía sujeto con acritud. Le pasaron un frasco abierto de un líquido lechoso mientras estudiaba con atención al noble—. ¿Quién va a pagar un cobre por esta ruina? —musitó—. Yo lo cortaré en trozos y se lo daré de comer a mi nauglir.

Unas risas de complicidad sonaron en la oscuridad mientras el hombre lo obligaba a tragar el líquido amargo. Cuando hubo terminado, devolvió el frasco y miró de cerca al noble a los ojos.

—Claro que no faltan necios en este mundo —dijo el guerrero mientras la oscuridad volvía a cegar a Malus—. Éste es una prueba viviente de ello.

12. Al Arca Negra

—A despertar, Darkblade. —La voz burlona sonó dentro de su cabeza—. A despertar. ¿O quieres pasar el resto de tu corta vida encadenado?

Las palabras reverberaron en la oscuridad como el repiqueteo de una campana. Malus se removió un poco; oleadas de dolor lacerante surgieron de las quemaduras de la pierna y del brazo. El feroz dolor hizo desaparecer el resto de los efectos del hushalta, y al cabo de unos instantes, estaba despierto. Otra vez estaba boca abajo, atravesado en la parte trasera de un nauglir en movimiento y atado de pies y manos. Sentía una especie de nudo en el estómago vacío, y el regusto a cobre quemado del hushalta le producía una sed rabiosa. Una repentina ráfaga de viento le clavó sus heladas garras en la espalda y el cuello haciéndolo tiritar, aunque también dio las gracias al darse cuenta de que ya no tenía fiebre. La feroz cauterización llevada a cabo por el señor druchii había conseguido erradicar las infecciones que se cebaban en su carne.

Malus oyó una risilla seca a cierta distancia por detrás de él.

—Acabo de verlo estremecerse, Hathair —dijo una voz divertida—. Después de todo da la impresión de que va a vivir lo suficiente para llegar al arca. Espero que no te olvides de que me debes una botella de Vinan.

El noble oyó el crujido de una silla de cuero cerca del oído. Una mano enguantada lo cogió por el pelo y le echó la cabeza hacia atrás brutalmente. El movimiento cogió a Malus por sorpresa. Por instinto, procuró mantener el cuerpo relajado e inmóvil.

—Son las sacudidas de la muerte —dijo una voz áspera, tan cerca que Malus pudo oler el apestoso aliento del druchii—. Hay una buena subida por la escalera sur. Estará frío y tieso antes de que lleguemos arriba.

Malus oyó la risa del primer caballero y el puño lo golpeó sin anunciarse. La mejilla del noble rebotó contra la piel escamosa del nauglir, y otra oleada de dolor feroz le atravesó el pecho y el brazo. También en ese caso se propuso no mostrar la menor reacción. Los dos caballeros se sumieron en el silencio y después de unos momentos el noble reconoció los pasos rítmicos del nauglir sobre terreno pavimentado. Por delante empezaban a discernirse otros ruidos: el crujido de las ruedas de una carreta y los mugidos del ganado, así como murmullos de rústicas voces druchii. Lenta y cautelosamente, el noble abrió apenas los ojos pegoteados y trató de ver dónde se encontraba.

Estaban en un camino, eso estaba bastante claro. Malus vio las piedras negras del pavimento orladas de hielo y que cubrían una anchura suficiente como para permitir el paso de dos jinetes a la vez. Los gélidos subían una larga y suave pendiente hacia lo que parecía un empinado acantilado de roca y hielo que se elevaba muchos metros

en el aire. El noble abrió un poco más los ojos y siguió la rugosa superficie de piedra hasta la cima. Estaba seguro de ver allá arriba los muros negros e imponentes de una fortaleza y una profusión de torres circulares entre las cuales había restos astillados de gigantescos mástiles de roble, como los que tienen los barcos de vela. El acantilado era el lateral de un enorme trozo de roca rematado nada menos que por una pequeña ciudad dominada por la fortaleza de un jefe supremo. Era la tristemente célebre arca rodeada por el hielo: el Arca Negra de Naggor, sede del supuesto Señor Brujo Balneth Calamidad.

Al frente de la columna que avanzaba, Malus vio un movimiento entre los mercaderes y nobles menores que trataban de calmar a sus inquietas monturas y apartarse a un lado del camino para dar paso a los caballeros. Un poco más adelante, había un arco de oscura piedra gris en la base del arca, y ante él montaba guardia una compañía de lanceros. Como en cualquier otra ciudad druchii había una entrada y salida constante por ese arco, pero éste conducía a los túneles que formaban un laberinto dentro de la propia ciudad.

Gran parte de la ciudad estaba oculta dentro de la roca, como Malus sabía; había sido excavada por manos druchii y acabada más tarde por esclavos enanos, después de que el arca quedara encallada en el lejano norte. Sólo los ciudadanos más ricos e influyentes del arca tenían el privilegio de vivir en las antiguas torres, mientras que el resto vivía, como los gélidos, en los laberintos inferiores.

Era la primera vez que Malus veía de cerca una de las famosas arcas. Gracias a cascos de piedra como éstos se habían salvado los druchii cuando Nagarythe se había perdido bajo las olas hacía miles de años. De hecho, el casco era un trozo de la propia Nagarythe. Cuando el gran cataclismo golpeó la parte septentrional de Ulthuan, había algunas ciudades y fortalezas protegidas por embrujos tan poderosos que sobrevivieron al embate de las olas cuando el resto de la tierra desapareció a su alrededor. Se mantuvieron sobre las furiosas olas como islas flotantes y en ellas se salvaron todos los elfos del norte que quedaban. Las propias arcas transformaron al pueblo de Nagarythe en los druchii, o al menos eso decían las leyendas.

Ante la pérdida de todo lo que habían conocido, los pobladores de las arcas se vieron ante la disyuntiva de abandonar sus refugios a la deriva y quedar a merced del resto de los ulthuanos o endurecer sus corazones y sobrevivir por su cuenta. Los druchii escogieron el camino del desafío, erigiendo tremendos mástiles y modificando sus hechicerías para transformar los cascos en fortalezas oceánicas. Así nacieron las Arcas Negras.

Cuando los druchii llegaron a Naggaroth muchas de las arcas quedaron varadas a lo largo de la costa oriental, convirtiéndose en puestos de avanzada para conquistar el continente. De las restantes, la mayoría permaneció en el mar como feudos flotantes que aterrizaraban al Viejo Mundo con sus pequeñas flotas de corsarios. No fue ése el

caso del Arca Negra de Naggor. Cuando los druchii llegaron a sus nuevas tierras, Malekith quiso hacer una demostración de fuerza que hablase de su dominio sobre el nuevo territorio y sobre el pueblo druchii en su conjunto. Fue así, según se cuenta, que recurrió a los magos de Naggor, otrora famoso centro de conocimiento arcano en Nagarythe, y les ordenó crear un conjuro capaz de transportar su propia arca al continente y crear una sede literal y simbólica de poder desde la cual pudiera gobernar.

Los magos de Naggor acataron la orden y con un coste enorme trasladaron el arca de Malekith cientos de leguas tierra adentro, creando las bases de la gran ciudad fortaleza de Naggarond. Pero no se quedaron ahí. No había transcurrido mucho tiempo cuando trasladaron su propia arca incluso más hacia el norte que la sede del poder del propio Malekith. Algunas leyendas afirmaban que los magos sólo querían tener ocasión de seguir adelante con sus estudios en privado, lejos de las mezquinas intrigas del reino, mientras que otras abordaban el tema con más cinismo y decían que los naggoritas pretendían enviar un mensaje a Malekith, para recordarle al Rey Brujo que su poder le había permitido establecer su preeminencia.

Al poco tiempo, Malekith prohibió que los hombres practicasen la brujería, enviando a su vez un mensaje a los naggoritas.

La columna siguió avanzando por el camino hacia la puerta, hasta que Malus oyó una voz que oficiosamente ordenó a los caballeros que hicieran alto.

—¿Quién va? —preguntó el comandante de la compañía de la guardia.

—Lord Tennucyr y sus guerreros, con un prisionero y un nauglir para el mercado de carne —respondió uno de los guerreros con mal disimulado disgusto.

Malus pensó en Hauglir y en sus denodados intentos de extorsión cuando él era capitán de la guardia en Hag Graef, y se preguntó si esas prácticas también estarían extendidas en las puertas de las fortalezas por toda la Tierra Fría.

De ser así, lord Tennucyr no estaba para juegos.

—¡Hazte a un lado, gusano! —bramó, elevando su voz por encima de la de su guerrero y de la del capitán de la guardia.

Hubo ruido de pasos apresurados y la columna volvió a ponerse en marcha. Al cabo de unos momentos, Malus vio que el arco de la gran puerta y sus enormes puertas con refuerzos de hierro pasaban a su lado y, a continuación, los caballeros se sumergieron en el bullicio oscuro y maloliente de la parte interior de la ciudad.

Nada más atravesar la puerta había una caverna de techo bajo, ruidosa y rebosante de actividad, que se parecía mucho a cualquier plaza de mercado de Naggaroth. Sirvientes, soldados, esclavos y ciudadanos se mezclaban haciendo sus recados diarios. Enormes lámparas brujas ardían en columnas de piedra que se alzaban a intervalos por toda la plaza; la luz fría no contribuía demasiado a desvanecer la oscuridad en un espacio tan enorme, y los habitantes de la ciudad y los puestos del

mercado estaban envueltos en unas sombras fantasmagóricas.

Malus veía pasar a su lado rostros pálidos como fantasmas sin cuerpo que los contemplaban a él y a los caballeros con cara totalmente inexpresiva. El noble tuvo la sensación de que las manos invisibles de la bulliciosa multitud ejercían presión sobre él. «Es como estar enterrado en vida», pensó, ansiando súbitamente un soplo de viento fresco y el contacto del desvaído sol del norte.

Los jinetes giraron a la izquierda en la plaza y fueron abriéndose camino entre la multitud, hasta que llegaron a una rampa amplia e iniciaron un sinuoso ascenso hacia las sombras. Había otro grupo de guardias al inicio de la rampa que cobrara peaje a los druchii que subían o bajaban por el camino. Los sirvientes y los nobles que iban a pie pagaban a los guardias por el uso del túnel, lo cual, según sospechaba Malus, era otro recurso para evitar que las masas se desplazaran de un lugar a otro de la ciudad. Los soldados echaron una mirada a lord Tennucyr y a sus hombres, y rápidamente despejaron el camino para permitir que la columna pasara con comodidad.

Cabalgar por el camino curvo no era muy diferente de subir la escalera de caracol de una torre druchii, sólo que superar cada nivel llevaba casi media hora. Malus los iba contando. Habían pasado seis cuando los jinetes se detuvieron de golpe y Tennucyr hizo circular hasta el final de la línea una serie de órdenes. El noble oyó que el caballero que iba montado a su lado asentía con un gruñido y, a continuación, apartaba su montura de la columna.

Malus mantuvo los ojos entreabiertos y vio que atravesaban una pequeña plaza desierta para entrar después en un pasadizo mal iluminado, que se iba internando en la roca. Unos pies grandes golpeaban la piedra detrás de ellos, acompañados por el rítmico tintineo de una pesada cadena. Malus se arriesgó a echar una rápida mirada hacia atrás y vio a *Rencor*, que era conducido tras él, despojado de sus arreos, y por primera vez cayó en la cuenta de que Tennucyr tenía en su poder no sólo su espada y su armadura, sino también las tres reliquias que tanto le había costado conseguir. Tuvo que controlar un acceso de pánico. «Sé quién las tiene —se dijo—, y las voy a recuperar, preferiblemente sobre el cuerpo muerto de Tennucyr.»

El pasadizo era tan plano y liso como un camino, y olía a caballo y a nauglir. A su paso veía puertas y ventanas abiertas en la piedra a intervalos regulares. No era muy diferente de recorrer una calle estrecha en una ciudad a una hora avanzada de la noche. En el aire flotaban sonidos familiares: el restallar de látigos y el arrastre de cadenas, gritos y órdenes destempladas, y el rechinar de las puertas de jaulas al cerrarse. Estaba en el barrio de los Esclavistas del arca rodeada por el hielo, donde los mercaderes compraban y vendían su mercancía viva tanto para las torres de los nobles como para las casas de placer.

Siguieron su marcha durante varios minutos, y a medida que se internaban en el barrio, Malus notó que los distintos edificios estaban separados por callejones

estrechos y mugrientos, y que las propias estructuras tomaban la forma de fortalezas macizas de gruesos muros. Eran los recintos de los traficantes más prósperos de la ciudad, construidos para alojar a cientos de esclavos y para funcionar como lugar de entrenamiento para los que estaban destinados a los fosos de combate de la ciudad. El nauglir pasó junto a tres de esas imponentes estructuras antes de detenerse frente a una cuarta. Malus observó que la fachada del recinto de los traficantes de esclavos tenía grabados bajorrelieves de escenas de lucha, tal vez para hacer publicidad de famosos guerreros que habían salido de las filas del propietario.

Hubo una repentina sacudida cuando el nauglir se sentó sobre sus cuartos traseros. *Rencor* lo imitó con un ruido de cadenas. Se oyó el crujido del cuero de la silla al desmontar el caballero, y Malus sintió que el hombre lo cogía por la parte trasera del kheitan y lo sacaba a rastras del lomo del gélido como si fuera una bolsa de grano. Cayó al suelo con fuerza suficiente como para quedarse sin aire en los pulmones. Por mucho que lo intentó, no pudo evitar hacerse una bola sobre el camino y boquear para recuperar el aliento.

El guerrero maldijo en voz baja al ver las débiles señales de vida de su prisionero.

—Me vas a costar una botella de buen vino —dijo, dándole un puntapié en la espalda.

Él hombre se acercó a las dobles puertas del recinto y llamó con la empuñadura de su espada. Pasaron largos minutos hasta que se abrió una mirilla en una de las puertas.

—Maese Noros no está aquí —dijo una voz de hombre—. Vuelve más tarde.

—Abre la puerta —gruñó el caballero—. Tengo un prisionero y un nauglir para vender, con los saludos de lord Tennucyr.

—¿El primo del Señor Brujo?

—El mismo.

Hubo un sonoro chasquido al cerrarse la mirilla y, a continuación, el ruido de los goznes al abrirse la puerta. Un druchii flaco y encorvado se asomó tímidamente. Iba cubierto con ropa sucia y con un kheitan pardo descolorido, y llevaba al cinto una porra y un látigo enrollado. El sirviente hizo una reverencia de compromiso al guerrero y dirigió hacia Malus su nariz larga y rota.

—¿Éste? Parece medio muerto.

El guerrero volvió la cabeza y escupió.

—El bastardo tendría que estar muerto del todo, pero es o demasiado mezquino o demasiado necio para entenderlo. Es duro para ser un hombre de ciudad.

—Eso no es decir mucho —dijo el sirviente, poniéndose en cuclillas y entreabriendo uno de los párpados de Malus—. Debería estar camino del féretro en algún lugar —musitó con desdén—. ¿Y qué hay del nauglir?

—¿No lo ves ahí, estúpido?

—¿Esa enanez? ¿Por quién me tomas? Si maese Noros se encontrara aquí, estaría planteando una cuestión de honor. ¡Es un insulto!

—¿Te parezco un aprendiz de panadero, gusano estercolero? No estoy aquí para regatear contigo. Lord Tennucyr me dijo que trajera este lote a la casa de Noros para venderlo, y aquí estoy.

—Está bien, está bien. No hace falta gritar tanto —dijo el sirviente con tono conciliador. El hombre volvió arrastrando los pies hasta la entrada y lanzó un agudo silbido—. Suéltalo —le dijo al guerrero.

—¿Por qué?

—Quiero ver si tiene fuerza suficiente para tenerse de pie. Si no puede, sólo sirve como alimento para los nauglirs.

Malus permaneció absolutamente quieto mientras el guerrero sacaba su cuchillo y se agachaba para cortar las ataduras de los tobillos y las muñecas del noble. Por un momento, pensó que había llegado su oportunidad, pero cuando recuperó la libertad de movimientos ya había dos musculosos esclavos humanos en la puerta del recinto. Lo cogieron por los brazos y lo pusieron de pie como si fuera un muñeco. Malus les dedicó un débil gruñido y dejó descansar gran parte de su peso sobre ellos mientras el sirviente lo estudiaba con ojo crítico.

Era evidente que el hombre de maese Noros no estaba impresionado, pero al cabo de un momento suspiró.

—Está bien —dijo—, pero sólo como un favor a tu señor. Entra y llegaremos a una cifra. —Se volvió hacia los esclavos y señaló la puerta con la cabeza—. Llévadlo dentro y mareadlo, y a continuación, arrojadlo con el resto de los despojos.

Los humanos gruñeron a modo de respuesta y arrastraron a Malus hacia el interior del recinto del traficante. Atravesaron un gran salón lleno de relucientes columnas de mármol provistas todas ellas de grilletes de plata brillante para exponer la mercancía. Malus se sorprendió al ver que las propias columnas eran totalmente decorativas. De hecho, ni siquiera había un techo que sostener. Al mirar hacia arriba vio que las paredes de la sala eran anormalmente altas, pero que más allá no había nada más que sombras y sólo se adivinaba el techo de una caverna a unos cinco metros más arriba.

Un poco más lejos de la sala de exposición se abría una galería larga y estrecha, desde la cual podía verse una serie de salas de entrenamiento. En cada una de ellas, había una o más parejas de esclavos, a los que les enseñaban técnicas de combate en foso unos ceñudos instructores druchii. Al pasar por una de las salas, Malus oyó un grito horrible; uno de los instructores estaba demostrando las diferentes maneras de dejar incapacitado a un adversario y para ello cortaba los tendones de un decrepito esclavo humano. «Eso es lo que hacen con los despojos», pensó Malus con amargura.

En el extremo de la galería había una imponente puerta de hierro. Uno de los esclavos sacó un llavero de su cinturón, quitó el pestillo de la puerta y abrió la pesada

hoja. Al otro lado, había otro pasadizo, flanqueado éste por los barrotes de hierro de numerosas jaulas de gran tamaño. Cientos de pares de ojos siguieron el paso de Malus y de los esclavos hacia una pequeña habitación que había al final. Al noble se le aceleró el corazón con el olor a carbón encendido y a hierro candente.

Dentro de la habitación, sentado ante una pequeña mesa, había un druchii con muchas cicatrices que repasaba unos libros y garabateaba notas en una hoja de grueso pergamino. De las paredes de la habitación colgaban estacas y látigos, y en un rincón había un pequeño brasero. El hombre miró a Malus con expresión ceñuda cuando los esclavos lo acercaron a la mesa.

—¿Qué es esto? —preguntó con desprecio.

—Más despojos, señor —musitó uno de los esclavos—. Maese Lohar quiere que lo marquen.

La cara estragada del druchii reflejó incredulidad.

—¿Ha dado dinero por esto? Noros lo desollará vivo —dijo, y a continuación salió de detrás de la mesa y se acercó cojeando al brasero—. Tendedlo sobre la mesa —dijo con aire distraído—, pero tened cuidado con los libros.

Antes de que Malus pudiera darse cuenta, los hombres le habían doblado los dos brazos sobre la espalda y se encontró tendido boca abajo sobre el escritorio. Uno de los esclavos le puso una manaza entre los hombros y lo sujetó para que no se moviera, mientras que el otro lo cogía por el pelo y le hacía volver la cabeza para que quedara descubierta una de sus mejillas. Sintió el contacto del pergamino seco sobre la cara y percibió el olor acre de la tinta. Un pequeño cuchillo, de los que se usan para afilar las plumas, estaba a pocos centímetros de su cara, pero para el caso hubiera dado lo mismo que estuviera al otro lado del Mar Frío.

Malus tensó el cuerpo, tratando de apartarse de la mesa, pero no pudo moverse ni un centímetro. Fugazmente le pasó por la cabeza la idea de pedir ayuda a Tz'arkan, pero la desechó con rabia. Si el maldito demonio no lo había ayudado cuando estaba a punto de morir en el Camino de la Lanza, ¿por qué habría de compartir con él su fuerza en ese momento?

Se oyó un silbido cuando el druchii retiró el hierro de las brasas. Una pequeña voluta de humo salió del símbolo al rojo vivo de una medialuna, evidentemente la marca de la casa de Noros. El druchii estudió la marca atentamente e hizo un gesto de aprobación.

—Ahora no dejéis que se mueva, como pasó con el último —recomendó el hombre, que se acercó a la mesa cojeando—. Si llega a estallarle un ojo me estropeará los documentos.

El hierro candente descendió hacia la cara de Malus brillando como un sol furioso. En el último momento, Malus cerró los ojos y dio un grito antes de levantar el pie izquierdo y golpear con el talón la rodilla del esclavo que tenía a su lado. El

humano dejó escapar un grito de sorpresa y de dolor al doblársele la pierna y caer hacia adelante, de modo que se puso en el camino del hierro de marcar. El metal al rojo vivo lo alcanzó en el hombro y el grito de dolor del esclavo se transformó en alarido de agonía al prenderse fuego su ropa. El pánico se adueñó de él, y soltó a Malus para tratar de apagar el fuego con sus manos. El noble echó mano al cuchillo que estaba sobre la mesa y se volvió de lado; lanzando una cuchillada hacia atrás, clavó el arma hasta la empuñadura en la garganta del otro esclavo. La sangre brillante se vertió sobre Malus y sobre el atónito druchii esclavista cuando el hombre cayó inerte.

Malus se apartó de la mesa y cambió de mano el cuchillo ensangrentado. La hoja no tenía ni diez centímetros, lo cual no hacía de él una arma muy temible. El esclavista se recuperó de la conmoción inicial y avanzó hacia el noble, blandiendo el hierro de marcar a modo de arma. El metal tenía todavía un brillante color cereza, más que suficiente para achicharrar la carne al menor contacto.

El esclavista se acercó más, apuntando a la cara y el pecho de Malus con el hierro. El noble retrocedió, zigzagueando a derecha e izquierda, pero cada vez que trataba de pasar por el lado del esclavista, éste le ponía el hierro delante de la cara. El hombre lo miró con sonrisa desdeñosa, y Malus le dio la vuelta al cuchillo y, cogiendo la punta con dos dedos, lo arrojó contra la cara del hombre, que lo esquivó con facilidad, pero eso le dio tiempo para volverse y lanzarse hacia la pared más próxima. El esclavista lanzó una exclamación sorprendida y corrió tras él, pero no pudo impedir que Malus se apoderara de una pesada porra de roble que pendía de un gancho. Giró sobre un talón y con un poderoso empujón le dio un buen golpe al esclavista en la sien. Hubo un crujido de hueso roto, y el hombre de las cicatrices cayó al suelo con un gemido.

Para entonces, ya había gran alboroto en las jaulas que estaban fuera de la habitación. Esclavos de todas las razas se agolpaban ante los barrotes y gritaban, ávidos de sangre. Sacudían las puertas de sus jaulas y hacían un ruido atronador. Malus pensó que eso, sin duda, llamaría una atención que no le convenía. Nada más cierto, ya que al echar una mirada hacia el pasadizo vio a un grupo de guardianes que corrían en su dirección armados con porras.

Pensando con rapidez, Malus buscó en el cinto del esclavista muerto y encontró un aro con pesadas llaves de hierro. A continuación, fue hacia el esclavo al que había acuchillado y cogió el segundo llavero, y los pasó a través de los barrotes de las dos jaulas más próximas.

—¡Abrid las puertas y pasad las llaves a la jaula siguiente! —ordenó con voz imperativa—. Después armaos lo mejor que podáis. ¡Ha llegado el momento de vuestra venganza!

Los esclavos le respondieron con un rugido feroz que hizo brotar en su cara una

expresión implacable. Se volvió hacia los guardianes, que todavía estaban a varios metros, y en seguida vio que se habían dado cuenta de lo que había hecho. El noble dio un paso hacia ellos blandiendo su porra y salieron corriendo. Aullando como un lobo se lanzó en pos de ellos. Detrás de él, se abrió la puerta de la primera jaula, y el pasillo retumbó con el ruido de los pies de los que todavía estaban encerrados.

Los guardianes llegaron a la puerta de hierro y la dejaron abierta de par en par en su prisa por escapar. Malus acertó la distancia que lo separaba de los hombres que huían y oyó sus gritos de alarma. Al pasar galería abajo, el instructor druchii que había estado mutilando a hombres indefensos un rato antes salió al pasillo delante de Malus con cara de no entender nada. Malus le dio un golpe con la porra, le rompió la rodilla y lo dejó allí, retorciéndose en el suelo para que lo encontraran los otros esclavos.

En la sala de exposición, Malus vio a Lohar acompañado del guerrero de Tennucyr. El esclavista gritaba órdenes frenéticamente a los guardianes presas del pánico que trataban de explicarle lo que había pasado. Cuando Lohar vio que Malus irrumpía en la sala blandiendo una porra ensangrentada, se le puso la cara blanca como el papel. El hombre de Tennucyr lanzó un grito de sorpresa, como si hubiese visto a un fantasma. Malus le mostró los dientes en una sonrisa feroz.

—¿Qué tal otra apuesta, pequeño?

Lohar lanzó un grito y se lanzó contra Malus; desenrolló su látigo con un movimiento fluido y rápido, capaz de lacerar la cara del noble. Un esclavo se hubiera amedrentado ante semejante acometida, pero no un guerrero endurecido en el combate. Malus esquivó el golpe y corrió hacia Lohar; blandiendo la porra con ambas manos, alcanzó al hombre en la entrepierna. El esclavista se dobló en dos y emitió un grito ahogado, que cesó cuando Malus le dio en la nuca un revés que lo dejó seco en el suelo.

Malus giró en redondo para enfrentarse al hombre de Tennucyr y sólo alcanzó a ver su espalda cuando atravesaba a todo correr la puerta abierta del recinto.

El guerrero corría hacia su montura a la máxima velocidad que le permitían sus piernas sin molestarse en mirar hacia atrás. Malus salió a la calleja, hizo puntería y arrojó la porra contra el hombre con todas sus fuerzas. El pesado garrote salió dando vueltas por el aire, golpeó al guerrero en la cabeza y lo derribó al suelo.

De la casa de Noros salía el eco de la lucha cuando Malus llegó al hombre de Tennucyr y le dio la vuelta poniéndolo de espaldas sobre el suelo. El hombre estaba recuperando la conciencia cuando el noble le quitó la daga del cinturón.

Malus se arrodilló sobre el pecho del druchii y apoyó la punta de la hoja debajo de su barbilla.

—Mal momento para despertarse —le dijo fríamente—, pero debo decirte que tu suerte se ha torcido por fin.

El guerrero parpadeó.

—¿Mi suerte? ¿Qué quieres decir?

El noble se acercó y lo miró a los ojos.

—Pues que no puedo darme el lujo de manchar de sangre tu armadura o estropearía mi disfraz —dijo, e inclinando la daga hacia arriba atravesó el cerebro del hombre.

13. Tenebrosa alianza

Malus clavó los talones en los flancos de *Rencor* y atravesó a galope tendido el barrio de los Esclavistas. Detrás de sí todo era fuego y ruinas.

La armadura del guerrero no era de su medida, y se movía y rechinaba sobre su pecho y sus hombros a cada paso del nauglir. Sentía los avambrazos y las grebas peligrosamente flojos, amenazando con deslizarse de sus miembros. Había tenido poco tiempo para ajustar todas las correas y comprobar que las hebillas estuvieran cerradas mientras una multitud de esclavos descontrolados campaba por sus respetos por la casa de Noros. Cuando logró colocarse el hadrilkar y la armadura del muerto, el recinto estaba ardiendo y esclavos armados salían corriendo a la calle ávidos de derramar más sangre de esclavistas.

Los esclavistas druchii y sus hombres se asomaban al exterior por el otro extremo del callejón, escuchando la conmoción a lo lejos y observando con alarma creciente la columna de humo que salía del recinto de Noros.

—¡Los esclavos de Noros han escapado! —les gritaba Malus a su paso—. Están quemando todo lo que encuentran a su paso. ¡Atrancad las puertas y armad a vuestros hombres!

Los esclavistas se retiraban del camino del noble y empezaban a gritar órdenes a los suyos. Malus seguía al galope esperando que a nadie se le ocurriera preguntarse qué asunto tan urgente tenía entre manos uno de los hombres de lord Tennucyr.

En cuestión de minutos, Malus llegó al pasaje curvo que conectaba los distintos niveles del Arca Negra. Los guardias que cobraban el peaje a los druchii que pasaban fruncieron el entrecejo al ver la marcha que llevaba el noble, pero Malus se limitó a espolear su cabalgadura dispersando tanto a soldados como a ciudadanos al girar a la derecha y dirigirse a los niveles más altos de la fortaleza rodeada por el hielo.

—¡Dad la alarma! —les gritaba a cuantos encontraba—. ¡El barrio de los Esclavistas está ardiendo!

Las figuras aparecían y se retiraban hacia las sombras, mientras Malus subía por la larga rampa, con expresión de ira o de miedo en sus pálidos rostros. Al noble le pareció que olía a humo e imaginó las consecuencias de un incendio de envergadura en las bóvedas cerradas del arca. Justo en ese momento Malus tuvo la sensación de que unas escamas duras rozaban por dentro sus costillas y oyó la voz de Tz'arkan en su cabeza.

—Vas en la dirección equivocada, pequeño druchii —dijo el demonio con frialdad—. Como siempre, vas de cabeza a los brazos de tus enemigos.

Malus sacudió la cabeza y rechinó los dientes ante el repentino regreso del odiado demonio. En cuanto tuvo puestas la armadura y el collar de servicio del guerrero muerto había pensado en dirigir a *Rencor* hacia abajo por la larga rampa y salir

corriendo al helado desierto. Sin embargo, se había dado cuenta de que huir del arca sólo le daría una ilusión de seguridad. Al otro lado de las murallas sería un hombre perseguido por los guerreros del Hag y por los asesinos. Su única esperanza era probar suerte con Balneth Calamidad y confiar en que la enemistad entre el Señor Brujo y Hag Graef —y la misteriosa tregua con Malekith— fueran suficientes para detener a sus enemigos el tiempo suficiente para poder librarse, por fin, del maldito acoso de Tz'arkan.

—¡Qué oportuna tu preocupación! —dijo el noble con sorna—. Especialmente después de haber estado tan callado cuando me cazaron como a un lobo tras el combate en Vaelgor Keep.

—Necio —le espetó el demonio—. Te mantuve vivo después de tu metedura de pata con los hombres de Lurhan y cuando te dejaron erizado de proyectiles. De no haber sido por mí esa infección se hubiera llevado por lo menos tu pierna, y eso si no te mataba después de días de dolor y de delirio. Soy tu aliado más fiel, Darkblade, pero eres demasiado tonto para darte cuenta.

Malus no daba crédito a sus oídos.

—¿Aliado? ¿Acaso me dijiste que era Lurhan quien tenía la daga? No, te burlaste de mí con acertijos. Por lo que a mí respecta no fue sino otro de tus malditos juegos.

—¿Te he mentado alguna vez, Malus? —dijo el demonio entre dientes—. No. Ni una sola vez.

—Pero ¿me has dicho en alguna ocasión toda la verdad? —le replicó el noble—. Responde si puedes. Sé perfectamente que Calamidad es mi enemigo. No hay en Naggaroth nadie que no sepa que Calamidad es mi enemigo, maldito espíritu. Por una vez dime algo útil y explícame el motivo, si es que lo hay, por el cual no debería probar suerte con él.

—Te utilizará contra Hag Graef —respondió Tz'arkan—. Serás una arma con la que apuntará al corazón mismo de la ciudad.

La advertencia era tan absurda que el noble no pudo por menos que reírse.

—¿Es que eres tan simple, demonio? Por supuesto que lo hará. ¿Acaso has pensado que no se me había ocurrido a mí? Es una espada de doble filo, demonio. El intentará utilizarme para sus fines, y lo mismo haré yo con él. Así es como se juega este juego. —Malus esbozó una sonrisa feroz—. ¡Ningún señor feudal se aprovechará de un druchii de Hag Graef!

Rencor superaba otra revuelta del largo camino ascendente cuando una explosión sonora, estremecedora, sacudió la piedra misma del arca. El ruido se propagó como un trueno, reverberando en los huesos del noble, y todavía no se había desvanecido del todo cuando le siguió otra. Era el toque de un tambor grande y terrible que hacía llegar una portentosa llamada de alarma a todos los túneles y cavernas de la enorme fortaleza. El sonido acentuó más la sonrisa calculadora de Malus. El caos y el pánico

eran sus verdaderos aliados en ese momento; cuanto más durara la alarma, tantas más oportunidades tendría de llegar a la fortaleza de Calamidad y de conseguir una audiencia con el propio Señor Brujo. Una parte de su mente no hacía más que maquinarse una propuesta que plantear al Señor Brujo y que éste no pudiera rechazar.

El tambor seguía con su llamada de alarma cuando Malus llegó al siguiente nivel por encima del barrio de los Esclavistas. Después de atravesar a toda velocidad el oscuro pasaje curvo, se encontró dejando atrás a un sorprendido grupo de guardias de peaje y subiendo por el costado de una enorme caverna. Un espacio enorme, húmedo y oscuro se abría a su derecha y por un momento sintió una especie de mareo ante el cambio súbito del entorno. La cámara era tan enorme que el lado más alejado se perdía en una difusa neblina de luces brujas cuyo resplandor permitía ver los lados relucientes de docenas de columnas de mármol, que se alzaban a una altura de casi treinta metros hacia el techo abovedado. Entre las columnas, Malus entreveía pequeños edificios y callejas más estrechas repletas de druchii armados y resueltos. Luego, la rampa llegó a la parte más alta de la gran cámara y las estrechas paredes de un pasaje subterráneo se volvieron a cerrar en torno a Malus.

Minutos más tarde, el noble olió el aire puro y frío, y se dio cuenta de que se acercaba a la cima del arca. En ese momento, a la vuelta del camino, se oyó el paso medido de soldados marchando, y el noble se apresuró a pegar a *Rencor* a la pared interior justo a tiempo para evitar la marcha imparable de un regimiento de lanceros naggoritas que acudían a marchas forzadas al combate que se estaba librando abajo. La luz de las lámparas se reflejaba en las superficies curvas de sus petos y relucía como la helada en los hermosos faldares de pesada malla. En sus caras se veía el ansia de combatir mientras pasaban a toda prisa junto a Malus sin una sola mirada de curiosidad.

Un pequeño destacamento de ballesteros seguía a los lanceros y luego una gran tropa de caballeros montados en gélidos que llevaban en sus lanzas pendones negros y rojos. «Es una respuesta rápida y temible», pensó el noble con cierta admiración. Ni siquiera los guerreros de Hag Graef podrían haber reaccionado tan velozmente.

En cuanto hubo pasado el regimiento, el noble espoleó su montura para que apurara el paso, consciente de que el levantamiento no duraría mucho cuando llegaran los guerreros del arca. Tan empeñado estaba en marchar de prisa que no se dio cuenta de que el pasadizo se iba nivelando gradualmente y de que el aire era más limpio, hasta que superó una última revuelta y se encontró avanzando de cabeza y a galope tendido hacia una alta verja de barras de hierro erizada de pinchos como espinas.

—¡Sooo! —gritó Malus, tirando de las riendas y con los ojos desorbitados, mientras *Rencor*, lentamente, acusaba la orden, pero no podía frenar al resbalar sus pies sobre la piedra pulida.

Avanzaban imparables hacia los aguzados pinchos que se veían cada vez más cerca, hasta tal punto que el noble tuvo que reprimir el impulso de saltar de la montura. En el último minuto, las garras del nauglir consiguieron afirmarse y su tonelada de peso dejó unos profundos surcos en la piedra cuando la bestia de guerra consiguió, por fin, detenerse. La verja se alzaba como un muro a la derecha de Malus, tan cerca que podía tocarla. Un pincho relucía a menos de quince centímetros de su cuello descubierto y otro apuntaba de forma amenazadora a su greba derecha.

Al otro lado de la verja montaba guardia un contingente de lanceros, que con los ojos como platos, habían contemplado la repentina y peligrosa llegada del noble. Malus identificó en seguida al jefe del grupo y lo miró fijamente con mirada dura.

—¡Abre la puerta, maldita sea! —le espetó—. ¡Hay una sublevación general de los esclavos y traigo un mensaje urgente para el Señor Brujo!

El tono imperativo de la voz de Malus hizo que los guardias se lanzaran sobre el torno que controlaba la verja. Al cabo de un momento, se abrió una puerta giratoria con un chirrido, y el noble guió a su gélido a través del estrecho acceso. El capitán de la guardia le gritó algo, pero el noble no le hizo el menor caso, y nuevamente se lanzó al galope.

Superada la verja había un ancho túnel en arco de unos diez metros. Sobre las oscuras paredes grises del otro extremo se reflejaba la luz del sol.

—Ya casi estamos —se dijo Malus, y al cabo de unos instantes, salió a una amplia plaza urbana rodeada por las ciudadelas de la élite de la ciudad.

El noble había pensado que se encontraría con puestos callejeros y con ciudadanos haciendo sus recados, pero se vio en medio de un campamento armado. Compañías de lanceros que vestían negras armaduras estaban formadas por regimientos a uno y otro lado del túnel. Al otro lado de la plaza, la caballería ligera esperaba con nerviosismo, inquietos los caballos de guerra ante la presencia de una gran compañía de caballeros del gélido totalmente desplegados a cierta distancia. Malus sintió que un millar de ojos se volvían hacia él cuando salió de la oscuridad del túnel tratando de no reflejar su sorpresa al darse cuenta de que no tenía la menor idea de adónde iba.

Improvisando sobre la marcha, pasó revista a las torres que se cernían a su alrededor y escogió la que se elevaba por encima de todas las demás y que se destacaba contra un bosque de mástiles erosionados hacia el nordeste. Sin reducir la marcha, Malus atravesó la plaza en esa dirección y se metió en la primera calle que encontró. Suspiró aliviado al ver que no había gritos de alarma ni señales de persecución. No era más que un caballero entre tantos, empeñado en atender a los asuntos de su señor.

Las calles de la ciudad alta estaban desiertas; las puertas de las ciudadelas, cerradas a cal y canto ante el sonido del tambor de alerta. Malus fue haciendo camino

por el laberinto de calles con la mayor rapidez posible, sin perder de vista en ningún momento la alta torre. Lenta pero inexorablemente, su azarosa trayectoria lo fue acercando a su objetivo, hasta que, de sopetón, se encontró cabalgando por otra gran plaza que se abría al pie de la ciudadela de Calamidad. También ésta estaba atestada de tropas en situación de alerta. Muchos de los soldados llevaban armaduras recién lustradas y armas a las que no había tocado la suciedad del campo de batalla. También en esa ocasión, cientos de ojos se fijaron en Malus cuando entró en la plaza sofrenando a *Rencor*. El noble se dio cuenta de que ésa no era una milicia de ciudadanos convocada por las revueltas en el barrio de los Esclavistas. Eran tropas regulares, muchas de ellas equipadas con pertrechos sin estrenar de los arsenales del Señor Brujo. Calamidad estaba ampliando su ejército. El Arca Negra estaba en pie de guerra.

Malus apenas tuvo tiempo de considerar las implicaciones de ese movimiento mientras cabalgaba hacia una verja de hierro alta, imponente, que se alzaba al pie de la ciudadela de Calamidad. Una falange de lanceros con armadura montaba guardia ante la puerta y sus lanzas apuntaron al noble, que se aproximaba. A cada lado de la falange de arqueros, media docena de ballesteros también apuntó cuidadosamente a Malus, lo que le hizo pensar en sus heridas.

El capitán de la compañía de la guardia dio un paso adelante con su espada apuntando al suelo, por el momento.

—¡Alto! —ordenó—. Qué asunto os trae.

—Sirvo a lord Tennucyr —respondió Malus, deteniendo a *Rencor* a unos diez metros del capitán—. Traigo un mensaje urgente para el Señor Brujo.

El noble reprimió el impulso de ordenar al hombre que se apartara. Éste no era un cobrador de peaje temeroso de provocar la ira de un noble. Amenazar al capitán no haría más que atraer sobre él una atención que no deseaba.

A pesar del tono formal del noble, el capitán frunció el entrecejo.

—¿Tennucyr, decís?

Malus hizo una pausa al percibir la sospecha en la voz del capitán. Sopesó muy bien su respuesta.

—Fui enviado al barrio de los Esclavistas por mi señor para evaluar allí la situación y ahora debo presentar mi informe al Señor Brujo. —Impulsivamente, añadió—: Varios recintos están ardiendo, capitán. El tiempo es de vital importancia.

Ante eso, el capitán asintió.

—Muy bien —dijo, y dio orden a sus lanceros de que abrieran paso. A continuación se volvió hacia las almenas que dominaban la verja—. ¡Un mensajero para el Señor Brujo! —declaró con voz potente—. ¡Abrid la verja!

Hubo un par de golpes sordos cuando se quitaron los pernos, y la verja de casi cinco metros de altura se abrió sin apenas hacer ruido. Malus hizo una breve

reverencia al capitán y mantuvo una expresión cuidadosamente neutra mientras espoleaba a su montura y entraba en la ciudadela de Balneth Calamidad. Al entrar en un corto túnel que atravesaba la gruesa muralla de la ciudadela, el demonio susurró:

—Te lo advertí, Darkblade. No lo olvides cuando la trampa se cierre sobre ti.

—Di las cosas claras o cállate, demonio —dijo Malus con desdén—. Hasta ahora no me has dicho nada que yo no supiera.

El túnel daba a un pequeño patio rodeado de establos, un corral para nauglirs y un herradero. En el centro del espacio abierto se alzaba una imponente estatua de un druchii lujosamente ataviado, que portaba un bastón con runas grabadas. Un palafrenero esperó a que Malus se detuviera y desmontara, y el noble le entregó las riendas.

—Mantenlo ensillado a menos que se te indique lo contrario —le dijo antes de dirigirse con paso ágil a la entrada de la ciudadela.

Malus reprimió el impulso de sujetarse y acomodarse la incómoda armadura al acercarse a la puerta de madera rematada en arco de la ciudadela. La puerta se abrió silenciosamente cuando se aproximó, y un sirviente de librea salió a su encuentro en el umbral.

—¿Dónde está el Señor Brujo? —le preguntó al sirviente con tono imperativo.

El hombre hizo una reverencia y se apartó para darle entrada al vestíbulo de la ciudadela.

—Mi señor celebra consejo en sus habitaciones privadas —dijo con la mirada baja—. No debe ser interrumpido, temido señor.

—Eso seré yo quien lo juzgue —le espetó el noble—. Traigo un mensaje urgente para él de los hombres que combaten en el barrio de los Esclavistas. Llévame a su presencia.

El sirviente no lo dudó.

—En seguida, temido señor —dijo el hombre en voz baja antes de volverse y conducir a Malus por el pequeño vestíbulo hacia la gran cámara que había al otro lado.

La sala principal de la ciudadela era un espacio amplio, circular, hecho de una sola pieza de piedra gris y adornada con tapices arcaicos en los que se representaban las hazañas de brujos muertos hacía ya mucho tiempo. El techo abovedado se alzaba a casi diez metros por encima de la cabeza de Malus, y cuando miró hacia arriba quedó boquiabierto al ver una luna brillante y numerosas estrellas destacadas sobre un cielo de terciopelo negro. La luz de la falsa luna era la única iluminación de la sala, y envolvía el estrado y el trono de hierro que se alzaban en el centro de la sala con una pátina de bruñido peltre. En hornacinas que rodeaban toda la sala había estatuas de brujos y brujas, cuyas caras de mármol se veían sorprendentemente vibrantes bajo aquella luz irreal. Al otro lado del estrado, la estatua de un dragón sin

alas formaba una columna en espiral que se alzaba hacia la oscuridad. La falsa luna arrancaba un brillo iridiscente a las escamas del dragón, hechas de madreperla machacada.

La grandiosidad de la estancia hizo que Malus se detuviera. El aire estaba cargado de antigüedad y solemnidad y, por primera vez, el noble tomó conciencia de que estaba en el interior de una torre que se había alzado en Nagarythe hacía miles de años. Era una pervivencia de glorias pasadas, y Malus se sorprendió ante la repentina sensación de pérdida que lo asaltó a la luz imperturbable de estrellas olvidadas.

«No perdonaré ni olvidaré —juró para su adentros—. Muerte y ruina a los hijos de Aenarion por todo aquello de lo que nos han despojado.»

El sirviente marchaba con rapidez por el reluciente suelo de mármol, ajeno a las maravillas que lo rodeaban. Malus se sacudió la ensoñación y se dio prisa para no perder a la figura que se alejaba. Al acercarse al imponente dragón de piedra, vio que la estatua era, en realidad, una escalera hábilmente consfruida que llevaba hacia las plantas superiores de la torre. Los escalones eran altos y estrechos, y no había nada en qué apoyarse al subir; pero el sirviente subía con paso rápido y ágil. El noble lo siguió con decisión, centrando su atención en los pies del sirviente apenas unos escalones por encima del nivel de sus ojos.

Se internaron en un fantasmal cielo nocturno. Malus se dio cuenta de que la luz de las supuestas estrellas no producía calor, pero el aire estaba cargado de olor a hechicería. Cuando extendió la mano para tocar la brillante luna, sus dedos la atravesaron sin dificultad y sintió en la piel el cosquilleo de la energía mágica.

Se fueron introduciendo en el falso crepúsculo, hasta que sus pasos se perdieron totalmente en las sombras. Dejaron atrás la sala principal y, después de un rato, Malus pudo entrever apenas el contorno de otras plantas de la torre mientras pasaban a oscuras. Volvió a sentir la magia en la piel y sospechó que algún conjuro de protección lo mantenía aislado de las zonas de la torre que Calamidad no quería que vieran los extraños.

Por fin, el sirviente detuvo su ágil ascenso y, dando un paso hacia un lado, abandonó la escalera. Malus lo siguió rápidamente, temiendo en el fondo que si no seguía el paso de su guía, jamás podría librarse de las garras del dragón. Apartarse de la escalera fue como salir de la noche a un falso amanecer. Malus pasó de estar escrutando una penumbra crepuscular a encontrarse en una habitación iluminada con un débil resplandor que parecía el del sol naciente. La cámara era más pequeña, pero no menos espléndida que la sala principal. Había antiguos tapices colgados a intervalos regulares a lo largo de la pared circular, alternando con estatuas de criaturas arcanas como hidras, basiliscos y grifones. La iluminación era tenue y sombría, y el aire estaba perfumado con el aroma leve del incienso. Al otro lado de la cámara había una arcada con puertas de roble negro y herrajes de hierro bruñido. En

las bandas de hierro decorativas de la superficie de la puerta estaban representados un par de dragones enzarzados en una pelea en pleno vuelo por encima de una cordillera de empinadas montañas.

El sirviente se dirigió sin el menor ruido hacia la puerta y, por todo lo que lo rodeaba, Malus dedujo que habían llegado a las habitaciones privadas de Calamidad. El noble respiró hondo y adoptó un aire de compostura, acomodándose con impaciencia el hadrilkar, que no se adaptaba a su cuello. Arrojaría a un lado el maldito artilugio en cuanto fuera introducido a la presencia del Señor Brujo. Ya había sido bastante mortificante llevar el dichoso collar de servicio de camino a la torre, y no estaba dispuesto a llevarlo en presencia de otro noble.

Malus estaba pensado en cómo iba a plantear su oferta al Señor Brujo cuando el sirviente apoyó una mano en la puerta con herrajes de hierro y se hizo a un lado de forma respetuosa. La puerta se abrió lenta y silenciosamente en el preciso momento en que un noble con armadura avanzaba con pasos pesados desde el otro lado, flanqueado por su guardia personal.

Lord Tennucyr se detuvo justo a tiempo para no chocar con la puerta que se abría y miró con expresión hosca al hombre que esperaba al otro lado. Frunció el entrecejo con extrañeza al reconocer el collar que llevaba Malus al cuello y, a continuación, abrió mucho los ojos al darse cuenta de quién era el que lo lucía.

—¡Tú! —gritó Tennucyr—. Pero ¿cómo?

Malus disimuló su sorpresa con una sonrisa displicente.

—Me temo que es una historia muy larga. Digamos que tengo un talento especial para armar jaleo, y dejémoslo ahí.

El lord naggorita empalideció de rabia. Desenvainó su espada y apuntó con ella a la garganta de Malus.

—¡Asesino! —gritó—. ¡Matadlo!

Los hombres de Tennucyr se deslizaron rápidos como anguilas al lado de su señor, esgrimiendo sus relucientes aceros. Malus alzó la mano en gesto de protesta.

—¡Señor mío, estáis cometiendo un error! —dijo rápidamente, pero ya los dos guardias estaban sobre él con sus espadas dispuestas a asaltarlo como víboras.

Malus retrocedió ante el avance de los dos hombres y buscó a tientas su propia arma. Los dos hombres avanzaron a uno y otro lado del noble, aprovechando su ventaja y tratando de alcanzarlo en los codos y las rodillas. Las juntas de las placas de la armadura eran los puntos más débiles y los hombres estaban muy versados en el arte de derribar a caballeros vestidos con ella. Una espada cogió de refilón la articulación del codo derecho de Malus ladeando la pieza mal ajustada y trabando momentáneamente la junta. El segundo guardia asestó el golpe hacia abajo y dio en la articulación de la rodilla izquierda, lo que hizo saltar los remaches y abrió la protección metálica. Malus sintió un estallido de dolor en su maltrecha rodilla y

apenas tuvo tiempo de bajar la espada para bloquear una fiera cuchillada dirigida a su garganta por el hombre de la derecha.

El noble reprimió un juramento de rabia. Lo que menos necesitaba en ese momento era una pelea. Si Balneth Calamidad estaba en la cámara contigua, en segundos podía intervenir su guardia personal dando por tierra con cualquier posibilidad de exponer su caso ante el Señor Brujo. La desesperación lo llevó a invocar entre dientes a Tz'arkan.

—Demonio...

—No pidas más, necio —le soltó Tz'arkan—. Te he dado todo lo que tenía intención de darte. Lo que suceda ahora será por tu cuenta y riesgo.

Malus rugió de rabia y se abalanzó contra los dos guardias para lanzarles furiosos mandobles a la cara y recuperar en parte la iniciativa. Los guerreros perdieron el equilibrio por un momento y luego empezaron a trazar un círculo en torno a Malus desde lados opuestos. El noble reprimió el impulso de girar junto con ellos. Si se movía para no perderlos de vista, le daría la espalda a Tennucyr, que estaba apartado, espada en mano, esperando la oportunidad para atacar.

Malus sentía un dolor insoportable en el hombro, la pierna y el brazo, y le ardían los miembros al acercarse al límite de sus escasas fuerzas. Tenía que hacer algo, o todo estaba perdido.

Malus miró fijamente a Tennucyr en el preciso momento en que los dos guardias se lanzaban sobre él por ambos lados. El señor naggorita esbozó una sonrisa inclemente, y llevado por un impulso, Malus le lanzó su espada a la cara y cargó contra él.

La sonrisa de Tennucyr desapareció al ver la espada de Malus que daba vueltas en el aire delante de su cara, pero el aristócrata era hábil y rápido, y agachándose puso su propia arma en el camino de la otra para desviarla. Sin embargo, antes de que consiguiera recuperarse, Malus chocó con él y le hizo perder pie. Los dos nobles cayeron al suelo y se deslizaron por el enlosado pulido atravesando la puerta.

La habitación del otro lado estaba tenuemente iluminada y olía a humo de especias. A través de los remolinos de humo se veía el resplandor rojizo de los braseros encendidos que hacía resaltar los pesados tapices colgados de un techo invisible. Los tapices estaban dispuestos de una manera arcaica, que subdividía la cámara en espacios más reducidos, ocultando las actividades de sirvientes y guardias que atendían a los nobles reunidos en el centro de la cámara.

Malus abarcó todo eso con la mirada mientras apretaba con la mano la muñeca con la que Tennucyr sostenía la espada y hacía caer el arma al suelo. Su otra mano se cerró sobre la garganta del lord naggorita. Tennucyr abrió mucho los ojos y, con la mano que le quedaba libre, empezó a manotear tratando de alcanzar a Malus en el brazo y la cabeza. Malus oyó pasos a la carrera a sus espaldas y, sabiéndose casi

perdido, alzó la cabeza hacia las figuras reunidas en la cámara central de la estancia.

—¡Balneth Calamidad! —gritó—. ¡Señor Brujo del Arca Negra! Soy pariente tuyo y he venido a ofrecerte algo.

El noble oyó los juramentos de burla de los hombres de Tennucyr, que entraban corriendo en la habitación. Malus tensó el cuerpo, presintiendo que le clavarían una espada en la parte posterior del cuello, pero una de las figuras oscuras que estaban delante de él se irguió levemente y alzó una mano imperativa.

—Ya basta —dijo con voz fría y autoritaria, y Malus oyó que los hombres que tenía a sus espaldas se paraban en seco. A continuación, la mano le hizo señas de que se acercara—. Soltad a mi primo y aproximaros, Malus de Hag Graef —dijo la figura—. Me interesa saber qué es lo que tenéis que ofrecerme.

Malus sintió un gran alivio. Con un esfuerzo, soltó a Tennucyr y se puso de pie a duras penas antes de echar mano del hadrilkar que llevaba al cuello y desprenderlo para arrojarlo al pecho de Tennucyr. Acto seguido, se acercó al Señor Brujo.

La penumbra se abrió como si fuera niebla al aproximarse Malus a los naggoritas allí reunidos. Balneth Calamidad se reclinó en su enorme trono formado de espinoso ébano y con tallas de cacerías de dragones. El Señor Brujo llevaba una armadura de hermosa factura recubierta de oro y plata, y el pelo negro le caía, suelto, sobre los estrechos hombros. Calamidad era un hombre apuesto, con su peculiar mandíbula cuadrada y sus pómulos altos y achatados. A Malus le recordó inmediatamente a su madre, Eldire, hermana de Calamidad y antigua vidente. El nuevo oráculo del Señor Brujo, una mujer de aspecto sorprendentemente juvenil, estaba sentada a su izquierda, un poco más atrás, y sostenía un reluciente orbe verde en sus delgadas manos. Tenía una figura voluptuosa, el pelo blanco y penetrantes ojos negros, y en sus facciones afiladas lucía una expresión de júbilo recóndito al observar a Malus que se acercaba.

El noble se preguntó qué sabría esa maldita bruja.

Otros tres aristócratas formaban una especie de semicírculo delante de Calamidad. Todos ellos estaban reclinados en sus sillones de ébano y miraban a Malus fijamente. También ellos llevaban armadura y estaban sentados en torno a una mesa baja en la que estaba desplegado un pergamino con un mapa del norte de Naggaroth. La parte del mapa que ocupaba el centro de la mesa correspondía al Camino de la Lanza entre el Arca Negra y Hag Graef.

Entonces se dio cuenta Malus contra quiénes iba a marchar el ejército de Calamidad. Sonrió, inclinando la cabeza en respetuoso saludo.

—Ya veo que habéis oído la noticia —dijo.

Calamidad miró a Malus con detenimiento, aunque su expresión no dejaba traslucir nada de lo que pensaba.

—¿Es cierto? —preguntó—. ¿Ha muerto Lurhan?

Malus asintió.

—Tu enemigo más encarnizado ya no existe, temido señor. Lo maté yo mismo. Y ahora vengo a ofreceros una alianza como primo y como enemigo de Hag Graef.

—¿Una alianza? ¿De verdad? —Balneth sonrió, pero la alegría no se extendió a las motas de obsidiana de sus ojos—. ¿Y qué queréis a cambio?

—Sólo lo que es el derecho de cualquier noble: propiedad y posición dentro de tu reino y un lugar en tu ejército. —Malus se volvió hacia Tennucyr, a quien estaba ayudando uno de sus hombres a ponerse de pie—. Podrías darme sus posesiones, por ejemplo.

—¿Mis posesiones? —Tennucyr no podía creer lo que oía—. ¡Soy el primo del Señor Brujo!

—Pero yo soy su sobrino —replicó Malus—, a quien vos capturasteis, torturasteis y tratasteis de vender como un esclavo en la casa de maese Noros. —El noble miró a Calamidad con gesto inquisitivo—. Si no me equivoco, incluso según las leyes del Arca Negra, eso podría considerarse traición. Por eso os podrían desnudar y empalar sobre las murallas del arca, señor mío. A mi entender, sólo desposeeros de vuestras posesiones sería demasiado generoso.

Ahora la sonrisa del Señor Brujo se acentuó.

—Ya empiezo a ver un aire de familia —dijo—. Decidme: ¿hay alguna posesión en especial que os gustaría arrebatarle a mi primo?

Malus frunció el entrecejo. Había estado pensando específicamente en recuperar las reliquias del demonio, pero no tenía intención de revelar su importancia ni a Calamidad ni a ningún otro.

—Yo... no estoy seguro de lo que queréis decir, temido señor.

Calamidad alzó un guantelete e hizo un leve gesto. De inmediato, una guerrera se deslizó silenciosamente desde detrás de una colgadura cercana y se puso de rodillas junto a su señor. Sostenía en las manos una pulida caja de madera, que le entregó a Calamidad para que la inspeccionara. Calamidad alargó la mano y abrió la tapa de la caja con su dedo cubierto de acero. Dentro de la caja, sobre terciopelo rojo, estaban el *Octágono de Praan*, el *Ídolo de Kolkuth* y la *Daga de Torxus*.

—¿Tal vez ahora me entendéis mejor, Malus de Hag Graef?

Tz'arkan se removió, incómodo, en el pecho de Malus, constriñéndole el corazón. El noble procuró mantener un tono reposado.

—No entiendo.

Calamidad se rió: un sonido hueco, sin sentimiento.

—Vuestra llegada no nos ha cogido por sorpresa, Malus. De hecho, había sido anunciada. —El Señor Brujo buscó la mano de la vidente y la sostuvo en la suya mientras una fugaz sonrisa iluminaba las crueles facciones del oráculo.

Malus se dispuso a decir algo, pero le faltaron las palabras. Mentalmente trataba

de entender las implicaciones de lo dicho por Calamidad y tuvo la sensación de que la habitación daba vueltas a su alrededor. Calamidad se rió y sus hombres lo acompañaron, mientras que una estridente carcajada extrañamente familiar salía de entre las sombras.

El noble se volvió y se abalanzó hacia la puerta, buscando una espada que ya no poseía. Los hombres de Tennucyr se apresuraron a bloquear la salida, pero entonces Malus oyó un siseo, y el aire se cargó de fuerza a su alrededor. El noble sintió como si una red de fuego invisible se hubiera cerrado en torno a él y lo inmovilizara. Haces de calor lacerante recorrieron la superficie de su armadura y, sin saber cómo, quemaron la piel que había debajo. Malus soltó un gruñido de furia, pero la magia lo tenía atenazado.

Malus observó que la fiera expresión de Tennucyr y sus hombres se convertía en un terror atávico; sin decir una sola palabra al Señor Brujo, abandonaron la cámara. El noble oyó otro siseo, y los hilos de fuego que lo rodeaban se retorcieron y contrajeron, obligando a sus miembros a obedecer a una voluntad que no era la suya. Lentamente, titubeando, se volvió de frente al Señor Brujo, con una expresión que era una máscara de miedo y de odio. La aguda carcajada continuaba y se acercaba cada vez más.

Balneth Calamidad seguía reclinado, con un brillo de triunfo en los negros ojos. Dos figuras salieron de la oscuridad detrás del trono. Una era contrahecha, temblorosa, y su risa era la de un loco. La otra vestía una capa y se cubría con una capucha, era de estatura mediana y sostenía a la primera con su mano tendida.

—Estaréis a nuestro servicio, Malus Darkblade —dijo Balneth Calamidad—. Podéis estar seguro de ello. Ya habéis cumplido nuestro mandato y habéis matado al vaulkhar de Hag Graef. Pronto os convertiréis en el instrumento de la derrota absoluta del Hag.

La figura que reía avanzó hacia la penumbra teñida de rojo. Mechones ralos de pelo negro y lacio caían a los lados de un rostro joven cruzado con unas cicatrices profundas y mal cerradas. Dos anillos de plata lucían en el muñón de su oreja derecha y una perilla gris e irregular era el único pelo que quedaba en la cabeza estragada del hombre.

Malus lo reconoció de inmediato.

Fuerlan, el hijo de Balneth Calamidad y antiguo rehén del Arca Negra en Hag Graef, miró a Malus con ojos en los que no había ni rastro de piedad ni de cordura. Cuando habló, su voz rechinaba como cristal roto, quebrada por las horas de gritos de agonía.

—Y cuando tomemos esa ciudad maldita tendréis el honor de colocar la corona del drachau sobre mi cabeza —dijo Fuerlan en un susurro cargado de odio.

Malus temblaba; apresado en la trampa embrujada, impotente en poder de sus

enemigos.

«Tz'arkan tenía razón —pensó—. Madre de la Noche, protégeme, el demonio tenía razón.»

Viendo quizá el horror en los ojos de Malus, Fuerlan echó atrás la cabeza y rió como un loco. En ese momento, la figura que acompañaba a Fuerlan retiró su mano del brazo del naggorita y apuntó con un dedo pálido a la frente de Malus. Al hacerlo, la luz de los braseros llegó a las profundidades de su capucha y Malus vio un par de ojos oscuros, cargados de odio que le resultaban familiares y que quemaban los suyos.

«¡Nagaira!», pensó. Luego el dedo se apoyó levemente en su frente y el mundo se disolvió en una explosión de luz blanca.

14. Consejos de guerra

Malus se despertó sintiendo el sol en la cara. Estaba tendido en una cama ancha y cubierto con pilas de pesadas mantas y pieles.

Abrió los ojos un poco indeciso, tratando de protegerlos de tanta claridad. Sentía la boca tan seca como si se la hubieran llenado de pasta y la hubieran dejado secar toda la noche. Se puso de lado con un gruñido, ya que tenía un poco dolorido el hombro y el brazo izquierdos y sentía debilidad en los miembros, como si hubiera tenido mucha fiebre. A pocos pasos de la alcoba había una pequeña mesa, y encima, una jarra y una copa de metal bruñido. Malus respiró hondo, para reunir fuerzas y sacó las piernas desnudas de entre las mantas. En la habitación hacía frío, y el piso de piedra estaba todavía más frío cuando se despojó de las mantas y se puso de pie. Desnudo, fue rápidamente hacia la jarra y se sirvió una copa rebosante de vino tinto. Bebió la primera copa con avidez. Luego, se sirvió otra y la fue tomando a sorbos mientras estudiaba el entorno.

Era una habitación alargada, muy adecuada para un noble de posición desahogada. La cama, la mesa y las sillas estaban talladas por una mano experta de madera de roble cobrizo, y había gruesos cortinajes que cubrían las paredes de piedra lisa para proteger algo del frío. Contra una pared había un arcón alto de madera de ébano. Cuando la abrió, Malus encontró espléndidas ropas de lana y un kheitan de color azul, junto con un par de hermosas botas negras. Al lado del arcón había un soporte de armadura vacío que le hizo preguntarse dónde estarían sus arreos de plata y sus armas. Lo más curioso de todo era que la pregunta no lo preocupaba en lo más mínimo. Se sentía totalmente cómodo, a pesar de que no reconocía la habitación y no tenía la menor idea de dónde se encontraba.

Malus acabó su segunda copa de vino, notando con satisfacción cómo le llenaba el estómago, y un poco a regañadientes volvió a dejar la copa sobre la mesa. La única iluminación del cuarto era un haz grisáceo de sol que entraba por la alta ventana que había frente a la cama. Los visillos se removían sin parar por la brisa que se colaba de fuera. El noble anduvo hasta la ventana y apartó las cortinas lo suficiente como para echar una mirada al exterior. Vio profusión de altas torres con techo de pizarra y tres mástiles desgastados, ennegrecidos, que se alzaban a más de cuarenta y cinco metros de altura.

Se sobresaltó al darse cuenta de que estaba en el Arca Negra de Naggor. Entonces, reparó en que la mano que había apartado las cortinas estaba cubierta con líneas de bella escritura negra. Con curiosidad, Malus se revisó todo el cuerpo lleno de cicatrices y vio que estaba cubierto en su totalidad de escritura arcaica.

—Uno de mis mejores trabajos, si me está permitido decirlo —dijo una voz detrás de él—. Me llevó horas hacerlo bien, pero el resultado fue bastante satisfactorio.

La voz hizo que un escalofrío estremeciera a Malus de arriba abajo. Era una voz familiar, seductora..., y sin embargo extraña en cierto modo. Algo en el timbre de la voz, o en el tono..., no sabía precisamente qué, lo llenaba de inquietud. Se volvió con torpeza y la vio sentada en una butaca baja en un rincón oscuro de la habitación. Iba vestida con pesados ropajes de lana teñida de rojo oscuro y con un kheitan de piel de enano ennegrecida. Los dedos fuertes de Nagaira se juntaban formando un ángulo mientras lo estudiaba. Podía sentir sus ojos sobre él como una espada sobre su piel, aunque tenía el rostro oculto en las sombras.

—Dime, querido hermano, ¿cómo te encuentras?

A Malus se le ocurrieron una docena de respuestas intempestivas, pero procuró conservar la compostura.

—Ahora mismo, con ganas de tomarme otra copa —dijo por fin—. ¿Quieres acompañarme, hermana?

Nagaira sonrió. Malus no podía ver su expresión, pero sí podía sentir su mirada risueña cuando negó levemente con la cabeza.

—Yo que tú tendría mucho cuidado con el vino de este país —dijo—. Es fuerte y has estado enfermo durante mucho tiempo.

Malus volvió a la mesa y se sirvió otra copa mientras hurgaba en su memoria para encontrar las claves de su situación. Todo era turbio y desdibujado, y cuanto más se concentraba, menos precisos se hacían sus recuerdos.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó.

—Algo más de una semana. La corrupción de tus heridas era muy profunda. Sin mis encantamientos no creo que hubieras podido sobrevivir.

Malus frunció el entrecejo mientras bebía otro sorbo de vino. Ya sentía la cabeza ligera, pero le gustaba la sensación. Se miró el hombro y el brazo izquierdos, y vio una cicatriz rosada en el bíceps.

—¿Dices que estaba herido?

Por un momento, Nagaira guardó silencio.

—¿Cuánto recuerdas, hermano?

Malus respiró hondo, tratando de apresar mentalmente unas volutas de niebla. Las imágenes fragmentarias iban y venían, y se le escapaban como trocitos de cristal roto.

Cristal. Una imagen de una sala en alguna torre lejana. Muertos que yacían en charcos de sangre y una cabeza que dejaba un rastro de sangre humeante mientras rodaba por el suelo de piedra.

El noble miró a Nagaira.

—Padre está muerto —dijo con sencillez—. Yo lo maté.

—Sí. ¿Y recuerdas por qué?

—¿Necesitaba un motivo? —preguntó Malus con una sonrisa no del todo sincera. Inmediatamente su expresión cambió por otra de preocupación—. La verdad, no

estoy seguro de ello. Estaba en una torre en algún lugar.

—Vaelgor Keep —dijo Nagaira—. Es una torre fortificada en el Camino de los Esclavistas, cerca de Har Ganeth, o al menos eso me dijeron. Luthan había terminado cierta campaña secreta en las colinas y se encaminaba a casa cuando apareciste como por arte de magia y te enfrentaste a él.

—¿Yo? ¿Por qué me enfrenté a él?

Nagaira hizo con las manos un gesto de impotencia.

—Sólo tú puedes responder a eso, hermano. Nadie más sobrevivió para contarlo. Tú solo mataste a Lurhan y a los jefes de su guardia personal y desapareciste en plena noche.

Malus asintió pensativo, tratando de reunir más fragmentos de recuerdos.

—Hubo una pelea en el camino...

—Más de una, diría yo. Te dispararon varias veces y las heridas estaban infectadas cuando llegaste. Desvariabas como un loco cuando te encontraste con una patrulla naggorita. Por fortuna para ti, el que la encabezaba era uno de los primos del Señor Brujo y debe de haber reparado en el parecido familiar. Puso en fuga a los hombres de Lurhan y te trajo aquí, donde he pasado el tiempo tratando de curarte. —Cruzó los brazos e inclinó la cabeza con aire pensativo—. La pérdida de la memoria es frecuente después de un largo período de fiebre, pero deberías recuperarla con el tiempo.

Malus miró a Nagaira con desconfianza cuando terminó el vino.

—Debo reconocer que me sorprenden tus esfuerzos por mí.

Nagaira rió entre dientes.

—Veo que hay algunas cosas que no tienes problemas para recordar.

La recordaba suspendida en el aire por encima de su torre en ruinas, rodeada por un torbellino vertiginoso de poder extraterrenal. Había tratado de atraerlo al culto prohibido de Slaanesh, y él la había denunciado al templo de Khaine porque. ¡Vaya!, no podía recordar exactamente el porqué.

—Estaba seguro de que habías muerto en aquella explosión, hermana.

—Eso es porque no eres mago —dijo Nagaira, muy pagada de sí misma—. Convenía a mis intereses que Lurhan y los drachau me creyeran muerta.

—Y por eso viniste aquí.

—¿Qué mejor refugio para una bruja perseguida por la justicia? Balneth Calamidad simpatizaba con mi causa por numerosos motivos —dijo—. Me atrevería a decir que tú pensabas más o menos lo mismo, o no habrías venido aquí.

Malus se encogió de hombros, aceptando el razonamiento.

—Todavía no me has explicado por qué te tomaste tanto trabajo para curarme.

—¿Quieres decir: en vez de tejerme una túnica con tus nervios vivos?

El noble reprimió un estremecimiento.

—Sí, se me había ocurrido esa idea.

Nagaira suspiró y fue como un viento frío que soplase sobre una grieta en la roca.

—Por supuesto que estuve tentada de hacerlo. —En su voz se adivinaba un tono cortante—. Nunca llegarás a entender la cantidad de conocimientos que se perdieron con la destrucción de mi biblioteca. Sólo por eso merecías que te separaran de tus huesos centímetro a centímetro. Y puede ser que todavía suceda, querido hermano. Tenlo presente. Sin embargo, por ahora, Balneth Calamidad espera grandes cosas de ti, y yo, por supuesto, estoy obligada a complacer a mi anfitrión en todo lo que pueda.

—¡Ah! —respondió Malus. Las cosas empezaban a aclararse un poco, aunque en sus recuerdos seguían revueltas y vagas—. ¿Y qué es exactamente lo que el Señor Brujo espera de mí?

—Tendrás que preguntárselo tú mismo —respondió—. Estás convocado para asistir a un consejo de guerra con el resto de los comandantes de las banderas.

—¿Comandantes de las banderas? —Malus alzó una ceja, inquisitivo—. ¿He prestado juramento de servirlo?

—Como te he dicho, estuviste delirando durante algún tiempo —respondió Nagaira—. Cuando los hombres de Lurhan entraron en el territorio de Calamidad para tratar de capturarte, técnicamente violaron las condiciones de la tregua entre el Arca Negra y Hag Graef. Y ahora que nuestro padre está muerto, el Señor Brujo ve una oportunidad de emprender una campaña relámpago contra el Hag.

—¿Una reanudación del enfrentamiento secular? ¿Para qué? Fue Lurhan quien derrotó al ejército de Calamidad en el campo de batalla y conquistó el arca hace todos esos años.

—Así es —concedió Nagaira—, pero lo hizo por orden del drachau, UthlanTyr, que a su vez obedecía órdenes del propio Rey Brujo. Si Lurhan se hubiera limitado a cumplir órdenes y hubiera matado a Eldire por sus crímenes, el feudo de Calamidad habría permanecido en manos de Malekith. En lugar de eso, el vaulkhar tomó a Eldire como su concubina y, desde entonces, las dos ciudades han estado en guerra. Creo que ahora Calamidad trata de hacerse con Hag Graef e instalar allí a Fuerlan como drachau, y ateniéndose a las leyes del enfrentamiento secular, Malekith no tendrá más remedio que sentarse a observar.

Malus resopló, disgustado.

—¿Derrotar Calamidad y sus hombres al ejército del Hag? No tienen posibilidades.

—Supongo que ahí es donde entras tú, querido hermano. —Nagaira se puso lentamente de pie. Había algo en el movimiento levemente inquietante, pero Malus no podría haber dicho exactamente qué era—. El consejo ya se está celebrando, de modo que será mejor que no te entretengas —continuó—, aunque te aconsejaría que te pusieras algo de ropa antes de salir.

Malus reprimió una respuesta destemplada. ¿No era un perro para ser llevado con una correa y mostrado ante unos señores rurales! ¿Cuándo se había comprometido él a servir a Balneth Calamidad y por qué? ¿En qué estaría pensando?

Por otra parte, ¿qué otra opción tenía? Después de matar a Lurhan, evidentemente pensó que Calamidad le ofrecería un santuario, y así había sido, pero a un alto precio. No tenía estómago para guerrear contra una ciudad que en un tiempo había aspirado a gobernar, pero la guerra podía crear oportunidades para las ambiciones, se dijo. Antes de darse cuenta, estaba de pie ante el arcón, sacando un traje y unas botas.

—¿Qué se ha hecho de mi armadura y de mis espadas? —preguntó.

—La armadura la están reparando. Confieso que no sé qué fue de tus espadas, lo cual es una pena porque me costaron una fortuna —dijo Nagaira.

Malus se volvió hacia su hermana a punto de lanzarle una pulla, pero se mordió la lengua. Ella había abandonado las sombras del rincón y se estaba sirviendo una copa de vino, pero su rostro seguía oculto. Era como si la oscuridad se cerniera en torno a ella como una capa, escondiendo sus facciones tras un velo cambiante de nocturnidad. Sus manos pálidas casi brillaban sobre el fondo de sombra encantada cuando se llevó la bruñida copa a los labios. Bebió un trago y notó la mirada de Malus. Se volvió y colocó la copa con calma deliberada sobre la superficie de la mesa. Malus sentía sus ojos sobre él, como espadas desnudas.

—Te ruego que me perdones, hermano —dijo la mujer fríamente—. ¿No habías terminado de beber?

Dos guardias con armadura completa permanecían, desenvainadas las espadas, ante la puerta con herrajes de hierro. Cuando Nagaira se acercó le hicieron una respetuosa reverencia y la dejaron pasar, tal vez con demasiada prontitud, según observó Malus, que la seguía. No era que los culpara. Si la mujer se envolvía en un manto de oscuridad, ¿qué otras cosas sería capaz de hacer? Pero no era sólo el manto de sombra; lo cierto era que había cambiado mucho desde aquella fatídica noche en la torre. Supuso que había pagado un precio por invocar la tormenta del Caos, pero no se atrevía a preguntar cuál podría haber sido. La verdad, no estaba seguro de que fuera a gustarle la respuesta.

La bruja extendió la mano y apoyó un dedo contra los cuellos entrelazados de los dragones haciendo que la puerta se abriera silenciosamente. Un murmullo de voces inundó la antesala: hombres que discutían mezclado con el tintineo de botellas y copas, risas estridentes y juramentos contrariados.

De no ser por el entorno, Malus habría jurado que más bien estaba entrando en una taberna en vez de en un consejo de guerra.

Nagaira traspasó el umbral flotando como un fantasma, y el clamor se atenuó como si se hubiera apagado una vela. Malus oyó que su hermana se dirigía a Balneth Calamidad.

—Si así os place, mi señor, Malus de Hag Graef ha acudido a vuestra llamada y está dispuesto a asistirlos en vuestro consejo de guerra.

El noble reprimió un gruñido ante el anuncio de Nagaira. ¿Cómo hablaba en su nombre tan a la ligera? Pero se contuvo en presencia del Señor Brujo y sus lugartenientes.

Media docena de aristócratas con armadura estaban sentados en butacas bajas dispuestas en círculo ante un sillón alto de ébano espinoso. Los sirvientes iban y venían entre los hombres, sirviendo vino y ofreciendo bandejas de viandas para desaparecer a continuación tras la pantalla de los pesados tapices. Había una mesa en el centro del círculo y, sobre ella, estaba desplegado un gran mapa del norte de Naggaroth. Sobre él alguien había dibujado con tinta roja una flecha que iba desde el sur y el este del Arca Negra, recorriendo el Camino de la Lanza, hacia Hag Graef.

Balneth Calamidad estaba sentado tan tieso como el asta de un estandarte en su silla ornamentada, con las manos juntas en posición meditativa. A su izquierda se encontraba la vidiente del arca mirando fijamente las profundidades verdes de un gran orbe de cristal que tenía en el regazo y hablando para sí en un susurro.

El Señor Brujo hizo un gesto grave y afirmativo cuando Malus entró en la habitación.

—Bienvenido, asesino de Lurhan —dijo formalmente.

—Mi señor —respondió Malus, acompañando sus palabras con una reverencia. El olor a viandas y a vino lo asaltó, y se sintió mareado de hambre, pero haciendo acopio de fuerza de voluntad trató de no dar ninguna muestra de debilidad—. ¿En qué puedo servirlos? —preguntó, cauteloso.

Los señores reunidos lo miraron con mal disimulado desdén. Todos eran mayores que él, con cicatrices hechas por el contacto con afilado acero y curtidos por años de campañas. Todos menos uno: un joven noble cubierto con una armadura de placas ricamente adornada con runas estaba sentado a la derecha de Calamidad. Su cabeza calva tenía más cicatrices que las de todos los demás hombres de la sala juntos.

—Podrías empezar por lanzaros sobre la primera lanza enemiga que se os pusiera en el camino —murmuró Fuerlan sobre su copa de vino, y el resto de los lugartenientes festejaron la gracia del joven príncipe.

—Ahora que nuestro nuevo aliado se ha unido a nosotros, llamaré al orden al consejo de guerra — dijo Calamidad severamente, como si Fuerlan no hubiera hablado. Se volvió hacia los sirvientes que esperaban en las sombras—. Traed una silla para lord Malus.

Malus sonrió. «Lord Malus —pensó —, me gusta cómo suena.» Dos sirvientes acudieron prestos desde detrás de los tapices y colocaron otra butaca en el círculo, frente a Calamidad. Nagaira recorrió en silencio el perímetro formado por los hombres y ocupó un lugar por detrás y a la izquierda de Fuerlan. El joven príncipe de

las cicatrices observó sus movimientos y le sonrió con gesto posesivo cuando la bruja se acomodó en el lugar elegido.

«¿Qué es esto?», se preguntó Malus. ¿Acaso Calamidad exigía un matrimonio a cambio de proporcionar un santuario a Nagaira? ¿O sería que ella se había aliado con Fuerlan para enfrentar a padre e hijo?

Una vez que Malus se hubo sentado, Calamidad se reclinó en su asiento.

—Todos los aquí presentes son conscientes de la afrenta cometida contra nosotros hace años por los hombres de Hag Graef. —Las cabezas grises asintieron y los señores reunidos emitieron gruñidos de asentimiento—. Muchos de vosotros habéis perdido hijos e hijas en la contienda y habéis derramado vuestra propia sangre para vengar nuestro honor mancillado. Una y otra vez hemos fracasado. Las fuerzas de Hag Graef siempre eran demasiado numerosas y su maldito general era un auténtico demonio en el campo de batalla. Sin embargo, no nos dimos por vencidos. Ni perdonamos ni olvidamos.

Más movimientos y murmullos de asentimiento. Sobre Malus se concentraron miradas de odio, a las que el noble respondió con frialdad.

—Finalmente, los vientos adversos de la guerra, por fin, se han vuelto a nuestro favor. El vaulkhar Lurhan ha muerto a manos del hijo de Eldire, y muchos de los señores más poderosos de Hag Graef están en campaña con sus hombres o en el mar, cosechando carne en el Viejo Mundo. —El Señor Brujo dedicó a sus lugartenientes una sonrisa altiva—. Ahora sabéis por qué os he mantenido aquí, en el arca, este último mes e hice llamar a nuestros aliados. Nuestros enemigos están dispersos y debilitados por su pérdida, lo que da lugar a una brecha por la que podemos atacar a su mismísimo corazón.

Los murmullos de inquietud se calmaron. La madera y el cuero crujieron al removerse los hombres en sus sillas y dejar sus copas. Calamidad había logrado concitar la atención de todos sus hombres. Malus estudió muy bien la escena, considerando las implicaciones. En su mente iban y venían imágenes de plazas llenas de hombres armados. No era cuestión baladí invocar antiguos acuerdos y llamar a los aliados a la guerra, Malus lo sabía. Tampoco era prudente mantener acuartelados a los propios señores en un momento en que podían estarse procurando fortuna y gloria en otras partes. Llegó a la conclusión de que Calamidad había previsto todo eso y, en el fondo de su cerebro, surgió un incipiente recuerdo. ¿Había visto algo más cuando lo trajeron al arca? Cuanto más se concentraba en el pensamiento, tanto más difícil le resultaba concretarlo.

—La clave está en atacar rápidamente, mientras los señores del Hag están todavía dispersos —prosiguió Calamidad, inclinándose sobre el mapa desplegado ante el consejo—. Puesto que Bruglir, el sucesor previsto de Lurhan, murió en campaña en el Mar Septentrional, el título de vaulkhar ha pasado, por el momento a Isilvar

Lunaoscura, el segundo hijo de Lurhan. Según todos los informes, Isilvar es un libertino y un gandul, un inútil en el campo de batalla. —Calamidad miró a través de la mesa—. ¿Estáis de acuerdo, lord Malus?

—Es todo eso y más — dijo Malus, absolutamente rabioso por la noticia—. El hombre tendría dificultades para llevar una casa de placer, y mucho más para dirigir un ejército en la batalla.

Los reunidos rieron de buena gana ante la ocurrencia. Malus echó una mirada a Nagaira; su forma sombría estaba tan quieta como la muerte; sin embargo, le pareció percibir una especie de satisfacción depredadora. Ella e Isilvar habían conspirado para volver a instalar el culto de Slaanesh en Hag Graef. ¿Seguían siendo aliados? ¿Sería posible que su presencia en el arca formara parte de un plan todavía más abarcador? Malus levantó una mano y se frotó la frente, sintiendo un incipiente dolor de cabeza.

Calamidad hizo un gesto de aprobación ante la evaluación de Malus.

—El vaulkhar en funciones nos ha acusado, por supuesto, de dar cobijo al asesino de Lurhan y ha acudido a Uthlan Tyr exigiendo una reanudación de la antigua enemistad. Esto ha servido para complicar los planes del drachau de nombrar a otro noble, más experimentado, como jefe del ejército de la ciudad, lo que ha aumentado la confusión en las filas del enemigo. Los nobles de la ciudad estarán todavía tramando los unos contra los otros para reclamar el título para sí cuando mañana llegue nuestro mensaje a la corte del drachau.

El Señor Brujo miró uno por uno a sus lugartenientes y sonrió perversamente.

—Un mensajero llevará las cabezas cortadas de los hombres de la guardia personal de Lurhan y las arrojará a los pies de Tyr a mediodía. Gracias a las habilidades mágicas de la prometida de mi hijo —Calamidad señaló a Nagaira con un gesto de la mano—, esas cabezas proclamarán ante todos los allí reunidos que los hombres de Lurhan invadieron nuestro territorio y mataron a nuestros caballeros en una incursión deliberada para capturar a nuestro nuevo aliado, Malus. Éstas son todas las pruebas que necesitamos para declarar que Hag Graef ha violado la tregua del Rey Brujo y para reanudar el enfrentamiento secular. —Calamidad rió por lo bajo—. Para entonces, por supuesto, nuestro ejército llevará ya seis horas de marcha.

Calamidad se inclinó hacia adelante y recorrió con un dedo de su guantelete las planicies heladas desde el arca hasta el Camino de la Lanza y luego hacia el sur.

—Haremos marchas forzadas durante los primeros días hasta pasar el Camino del Odio y Naggarond. Eso nos pondrá a tres días de marcha de Hag Graef.

—Los hombres estarán exhaustos antes incluso de entrar en combate —gruñó uno de los lugartenientes más viejos.

Malus observó con sorpresa que el Señor Brujo aceptaba la crítica con ecuanimidad.

—De lo que se trata, lord Ruhrven, es de actuar tan rápidamente que haya pocos enemigos a los que enfrentarse a lo largo del camino. Si la Madre Oscura está con nosotros, no deberíamos encontrar resistencia alguna hasta llegar al vado del Aguanegra.

—¿Y después? —preguntó Malus cada vez más intrigado por el plan de Calamidad.

—Para entonces, Hag Graef habrá reunido a sus fuerzas y las habrá sacado al campo —dijo Calamidad—. Los hombres de Lurhan siguen ávidos de venganza y los miembros de su guardia personal son hombres poderosos. Isilvar tendrá que actuar para no parecer débil, de modo que deberá reunir la fuerza más poderosa que pueda conseguir en muy poco tiempo y enviarla hacia el norte. Lo único incierto a estas alturas es si Isilvar liderará personalmente al ejército o delegará el mando en otro general.

—No lo hará personalmente —declaró Malus. Aun a su pesar, se daba cuenta del gran potencial de la estrategia de Calamidad—. No tiene fama como líder guerrero y su poder en Hag Graef será todavía demasiado débil. Lo más seguro es que se quede en casa para mantener a raya a sus rivales y aprovechar cualquier victoria conseguida contra las fuerzas del arca.

—Magnífico —dijo Calamidad con gesto de aprobación—. Entonces, mientras Isilvar se encuentre todavía en el Hag provocando enfrentamientos políticos con sus rivales, gran parte de las fuerzas de que dispone caerán en las garras de nuestro ejército, una fuerza muy superior a la que el vaulkhar o su general pueden esperar. —El puño del Señor Brujo cayó sobre la línea oscura del río Aguanegra—. Aplastaremos a las fuerzas enemigas decididamente, y luego marcharemos sobre Hag Graef. Cuando Isilvar se entere de la destrucción de su ejército, estaremos a las puertas de la ciudad, y cuando el drachau y los rivales de Isilvar se echen encima del señor titular de la guerra con motivo de su primera derrota, tomaremos por asalto la ciudad.

Los lores reunidos se miraron entre sí con una mezcla de aprehensión y ansia de batalla. En caso de funcionar, el plan les acarrearía gloria y riquezas inimaginables. No obstante, si resultaba un fracaso, sus cabezas cortadas alimentarían a los cuervos en las almenas de Hag Graef. Uno de los lores más viejos expresó sus dudas con palabras.

—Vuestro plan es fulminante y osado —dijo el druchii—, pero acaba con el asedio a una de las más poderosas de las seis ciudades. Cada día que pasemos acampados al pie de la muralla, será otra jornada para que los dispersos nobles del Hag reúnan un ejército para acudir en auxilio de la ciudad.

Ante eso, Calamidad se reclinó en su asiento de ébano espinoso y le dedicó al hombre una sonrisa felina.

—No habrá asedio, lord Dyrval. La bruja Nagaira se ocupará de eso.

Todos los ojos se volvieron hacia la sombría figura situada junto al hombro de Fuerlan. El hijo de Calamidad bebió un sorbo de vino mientras reía entre dientes.

Fue Malus quien rompió el silencio resultante.

—¿Y cómo derribará mi estimada hermana las puertas de la ciudad? —inquirió.

—Cada cosa a su tiempo, lord Malus —respondió el Señor Brujo—, cada cosa a su tiempo. —Calamidad alzó su copa vacía y echó una mirada a sus hombres mientras un esclavo se la volvía a llenar—. Ocupémonos ahora de quién va a conducir nuestras banderas a la guerra.

Todas las demás preguntas que pudieran tener pendientes los lugartenientes de Calamidad se desvanecieron cuando el Señor Brujo se dispuso a nombrar a los hombres que irían al mando de las divisiones del ejército del Arca Negra en el campo. Era una tradición muy antigua que el señor de la guerra de una ciudad asignara puestos dentro de un ejército a los hombres que considerase más dignos y capaces. Por lo general, esto significaba que al mando del ejército estarían los aliados y los favoritos políticos, cuyas fortunas estaban ya estrechamente vinculadas al propio señor de la guerra. Esas personas tenían asegurada una parte sustancial del botín y de la gloria si el ejército salía victorioso, de modo que la competencia por esas posiciones era naturalmente fiera. Puesto que el Arca Negra era demasiado pequeña para tener un vaulkhar propio, el privilegio de asignar rangos correspondía al propio Calamidad. Malus cruzó los dedos, pensativo, y se dispuso a tomar nota de aquellos cuyos favores tendría que granjearse y de aquellos de los que tendría que cuidarse en los días y semanas venideros.

—Según nuestros heraldos, nuestras tropas reunidas se componen de siete banderas de infantería y cuatro banderas de caballería, además de una bandera de caballeros pretorianos y un escuadrón de exploradores autarii —empezó el Señor Brujo—. La infantería se formará con tres divisiones de dos banderas cada una, y una bandera se mantendrá en reserva. La caballería se formará con una sola división, lo mismo que los caballeros pretorianos.

Malus asintió para sí. Era una organización bastante estándar de las fuerzas. Junto con el capitán obligatorio a cargo del tren de equipajes y de la artillería, eso significaría seis puestos de rango en el ejército que formaría el estado mayor del general. Un rápido recuento de los presentes en la cámara daba como resultado que tres nobles además de él pasarían a formar parte de los soldados rasos, siempre y cuando ninguno de los elegidos por Calamidad no «cayera enfermo» de la noche a la mañana.

—Al mando del tren de artillería y equipaje irá lord Esrahel —declaró Calamidad, y el mayor de los lores reunidos apretó los dientes e inclinó la cabeza respetuosamente, sin quejarse—. Al mando de las tres divisiones de infantería estarán

los lores Ruhven, Kethair y Jeharren.

Ruhven aceptó su asignación con gesto grave, mientras que Kethair y Jeharren, ambos mucho más jóvenes, sonrieron con entusiasmo e hicieron una profunda reverencia a su señor.

—Al mando de la caballería irá lord Dyrval —dijo Calamidad, y el noble a punto estuvo de dar un salto en su asiento con los ojos como platos por la sorpresa.

Muchos de los demás lores reunidos se intercambiaban miradas inquisitivas, pero no decían nada. Por su parte, Calamidad mantuvo el tono de voz, pero en sus ojos había una advertencia cuando miró a Dyrval. Malus consideró las reacciones. «Parece ser que Calamidad le está dando a Dyrval la oportunidad de redimirse por algún error del pasado —pensó—. El Señor Brujo debe de tenerlo en muy alta estima para darle un puesto tan codiciado», concluyó Malus. Eso era algo que debía tener en cuenta.

Quedaba el mando de los caballeros pretorianos, un puesto que prometía todavía menos riquezas que el de capitán del tren de equipajes, que al menos podía esperar una saludable porción de oro del tesoro del propio ejército. Sin embargo, lo que el puesto perdía en beneficios materiales lo ganaba en prestigio, ya que el capitán de los caballeros era el subcomandante del ejército y podía formar alianzas con muchos nobles de alto rango durante el curso de la campaña.

Malus contempló a Fuerlan al otro lado de la mesa y trató de ocultar su disgusto. Cabían pocas dudas de a quién otorgaría Calamidad el puesto y quién tenía todas las probabilidades de ser su inmediato superior en el ejército. Estaba absorto en sus pensamientos, maquinando todas las maneras posibles de asesinar al hombre sin armar alboroto cuando Calamidad hizo su anuncio y se vio arrancado de sus planes al saltar ultrajados varios de los lores.

—¡Esto es un insulto! —gritó el de más edad—. Mi familia ha servido al arca con honor durante siglos.

—¡Y la mía también! —gritó otro noble, cuya cara estaba marcada por años de campaña—. ¡No podéis hacer esto, mi señor!

—¿Que no puedo? ¿Decís que no puedo? —dijo Calamidad, alzando airado el tono de su voz—. ¡Es mi derecho como Señor Brujo asignar los rangos a quien me plazca... y matar a los que se opongan a mí!

Hubo un roce de aceros cuando guerreros armados surgieron de entre las sombras con las manos en las empuñaduras de sus espadas, y los lores airados volvieron a hundirse en sus butacas ante la amenazadora presencia de la guardia personal del Señor Brujo.

—Es un jinete experto y criador de nauglirs y un feroz guerrero por derecho propio. No tengo duda de que servirá adecuadamente como capitán de los caballeros —les dijo Calamidad a sus lores con voz ronca. Luego se volvió hacia Malus—. ¿Y vos qué decís? ¿Aceptáis el puesto?

Malus vaciló apenas un instante.

—Es un gran honor, mi señor —dijo, poniéndose de pie y haciendo una profunda reverencia—. No os fallaré ni a vos ni a vuestro ejército, mi señor.

—Por supuesto que no —replicó Calamidad—. Vuestra vida depende de ello, después de todo. —La sonrisa del Señor Brujo no contribuyó en nada a reducir el peso de su advertencia—. Además, estaréis al frente de los exploradores del ejército. ¿Tenéis algún problema con los autarii?

—En absoluto, mi señor —respondió—. ¿Tendrán ellos problema en trabajar conmigo? Eso es harina de otro costal. ¿Es por eso por lo que me habéis asignado este puesto?

—Entonces, sólo queda un puesto que asignar —dijo Calamidad.

Los señores, Malus incluido, intercambiaron miradas confundidas. Lord Ruhven fue el que habló por todos.

—Si no me equivoco, todas las divisiones han sido asignadas.

—Así es, pero todavía no ha sido nombrado el comandante del ejército —dijo el Señor Brujo—. El comandante general será mi hijo, Fuerlan.

El obstinado silencio que sobrevino tras la declaración de Calamidad era todo lo que Malus necesitaba saber sobre la reputación de Fuerlan en el arca. Varios de los lores empalidecieron al oírlo. El hijo de Calamidad tomó nota del desasosiego generalizado y rió estentóreamente, derramando el vino de su copa.

Lord Esrahel, el capitán del equipaje, miró alternativamente al hijo y al padre.

—Seguramente a mi señor le apetecería ser comandante del ejército en vísperas de una victoria tan definitiva —empezó a decir.

El Señor Brujo negó con la cabeza.

—Me basta con haber sentado las bases para la humillación de Uthlan Tyr —dijo—. Mi hijo gobernará el Hag en mi nombre, de modo que lo adecuado es que vaya al frente del ejército que va a conquistarlo.

Era una jugada inteligente, Malus tuvo que admitirlo. Hacer que el hijo idiota de Calamidad tomase la ciudad no hacía sino aumentar la humillación de Tyr, y por extensión, también la de Malekith. «Y a mí me ha puesto en situación de garantizar su éxito —pensó el noble sombríamente—, o de ser el chivo expiatorio si fracasa.»

Calamidad se volvió hacia su hijo.

—¿Tenéis algo que decir a vuestros hombres, general?

Fuerlan se llevó la copa a los labios y la vació de dos ruidosos tragos lanzándola al suelo a continuación. Un delgado hilo de vino corrió por el borde de una delgada cicatriz que tensaba la comisura del labio inferior. Se limpió la boca con el dorso de la mano enguantada y dedicó una sonrisa vacía de alegría a los lores.

—No se me dan bien las palabras, mi señor —dijo con una risa aguda—. Deberá bastar con los hechos.

Miró a Malus con un profundo odio en sus ojos negros.

—Marchamos al amanecer, lord Malus —siseó—. Un minuto de demora y os haré azotar delante del resto del ejército. ¿Está claro?

Malus inclinó la cabeza.

—Perfectamente, general —dijo a su vez con una sonrisa gélida.

En ese preciso momento se dio cuenta de que uno de los dos moriría antes de que acabase la campaña.

—Entonces, es mejor que todos os pongáis a trabajar —declaró Fuerlan—. Reunid al ejército en la Gran Puerta una hora antes del amanecer para pasar revista. Nos veremos allí.

Los lores se removieron incómodos, repasando mentalmente la empresa épica que tenían ante sí. Esrahel se volvió hacia Calamidad. El capitán de equipaje ya parecía ojeroso y cansado.

—¿Tenemos permiso para retirarnos?

Calamidad asintió.

—El consejo ha terminado. Que la Madre Oscura cabalgue con vosotros y retribuya vuestro odio con venganza y victoria.

Los nobles se pusieron de pie silenciosamente. Malus hizo lo propio, moviéndose como en un sueño. En su cabeza se agolpaban cientos de preguntas. ¿Cómo iba a conseguir que un ejército de miles de hombres estuviera listo para marchar en el plazo de doce horas si ni siquiera sabía dónde estaban acampadas las compañías y mucho menos quién estaba al mando de ellas? Podía sentir los ojos de Fuerlan fijos en él mientras abandonaba pesadamente la cámara.

La perspectiva de ser flagelado delante de miles de hombres lo llenaba de rabia, pero sabía que no tenía sentido pensar en ello. Fuerlan iba a encontrar formas de atormentarlo y humillarlo hiciera lo que hiciese, al menos eso estaba claro. Era preferible desde todo punto de vista centrarse en la campaña que tenía entre manos y buscar ocasiones para orquestar la desaparición del joven general.

La antecámara que había a la salida de la sala del consejo estaba sorprendentemente atestada. Oficiales jóvenes del ejército se habían reunido allí como cuervos a la espera de órdenes de sus señores. Mientras Malus trataba de abrirse camino entre la multitud, oyó la voz de su hermana que lo llamaba.

—Un momento, querido hermano —dijo Nagaira—. Tengo un presente para ti.

Al volverse encontró a su hermana de pie a un lado de la puerta de la cámara del consejo, acompañada por un trío de lores con armadura y dos druchii encapuchados. Conteniendo su irritación, sonrió.

—¿Vino envenenado, tal vez, o una víbora dentro de una bolsa? ¿Algo que ponga fin a mis sufrimientos?

Una vez más sintió la sonrisa de la bruja.

—Tal vez —respondió Nagaira—. Un lord, especialmente uno de tu posición, necesita una guardia bien preparada para desempeñar sus funciones —la mujer abarcó con un movimiento de su pálida mano al grupo que la acompañaba—, de modo que te ofrezco a estos guerreros, todos ávidos de gloria y dispuestos a servir.

«Y a espiarme, sin duda — pensó Malus—. O a apuñalarme en sueños si ése es tu deseo.»

—Nada me complacería más — dijo con tono lacónico.

Nagaira señaló al primer lord.

—Lord Eluthir es un joven caballero de una antigua familia. Es un buen jinete y promete ser un luchador tenaz a tu servicio.

El joven lord, que llevaba una armadura destartalada y se cubría con una pesada capa de piel de oso, saludó a Malus con una profunda reverencia. Llevaba el pelo negro y largo peinado en una trenza y sujeto con un par de huesos de dedos dorados, y sus facciones eran agudas e inquisitivas como las de un zorro.

El segundo lord era un hombre de más edad, algo calvo y lleno de cicatrices, con un burdo ojo postizo de vidrio rojo que emitía un brillo apagado dentro de su cuenca derecha. Hizo una breve reverencia cuando Nagaira se volvió hacia él.

—Lord Gaelthen es un guerrero respetado y reconocido, que conoce de nombre a todos los caballeros de las familias del arca. Ha participado en muchas batallas contra Hag Graef y es famoso por el odio que siente por nuestra antigua patria.

El tercer lord era joven, llevaba una armadura negra grabada con hermosas volutas doradas y tenía la altanería propia de la aristocracia. Sus ojos oscuros rebosaban rabia. Cuando Nagaira lo señaló, echó a Malus una mirada despectiva y casi acusadora.

—Lord Tennucyr es un caballero de gran fortuna y un buen jinete que ha librado muchas batallas contra los hombres de Hag Graef —dijo Nagaira. Su voz sonaba levemente divertida, pero Malus no sabía si se estaba burlando de él o de Tennucyr—. Y Cuando oyó que entrabas al servicio del Señor Brujo fue el primero en ofrecerse para colaborar contigo.

Malus estudió a los hombres. «Un joven necio, un viejo tonto y un caballero de mirada asesina», pensó con desánimo.

La bruja se volvió e hizo una señal a las figuras encapuchadas, que se acercaron a Malus con pasos silenciosos.

—Confieso que hace días que conozco las intenciones del Señor Brujo —le dijo a su hermano—, y sabía que tendrías que mandar a los exploradores del ejército. Fue por eso por lo que busqué por todas partes con la esperanza de encontrar hombres que pudieran facilitarte el trabajo con los espectros y que pudieran traducir su escurridiza lengua. La suerte quiso que estos autarii acabaran de llegar al arca para enrolarse en el ejército y se sintieran honrados de aceptar un puesto entre tus hombres.

Las dos figuras echaron atrás sus capuchas. Uno era un autarii joven con algunos tatuajes que tenía la cara llena de magullones que empezaban a amarillear y un corte a medio curar encima de un ojo. Hizo una profunda reverencia a Malus, pero su cuerpo parecía tenso y expectante.

La otra figura era una autarii muy joven, pero sus ojos violetas trasuntaban el conocimiento de hechos terribles. Llevaba el pelo negro echado hacia atrás y peinado en pequeñas trenzas muy tirantes, y el tatuaje de un dragón en espiral subía desde su fino cuello por un lado de su aristocrático rostro.

Malus tuvo otro atisbo de recuerdo y se estremeció de los pies a la cabeza.

—¿Nos hemos visto antes? —le preguntó a la chica.

Cuando la autarii habló, su voz tenía un timbre musical, pero no reflejaba ni sombra de calidez.

—No hemos compartido ni la carne ni la sal —le dijo con gesto adusto.

—No, supongo que no —dijo Malus—. Sin duda, tendremos pronto ocasión de hacerlo.

Un esbozo de sonrisa apuntó en la cara del espectro.

—¿Quién sabe lo que nos depara el destino?

15. El portador de la sangre sagrada

Malus llevaba ya tres horas en su montura cuando llegó el amanecer. Había estado recorriendo barracón tras barracón por toda el Arca Negra y había preparado al ejército para la guerra. Había sido toda una larga noche en vela, con una agitada sucesión de presentaciones, evaluaciones y órdenes, muchas de las cuales había que transmitir personal y perentoriamente para conseguir que las compañías se movieran en la dirección correcta. El tiempo para que la noticia de los nombramientos de Calamidad se difundiesen al resto de las filas había sido escaso, y pocos capitanes estaban dispuestos a creer que él, y precisamente él, detentara la autoridad que pretendía. En especial, un necio había llegado a llamarlo embustero y a reírsele en la cara. Por suerte, su lugarteniente se mostró mucho más circunspecto y sensato después de que Malus le permitiera a *Rencor* saciar su apetito con el capitán.

El amanecer apuntaba en el cielo y todo parecía anunciar un día frío y despejado cuando Malus ocupó su lugar junto a los caballeros pretorianos en la extensa plaza de la Gran Puerta. De todas las divisiones del ejército, los caballeros habían sido los más fáciles de organizar y los más difíciles de mandar. Con sus pequeños cuerpos de partidarios, los caballeros eran capaces de hacer el equipaje y prepararse en un momento para trasladarse, pero convencerlos de la necesidad de hacerlo era un asunto peliagudo.

Después de casi una hora de discutir sobre las precesiones de rango en las filas, Malus perdió la paciencia y simplemente delegó esa tarea en lord Tennucyr, que estaba mucho más ducho que él en esto de los tiquismiquis de la nobleza del arca. No había visto a Tennucyr durante el resto de la noche, pero poco antes de que apuntara el amanecer, los primeros caballeros empezaron a llegar con cuentagotas a la plaza y, al cabo de media hora, toda la división estaba formada en columnas ante la puerta con los pendones ondeando al viento en el extremo de las relucientes lanzas.

La primera división de infantería los siguió poco después; entró por compañías en la plaza y se detuvo en columnas a distancia segura de los indolentes y huraños nauglirs. El resto del ejército se perdía en la distancia, extendido a lo largo de más de tres kilómetros de la calzada que subía serpenteando entre las torres del arca. Malus había recorrido las filas de un extremo al otro, montado en su nauglir, consultando con los demás capitanes para asegurarse de que las divisiones estaban formadas y listas para pasar revista según las órdenes de Fuerlan, y comprobó que, por algún milagro, lo habían conseguido.

El noble se inclinó en su montura y examinó el cielo. Según sus cálculos más aproximados, Fuerlan llevaba una hora de retraso.

El ruido de algo pesado que se arrastraba por los adoquines de la plaza hizo que Malus volviera la cabeza. Lord Gaelthen se acercaba al trote a lomos de un enorme

gélido, tan viejo y lleno de cicatrices como él. *Rencor* gruñó a modo de advertencia al nauglir gigante, y Malus le tiró de las riendas como advertencia propia. Gaelthen se detuvo a una respetuosa distancia y alzó una mano a modo de saludo.

—Lord Esrahel os envía sus respetos, mi señor, y dice que no es posible que el tren de equipaje esté listo para emprender la marcha antes de media tarde.

—Bendita Madre de la Noche —bramó Malus con desánimo.

Tal como estaban las cosas, las divisiones de combate no saldrían de la ciudad hasta media mañana, pero eso significaría que la artillería y las provisiones irían con seis horas de retraso por detrás del ejército.

—¿Cuál es el problema?

El viejo caballero se inclinó y escupió en el empedrado.

—Los jefes del gremio de los portadores decidieron plantarse para conseguir más dinero. Dijeron que no podían proporcionar carretas y bueyes suficientes con tan poco tiempo.

—¿Y no aplicó un castigo ejemplar a esos malditos ladrones? — preguntó Malus con desdén.

—Por supuesto, pero lleva tiempo crucificar a veinte hombres. Cuando Esrahel lo tuvo todo solucionado ya era bien entrada la noche. Ahora están tratando de ponerse al día.

—¡Maldita sea! —gruñó Malus, cerrando el puño sobre la espada—. ¿Creéis que Esrahel realmente tiene las cosas controladas, o es necesario reemplazarlo?

Gaelthen le dirigió a Malus una mirada de soslayo con su único ojo bueno.

—No es prudente reemplazar a uno de los caballeros nombrados por el Señor Brujo, especialmente antes de que el ejército se haya puesto en marcha siquiera.

—La política me importa un bledo —le espetó Malus—. Lo que me interesa es la victoria. Os lo preguntaré otra vez: ¿sabe Esrahel lo que se trae entre manos?

Gaelthen tanteó al noble con la mirada, y luego sonrió abiertamente.

—Sí, mi señor, lo sabe. Ha tenido mala suerte y está tratando de sacar a las cosas el mejor partido; pero saldrá adelante.

Malus suspiró estentóreamente.

—Que sea media tarde, pues — dijo—. No creo que vayamos a acampar antes de tres días. —De pronto se le ocurrió que no había comprobado que cada una de las compañías llevara víveres y agua suficientes en sus mochilas para la marcha—. Gaelthen, tengo un trabajo para vos —dijo con una mueca.

Antes de poder continuar, Malus oyó que alguien lo llamaba desde el otro lado de la plaza. Al volverse a mirar, vio que lord Eluthir cabalgaba hacia él con un bulto envuelto en un trapo sobre sus rodillas. Malus tiró de las riendas y se volvió hacia el viejo caballero.

—Comprobad con los capitanes de compañía que los hombres tengan raciones

suficientes para los tres próximos días. Que lleven lo que vayan a comer o pasarán sin ello. ¿Entendido?

En la cara del caballero despuntó una mirada de cansancio, pero respondió sin vacilación.

—Entendido, mi señor —dijo, e hizo dar la vuelta a su montura para realizar un nuevo recado para su señor.

Eluthir llegó cuando Gaelthen se retiraba. El nauglir del joven era más pequeño que el del más viejo, pero de todos modos superaba en un tercio a *Rencor*. Éste trató de apartarse del recién llegado, pero Malus contuvo su impulso clavándole las espuelas.

—¿Qué tenéis para mí? —preguntó el noble.

—Pan caliente, queso y un poco de salchichón — dijo Eluthir con aire triunfal, y entregó el envoltorio a su señor. A continuación, sacó de una alforja una vasija de barro y la destapó con cuidado. Cuando lo hizo, una nube de vapor salió del líquido oscuro que había dentro—. E hice que uno de mis hombres cociera una olla de ythrum —dijo, orgulloso.

—¿Ythrum?

—Es una bebida hecha con raíz de courva —explicó Eluthir—. ¿No se toma en Hag Graef?

Malus frunció el entrecejo.

—Por supuesto que no. No parece muy incitante.

—¡Oh!, sabe muy mal, os lo aseguro —dijo Eluthir con una ancha sonrisa—, pero quita el sueño y lo mantiene a uno bien despierto durante horas. —Le pasó la jarra a Malus—. Pensé que os vendría bien.

El noble miró la jarra con desconfianza.

—Por lo que parece, bien podría ser veneno.

La risa de Eluthir lo sorprendió.

—Vaya, claro que es veneno — dijo Eluthir—. Un veneno necesario, pero veneno al fin.

En ese preciso momento Malus sintió que lo asaltaba un bostezo monumental y echó mano de la jarra. La aproximó a los labios y la apartó de golpe cuando el líquido ardiente amenazó con quemarlo.

—¡Por todos los dioses! —dijo con expresión mortificada—. Tan amarga como el corazón de una doncella del templo.

Después de un momento, dio un sorbo de verdad. El sabor era igualmente abominable, pero agradeció el calor que le llenó el estómago. A continuación, abrió el hatillo y empezó a devorar la comida, dándose cuenta de que no había probado bocado en todo el día.

—¿Alguna noticia de Fuerlan? —preguntó entre dos bocados.

Eluthir bebió un buen trago de la jarra. Malus no sabía con certeza si la mueca del hombre se debía al sabor de la bebida o a su opinión sobre el comandante del ejército.

—Ha corrido la voz de que anoche hizo un recorrido por las casas de placer y acabó tirado en los escalones del templo local allá por la medianoche. Desde entonces, ha estado dentro.

Malus acabó su rápida comida y se sacudió las migas de la pechera del kheitan... En ese momento su mente cansada cayó en la cuenta de que no llevaba armadura. Ni siquiera tenía una espada a la que pudiera considerar suya.

—¡Que la Oscuridad Exterior se apodere de mí! —gruñó—. ¡Todos están preparados para la guerra menos yo! —Se volvió hacia Eluthir—. ¿Tenéis alguna idea de dónde está lady Nagaira?

—¿Vuestra hermana?

—¡Por supuesto, mi hermana! ¿Qué otra podría ser?

Eluthir parpadeó.

—¿No es aquella que está allí? —preguntó, señalando a un grupo de jinetes que entraba por el otro extremo de la plaza.

Malus siguió el gesto de la mano del hombre y vio una figura encapuchada a lomos de un poderoso caballo de guerra negro, acompañada por un par de soldados de caballería y lo que parecía una pequeña guardia de sirvientes montados. No sabía si aquella figura era o no Nagaira, pero no tenía la menor idea de quién más podría ser. Espoleó a *Rencor* y se dispuso a interceptar a la partida.

Los caballos del grupo se inquietaron cuando captaron el olor de los gélidos allí reunidos..., todos menos el corcel negro que iba a la cabeza. Sus ojos negros como el carbón miraron, desafiantes, a Malus y a *Rencor*, que se aproximaban, y el noble no pudo por menos que notar el aire de magia que rodeaba al animal. De cerca, era evidente que la figura encapuchada era una mujer, y cuando volvió la cabeza para mirarlo, Malus vio el destello de argentado acero en el fondo de la voluminosa capucha.

—Bien hallado, hermano —dijo Nagaira con la voz levemente ensordecida detrás de una máscara muy adornada que representaba la forma de un demonio de sonrisa lasciva—. El ejército está formado y tiene un aspecto temible. Has hecho un buen trabajo.

—Sin embargo, parezco el escudero de un caballero pobre la víspera de la batalla —dijo con amargura—. ¿Dónde están mis espadas y mi armadura? Dijiste que se estaban ocupando de ellas.

Nagaira alzó una mano y dos miembros de su guardia se dejaron caer de sus monturas sin una palabra y empezaron a bajar cajas de madera del lomo de sus caballos.

—No me había olvidado —dijo la mujer con aire divertido—. El armero dijo que

la placa era de calidad mediocre, de modo que le pedí que le colocara otros arneses y la adecuara. Por suerte, conozco perfectamente tus medidas ¿verdad?

Malus no sabía si debía sentirse agradecido —una idea mortificante en sí misma— o ultrajado.

—¡Qué presentes tan generosos, hermana! —dijo—. ¿No se pondrá celoso tu prometido?

—¡Oh!, esto no lo he pagado, hermano —respondió—. Le dije al armero que habías sido designado capitán de los caballeros del ejército y se mostró muy complacido de ampliar tu crédito.

—¡Crédito! —gritó Malus—. Ahora me has metido en deudas...

—¡Tranquilo! —le espetó Nagaira—. Bájate de esa bestia apestosa y ponte la armadura. Fuerlan llegará de un momento a otro.

El cerebro falto de sueño de Malus no había terminado de registrar las palabras de su hermanastra y ya se estaba bajando de la silla. Vio que los guardaespaldas de la bruja intercambiaban una mirada de sorpresa ante su reacción de sometimiento, y reprimió un airado reproche. Un enfrentamiento con Nagaira en esas circunstancias no hubiera hecho más que empeorar las cosas y si Fuerlan estaba realmente de camino, no tenía mucho tiempo. Se apartó de su montura y los dos sirvientes colocaron las cajas que contenían su armadura en el suelo junto a él. La pareja trabajó coordinada y hábilmente, sujetando y atando con rapidez las piezas superpuestas sobre su kheitan. Malus miró a su hermana con enfado.

—Te has vuelto presuntuosa desde que dejaste el Hag — dijo con frialdad—; algo que sin duda copiaste de tu prometido.

—No seas necio, Malus —replicó Nagaira—. No tengo tiempo para eso. Ya hay bastante que hacer como para que tu estúpido ego se interponga en mi camino.

La reacción fue tan extravagante que dejó a Malus con la boca abierta y blanco de indignación, hasta tal punto que los hombres que lo estaban armando retrocedieron un paso, alarmados, y tuvieron mucho cuidado de no interponerse entre los dos hermanos.

Pero él no se movió. Ni una sola palabra de reproche salió de sus labios. Nagaira sostuvo su mirada sin pestañear y, tras un momento, los sirvientes continuaron con su trabajo.

Malus se preguntó qué le estaba pasando, sorprendido de su incapacidad para responder a su hermana. «¿Acaso la fiebre se llevó mi valentía aunque no mi salud?» Sintió que otro dolor sordo le atenazaba la frente y lo combatió apretando los dientes.

En pocos instantes, los sirvientes habían acabado y uno de ellos entregó a Malus un yelmo con un dragón alado y un hermoso par de espadas con sus respectivas vainas de ébano. Acababa apenas de colocarlas en su sitio cuando el eco de un curioso gemido llegó por la calle que venía del norte.

—¿Qué es eso, por la Madre Oscura?

—Debe de ser Fuerlan — dijo Nagaira—. Prepárate, hermano. Es probable que todavía esté borracho.

Maldiciendo entre dientes, Malus volvió a montar a *Rencor* y se colocó en su puesto entre los caballeros. Lord Eluthir se colocó a su lado, pero Gaelthen todavía no había regresado de su último recado.

—¡*Sa'an'ishar!* —gritó Malus alzándose en sus estribos—. ¡El señor de la guerra se acerca!

El grito recorrió la línea cuando los capitanes de la compañía llamaron la atención a sus hombres de a pie. El bosque de lanzas se conmovió al colocarse los hombres en posición. Ahora el gemido sonaba mucho más próximo; Malus pudo distinguir voces femeninas que entonaban un cántico estridente y, a continuación, vio que entraba en la plaza una figura cubierta con una ornamentada armadura y montada en un gélido enorme.

Fuerlan se tambaleaba levemente en la silla con el balanceo del enorme nauglir sobre las piedras de la calzada. Llevaba la calva pintada con rayas de sangre humeante y sostenía en las manos una copa de bronce bruñido. Detrás de la bestia de guerra, venía danzando una procesión de mujeres desnudas manchadas de sangre que lanzaban al cielo sus feroces cantos y se abrían las carnes con dagas curvas hechas de bronce.

—¡Madre de la Noche! —dijo Malus en un susurro, apabullado por la ostentosa escena—, ¿quién se cree que es?

—El hijo malcriado de Balneth Calamidad y el conquistador de Hag Graef — replicó Eluthir en el mismo tono—. Y tan loco como un basilisco en este momento. Ya era detestable antes, pero ese tiempo en Hag Graef ha sacado lo peor de él. — Eluthir echó una mirada a Malus—. Vos sois de Hag Graef, mi señor. ¿Sabéis cómo se ganó todas esas cicatrices?

Malus le lanzó al joven caballero una dura mirada.

—Se pasó en su familiaridad con los que eran superiores a él — dijo el noble con frialdad antes de espolear a *Rencor* para que se pusiera en marcha.

La procesión de Fuerlan todavía no había terminado de llegar a la plaza cuando Malus salió al encuentro del general a mitad de camino. Vio que además de las doncellas del templo había traído consigo una guardia personal, una multitud de sirvientes y al menos una docena de animales de carga que llevaban de todo, desde barricas de vino hasta mobiliario. Reprimiendo su enojo, detuvo su cabalgadura y quedó a la espera, listo para informar.

El joven general dirigió a Malus una mirada diabólica y tiró de las riendas de su montura, pero la vieja bestia agitó la cabeza tratando de alcanzar las argollas de la brida, bramando de rabia. Agitó la cola, que cortó el aire con un sonido sibilante,

hasta que incluso las doncellas del templo tuvieron que interrumpir su canto bruscamente y hacerle sitio. Fuerlan maldijo al animal, derramando el líquido denso y rojo de su copa mientras castigaba a la bestia a patadas y a latigazos. Por fin, el nauglir se sometió, y Fuerlan miró a Malus como si en cierto modo aquello fuera culpa suya.

Malus respiró hondo.

—El ejército está listo para marchar, temido general —dijo con voz clara y alta—. Esperamos vuestras órdenes.

—¿Acaso yo os ordené que los tuvieras listos para marchar, idiota? —dijo Fuerlan con desdén—. Dije que estuvieran en orden de revista.

—Y así estaban, temido general —replicó Malus, tenso—. Una hora antes del amanecer, según vuestras órdenes.

Un estremecimiento de furia sacudió al príncipe cubierto de sangre.

—¡Vaya impertinencia! —siseó—. ¿Osáis burlaros de mí?

—No hago sino repetir las órdenes que me habéis dado —replicó Malus—. No pretendía ser impertinente.

Por un momento, Malus oyó la voz de Hauclir en su cabeza, repitiendo las mismas palabras con una expresión perfectamente neutral. «Ahora comprendo el tono furioso del hombre», pensó.

—¡Embustero! —le soltó Fuerlan—. ¡Haré que os azoten!

—Como gustéis, temido general —dijo Malus, apretando los dientes—, pero me permito recordaros que vuestro padre instó al ejército a darse prisa, y un buen castigo nos costará varias horas de demora.

—¡Más impertinencia! —siseó el general—. ¡Tened por seguro que no se me escapa vuestra torpe maniobra! ¡Cuando acampemos haré que os desnuden y os azoten hasta que vuestros huesos se queden descarnados!

—Muy bien —replicó Malus, consciente de que no acamparían por lo menos en tres días—. ¿Queréis arengar a las tropas antes de partir?

—¡No partiremos todavía, maldito amotinado! —gritó Fuerlan, inclinándose hacia adelante en su silla. Se podía oler el vino en su aliento desde cinco metros de distancia—. ¡Dije que quería pasar revista al ejército y es lo que voy a hacer!

«Que la Madre de la Noche nos proteja», pensó Malus, tratando de reprimir su rabia.

—Temido general, pasar revista nos llevará al menos una hora de luz, posiblemente más. Vuestro padre...

—¡No me habléis de mi padre, maldito parricida! —dijo Fuerlan con desprecio—. Sé perfectamente lo que esperáis de mí, del mismo modo que sé lo que se espera de vos.

Malus frunció el ceño. Se preguntó qué significaría aquello.

—Empezaré por pasar revista al destacamento de exploradores —declaró Fuerlan con tono imperativo.

—No podéis —soltó Malus, sorprendido por la declaración. Tradicionalmente, a los exploradores ni siquiera se los consideraba parte del ejército propiamente dicho—. Salieron del arca a medianoche.

Fuerlan lo miró, sorprendido.

—¿Qué han salido? ¿Para qué?

—¿Para qué iba a ser? Son exploradores y han salido a explorar. No pueden ir a la caza del enemigo si están aquí lamiéndoos el culo.

—Sois..., sois... —tartamudeó Fuerlan, empalideciendo—. ¡Sois un amotinador! ¡Os voy a desollar vivo! ¡Os voy a partir los huesos! ¡Os voy a cortar vuestras partes y os las voy a hacer tragar!

Malus le respondió con una sonrisa.

—Como temido general que sois, tenéis derecho a intentarlo —dijo—, pero haríais bien en recordar lo que sucedió la última vez que me pusisteis una mano encima.

Las palabras cayeron sobre Fuerlan como un latigazo. Se estremeció de rabia animal y la copa se sacudió en su mano. Rugió como un lobo rabioso; echó mano de la espada, pero una voz fría hizo que se parara en seco.

—Mi señor, estáis desperdiciando las bendiciones del Señor del Asesinato —dijo Nagaira desde detrás de Malus—. Estáis derramando su sangre sagrada sobre las piedras, y eso es un mal augurio en vísperas de una guerra.

Fuerlan hizo una pausa y fijó la vista en el cáliz en precario equilibrio que sostenía en la mano. Con un esfuerzo lo enderezó y trató de recuperar parte de su compostura.

—¡Este..., este maldito traidor me ha provocado! —dijo con un gemido plañidero—. ¡Quiere sabotear mi campaña incluso antes de que empiece! ¡Matadlo! ¡Matadlo ahora mismo!

Malus se puso tieso. Una cosa era Fuerlan y otra muy diferente Nagaira. Su mano derecha se apretó sobre la empuñadura de la espada, pero la voz de su hermana no admitía réplica cuando se dirigió al general.

—No voy a hacer nada de eso —le dijo, cortante—. Calmaos, mi señor, y recordad todo lo que hemos hablado. ¡No es éste el momento para actuar intempestivamente!

Fuerlan se disponía a darle una respuesta airada, pero se controló al ver la mirada de Nagaira. Malus cerró el puño, luchando contra el impulso de mirar a su hermana por encima del hombro y ver lo que sucedía entre ellos. El general y la bruja se miraron un momento, y luego él bajó la vista.

—Tenéis razón, por supuesto — dijo con voz sorda—. No es el momento.

—Mi señor es muy sabio —replicó Nagaira como una madre que hablase con su hijo—. Vuestro ejército espera, general. Mostradles la bendición de Khaine, y emprendamos la marcha hacia Hag Graef, donde os aguarda una corona.

—Sí, sí, por supuesto —dijo Fuerlan, sujetando las riendas de su quejumbrosa montura.

El viejo nauglir gruñó y empezó a avanzar. Malus hizo retroceder a *Rencor* y lo apartó del camino del general cuando el naggorita lleno de cicatrices clavó salvajemente los talones en los flancos de su cabalgadura y ésta se lanzó contra *Rencor*.

El gélido más viejo bramó de rabia y cargó contra su congénere más pequeño, pero *Rencor* no era de los que retroceden ante un desafío. El nauglir de Malus respondió con otro rugido y lanzó un mordisco de sus enormes fauces a la cara del otro. Malus lanzó una furiosa maldición y tiró de las riendas mientras Fuerlan hacía lo mismo, haciendo girar la cabeza a la vieja bestia de guerra y dejando a los dos gélidos flanco con flanco apenas un instante. El general aprovechó la ocasión para mirar a Malus con la cara demudada por el odio.

—Llevo meses soñando con este momento —dijo, dejando escapar una risita desquiciada—. Mirad a vuestro alrededor. Tengo a todo un ejército esperando mis órdenes. No necesito poner una mano encima para destruirlos. Cuando esta campaña haya terminado, pondréis en mis manos vuestra preciosa ciudad. Os haré desollar vivo y tendréis que atravesar la Corte de las Espinas para poner sobre mi cabeza la corona del drachau, y cuando muráis, haré que me hagan un orinal con vuestro cráneo. Pensad en eso los pocos días de vida que os quedan.

Antes de que Malus pudiera responder, *Rencor* lanzó otro mordisco al costado del viejo nauglir, que dio un salto para apartarse, rugiendo de rabia. Fuerlan lanzó un juramento y le hundió los talones, lo que hizo que todavía se derramara más sangre sagrada de Khaine. Un siseo furioso partió de las doncellas del templo, y Malus sonrió. El fiero caballo de Nagaira se apartó del camino del viejo nauglir, intentando a su vez dar un mordisco en el lomo a la bestia de guerra.

A Fuerlan le costó bastante recuperar el control del animal. Cuando lo consiguió, lo colocó de frente a los caballeros pretorianos como si nada hubiera pasado. Los guerreros nobles contemplaban a Fuerlan con cara de piedra cuando se alzó sobre sus estribos y gritó con voz estridente:

—¡Guerreros del Arca Negra! ¡Yo soy el portador de la sangre sagrada, ungido en la caldera de Khaine! —Fuerlan alzó el cáliz, siguiendo con la bendición ritual—. ¡Ante vosotros bebo la bendición del Señor del Asesinato, prometiendo gloria y riquezas a todos los que marchen bajo mi bandera!

Fuerlan se llevó el cáliz a los labios y una ovación cerrada salió de las filas de los caballeros y de la primera división de la infantería. Malus observaba cómo el general

inclinaba cada vez más el cáliz, hasta que su pie quedó apuntando al aire. Cuando Fuerlan se enderezó y alzó la copa triunfalmente, Malus observó que no había el menor vestigio de sangre roja en sus labios.

«Ha derramado hasta la última gota de la sangre sagrada con su estupidez», pensó el noble con amargura. Sin duda, era un mal presagio.

Malus escuchó mientras el joven general empezaba a gritar órdenes para poner al ejército en marcha. El plan de Calamidad era audaz, pero como todos los planes osados, era una apuesta peligrosa. Si el ejército de Hag Graef no hacía lo que el Señor Brujo había previsto hasta en los menores detalles, iban derechos al desastre.

La chica autarii lo estudió con la desapasionada malevolencia de un halcón de caza. Malus se pasó una mano cubierta con el guantelete por la cara y trató de quitarse de los ojos la suciedad del camino y el peso del cansancio.

—¿Qué significa eso de que hay tropas enemigas al norte del vado del Aguanegra?

—Caballos y lanzas —dijo la muchacha con una dulce voz pero inerte—. Docenas de ellos. —Se volvió y señaló hacia el sur por la carretera, más allá de la lejana colina—. Recogen leña y esperan entre las torres derruidas a ambos lados del camino.

Malus se irguió en la silla y trató en vano de eliminar la rigidez de su dolorida espalda. Los caballeros pretorianos estaban desplegados a lo largo de medio kilómetro del Camino de la Lanza, dando un descanso a sus agotadas cabalgaduras bajo el sol crepuscular. Ya hacía medio día que habían pasado Naggarond. Las torres de la ciudad fortaleza de Malekith podían verse aún a lo lejos, al noroeste. El vado del Aguanegra se encontraba a otros siete kilómetros al sur, abrigado entre una línea de colinas bajas y pinares que se extendían de este a oeste siguiendo la línea del caudaloso río.

De los últimos días tenía el recuerdo vago de viandas frías y marcha ininterrumpida. Los caballeros pretorianos habían recibido orden de marchar a la vanguardia del enemigo, junto con la primera división de infantería. Malus sospechaba que eso era sólo para que él fuera el primero en toparse con cualquier problema que se presentara en el camino. La columna se detenía quince minutos cada cuatro horas; los hombres habían aprendido a dormir sin caerse de sus monturas y a consumir rápidos tentempiés a base de bizcochos duros remojados en agua salobre. El noble no entendía cómo podían sostenerse los lanceros. Incluso la resistencia de hierro de los nauglirs empezaba a flaquear.

Se encontraban a escasos kilómetros del lugar donde tenían pensado acampar. Según el plan, el ejército debía plantar el campamento un poco antes del vado y descansar día y medio mientras los exploradores y los jinetes oscuros cruzaban el río en busca del enemigo. Por desgracia, parecía que los guerreros de Hag Graef tenían

otros planes.

—¡Alto! —ordenó Malus, y *Rencor* se dejó caer gustoso sobre el camino.

El noble bajó con dificultad de la silla. Tenía la cara y las manos llenas de polvo y suciedad, y llevaba el pelo lacio atado sobre la nuca con una simple tira de cuero. Curiosamente, las runas que Nagaira le había pintado en la piel se mantenían nítidas e indelebles. Daba la impresión de que por más que se frotara no se podían desdibujar sus líneas definidas y negras. Esa idea le producía desazón.

Malus hizo señas a la *autarii* y a sus compañeros. La había enviado al frente con los exploradores más que nada para quitársela de encima. Cuando la tenía cerca acechaba como un espectro vengativo, observándolo cuando creía que no la estaba mirando. Cerca de él, *Eluthir* y *Gaelthen* también desmontaron y se unieron a él. *Tennucyr* permaneció montado, vigilando a la división.

—Muéstramelo —dijo el noble, arrodillándose en la tierra al lado del camino—. Dibuja un mapa.

La chica se puso graciosamente en cuclillas y sacó un cuchillo largo. Le echó una mirada extraña por encima de la punta del arma y empezó a trazar líneas en el suelo.

—Al otro lado de la colina, más allá de donde el camino pasa por campos bordeados de bosques —dijo mientras dibujaba—. A menos de un kilómetro más adelante hay ruinas a ambos lados del camino. Los hombres del Hag esperan allí, cortando leña y clavando postes en la tierra.

—Postes — repitió Malus mientras estudiaba el mapa de la *autarii*—. Es probable que estén clavando estacas para los caballos. ¿Has visto algún *nauglir*?

—¿Parientes de los dragones? —preguntó la chica—. No, sólo caballos y lanzas.

El noble asintió con aire pensativo. *Eluthir* echó un buen trago de una *cantimplora* y miró a su señor.

—¿Qué significa? —preguntó.

—Un grupo de avanzada — dijo Malus—. Exploradores de caballería y encargados de avituallamiento enviados para establecer un campamento para el grueso del ejército, lo que quiere decir que el ejército del Hag está cruzando el vado mientras estamos aquí hablando.

El noble estudió el mapa tratando de no hacer caso al dolor sordo de cabeza que le hacía palpar las sienas. No habría manera de acercarse a las ruinas siguiendo el camino sin ser vistos, y estaba seguro de que el grupo de avanzada tendría al menos algunos *ballesteros* montando guardia.

Echó una mirada hacia el contorno de los bosques.

—¿Hay pistas aceptables en estos bosques?

—Senderos de caza —dijo la joven con un escalofrío—. No nos hacen mucha falta.

—Pero ¿podrían circular por ellos los *nauglirs*?

—Sí —dijo la autarii tras una pausa.

Malus volvió a estudiar el mapa un instante, tratando de ver si se le escapaba algo. Si conseguían atacar al ejército enemigo cuando estaba cruzando el río, podían causar una verdadera carnicería, pero tendrían que moverse con rapidez, y primero habría que derrotar al grupo de avanzada.

Comprobó el mapa una vez más e hizo un decidido gesto afirmativo.

—Bien —dijo, poniéndose de pie—. Eluthir, montad y recorred el camino hacia atrás lo más rápidamente que podáis.

Fuerlan y el resto del ejército deben estar a menos de dos kilómetros por detrás de nosotros. Decidles que el ejército del Hag está cruzando en este momento el vado del Aguanegra y que deben venir a toda velocidad.

—En seguida, mi señor —dijo Eluthir, y corrió hacia su cabalgadura. Gaelthen vio cómo se marchaba y se volvió hacia Malus—. ¿Qué vamos a hacer mientras tanto?

Malus se encogió de hombros.

—Los hombres no han descansado en varios días y no tienen nada que comer más que bizcochos y agua; el enemigo nos supera en número y tiene una firme posición defensiva. —Se volvió al viejo caballero—. ¿Qué otra cosa podemos hacer? Atacar.

16. Un terrible designio

Los nauglirs no eran criaturas sigilosas. Aunque demasiado cansados como para hacer algo más que lanzar gruñidos irritados a sus cuidadores, el largo desfile de gélidos por el estrecho camino de caza iba acompañado de un constante crujir de ramas y conmoción de la maleza. Cada ruido sonaba a los oídos de Malus como un trueno mientras los caballeros pretorianos se abrían camino a través del espeso bosque. Al igual que el resto de la división, el noble iba andando junto a su gélido, sujetándolo firmemente por las riendas. Desde su puesto cerca de la cabecera de la columna lo único que podía ver eran árboles y densos arbustos alrededor. Hasta donde sabía, el enemigo podía estar a pocos metros de distancia, pero se aferraba a la endeble esperanza de que si él no podía oír las actividades del campamento enemigo, era probable que éste tampoco pudiera oír el paso de los caballeros.

Por delante de Malus, el gélido de Gaelthen se detuvo bruscamente y se sentó sobre los cuartos traseros. Malus tiró levemente de las riendas de *Rencor*.

—¡Alto! —dijo en voz queda, y el nauglir se detuvo.

El caballero que lo seguía en la fila repitió la orden a su cabalgadura y lo mismo fueron haciendo los que venían detrás.

Llevaban casi tres horas abriéndose camino por el bosque y las sombras que proyectaban los árboles empezaban a alargarse. Imaginó al grueso del ejército de Fuerlan avanzando a gran velocidad por el camino, ansioso de enfrentarse al enemigo. Si los caballeros no salían del bosque y despachaban rápidamente al grupo de avanzada, el ejército debería lanzar un asalto frontal contra el campamento que impediría su acceso al vado.

Un trío de figuras cubiertas con capas, se deslizó por el sendero hacia Malus con las ballestas preparadas. Los autarii no prestaban atención a los inestables gélidos y, de hecho, los nauglirs no parecían reparar en los espectros. Malus sabía que la figura que abría la marcha era la chica con la voz de muerta y los inquietantes ojos. Alzó la mano y se levantó el yelmo del dragón alado ante la proximidad de los exploradores.

Los espectros llegaron hasta Malus y se pusieron en cuclillas. Eso era lo más parecido a un saludo respetuoso que los clanes de las colinas parecían capaces de hacer. La joven autarii se echó atrás la capucha, y Malus se sorprendió al ver que su rostro pálido estaba arrebolado y sus ojos violeta relucían de excitación. Se inclinó hacia adelante, apoyando los brazos en las rodillas, y Malus se dio cuenta de que sus delgadas manos estaban manchadas de sangre reciente.

—Hemos pasado por el campamento del enemigo — dijo casi sin aliento.

—¿Y saben ellos que estamos aquí? —preguntó Malus. La chica se encogió de hombros.

—Han oído el ruido, pero no saben qué pensar. Son tontos criados en ciudad —

dijo con desdén—. Vuestras lanzas han aparecido sobre la cresta de las montañas, y eso es todo lo que les preocupa.

Malus asintió. Le había dicho a lord Ruhven que le diera dos horas para situar a los caballeros y que, a continuación, hiciera marchar a la primera división superando la cresta de las montañas para situarse a la vista. Sus órdenes a Ruhven habían sido claras: no debía atacar, sólo llamar la atención del enemigo. Era de esperar que no se le ocurriera nada raro cuando se diera cuenta de que los caballeros llegaban con retraso.

—¿Tiene el enemigo exploradores en los bosques?

El noble se sorprendió al ver una verdadera sonrisa en el rostro de la joven.

—Ya no —respondió, sacando de debajo de su capa un puñado de cueros cabelludos recién cortados—. Autariis del clan de la víbora de la roca, casi tan ciegos y sordos como la gente de ciudad. —Los otros dos espectros acompañaron sus palabras con una divertida risita sibilante.

—¿Cuánto más debemos avanzar antes de volver al camino?

—No mucho —respondió la chica—. Aproximadamente, cien metros. Hay un campo oculto por una revuelta del camino.

Malus asintió volviendo a ponerse el yelmo.

—Bien. Pongámonos en marcha.

Los espectros se pusieron de pie al unísono y volvieron línea arriba. En pocos instantes, el gélido de Gaelthen se levantaba, y la columna se puso otra vez en movimiento.

Diez minutos más tarde, el bosque empezó a ralearse, y Malus pudo ver un prado de hierba entre los árboles. Poco después, *Rencor* estaba trotando con avidez por la hierba marrón pisoteada. Tal como había dicho la exploradora, el campo estaba oculto de las ruinas situadas al norte por un bosque que les permitiría formar sin que los vieran.

Malus detuvo a *Rencor* y se montó en la silla.

—Formad en columnas —les fue diciendo en voz baja a cada uno de los caballeros cuando surgían de entre los árboles—. Nada de cuernos, ni estandartes, ni lanzas.

Hacia el oeste, el cielo estaba nublado y presentaba un tono gris matizado de púrpura. Pasaron algunos minutos antes de que los caballeros pretorianos hicieran marchar a sus cabalgaduras y se formaran en compañías por columnas. Malus estaba oído alerta, temeroso de detectar el menor sonido de trompetas al norte cuando las tropas de Fuerlan aparecieran en escena con diez minutos de adelanto.

Después de lo que pareció una eternidad, la división estuvo formada y lista para emprender la marcha. Malus espoleó a *Rencor*, que inició el trote y se encaminó al frente de la columna. Los autarii esperaban acuclillados, mostrándose las cabelleras

capturadas los unos a los otros. Se incorporaron al acercarse el noble.

Malus sacó la espada, una hoja de doble filo, pesada y recta, forjada al estilo arcaico del interior del país, y apuntó hacia la línea de árboles que había al otro lado del camino.

—Ocupad posiciones allí con toda la tropa — dijo—. Disparad sobre cualquier enemigo que trate de huir hacia el camino.

La joven fijó en Malus su mirada enigmática.

—No escapan —dijo antes de echar a correr y perderse entre las sombras de los árboles seguida por sus hombres.

Malus la observó mientras se marchaba, sin entender todavía por qué le producía ese desasosiego. Encontraría razones para mantenerla en una posición muy adelantada junto con el grupo de exploradores hasta que llegaran a Hag Graef. En cuanto se hubieron ido, Malus hizo girar a *Rencor* y se dirigió a los caballeros.

—Que nadie use la espada hasta que yo lo ordene. En cuanto empiece el combate, matad a cuanto hombre se os ponga por delante.

Un murmullo feroz recorrió las filas. Por un momento, Malus se vio embargado por el poder de las fuerzas armadas reunidas en el campo que esperaban una orden suya. Casi le hizo olvidar el hecho de que estaba a punto de emprender una guerra contra su propia ciudad. «A ver si, de repente, te vas a volver débil y sentimental — se dijo—. ¿Hay en todas estas tierras alguien de quien puedas decir que es pariente tuyo? Has matado al vaulkhar de Hag Graef, y todos están en tu contra. Sólo puedes elegir entre huir... o combatir.»

Malus alzó la espada.

—¡*Sa'an'ishar!* ¡Avanzad en columnas!

Un movimiento ondeante recorrió las filas cuando la larga columna de jinetes empezó a moverse. Malus se puso al frente, conduciendo a los caballeros hacia la carretera y girando a la derecha, aproximándose a las ruinas desde el sur. Tan pronto como la vanguardia de la columna dobló hacia la carretera, Malus se volvió en la silla.

—¡Soldados de la guardia! —gritó—. ¡Adelante al galope!

Como un solo hombre, los caballeros acorazados clavaron las espuelas a sus cabalgaduras y los enormes animales dieron un salto adelante cogiendo velocidad. Malus y la primera fila de caballeros no tardaron en llegar a la curva del camino, y el noble se hizo rápidamente una idea de la escena que tenía delante.

Las ruinas podrían haber sido antiguamente una aldea, o un puesto de refresco para los soldados que viajaban hacia el norte, pero ahora no eran más que montones de piedras sobre desdibujados cimientos de las construcciones. Los restos se extendían a lo largo de cincuenta metros o más a uno y otro lado del camino, en un punto donde el bosque formaba un claro y permitía una buena perspectiva tanto hacia

el norte como hacia el este y el oeste. Desde la posición de Malus, las ruinas blancas y grises se veían erizadas de hombres cubiertos con negras armaduras, dispuestos todos ellos en una delgada línea de compañías de lanceros que miraban al norte. Una compañía reforzada de lanceros bloqueaba el camino en formación cerrada, como si fuera un tupido bosque de lanzas de punta reluciente que apuntaba a la densa formación de tropas dispuesta en la cresta de las montañas al norte. Las tropas del Arca Negra estaban formadas para la batalla, fuera del alcance de los ballesteros, pero dispuestas a lanzarse ladera abajo sobre las ruinas en cuanto se les diera la orden. Lord Ruhven había hecho que primase la discreción sobre la temeridad y parecía dispuesto a mantener a sus hombres en la posición que ocupaban hasta la caída de la noche si fuera necesario.

Al sur de las ruinas, una fuerza de caballería enemiga esperaba en formación relajada, a modo de fuerza de reserva para lanzar un contraataque en caso de un asalto al campamento. Los nauglirs captaron en el aire el olor a tanto caballo y apuraron la marcha. En cierto modo, las hambrientas bestias de guerra decidieron por él la táctica que debían seguir: mejor aplastar primero a la caballería, capaz de actuar con rapidez, y atrapar a las compañías enemigas de lanceros dentro de las ruinas. Podía ordenar a los hombres de Ruhven que atacasen desde el otro lado si era necesario, y hacer polvo al enemigo entre ambos.

A escasos cien metros más adelante, gran parte de la caballería se volvió ante el retumbo de las pesadas bestias sobre la carretera. Una ovación desigual partió de ese cuerpo del ejército al pensar que, por fin, llegaban las primeras unidades del grueso de su ejército. Malus hizo un gesto feroz y dejó que sus fuerzas se aproximasen más. Cuanto más pudieran acercarse sin que les presentaran resistencia, tanto mayor sería el impacto de su carga.

Sesenta metros, cincuenta. Allá al frente vio Malus que un grupo de jinetes se separaba de la formación y salía a recibir a los caballeros que llegaban. Probablemente fuera el comandante de la caballería, incluso tal vez el propio comandante del grupo de avanzada, decidido a poner a los recién llegados al corriente de la situación. El que iba al frente era un noble alto, aristocrático, con una ornamentada armadura y una capa de piel de dragón que ondeaba al viento. Malus apretó la empuñadura de su espada y decidió que aquél iba a ser su primer objetivo.

Cuarenta metros. Treinta. Malus pudo ver con claridad las facciones del hombre. Le resultó familiar. ¿Sería uno de los antiguos miembros de la guardia personal de su padre?

Veinte metros. La expresión del hombre pasó de la altanera brutalidad a la sorpresa más absoluta. Sus ojos se fijaron en Malus y, de repente, éste reconoció en él a uno de los conspiradores que habían puesto dinero para tratar de apresarlos el verano anterior. El aristócrata lanzó un grito de sorpresa y rabia, y Malus le respondió con

una risa ávida de sangre. Alzó su espada, en cuyo filo se reflejó la luz del atardecer.

—¡A la carga! —ordenó, y mil caballeros respondieron a su llamada conmoviendo el aire con sus gritos de batalla.

Rencor se lanzó a una ansiosa carrera, saludando con voraces gruñidos a los caballos del enemigo. Las monturas de la caballería relincharon y piafaron al ver a las bestias que se lanzaban sobre ellos, y el caos se extendió como el fuego por las filas enemigas. El aristócrata, al ver la muerte tan próxima, echó mano a su espada y clavó las espuelas en los costados de su caballo, atacando de frente a las arrolladoras tropas naggoritas.

De haber estado mejor preparado y de haber tenido su caballo más espacio para tomar impulso, podría haber conseguido atacar con fuerza y presentar un blanco más difícil; pero a Malus le habría dado lo mismo que se estuviera quieto. *Rencor* pasó corriendo junto a los chillidos del caballo, con las fauces ya preparadas para otro, y Malus describió un arco breve y preciso con su espada, dejando que el peso de nauglir y jinete fuera la principal fuente impulsora del golpe que superó con facilidad la parada del aristócrata, le levantó limpiamente la tapa de los sesos y provocó una efusión de sangre y masa cerebral.

Malus desembarazó rápidamente su espada y se dispuso a lanzar un golpe descendente sobre el jinete que lo pasaba por la izquierda. Su espada alcanzó de refilón el espaldarón izquierdo del hombre, y Malus recibió, a su vez, un golpe en el brazo del mismo lado. Entonces, *Rencor* se lanzó de cabeza sobre un caballo de guerra muerto que se encontró delante, y Malus tuvo que limitarse a mantenerse en la silla mientras el nauglir despedazaba de una dentellada el cuello musculoso del animal.

Una lanza salida de quién sabe dónde impactó directamente sobre el espaldarón derecho del noble y se desvió hacia un lado. La presa de *Rencor* cayó al suelo en un revoltijo de sangre caliente, y el jinete trató de apartarse con una voltereta entre gritos de furia. El nauglir atacó, entonces, al hombre, cerrando las fauces sobre su cadera. Se oyó el crujido de los huesos cuando levantó a su sangrante víctima por los aires.

—¡Vamos, *Rencor* ¡Vamos! —gritó Malus, clavando los talones en los flancos de la bestia y haciendo que se metiera de lleno en el combate.

La carga del caballero había actuado como el impacto de una maza sobre un cristal, y había hecho que la caballería enemiga se dispersara en todas direcciones. Los caballos, presas del pánico, salieron desbocados por entre las ruinas, pisoteando a los sorprendidos lanceros que trataban de reorganizar su formación ante la repentina amenaza que les llegaba por la retaguardia. Proyectiles de ballesta atravesaban el aire con su silbido, y lo mismo hacían blanco en enemigos que en amigos.

El olor a sangre y a vísceras abiertas se esparció en el aire y los oídos de Malus sufrieron el embate de una oleada de gritos y alaridos mezclados con el batir del

acero.

Un jinete enemigo cargó contra Malus por la derecha, apuntando con su lanza al pecho del noble. Con un grito levantó la espada y paró el impulso del golpe del hombre, cuya arma se desvió hacia la derecha. El jinete druchii lanzó un juramento y tiró de las riendas, apartando a su cabalgadura, pero Malus clavó el talón izquierdo en el flanco de *Rencor*, que puso su poderosa cola en el camino del caballo. El animal cayó de cabeza al trabarse sus patas delanteras, y el jinete quedó apresado bajo el peso de su caballo herido.

Rencor se agazapó y reculó, rugiendo ávido de sangre, y Malus se agachó hasta pegarse al cuello de la bestia de guerra, tratando de hacerse una idea del curso de la batalla que tenía lugar en torno a él. El suelo estaba sembrado de cuerpos de caballos y hombres, y todo lo que pudo ver de inmediato a su alrededor fueron caballeros manchados de sangre que se adentraban más en las ruinas en busca de más enemigos. Aparentemente, la caballería del enemigo había sido superada por completo, y los caballeros habían atacado las filas de los lanceros, que se ocultaban entre las piedras. Llegaban gritos mezclados con el entrechocar de armas desde las ruinas y también el restallar de las cuerdas de las ballestas.

Malus echó en falta a un trompetero que pudiera haberlo ayudado a mantener a sus hombres bajo control, pero ya era demasiado tarde para eso. La batalla ya estaba en marcha y seguiría su curso. Sólo cabía esperar que le quedara una división que comandar cuando todo hubiera acabado.

Malus espoleó a *Rencor* para que se incorporara a la roja marea de los caballeros pretorianos. Éstos, con sus pesadas armaduras, habían abierto una brecha a través de las desordenadas filas de los lanceros enemigos y se habían centrado en la compañía sorprendida al descubierto en medio del camino. De esa fuerza, sólo quedaban lanzas rotas y cadáveres destrozados, la pista de ceniza estaba empapada con su sangre. Al otro lado, vio a los caballeros que combatían con grupos aislados de infantería en los campos que quedaban al norte de las ruinas y también se libraban otros combates entre los restos de los edificios. Malus miró a izquierda y derecha, en busca de enemigos, y vio a un grupo reducido de soldados de infantería que corría por un camino sembrado de rocas y con las ballestas en la mano. Vieron a Malus al mismo tiempo y sus caras se crisparon con rabia.

El noble sintió que el frío atenazaba sus entrañas y la imagen mordaz de una fila de ballesteros recortada sobre una cortina de niebla hizo brotar de sus labios un grito casi de pánico.

—¡A por ellos, *Rencor* —gritó, clavándole las espuelas.

El nauglir dio la vuelta y se lanzó sobre los cuatro hombres en el preciso momento en que éstos apuntaban sus ballestas y disparaban. Un proyectil dio de refilón en el pecho de Malus y rebotó hecho pedazos, mientras otro se rompía contra

el duro cráneo de *Rencor*. Los otros disparos no dieron en el blanco y pasaron sibilantes a uno y otro lado del noble. Los ballesteros tiraron sus armas y corrieron dando gritos de terror. *Rencor* aplastó a uno con sus patas, y Malus le destrozó el cráneo a otro con un solo golpe de su espada; entonces, el gélido se lanzó hacia adelante y cerró las terribles fauces sobre un tercero. El cuarto sorteó de un salto los restos de una pared y se perdió de vista.

Malus sofrenó a *Rencor* y se dio cuenta de que el ruido de lucha había cesado y lo que sonaba ahora era una salvaje ovación. El noble dio la vuelta a su cabalgadura y volvió al camino principal, donde vio a los caballeros saliendo con cuentagotas de entre las ruinas, solos o por parejas. Cabezas recién cortadas se balanceaban en los ganchos para los trofeos adosados a sus sillas de montar. Cuando vieron a Malus, alzaron las espadas a modo de saludo, y él supo entonces que habían conseguido una victoria aplastante.

Tras poner a *Rencor* al trote, Malus se dirigió hacia los campos que quedaban al norte de las ruinas. Muchos de los caballeros se habían reunido allí para recoger trofeos entre los muertos. Por la cantidad de cuerpos sembrados en el campo daba la impresión de que los lanceros enemigos se habían retirado de las ruinas y habían tratado de recomponer su formación en espacio abierto; pero los caballeros los habían arrollado. Malus se puso de pie en los estribos.

—¡Gaelthen! —gritó—. ¡Lord Gaelthen!

—¡Aquí, mi señor! —llegó una ronca respuesta.

Al otro lado del campo, Gaelthen espoleó a su cabalgadura y al trote se dirigió hacia Malus. El viejo caballero estaba cubierto de sangre, pero daba la impresión de que no era suya.

—Reunid la división aquí, en el campo —le ordenó Malus—. Que esté preparada para moverse rápidamente. —Calculó la altura del sol—. Fuerlan tendría que llegar de un momento a otro y apenas tenemos tiempo para encaminarnos hacia el sur para alcanzar el vado.

—Sí, mi señor —respondió Gaelthen, señalando hacia la línea de colinas—. Ese podría ser Eluthir.

Al volverse, Malus vio un nauglir solitario que bajaba al trote de la colina hacia las ruinas. Despidió a Gaelthen con una inclinación de cabeza, y éste se volvió y empezó a dar instrucciones a voces a los jubilosos caballeros. A continuación, se quitó el yelmo. Fue reconfortante sentir el aire fresco sobre la cara y el cuello, y de pronto se dio cuenta de que tenía los huesos molidos. «No hay tiempo para descansar ahora — pensó, pesaroso—. Nos esperan kilómetros de camino y más hombres que matar antes de que acabe el día.»

Eluthir tiró de las riendas al llegar ante Malus y echó una mirada a la carnicería con gesto de envidia.

—Enhorabuena por vuestra victoria, mi señor. Ruego estar presente la próxima vez para participar en la matanza.

Malus rió entre dientes con cansancio.

—Vuestros deseos se cumplirán antes de una hora, os lo garantizo. ¿A qué distancia están Fuerlan y el grueso del ejército?

Eluthir respiró hondo.

El joven caballero lo miró con desánimo. Malus frunció el ceño.

—¿Qué ha sucedido?

—Mi señor, he hecho llegar vuestro informe, pero el general ha decidido acampar para pasar la noche. Os ordena que os repleguéis con la vanguardia y os dispongáis para atacar al enemigo al amanecer.

Malus no daba crédito a lo que oía.

—¿Atacar al amanecer? ¿Al amanecer? ¿Está loco? ¿Le dijisteis que el ejército enemigo está cruzando el vado del Aguanegra? ¡Podríamos llegar en una hora y hacerlos picadillo! Al amanecer se encontrarán en buena posición defensiva; lo más seguro es que sea en este mismo lugar, y estarán preparados y esperándonos.

El joven caballero, apesadumbrado, miró a Malus.

—Le expliqué la situación con toda la claridad de que fui capaz, pero dijo que los hombres necesitaban tiempo para descansar y prepararse. Dijo..., dijo que necesitaba tiempo para considerar su estrategia.

—Tiempo para vaciar otra barrica de vino, eso es lo más probable —soltó Malus.

Por un momento se sintió tentado de desoír las órdenes de Fuerlan y marchar sobre el vado sólo con los caballeros pretorianos y las lanzas de Ruhven, pero sin datos sobre las proporciones y la disposición del enemigo podría resultar superado y derrotado. Tampoco podía quedarse donde estaba. El enemigo podría llegar a las ruinas en cuestión de horas y tendría que enfrentarse al grueso del ejército con apenas dos divisiones. Rechinó los dientes de frustración. Aquel maldito miserable no le había dejado otra opción.

En ese preciso momento, volvió Gaelthen.

—Mi señor, la división está en formación y esperando vuestras órdenes —declaró el viejo guerrero surcado de cicatrices—. ¿Qué debemos hacer?

Malus se irguió en su silla y echó una última mirada al escenario de su primera victoria.

—Nos retiramos —dijo con amargura.

Las tiendas para el general y su guardia personal fueron las primeras en montarse, incluso antes de que se hubiera establecido el perímetro del campamento. Allí estaban, como una incongruencia en medio de un ejército exhausto. Algunas compañías hacían intentos no demasiado animosos de montar sus propios refugios, mientras que otras unidades se limitaban a parar la marcha, dejarse caer en el suelo y

echarse a dormir. Se habían levantado los piquetes para los caballos, y los jinetes mantenían a raya su propia fatiga para ocuparse de que sus monturas fueran atendidas mientras que los hombres del tren de equipaje desembalaban provisiones y empezaban a encender hogueras para una rápida cena.

Las cabezas fatigadas se volvieron hacia los caballeros pretorianos y los lanceros de Ruhven cuando entraron en el campamento. Los guerreros montados eran una visión temible tal como estaban, cubiertos de sangre seca y suciedad, y con sus macabros trofeos obtenidos en la batalla sostenida entre las ruinas. Malus se desvió de la marcha y pasó revista a la división mientras pasaba, estudiando en qué condiciones estaba. Habían tenido pocas bajas gracias a la pesada armadura de los caballeros y al factor sorpresa. Dudaba de que fueran a tener la misma suerte al día siguiente, y esta idea le producía una profunda rabia.

Una vez en el campamento, los caballeros se dispersaron para buscar sus tiendas. Malus se dirigió al pabellón del general.

Los guardias que vigilaban ante la gran tienda de campaña de Fuerlan empalidecieron al ver la imponente figura de Malus salpicada de sangre, y no se atrevieron a decirle nada cuando entró como un lobo hambriento en el estridente jolgorio que reinaba en el interior.

Se orientó por las risas mientras atravesaba pequeñas habitaciones creadas con cortinajes para permitir que los sirvientes del general realizaran las tareas sin obstaculizar su diversión. Pasó por una antesala donde los escribas estaban atareados compilando órdenes para el día siguiente y salió a un gran espacio en el centro de la tienda donde Fuerlan estaba rodeado de colaboradores y aduladores.

El incienso sumía el espacio en una niebla azulada que se elevaba en leves volutas de los braseros. La cámara estaba tapizada de pilas de gruesas esteras y se habían instalado mesas bajas con bandejas de carne y queso para los huéspedes del general. Casi una docena de jóvenes nobles estaban sentados por allí, bebiendo vino y hablando, o jugando a los dados, bajo la cambiante luz del fuego. Fuerlan estaba sentado en el centro como una extraña araña, con sus miembros larguiruchos colgando de los brazos de una silla de roble color sangre de alto respaldo mientras bebía vino de un cráneo dorado. Cuando vio a Malus sus ojos se encendieron con jubiloso odio.

—Ya era hora de que llegarais — dijo con desdén, con una lengua a la que el vino volvía torpe—. Y parece que hayáis rodado por un muladar. Supongo que no debería sorprenderme.

—¿No os sorprende que prefiriera luchar en lugar de esconderme en una tienda con una pandilla de aduladores? —siseó Malus—. ¡Teníais una gran victoria al alcance de la mano y la dejasteis escapar, contrahecho y afectado miserable!

Fuerlan lo miró con ojos desorbitados. Las manos le temblaban y empalideció de

rabia.

—¡Apresadlo! —rugió—. ¡Atadlo a un poste y desolladlo vivo!

Dos de los petimetres se pusieron de pie y corrieron hacia Malus. Sin dudarlo, el noble sacó su espada manchada de sangre.

—¡Vamos, si os atrevéis! ¡Voy a colgar vuestros estrechos cráneos de mi silla de montar!

—¡Ya basta! —La voz de Nagaira resonó en la penumbra como un trueno.

Los petimetres se quedaron paralizados. Malus se volvió a mirar hacia el lugar de donde había salido la voz de la bruja. Algo se removió en las sombras profundas del extremo de la cámara cuando ella se acercó al lado del fuego. Sus ojos relumbraron como brasas encendidas en las cuencas argentadas de su máscara de demonio haciendo que Malus se parara en seco.

Sólo Fuerlan fue lo bastante osado, o lo bastante tonto, para ofenderse por la aparición de Nagaira.

—Vuelve a tu tienda —le espetó—. Esto no te concierne.

—¿Que no me concierne? —siseó, y Malus vio que la luz de los braseros se volvía más apagada—. ¡Pensad lo que decís, necio sarmentoso! ¡Pensad en el plan y en todo lo que le queda por hacer a Malus! ¿Estaríais dispuesto a matarlo ahora y tirarlo todo por la borda?

Malus abrió mucho los ojos. ¿De qué estaba hablando? Espontáneamente dirigió la mirada a la mano con que manejaba la espada y a las líneas de destacadas runas que tenía pintadas.

—¿Qué quieres decir con eso de lo que me queda por hacer? —dijo sin pensar.

Nagaira lo miró otra vez, y Malus sintió que su rabia se desvanecía como la llama de una vela.

—Por ahora, ve a tu tienda a descansar. Mañana habrá que luchar y debes conducir el ejército a la victoria.

No era una respuesta sincera, pero Malus sintió que no podía desafiarla. Impotente, se vio a sí mismo enfundando la espada y girando sobre sus talones sin decir palabra. Cuando salía de la tienda de Fuerlan oyó que Nagaira decía algo con fiereza a su prometido, pero no pudo entender lo que era.

Malus sintió en la cabeza una punzada atroz mientras se alejaba de la tienda del general. El dolor le revolvió el estómago y se le aflojaron las rodillas, pero su cuerpo siguió moviéndose de todos modos, empujado por el designio poderoso de Nagaira. Tuvo que alejarse más de una docena de metros de la tienda antes de poder caer finalmente de rodillas tratando de recobrar el aliento ante aquel dolor que lo cegaba.

«¿Qué es lo que me ha hecho esa bruja? —pensó—. ¿Y de qué forma puedo volverlo atrás?»

17. Escudos y lanzas

La cresta de las montañas estaba erizada de hombres con armadura. Horas antes del amanecer, las tropas del Arca Negra habían sido arrancadas del sueño y, tras ingerir un poco de carne fría y queso, habían formado en columna y habían marchado hacia el sur, donde las esperaba el ejército de Hag Graef. Bajo la débil luminosidad del falso amanecer habían abandonado el camino y habían formado una línea en la ladera inversa de las montañas. Jinetes oscuros habían estado ocupados persiguiendo a pequeños grupos de exploradores y de emboscados para mantenerlos muy apartados de las fuerzas naggoritas. Las banderas de infantería estaban listas y el terreno se conmovía bajo el paso medido de doce mil hombres que coronaron la cresta y apuntaron con sus lanzas al enemigo que los esperaba en medio de las ruinas.

Malus estaba en su montura en un punto de la ladera más bajo del que ocupaban las divisiones de infantería, lo que le permitía tener una buena perspectiva desde donde observar con odio las ruinas situadas cien metros hacia el sur. El general enemigo había aprovechado muy bien el tiempo que Fuerlan le había concedido estúpidamente. Durante la noche habían arrastrado enormes bloques de piedra desde las ruinas y los habían distribuido cuidadosamente en la extensión que había delante de la posición del ejército para crear campos de obstáculos y obstaculizar de ese modo al máximo una carga de la caballería. Unidades de lanceros estaban dispuestas en apretadas filas detrás de los parapetos de piedras, listas para ensartar a cualquier enemigo que se acercara demasiado. Detrás de ellos, había dos líneas de cimientos de edificios lo suficientemente altos como para permitir que se refugiasen allí las unidades de ballesteros y dispararan sobre las tropas enemigas que avanzaran.

El noble miró con amargura las fortificaciones enemigas y, una vez más, contó el número de efectivos. Había tres banderas de infantería y posiblemente una bandera completa de caballería en algún lugar por detrás de aquélla. Constantemente tenía atisbos de hombres a caballo que se movían al sur de las ruinas, pero nunca resultaba suficiente para calcular cuántos eran. Había algo en la disposición del enemigo que le preocupaba. Algo no estaba bien, pero no podía decir qué era. Malus miró a la chica autarii que tenía a su izquierda.

—¿Dices que tienen hombres observando los bosques a uno y otro lado?

Ella asintió.

—Ballesteros y lanceros. Esperan ocultos en profundas trincheras para dar por tierra con cualquier carga de la caballería —dijo—. Es probable que el enemigo tenga un vidente entre ellos.

Un presentimiento hizo que Malus se estremeciera, pero lo desechó con un gesto de desdén.

—No es probable — dijo—. Los drachau sólo recurren a las brujas en caso de

absoluta emergencia. De lo contrario, crean demasiados problemas. —Volvió la cabeza y escupió hacia la derecha—. No, apostarí a que el capitán enemigo observó cómo habían muerto los hombres y caballos, y los lugares donde habían caído, y se hizo su propia composición de lugar. Hay que reconocer que los hombres del Hag se conocen bien el arte de la guerra.

—Y las trampas —añadió la joven fríamente.

—Así es — asintió Malus—. Da la impresión de que has tenido alguna experiencia al respecto.

La chica le dirigió otra de sus extrañas miradas.

—Una sola vez — dijo—, pero podéis estar seguro de que me vengaré.

Malus hizo una mueca al sentir una punzada de dolor en el fondo de los ojos.

—¿Es ése el motivo por el cual te uniste al ejército? —preguntó—. ¿Esperas encontrar al hombre que te agravió?

—Creía que ya lo había encontrado —respondió ella en voz baja—, pero cuando lo miré a los ojos vi que él no me reconocía.

Malus rió entre dientes.

—Entonces, es probable que no fuera él. No eres una persona fácil de olvidar.

La autarii le lanzó una mirada enigmática.

—Es posible —dijo. Después de un momento alargó la mano y señaló al cuello descubierto de Malus—. ¿De dónde sacasteis esas marcas, mi señor?

El noble se tocó el cuello.

—¿Las runas? Mi hermana me las pintó cuando la fiebre no quería abandonarme y ahora no puedo borrarlas. ¿Por qué? ¿Puedes leerlas?

—No soy una bruja, mi señor — dijo, negando con la cabeza—, pero está claro que os ha hecho un encantamiento.

El noble miró fijamente a la exploradora.

—¿Conoces alguna manera de eliminar conjuros?

—No. Como os he dicho, no soy bruja —respondió—, pero tengo entendido que las brujas llevan libros y pergaminos en los que están escritos sus conjuros. Es posible que en su tienda haya algo que pueda utilizarse.

—¡Hum! Tal vez —respondió Malus, lentamente—. Eso valdría la pena si se presentara una oportunidad. —Se agachó para acercarse a la exploradora—. Tengo algo que proponerte.

—¿Ah, sí? ¿De qué se trata?

—Ayúdame a encontrar una manera de deshacer este encantamiento y haré todo lo que pueda por encontrar al hombre que te agravió.

La joven le dirigió una de sus espectrales sonrisas.

—De acuerdo, mi señor.

A la derecha de Malus se oyó el sonido de los cuernos. Al volverse vio a Fuerlan

subiendo por la otra ladera de la colina, rodeado por su séquito habitual de guardias y sirvientes. Nagaira venía un poco más atrás a lomos de su negro corcel de guerra, acompañada por un reducido grupo de acólitos encapuchados.

—Lo primero es lo primero —gruñó Malus—. El general se ha dignado, por fin, acompañarnos y ahora debemos encontrar el modo de llegar con vida a mañana. — Hizo que *Rencor* diera la vuelta mientras echaba a la exploradora una última mirada —. Permanece donde pueda encontrarte —le ordenó—. Podría tener que dar órdenes a los exploradores dependiendo de la marcha de la batalla.

Dicho esto espoleó a *Rencor*, que salió al trote hacia donde se encontraba Fuerlan.

No pudo llegar a donde estaba. Nagaira vio que se acercaba y le salió al encuentro, bloqueándole el camino para que no pudiera cumplir su objetivo. *Rencor* le gruñó al caballo, pero éste mantuvo su posición y le mostró los dientes, desafiante.

—Apártate de mi camino, hermana — dijo Malus—. ¿O es que al gran general ya no le interesan los informes de sus propios exploradores?

La luz del sol arrancó un destello a la máscara demoníaca de Nagaira. Las sombras pegadas a su piel convirtieron los orificios de los ojos en pozos de negrura impenetrable.

—El enemigo está formado ante nosotros —dijo con voz hueca—. ¿Qué más necesitamos saber?

El noble rechinó los dientes.

—El enemigo tiene tres banderas de infantería y posiblemente otra completa de caballería —dijo secamente—. Sus flancos están protegidos y ocupan posiciones perfectamente fortificadas desde las que controlan el camino.

El rostro enmascarado de Nagaira se volvió hacia el sur para mirar a las fuerzas enemigas.

—A menos que me equivoque, todavía somos muy superiores numéricamente — dijo, por fin—. No tienen la fuerza necesaria para derrotarnos.

—Pero tienen fuerzas más que sobradas para sangrarnos — le dijo Malus con voz destemplada—. Y para retrasarnos. Suceda lo que suceda, debemos ser capaces de mantener un ejército numéricamente suficiente para conquistar la ciudad. Y ahora mismo apostaría lo que fuera a que hay un mensajero matando caballos para volver al Hag y advertir al drachau de que vamos de camino. — El noble miró con furia a Fuerlan, que, montado en su nauglir a algunos metros de él, tomaba a sorbos el vino que le ofrecía uno de sus sirvientes—. Ese necio ya ha dilapidado las que eran nuestras mayores ventajas: la velocidad y la sorpresa. De ahora en adelante, cuanto más nos acerquemos a Hag Graef, tanto más estaremos en manos del enemigo.

La risa de Nagaira resonó débilmente detrás de su máscara.

—No pierdas la fe, hermano. Tenemos a nuestra disposición algo más que soldados.

—Entonces, será mejor utilizarlo ahora —replicó Malus—. Si tienes sobre Fuerlan el mismo poder que tienes sobre mí, convéncelo de que se retire y haga que el enemigo salga en su persecución...

—No sé de qué hablas —dijo Nagaira, pero Malus sintió su mirada abrasadora sobre la piel—. No vuelvas a decir semejantes tonterías, Malus. A nadie. ¿Me oyes?

La réplica del noble se apagó como la llama de una vela. Sintió que su rabia perdía intensidad y desaparecía a pesar de lo mucho que luchó porque no fuera así.

—Ya..., ya entiendo —se oyó decir.

—Muy bien —dijo su hermana, como si él fuera un animal domesticado—. Si tanto te preocupa el ejército naggorita, tendrás que encontrar una manera de apartarlo del fuego. Yo no tengo tanto poder sobre Fuerlan. Lo cierto es que cuanto más sangre de su ejército se derrama, tanto mayor es su empeño de enviarlos a combatir. ¿Has oído? Han sonado las trompetas. La batalla ha empezado.

Claro estaba que oía el grito estridente de las trompetas dando al ejército la orden de avanzar. Como un solo hombre, las tres banderas de infantería bajaron las lanzas e iniciaron la marcha hacia las ruinas. Una bandera de caballería las seguía lentamente a uno y otro flanco, y se mantenía retrasada en previsión de atravesar la línea enemiga. A las trompetas naggoritas les respondió el sonido de los cuernos de Hag Graef, preparando a las tropas para la batalla.

—¿No hay ningún conjuro que podamos emplear? —preguntó Malus—. ¿Bolas de fuego o terribles apariciones? ¿Nada?

Su hermana se limitó a negar con la cabeza.

—Debo reservar mi poder para el golpe decisivo —dijo—. Ese momento todavía no ha llegado.

—¡Si no vencemos ahora es posible que no tengas otra oportunidad!

La bruja rió entre dientes mientras tiraba de las riendas.

—Todo está saliendo tal como lo habíamos planeado, hermano. Ya verás.

Dicho esto, espoleó su caballo y salió al trote hacia Fuerlan y su guardia. Malus ni siquiera tuvo el valor suficiente para mirar con odio a su hermana mientras se alejaba.

Rechinando los dientes de frustración, volvió a prestar atención a la batalla que se había entablado al pie de la colina. Los lanceros naggoritas casi habían llegado a las ruinas, y el aire entre uno y otro ejército ya estaba negro de virotes de ballesta. Los lanceros avanzaban protegidos por sus escudos; presentaban una muralla móvil de madera y acero al embate de los proyectiles. Algún que otro hombre caía, tratando de arrancarse los virotes que se les habían clavado en el pecho, el cuello o las piernas. Los hombres heridos se retiraban de las filas, cojeando o retrocediendo a tumbos hacia la cresta de la colina, o arrastrándose con dificultad en cualquier dirección para ponerse a salvo de la espantosa lluvia de acero. Los oficiales nobles de la retaguardia daban órdenes a los lanceros y hacían que guerreros de refresco cubrieran las brechas

para que las compañías siguieran adelante.

Desde su punto de observación, a Malus le daba la impresión de que el avance inicial iba bien. No había muchas bajas por el momento, pero a medida que los hombres se acercaban a las filas enemigas, tanta más fuerza cobraban las ballestas, y los naggoritas tendrían que preocuparse tanto del enemigo que tenían delante como de los proyectiles que les llovían desde arriba. Trató de sorprender algún movimiento al sur del frente enemigo; parecía que había más caballos cambiando de posición. El comandante de la caballería, o bien era del tipo indeciso, o bien estaba tratando de dar la impresión de que el número de soldados de caballería que se movía entre las ruinas era mayor de lo que realmente era.

¿Dónde estaba el general? Empezó por el extremo izquierdo de las fuerzas enemigas y fue examinando las ruinas con mucha atención. «Sin duda, debe ocupar un lugar con una buena perspectiva», pensó mientras examinaba los promontorios elevados o las sendas que proporcionaban una vista amplia del frente.

Por fin, vio a un nauglir que bajaba lentamente por el Camino de la Lanza, justo en el centro de la posición del enemigo. Un noble con armadura aparecía sentado en la montura, pero en sus manos no llevaba ni armas ni escudo. Tras él había un pequeño grupo de caballeros montados en gélidos, sólo cinco, demasiado pocos para influir en una batalla campal. «El general y su guardia personal», pensó Malus. No podía ser nadie más.

Mientras Malus lo observaba, el general paró su cabalgadura a unos diez metros de la línea cuando las compañías de lanceros se enfrentaron a un estrépito de gritos de batalla y entrechocar de acero y madera. Las banderas naggoritas estaban dispuestas en cuatro filas; la primera apuntó con sus lanzas a la altura del cuello, manteniendo los altos escudos pegados al cuerpo, mientras la segunda fila apuntaba desde arriba, por encima de las cabezas de los hombres de la primera, y atacando hacia abajo, hacia las cabezas de sus enemigos. Los hombres de Hag Craef estaban formados en dos líneas, lo que les permitía cubrir más terreno. Por lo general, esto habría supuesto que la formación fuera menos resistente, pero las fortificaciones improvisadas les daban protección añadida y el hecho de desplegar sólo dos filas hacía que todos los hombres de la bandera pudieran combatir.

Desde las ruinas llegaban el estrépito de los golpes y los gritos de los moribundos. Cada vez era mayor el número de heridos que se retiraba de las compañías naggoritas. Por ahora era sólo un goteo, pero un goteo de sangre que mermaba la fuerza de la formación. No había manera de saber la suerte que estaba corriendo el enemigo. Con que sólo una de las banderas de Hag Graef retrocediera, dejaría el camino abierto para que los caballos intervinieran haciendo estragos. Sin embargo, por el momento, el enemigo mantenía con firmeza sus posiciones.

Malus sabía que los harían picadillo. Tenían dos banderas, y ellos una sola. Tarde

o temprano se abrirían camino, pero ¿a costa de qué?

Estudió el frente de un extremo a otro, tratando de detectar algún punto débil que pudiesen aprovechar la caballería o los caballeros pretorianos para hacer valer su fuerza, pero el terreno no lo permitía. Los espesos bosques que había a ambos lados del camino dirigían a las tropas naggoritas hacia las ruinas, y la línea de compañías de lanceros llenaba por completo los campos frente a las posiciones enemigas.

Por fin, Malus decidió que la clave era el general enemigo. Si él caía, la resistencia se debilitaría, pero ¿cómo llegar hasta él?

Una aclamación se oyó en el frente de batalla. La bandera naggorita que ocupaba el centro había lanzado una fuerte ofensiva contra los lanceros de Hag Graef que cubrían el camino principal y los había hecho retroceder casi diez metros hacia el sur. El frente enemigo empezada a ceder. ¿Cuándo llegaría al punto de ruptura?

Malus miró hacia la izquierda y distinguió a la joven autarii en cuclillas que lo estudiaba con desapasionada malevolencia. Le hizo señas de que se acercara, y ella acudió corriendo como un gamo. El noble señaló con un gesto por encima del hombro.

—Busca a lord Gaelthen y dile que traiga a los caballeros pretorianos.

Cuando la exploradora salió corriendo, sonaron más trompetas. Al volverse, Malus vio que la bandera naggorita del flanco derecho estaba retrocediendo. La implacable lluvia de virotos de ballesta había hecho mella en sus compañías. Al ver sus filas mermadas, Malus calculó que la bandera había perdido por lo menos a la mitad de sus hombres. Los lanceros retrocedían en orden, haciendo frente al enemigo y combatiendo lo mejor que podían, pero se había perdido la garra de los líderes de la división. La segunda bandera de la división, encabezada por su capitán, lord Kethair, ya avanzaba a la carga ladera abajo para evitar la caída por el flanco y salvar el honor del cuerpo.

En el centro, los lanceros de Hag Graef seguían cediendo terreno. Malus volvió a ver al general enemigo, cerca de la retaguardia de las compañías en retirada. El noble se dio cuenta de que no parecía preocupado y no pedía refuerzos.

Precisamente cuando los naggoritas conseguían superar la primera línea de las ruinas, el motivo de la retirada se hizo patente. Una andanada de negros proyectiles cayó sobre las compañías de lanceros de uno y otro lado al entrar en acción dos grupos escondidos de ballesteros que sorprendieron a las tropas naggoritas con un fulminante fuego cruzado. Malus observó, horrorizado, cómo parecía encogerse ante sus ojos un enorme bloque de hombres.

El terreno tembló bajo sus pies al acercarse trotando por el camino los caballeros pretorianos. Una rápida mirada hacia atrás le permitió comprobar que la división acudía en perfecto orden de batalla. El centro de la línea naggorita no podía aguantar mucho más. El noble tomó una rápida decisión. Desenvainando la espada, se puso de

pie en los estribos y gritó con voz firme:

—¡*Sa'anHshar!* ¡Los caballeros pretorianos se incorporan al combate!

Se oyó el sonido chirriante de mil espadas abandonando sus vainas y un rugido ávido de mil gargantas sedientas de sangre. Malus sumó a ellas su propio grito.

—¡Adelante! —gritó, bajando su pesada espada y haciendo que *Rencor* emprendiera un trote.

El trompeta de Fuerlan ya lanzaba una señal de advertencia, pero el general había visto el peligro demasiado tarde. A la bandera del centro le quedaba muy poco resuello y el resto de los hombres de lord Ruhven no conseguirían llegar a tiempo. La columna de caballeros cubiertos de armadura llegó a la cima de la colina, y Malus apuró la marcha de su cabalgadura. Lord Gaelthen, en la primera fila, gritó una orden y la columna aceleró el paso. Adelante, las compañías de lanceros de la segunda bandera de Ruhven se apartaron dando voces de aliento cuando los caballeros se abalanzaron por el Camino de la Lanza como un relámpago.

Contando a su favor con el impulso de la larga pendiente, los nauglirs cubrieron los cien metros en cuestión de segundos, sorteando o saltando por encima de las rocas que les hubieran roto las patas a los caballos. Se encontraban a treinta metros de las ruinas cuando los primeros proyectiles enemigos empezaron a silbar con rabia entre las filas, rompiéndose contra los escudos y rebotando en las pesadas armaduras.

Presionada desde el frente y por ambos flancos, y encontrándose en el camino de una inminente carga de la caballería, la bandera naggorita que ocupaba el lugar central se abrió. Los soldados se olvidaron de la disciplina y corrieron en desbandada; abandonaron las lanzas y trataron de salvar la vida. Los lanceros enemigos emitieron un grito triunfal y cargaron; mataron a todos los que pudieron antes de darse cuenta, demasiado tarde, de que las tornas habían cambiado.

A veinte metros de la línea enemiga, Malus alzó su espada otra vez y describió con ella un arco descendente.

—¡A la carga! —ordenó, y los caballeros pretorianos respondieron con un grito enardecido, lanzando a sus cabalgaduras a galope tendido.

Rencor rugió y afirmándose bien sobre sus patas delanteras saltó hacia los tropas enemigas con las fauces abiertas.

La línea de lanzas enemigas vaciló ante la carga naggorita. La primera línea retrocedió entre gritos aterrorizados, tropezando con los hombres que tenía detrás. El bosque de lanzas, que normalmente habría refrenado la acometida de una formación de caballería, se enmarañó, obligando a desalinearse las mortíferas puntas. Malus se lanzó contra la muralla de hombres cubiertos de armadura y armados con relucientes lanzas aullando como un condenado.

Los nauglirs penetraron en la desordenada línea con un choque imparable y suscitaron un coro de gritos. Las astas de las lanzas se rompieron, y las puntas de

acero volaron por los aires y penetraron en las filas girando y rebotando. En algún punto, un nauglir lanzó un bramido mortal. En torno a Malus la sangre salpicaba en todas direcciones al caer los hombres hechos pedazos bajo el embate de los gélidos.

Malus luchaba contra los lanceros esperando que le devolvieran los golpes, pero ninguna de las lanzas enemigas dio en el blanco. Uno de los guerreros trató de dar la vuelta y salir corriendo, pero desapareció bajo las garras de *Rencor*. A otro le arrancó la cabeza de una dentellada y quedó seco donde se encontraba. Malus asestó un golpe con su espada sobre un lancero que tenía a la derecha, encontrando la brecha entre el borde inferior del yelmo y el espaldar, y rompiéndole el cuello al hombre. Recuperó la espada y la sostuvo, chorreando sangre, por encima de su cabeza.

—¡Adelante, caballeros! ¡Adelante! —gritó, espoleando su cabalgadura.

Rencor dio un salto hacia adelante, apresó a un hombre a la carrera entre sus fauces y lo sacudió como si fuera un muñeco. El hombre gritaba y borboteaba mientras el nauglir avanzaba al galope, apremiado por Malus, y los caballeros aplastaban a la bandera de lanceros y caían como locos sobre el general y su guardia personal.

Los cuernos atronaron el aire alrededor de Malus mientras el enemigo reculaba ante la furia de la carga. Al frente, el noble vio que el general enemigo sacaba una pesada maza de mango largo de un gancho de su silla. Su armadura estaba hecha por manos expertas y lo cubría con numerosos sigilos de protección. Su rostro estaba oculto tras un ornamentado yelmo con forma de cabeza de dragón, pero Malus estaba seguro de que era uno de los jefes de la guardia de Lurhan, y además un noble poderoso. Sus guardaespaldas se adelantaron, tratando de interponerse entre los naggoritas y su señor, pero *Rencor* era más pequeño y ágil que el común de su especie, y Malus llegó al general en un abrir y cerrar de ojos.

Rencor se lanzó contra el gélido del general y arrancó de una dentellada un lado de la cara del nauglir con sus garras; después, hundió sus colmillos como dagas en el cuello escamoso de la bestia de guerra. Malus arremetió hacia adelante, asestando un golpe con la espada plana, pero se quedó corto y sólo rozó el brazo blindado del general. Oyó que su contrincante bramaba bajo el yelmo con forma de dragón mientras esquivaba la espada de Malus y contraatacaba con un mazazo. El golpe alcanzó el espaldarón derecho de Malus, que sintió como si le hubiera caído encima una roca. Notó un dolor intenso en la articulación del hombro y el brazo se le entumeció hasta los dedos. Sólo su enorme fuerza de voluntad hizo que no soltara la espada.

Furioso, Malus volvió a intentarlo, pero al ser su espada más corta se volvió a quedar a una cuarta del general enemigo. Tiró de las riendas y clavó las espuelas en los costados de *Rencor*, pero el nauglir estaba trabado en una lucha a vida o muerte con la cabalgadura del general y no atendía a nada más. En todos los sitios se oían

gritos y alaridos mientras los caballeros pretorianos luchaban con los guardaespaldas del general. Hombres de infantería pasaban corriendo, maldiciendo y gritando, aterrorizados. El noble miró a su izquierda y vio a lord Galthen a pocos palmos de él, partiendo el yelmo de uno de los guardaespaldas del general con un golpe implacable de su espada.

Malus vio un movimiento con el rabillo del ojo y se volvió justo a tiempo para ver a otro guardaespaldas que cargaba contra él. El nauglir del hombre trató de morder a *Rencor* en el flanco y recibió un coletazo en todo el hocico por su atrevimiento; la bestia retrocedió un poco y dio por tierra con el intento de su jinete. El golpe del hombre se quedó corto y sólo golpeó a Malus en la rodilla derecha. La armadura paró el golpe, pero el impacto le produjo un estallido de dolor. El noble maldijo al hombre y puso todas sus fuerzas en un golpe a la cabeza del guardaespaldas. Esperaba atontar al hombre con un golpe resonante en su yelmo, pero quiso la Madre Oscura que la punta de la espada penetrara por la abertura del ojo y se le clavara en el cráneo. Sangre y fluidos corrieron por toda la ancha hoja de la espada mientras el hombre gritaba y se sacudía; a continuación, cayó hacia adelante y se precipitó a tierra con la espada de Malus todavía alojada en su yelmo.

El peso del hombre y de su armadura tiró también de Malus hacia abajo. En ese momento, algo golpeó en la parte trasera de su yelmo y la oscuridad lo envolvió.

18. En la trampa

Malus cabalgaba a través de una bruma caliente y roja que anulaba el sonido y se lo hacía ver todo borroso. No sentía los brazos — de hecho, no sentía nada—, pero sí sabía que cabalgaba sentado en una silla, detrás de un caballero cubierto con una armadura. Cada paso bamboleante que daba el nauglir hacía que rozase con el frío acero del espaldar del caballero; le llegaba un olor a metal y a aceite, a sangre y a tierra, y a cuero viejo. Sin embargo, todo lo que salía de sus labios era un gruñido sordo.

El caballero volvió la cabeza apenas. Malus oyó el crujido del cuero y percibió un olor como a moho.

—No hables —dijo el caballero. La voz era profunda y sepulcral, como si resonara en el interior de una tumba—. Te han partido la cabeza y se te han saltado los sesos fuera.

El caballero se volvió y le mostró su mano. En la palma tenía cuajarones de masa cerebral, y entre los dedos rezumaban sangre y un líquido de color blancuzco.

—Debes volver a ponerlos en su sitio antes de que sea demasiado tarde.

Malus dio un grito de terror y se apartó del caballero y de su macabra oferta. El viento de la muerte producía una sensación extraña en la parte posterior de su cabeza al rozar con sus helados dedos el hueso astillado y la sangre seca. Trató de mover los brazos, pero no pudo, y dio gracias por ello. De haber podido, habría tratado de tocarse la cabeza y temía que sus dedos pudieran encontrar algún desastre en esa zona.

Oyó un grito extraño, amortiguado, y unas manos invisibles lo cogieron. El mundo giraba desquiciado y volvió a gritar, cerrando con fuerza los ojos para no ver la bruma roja.

Se sintió caer como una hoja movida por una brisa invernal hasta posarse suavemente en el suelo. Por encima de él oyó un murmullo, un zumbido de voces que no podía distinguir. Haciendo acopio de voluntad, se obligó a tranquilizarse y abrió, poco a poco, los ojos.

La niebla empezaba a desvanecerse. Estaba tendido de espaldas cerca de una de las hogueras del campamento naggorita, mirando a las nubes y el sol de media mañana. Dos hombres estaban inclinados sobre él. Le llevó un momento identificar a uno de ellos como lord Eluthir. El rostro del joven caballero estaba manchado de sangre seca y sangraba por un corte profundo que tenía en la mejilla derecha. El otro hombre llevaba pesados ropajes negros manchados y bordados con runas en hilo de plata, y su cara alargada era vieja y llena de arrugas. Los dos hombres discutían acaloradamente, pero al principio Malus no podía distinguir lo que decían. Trató de incorporar la cabeza, pero sólo consiguió levantarla unos centímetros antes de que un

acceso de náusea se apoderara de él. El noble volvió a echarse hacia atrás y cerró los ojos mientras trataba de pasar revista a sus miembros, que no le obedecían.

—¿Por qué lo habéis traído aquí? —preguntó el viejo druchii, fastidiado—. Es un noble. Llevadlo de vuelta a su tienda y dejad que su gente se ocupe de él. Nosotros ya tenemos bastante que hacer.

—Si tuviera su propio sanador no estaría perdiendo el tiempo con tipos como tú —respondió Eluthir con tono altanero—. ¡Y además no es un noble cualquiera; es Malus de Hag Graef, el segundo comandante del ejército!

—¡Madre de la Noche! —exclamó el quirujano—. Está bien —dijo, por fin, con tono quejumbroso y arrodillándose al lado del noble—. ¿Qué le ha pasado?

—Estábamos combatiendo, viejo necio —le espetó el joven caballero—. El general enemigo lo golpeó en la cabeza con una maza. Fue apenas un golpe de refilón...

—Es obvio, de lo contrario no estarías aquí dándome la tabarra — se quejó el quirujano. Alargó la mano y cogió a Malus por la barbilla con una mano áspera; luego se inclinó y examinó los ojos del noble—. ¿Podéis oírme? —preguntó, hablando pausadamente.

Malus gruñó una afirmación. El quirujano asintió y agitó los dedos delante de los ojos del paciente.

—Bastante bien — dijo, y a continuación le pasó las manos cuidadosamente por el cuero cabelludo desde las sienes hasta la parte posterior del cráneo.

Malus sintió una punzada de dolor en el lado izquierdo de la cabeza y siseó para advertir al sanador. El quirujano asintió y retiró la mano izquierda húmeda de sangre.

—Hay dos incisiones de buen tamaño, ocasionadas tal vez por esquirlas del yelmo roto — dijo el druchii más viejo—. El cráneo parece intacto, pero no me cabe duda de que crujió como un huevo cocido. Llévalo a su tienda y dale un poco de hushalta. Debería descansar varios días y alguien debería vigilarlo constantemente. Si pasa esta noche, seguramente se recuperará.

Eluthir no podía creerlo.

—¿Eso es todo? ¿Darle leche de madre y dejar que duerma como si hubiera bebido demasiado vino?

El quirujano estaba a punto de dar una respuesta cortante cuando Malus intervino.

—Incorpórame —dijo con voz débil—. No necesito un quirujano. Deja que se ocupe de sus cosas, Eluthir.

El viejo druchii miró a Malus e inclinó la cabeza respetuosamente antes de marcharse a toda prisa. Malus trató de sentarse, y Eluthir lo cogió del brazo y tiró torpemente de él. El noble se sintió mareado, y la náusea volvió a asaltarle, pero cerró los ojos y los labios hasta que se le pasó.

—¿Qué ocurrió? —consiguió preguntar por fin.

Cuando abrió los ojos, Eluthir todavía lo estaba sujetando. Allí cerca estaban los gélidos, *Rencor* y el de Eluthir, sentados sobre sus cuartos traseros. Tenían el hocico, las patas delanteras y el pecho marrones de sangre seca. Si cabe, los dos caballeros estaban todavía más sucios.

—Matasteis a uno de los hombres del general, y éste os dio un golpe... —comenzó Eluthir.

—Esa parte ya la conozco —lo interrumpió Malus. Se sorprendió tratando de tocarse la zona posterior de la cabeza y reprimió el impulso. La visión, o alucinación tal vez, todavía estaba fresca en su mente—. ¿Cómo va la batalla?

—¡Ah!, eso. —A Eluthir se le iluminó la cara—. Hemos ganado, mi señor. Nuestra carga nos valió la victoria. Cuando nos abrimos paso entre las compañías de lanceros que cubrían el camino, el enemigo llamó a sus reservas, pero las tropas de refresco de lord Kethair atacaron al enemigo por el flanco y lograron echar abajo la línea de lanceros. En el centro, el combate encarnizado se prolongó todavía algunos minutos porque el general pareció darse cuenta de quién erais y ordenó a sus hombres que os capturasen. Los caballeros pretorianos lo impidieron, sin embargo. Lord Gaelthen mató al último de los guardaespaldas del general y hubiera corrido la misma suerte el propio general de no haber sido por la llegada de sus reservas, que le cubrieron la retirada. —La cara del joven caballero estaba encendida de entusiasmo—. Yo mismo maté a uno de los guardaespaldas del general. Me apoderé de su hermosa espada y colgué su cabeza de mi montura. Era rápido, pero yo...

—¿Dónde está ahora el ejército, Eluthir? —lo interrumpió Malus.

—¿El ejército? Estacionado a medio camino entre las ruinas y el vado del Aguanegra por ahora. Lord Fuerlan ordenó una persecución general con la caballería y los caballeros pretorianos para cazar y acabar con las banderas enemigas. La infantería se está reorganizando en las ruinas. Por lo que pude ver, les dieron una buena paliza. Algunos de los lanceros estaban diciendo que el propio lord Kethair había muerto, pero todavía no hay forma de saberlo.

—¿Y los exploradores?

—Bueno, vos mismo se lo podéis preguntar si os place. —Eluthir señaló a un grupo de espectros que estaban en cuclillas a cierta distancia—. Fuerlan no tenía órdenes para ellos y vuestra chica autarii reunió a algunos de sus hombres y se vino detrás de mí cuando se enteró de que os habían herido. —El joven caballero le guiñó un ojo con picardía—. Sería una animada concubina, ¿no os parece?

Malus interrumpió aquella conversación con una mirada elocuente. Su mente iba a cien por hora, tratando de hacerse una idea de la situación. Miró a los espectros y le vino a la cabeza una de las cosas que le había dicho la chica autarii. El noble miró a Eluthir.

—Una última pregunta. ¿Dónde está Nagaira?

Eluthir frunció el entrecejo.

—La última vez que la vi estaba todavía con lord Fuerlan, pero eso fue antes de que él partiera con la caballería. Supongo que ella estará todavía en las ruinas, o de camino hacia aquí.

El noble asintió. Era la mejor oportunidad que podía llegar a tener. Echó una mirada por el campamento tratando de orientarse y, a continuación, llamó a los espectros con una seña. Se pusieron de pie y se acercaron a él sin hacer el menor ruido. La chica autarii se echó la capucha hacia atrás y lo miró con atención.

—¿Estáis bien, señor?

—Bastante bien —le respondió Malus—. Dime ¿sabes dónde está la tienda de mi hermana?

Después de un momento, asintió.

—Está cerca de la del general. Tiene laterales negros y pequeñas runas sobre la entrada. Apesta a magia.

Malus hizo un gesto de asentimiento.

—Deja un hombre detrás para guiarnos y después llévate al resto y explora. Averigua si hay alguien dentro.

En la mirada de la exploradora apareció una expresión cómplice. Con tono sibilante dio a sus compañeros algunas órdenes escuetas en un impenetrable dialecto autarii. Los espectros se deslizaron con elegancia entre la multitud de tiendas, dejando detrás a un hombre joven que hizo una seña a Malus y se puso en marcha para seguir a sus compañeros. El noble se apartó de Eluthir y siguió al autarii con pasos inestables.

—Mi señor —dijo el joven caballero—. ¿Mi señor? ¿Qué estamos haciendo?

Malus se volvió a mirar a Eluthir y sonrió.

—Pues vamos a registrar de arriba abajo la tienda de mi hermana, por supuesto —dijo—. Hay algo que me pertenece y que estoy buscando, y creo que ella lo tiene.

—¡Ah!, ya veo —dijo, aunque la expresión atónita de su cara hacía pensar todo lo contrario—. Voy a buscar a los nauglirs.

La estrecha entrada de la tienda estaba hecha de alguna madera negra pulida que hacía que las runas pasaran casi inadvertidas a simple vista. Malus las estudió con atención, con cuidado de no pasar del umbral y tratando de entender su significado, pero era un empeño inútil.

—Dudo de que sean encantamientos para que no entren el polvo y las moscas —musitó. Miró a la chica autarii que estaba a su lado—. ¿Estás segura de que no hay nadie dentro?

Ella asintió.

—Conté a todos los guardias que la acompañaban en el campo esta mañana y no ha vuelto ninguno de ellos.

Mientras hablaba, recorría arriba y abajo con los ojos el sendero que pasaba por la entrada de la tienda. El resto de los espectros había desaparecido para buscar a Nagaira o a sus hombres.

Malus se rascó el mentón para quitarse las costras de sangre seca.

—Supongo que las paredes de la tienda también están protegidas.

—Es lo más probable, pero eso tiene poca importancia.

—¿Y eso?

La chica volvió a mirar en derredor y luego rodeó la tienda.

—Una protección en la pared de una tienda sólo se debilita cuando se corta la tela —dijo, estudiando el exterior del refugio—, de modo que el reto es deslizarse hasta el otro lado sin cortarla. —La mirada de la autarii se fijó en dos estacas de la tienda separadas algo más de cuatro palmos. Señaló una de ellas y se arrodilló junto a la otra—. Sujetad esa cuerda y desenrolladla. Mantenedla tensa, no sea que se venga abajo el lateral de la tienda.

El noble desenrolló la cuerda; tuvo que clavar bien los talones en el suelo ante el peso increíble que soportaba. El lateral de la tienda empezó a plegarse, pero él sostuvo la cuerda con ambas manos y volvió a tensar. La exploradora había desenrollado la suya y le hizo señas a Malus con la mano libre.

—Bien. Ahora pasadme la cuerda.

Con cuidado, Malus se acercó y guió la cuerda hacia la pequeña mano de la joven. Ella se la enrolló alrededor de la muñeca y la palma de la mano, y la sostuvo sin esfuerzo.

—Muy bien —dijo con aire ausente, y lentamente fue avanzando. El lateral de la tienda empezó a plegarse hacia adentro a medida que perdía tensión. De repente, se detuvo—. Así. Ahora deberíais poder entrar.

Ocultando la sorpresa que le producía la fuerza de la chica, Malus avanzó lentamente y se echó cuerpo a tierra. Había apenas el espacio suficiente para deslizarse por debajo. En cuanto hubo superado la pared de la tienda, se incorporó y se encontró en un estrecho compartimento destinado a dormitorio de uno o más esclavos. Pasó por encima de los petates prolijamente apilados y apartó la cortina interna para entrar en la cámara principal de la tienda.

El aire resultaba denso con tanto olor a incienso, y el techo negro no permitía que entrara mucha luz. La suma de tres braseros proyectaba un débil resplandor rojizo sobre el suelo cubierto de esteras. En cuanto sus ojos se adaptaron, Malus distinguió una cama estrecha en un rincón, y luego una mesa con dos sillas cerca de uno de los braseros. Había dos grandes subcámaras separadas de la principal, una a cada lado de ésta. Ambas estaban cerradas por paredes de piel curtida y se accedía a ellas por una pesada solapa de cuero. Una de las subcámaras olía a sangre derramada y a magia, y Malus sintió un cosquilleo en la piel.

El noble pronto llegó a la conclusión de que no había nada de interés en la cámara principal. Después de un momento, dio un paso cauteloso hacia la subcámara, que olía a sangre fresca.

—Eres la flecha, Malus.

Malus giró en redondo. La voz había salido de la segunda subcámara que estaba al otro lado de la habitación. Era la voz de su visión.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Malus—. ¿Quién eres?

No hubo respuesta. El noble atravesó rápidamente la habitación y levantó la cortina de cuero de la entrada. Allí no había nadie. Lo que vio Malus fue una silla y una mesa de viaje cubiertas con hojas de pergamino y pesados libros encuadernados en cuero. Otra mesa pequeña estaba atiborrada de objetos arcanos, entre ellos copas, botellas de vidrio de colores, dagas en sus fundas y un pequeño arcón con glifos mágicos tallados.

—Esto es una alucinación —dijo para sus adentros—. No hay otra explicación posible. Pero ¿qué quería decir la voz?

Fue hasta la mesa y empezó a pasar las hojas. Eran todas muy antiguas, y el pergamino estaba seco y quebradizo. Casi todas las páginas parecían representar los túneles extendidos de un enorme laberinto y tenían notas escritas con tinta negra descolorida. La escritura parecía drucasto, pero no entendía ni una palabra. Malus hizo una mueca de fastidio.

—Algún maldito código de brujo —dijo.

Estudió los trazos curvos durante varios minutos, tratando de adivinar lo que eran. En cierto modo, le resultaban familiares, pero no podía situarlos con exactitud.

Desplazó su atención a los libros apilados sobre la mesa de Nagaira y cogió el que estaba encima. Era un volumen grande, pesado, de amarillentas páginas descoloridas y estaba cerrado con pesados herrajes negros.

Después de un rato de probar suerte con los broches, el libro se abrió en un punto marcado con una trenza aplastada de pelo negro. Las páginas contenían un dibujo complejo por delante y por detrás de un varón druchii desnudo. Él cuerpo estaba cubierto línea tras línea de una complicada escritura.

Malus apoyó el libro abierto sobre la mesa y se quitó el guantelete izquierdo. Su mano desnuda temblaba levemente mientras la mantenía sobre el libro y comparaba las runas dibujadas en ella con las del libro. Coincidían en todos los detalles.

Había extensas partes de texto en las que se describía el ritual en cuestión, todo escrito en una lengua que Malus jamás había visto antes. Había páginas y páginas de escritura que describían con detalle un conjuro poderoso y complejo.

—¿De modo que me curaste unas fiebres, eh, hermana? —dijo Malus entre dientes.

Estaba a punto de cerrar el libro cuando reparó en una anotación en el margen de

una de las páginas. La escritura era reciente y evidentemente se trataba de la letra de Nagaira. Decía lo siguiente: «Si se pueden dejar aparte los recuerdos ¿pueden canalizarse los pensamientos a capricho del mago?».

La voz del caballero volvió a sonar a espaldas de Malus.

—¿Elige una flecha adonde quiere apuntar, o lo elige quien la dispara?

Cuando el noble se volvió, allí no había nadie.

—¡Habla claro, espíritu! —le dijo Malus en su frustración—. ¿Qué es lo que Nagaira pretende de mí?

No hubo respuesta, pero Malus oyó que alguien rascaba levemente el lateral de la tienda.

—¿Qué pasa? —preguntó en voz baja.

—Caballos en el Camino de la Lanza —bisbiseó la chica autarii—. Nagaira ha entrado en el campamento.

—¡Madre de la Noche! —maldijo Malus.

Rápidamente cerró el libro y lo puso otra vez en su sitio. Repasó por segunda vez la segunda mesa, buscando algo interesante. Ninguna de las botellas tenía rótulo y no era momento para probarlas.

—¿Sería demasiado pedir que una llevara la palabra *antídoto* escrita en la etiqueta? —gruñó.

Por fin, examinó la caja de madera. El cierre era sencillo y no parecía que tuviera agujas ocultas. Abrió la tapa. Dentro encontró tres objetos extraños: un medallón octogonal con runas grabadas, un pequeño ídolo de bronce y una daga negra, larga y estrecha.

—¿Qué serán estas cosas? —susurró.

La joven autarii empezó a rascar con más fuerza.

—¡Daos prisa, mi señor! ¡Ya llega!

Por un momento, estuvo tentado de llevarse las reliquias con la idea de usarlas para obligar a Nagaira a dejarlo libre, pero luego se dio cuenta de que no tendría más que darle una orden para que tuviera que devolvérselas sin vacilar. Cerró la caja de golpe y salió corriendo de la cámara hacia la cortina de entrada. Confiaba en que las protecciones dispuestas a la entrada dejaran salir a los que estaban dentro, de modo que empujó la pesada colgadura de cuero y salió a la luz del sol. Sólo entonces se dio cuenta de que la cabeza le palpitaba fuertemente y que las piernas casi no lo sostenían. Respiró hondo y consiguió recuperar la compostura en el preciso momento en que Nagaira y su guardia aparecieron montados en sus corceles por una de las calles principales del campamento.

La bruja vio a Malus de inmediato y se dirigió hacia él, que la observó mientras se acercaba y, de repente, se dio cuenta de que la joven autarii había desaparecido. Pensó con envidia que le hubiera gustado tener su maldita habilidad.

Nagaira refrenó su caballo muy cerca de él, tan cerca que podía sentir el aliento ardiente del corcel en su mejilla. Los guardias de la bruja desmontaron, y Malus vio a lord Eluthir, que, con expresión sumisa, traía a *Rencor* por la brida.

—Tu guardia dice que me estabas buscando —dijo Nagaira, desafiante.

—Es cierto —dijo tratando de pensar algo. Por fin, levantó su mano desnuda—. Me estaba preguntando cómo podría quitarme estas molestas marcas. Ya hace casi una semana. Supongo que no pensarás que voy a volver a tener fiebre, ¿verdad?

A Malus le dio la impresión de que Nagaira se relajaba un poco.

—La magia hace que la tinta sea difícil de borrar —dijo con voz suave—. Ten paciencia. Dentro de poco no tendrás que preocuparte.

Malus sonrió con dificultad.

—Es un alivio — dijo—. ¿Qué noticias hay de la batalla, hermana?

Nagaira se deslizó de la silla y le entregó las riendas a uno de sus hombres.

—Nuestro noble general ha hecho retroceder al enemigo hasta el vado del Aguanegra — dijo con aire ausente—. Lo último que supimos es que había mandado un mensajero para que la infantería se uniera a él en el vado. Algo sobre una retaguardia de lanceros enemigos que protegía el cruce del río.

El noble frunció el entrecejo.

—¿Una retaguardia? Eso no tiene sentido. El general enemigo se tomó el trabajo de asegurarse de que no pudiéramos pasar más allá de los bosques y cortarle el paso. Si hubiera tenido esos lanceros consigo en las ruinas podría habernos hecho mucho más daño. —Abrió mucho los ojos—. A menos...

—¿A menos qué?

De repente, Malus se dio cuenta de por qué las fuerzas enemigas en las ruinas le producían desazón.

—A menos que en ningún momento hayan tenido la intención de detenernos primero en las ruinas —dijo, y su pulso se aceleró—. El grueso del ejército enemigo está esperando en el vado. ¡Fuerlan ha caído en una trampa!

Echando la vista atrás, las claves habían estado a la vista todo el tiempo, pensaba Malus con furia mientras él y Eluthir iban hacia el sur por el Camino de la Lanza. Los espectros corrían detrás del noble en tanto los exploradores del ejército lo hacían a uno y otro lado de los nauglirs a la carrera.

No habían visto un gran destacamento de caballeros en las ruinas. ¿Qué ejército de Hag Graef marcharía sin una gran fuerza de ellos, especialmente cuando el honor de la ciudad estaba en juego? Además, el grupo de avanzada al que Malus y sus caballeros les habían tendido la emboscada el día anterior había sido demasiado numeroso en comparación con la fuerza relativamente reducida que los estaba esperando esa mañana. Puesto a hacer conjeturas, Malus habría dicho que la intención primera era que todo el ejército acampara en las ruinas, pero el general

había cambiado de planes en cuanto había sabido que el grupo de avanzada había sido aplastado por una gran fuerza naggorita. Fue así que preparó una emboscada en el vado y se adelantó para presentarse como señuelo. Ahora los naggoritas se habían tragado el anzuelo e iban de cabeza a meterse en la boca del lobo.

Malus iba masticando su rabia mientras él y Eluthir trataban de llegar a la última columna de lanceros que iban a abandonar las ruinas en respuesta al mensaje de Fuerlan. El noble apartó a *Rencor* del camino y pasó a galope tendido ante los guerreros de aspecto fatigado. Trataba de que su mente dolorida calculara las distancias y los tiempos. Si se encontraban a sólo cinco kilómetros más o menos del vado y toda la infantería iba de camino en columna, entonces la primera bandera de lanceros estaría ya a medio camino. Todavía había tiempo de salvar la situación si se movían con rapidez.

Casi diez minutos más tarde, llegaron al frente de la larga y sinuosa fda de lanceros. Al frente iba la bandera de lord Ruhven. El viejo caballero marchaba junto con sus hombres como imponía la tradición. Miró a Malus cuando éste llegó a su lado.

—Tenía entendido que os habían dejado sin cabeza allá entre las ruinas —dijo con voz ronca pero cordial.

—Eso es lo que habrían querido, me temo —respondió Malus—, pero creo que el enemigo tendrá otra oportunidad. Nos han tendido una trampa.

—¿Qué?

—El grueso de las fuerzas enemigas nos espera en el vado —declaró Malus—. La batalla de las ruinas sólo pretendía engañarnos. Es probable que Fuerlan y su caballería estén luchando a la defensiva ahora mismo. Pasad la voz a la columna: paso redoblado y listos para formar una línea de batalla poco antes del cruce del río. Yo iré delante para tratar de impedir que la caballería caiga en la trampa, pero necesitaremos una muralla de lanzas para desbaratar los planes del enemigo.

Lord Ruhven asintió con gesto grave.

—Allí estaremos, temido señor. Contad con ello. —A continuación se volvió, transmitió órdenes escuetas a sus guardias y las trompetas empezaron a sonar.

Malus hizo a los exploradores señas de que avanzasen y volvió a lanzar a *Rencor* al galope. Iba con el corazón desbocado mientras la infantería apuraba el paso detrás de él. En su cabeza veía cómo encajaban los elementos de su plan y, a pesar de lo desesperado de la situación, lo excitaba tener tanto poder. «¡Bendita Madre de la Noche!, yo he nacido para esto», pensaba, con amargura contenida al darse cuenta de que jamás había estado al mando de un verdadero ejército druchii en una batalla. Ese sueño había muerto con su padre.

La crueldad de los dioses no dejaba nunca de sorprenderlo. Tantas oportunidades perdidas: el levantamiento de los esclavos, después la expedición al norte que había

resultado una misión inútil. ¿Por qué no habría aceptado la propuesta de Nagaira de unirse al culto? ¿En qué estaría pensando? Otra vez le dolía la cabeza. Se frotó la frente enérgicamente con la palma de la mano como si pudiera eliminar el dolor por la fuerza bruta.

—La mente es un espejo —oyó Malus que le susurraba al oído el caballero. Era tan real que podía sentir el aliento del hombre sobre su piel—. Refleja lo que le enseñan.

Malus ni se molestó en mirar hacia atrás. Sabía que no tenía sentido. Lo único importante era la batalla que tenía delante y cómo tenía pensado ganarla.

19. Muerte en Aguanegra

Malus y Eluthir habían recorrido casi un kilómetro más cuando se toparon con los primeros jinetes a la fuga.

La caballería naggorita iba a toda la velocidad que le permitían sus monturas camino abajo. Los jinetes tenían las armaduras abolladas y ensangrentadas, y las caras pálidas por el cansancio y el miedo. Malus rechinó los dientes y desenfundó la espada. La desbandada en el vado ya había empezado.

—¡Alto! —gritó a los jinetes que llegaban. Al ver que no paraban, tiró de las riendas y colocó a *Rencor* bloqueando el camino—. ¡Alto, o vuestras vidas no valen nada! —repitió, y esa vez los jinetes tiraron de las riendas y se pararon de golpe—. ¿Quién es el oficial de más rango entre vosotros? —preguntó perentoriamente.

Los jinetes se miraron los unos a los otros. Un hombre inclinó la cabeza.

—Soy yo, temido señor —balbució—. Debéis huir. ¡El enemigo nos viene pisando los talones! Nos han tendido una emboscada en el vado...

Malus espoleó su montura y puso fin a la aterrorizada protesta del hombre con un rápido golpe de su espada. La cabeza del hombre cayó dando tumbos por el camino.

—¿Quién es ahora el de mayor rango entre vosotros? —preguntó.

Los supervivientes observaron, atónitos, cómo el cuerpo sin cabeza de su compañero de armas se deslizaba y caía al suelo blandamente. Por fin, uno de ellos respiró hondo y dijo:

—Soy yo, temido señor. ¿Cuáles son vuestras órdenes?

—Me seguiréis y reuniréis a todos los demás jinetes que han huido del combate —dijo—. Matad a todo el que se niegue a obedecer. La infantería viene de camino y estará aquí en cuestión de minutos. Vamos a hacer que cambien las tornas para los hombres de Hag Graef. ¿Habéis entendido?

El hombre sostuvo la mirada del noble tratando de reunir todo su valor.

—Yo... Sí, temido señor. Lo entiendo.

—Muy bien. —Malus se volvió hacia Eluthir—. Quedaos con ellos. Cuando hayáis reunido una fuerza razonable, avanzad hacia el vado y sumaos a la batalla. Actuad según vuestro mejor juicio, Eluthir, y no me falléis.

—Contad con ello, mi señor —respondió Eluthir con voz grave.

Malus asintió. Más jinetes aparecieron en el camino, y el joven caballero empezó a darles el alto. El noble dejó a la caballería a lo suyo y reanudó su carrera hacia el vado con los silenciosos exploradores a la zaga.

Aunque iba a galope tendido, el kilómetro largo que quedaba le pareció una eternidad. Cuanto más se acercaba, tantos más hombres a la fuga se encontraba. Muchos estaban heridos y apenas se sostenían en la silla. Gritaban advertencias incoherentes a su paso, pero él ni siquiera los miraba.

Por fin, coronó una colina baja y vio la cinta oscura del río Aguanegra a unos cientos de metros de distancia. La escena se veía difuminada por una espesa nube de polvo en movimiento por encima del desbarajuste que estaba teniendo lugar a escasos metros del río, y Malus se dio cuenta en seguida de que sus peores temores se habían hecho realidad.

Fuerlan, los caballeros pretorianos y lo que quedaba de la caballería trataban de mantener su posición en el Camino de la Lanza, librando una batalla campal con los jinetes y los caballeros del Hag rodeados prácticamente de un cordón de compañías de lanceros. La trampa había sido bien tramada y los naggoritas estaban totalmente rodeados, pero los que quedaban trataban de vender cara su vida. Ante la mirada de Malus, una compañía de la caballería enemiga salió con paso vacilante, llevando a los caballos heridos a la seguridad de sus propias líneas. Otras dos compañías de caballería muy castigadas avanzaban renqueantes hacia el sur, atravesando el vado, evidentemente agotadas e imposibilitadas para luchar. Los naggoritas estaban haciendo pagar un buen tributo a los combatientes de Hag Graef, pero con eso no bastaba. Si no conseguían romper el cerco, estaban perdidos.

Había una bandera de lanceros enemigos entre los naggoritas atrapados y el camino del norte; estaban formados en línea a la espera de acabar con cualquier jinete que tratase de huir de la trampa. Eran el primer obstáculo del que tendría que ocuparse Malus. Se volvió hacia los exploradores.

—Avanzad y empezad a disparar sobre aquellos lanceros —dijo señalándolos con su espada—. Seguid matándolos hasta que avancen sobre vosotros; entonces, retroceded camino arriba. Llevadlos directamente hacia Eluthir y sus jinetes.

—¿Y vos? —preguntó la joven autarii.

Por absurdo que sonara, la respuesta le pareció evidente a Malus.

—¿Adonde va a ser? A lo más encarnizado del combate —dijo con una feroz carcajada antes de cargar ladera abajo.

Tan incansable como siempre, *Rencor* corrió colina abajo hacia los lanceros enemigos. Malus desvió su carga para pasar por la estrecha abertura que quedaba entre dos de las compañías de lanceros, contando con que el estruendo del combate cubriría su carrera hasta el último momento. Cuando estaba cerca, los primeros lanceros enemigos empezaron a caer por efecto de las ballestas de los autarii. Observó con satisfacción que los exploradores escogían sus blancos entre los que tenían aspecto de oficiales o trompetas.

Cuando estaba a diez metros de la retaguardia, los lanceros empezaron a darse cuenta de la amenaza que había surgido a sus espaldas. Las cabezas se volvieron y los dedos comenzaron a señalar a los exploradores y al solitario jinete que se les venía encima. La confusión reinó cuando los soldados se dieron cuenta de que sus jefes estaban muertos y las compañías de lanceros empezaron a reaccionar cada una por su

lado. Algunos de los hombres rompieron filas y trataron de cerrar el paso a Malus, pero era demasiado poco y demasiado tarde. *Rencor* derribó a dos de los hombres que trataban de refugiarse entre los suyos y mordió en el brazo a otro, lo que provocó aun más confusión en las filas. Malus lanzó un feroz juramento mientras irrumpía entre la sorprendida fuerza enemiga. Cuando los hubo dejado atrás, se encontró ante la retaguardia de una unidad de caballería enemiga que luchaba contra los caballeros pretorianos que estaban algunos metros más allá.

Los jinetes enemigos no lo oyeron llegar. *Rencor* se lanzó sobre sus prietas filas como un lobo sobre un rebaño de ovejas y empezó a dar coletazos y dentelladas a diestro y siniestro. Un caballo fue arrollado por la fuerza de la carga del nauglir y el jinete quedó aplastado bajo las patas de *Rencor*. A la derecha de Malus, un soldado trató de volverse y hacer frente a la nueva amenaza, y el noble le atizó con su espada un golpe desde arriba que prácticamente partió en dos el yelmo y la cabeza del jinete. Sin darse descanso, Malus liberó su espada y la emprendió con el hombre que tenía a su izquierda. Alcanzó al hombre en la muñeca derecha y le cortó el pulgar y los tres dedos siguientes de la mano con que manejaba la espada.

Un rugido partió de los caballeros enzarzados en encarnizado combate al ver que la sorpresa recorría las filas enemigas, y se lanzaron con renovada furia contra la caballería. Los jinetes de la retaguardia estaban tan apiñados que no podían volverse para repeler el inesperado ataque de Malus. El cerco en torno a los caballeros empezó a distenderse y les dio ocasión de defenderse mejor. La cohesión de la unidad se vino abajo cuando los hombres se dispersaron y alguien, presa del pánico, empezó a llamar a la retirada. Al cabo de algunos minutos, los hombres de a caballo se replegaban y los caballeros asediados los despidieron con una cansada ovación. Varios levantaron las espadas para saludar a Malus cuando éste se sumó a sus filas.

—¡Seguid combatiendo! —les gritó a sus hombres—. ¡La ayuda viene de camino!

La lucha continuaba. Las fuerzas naggoritas se habían visto obligadas a retroceder formando una masa informe de tropas y asediadas por todos lados.

—¿Dónde está Fuerlan? —gritó, pero los escasos hombres que lo oyeron menearon la cabeza cansinamente—. ¿Y Gaelthen? ¿Dónde está Gaelthen?

Las cabezas cubiertas con yelmos se volvieron en todas direcciones, tratando de encontrar sentido al caos que los rodeaba. Sin su propio yelmo, Malus podía hacerse una idea más cabal de la batalla, pero era difícil distinguir a un hombre de otro entre tanto polvo y confusión. Entonces, algunos metros más al sur, Malus vio un combate de nauglir contra nauglir mientras los caballeros de ambas ciudades luchaban cerca de la orilla del río. Entre la confusión de hombres y gélidos, Malus vio al señor de la guerra enemigo presentando batalla a dos caballeros naggoritas y se dio cuenta de que si Fuerlan seguía vivo, sin duda estaría en el camino del señor de la guerra.

«No es que me importe», pensó el noble con expresión feroz. Ahora tenía otro plan.

—Mantened una vía abierta por detrás de vosotros —les ordenó a los caballeros que lo rodeaban—. Estad atentos a la llegada de nuestra infantería por el norte. ¡Cuando aparezcan, vamos a romper el cerco y a salirles al encuentro!

Sin esperar respuesta, espoleó a *Rencor* y se incorporó a la lucha, abriéndose paso inexorablemente hacia el general enemigo. Los caballeros, cansados, se hacían a un lado para darle paso mientras se iba abriendo camino por el centro de los combatientes y se incorporaba a la lucha más al sur.

Las garras de *Rencor* chapotearon entre la arena empapada de sangre cuando Malus llegó a la orilla del río. En ese punto, la batalla se había convertido en una serie de combates cuerpo a cuerpo: los caballeros trataban de no ceder terreno al enemigo. Los nauglirs se destrozaban unos a otros mientras sus jinetes intercambiaban golpes de espada, hacha y maza. El suelo estaba sembrado de cuerpos con armadura, algunos trabados todavía en encarnizado combate con las últimas fuerzas que les quedaban.

Malus llegó a unos diez metros del señor de la guerra enemigo antes de que su camino se viese obstaculizado por los combates individuales. De haber tenido una ballesta podría haberle dado al bastardo en la cabeza y haber dejado cojo al ejército enemigo, pero tal como estaban las cosas tuvo que conformarse con observar, impotente, cómo el señor de la guerra le aplastaba el cráneo a uno de sus adversarios y se lanzaba a por el otro.

Enfrente mismo de Malus, otro naggorita se volvió en su silla llevándose una mano a una herida mortal que tenía en la garganta. Su enemigo alargó la mano y cogió al caballero por el crestado yelmo, tiró de él hacia adelante y le cortó la cabeza con un golpe salvaje. El gélido del muerto todavía seguía trabado en combate con el nauglir del vencedor, y ni uno ni otro cedían un centímetro.

La frustración de Malus llegó al colmo.

—¡Si no puedo abrirme camino, por la Madre Oscura que pasaré por encima! —Clavó las espuelas en los flancos de *Rencor*—. ¡Arriba, *Rencor*! ¡Arriba!

Rencor tomó impulso, saltó y aterrizó sobre el lomo del nauglir que se había quedado sin jinete. El pequeño gélido buscó dónde afirmarse con las garras. Malus siguió castigándolo con las espuelas.

—¡Eso es! —gritó—. ¡Adelante, bestia de los infiernos!

El nauglir enganchó una garra en la silla del caballero muerto y volvió saltar hacia adelante, aterrizando esa vez de lleno en el lomo de la cabalgadura de un caballero enemigo y tirando al jinete de la silla. El otro nauglir, más grande que él, se sacudió y rugió mientras trataba de alcanzar a *Rencor* con sus colmillos. El señor de la guerra enemigo estaba apenas a unos cuantos metros más allá, entretenido todavía

con el adversario que tenía ante sí.

—¡Una vez más! —gritó Malus—. ¡Adelante!

Rencor volvió a intentarlo, pero esta vez el gélido que tenía debajo se dejó caer de lado y lo arrastró consigo. Unas mandíbulas enormes y babeantes se cerraron de golpe a unos centímetros apenas de la pierna de Malus, que se sintió lanzado hacia adelante. El instinto hizo que se tirara de la silla para no quedar aplastado bajo el peso de las dos bestias de guerra trabadas en una feroz pelea.

Malus cayó con tanta fuerza en el suelo arenoso que se quedó sin respiración. Se arrastró más de un metro y chocó contra el flanco de la cabalgadura del señor de la guerra en el preciso momento en que éste remataba a su segundo enemigo y empezaba a buscar a alguien más a quien matar.

El noble trató de recuperar el aliento cuando una garra del tamaño de su pecho se cernía encima de él. Malus se echó hacia adelante y, de una voltereta, pasó por debajo del gélido y apareció al otro lado de la bestia.

El señor de la guerra se afanaba con las riendas de la bestia tratando de darle la vuelta para quedar frente a Malus, entre gritos de sorpresa y furia. El noble aulló como un demonio, y empuñando la espada con ambas manos, la clavó en la parte posterior de la rodilla del general. La carne, el hueso y la juntura de la armadura se abrieron y saltó un chorro de sangre. El grito del señor de la guerra se transformó en un aullido de agonía cuando perdió el equilibrio, se inclinó hacia un lado y cayó de la silla. Desapareció al otro lado del nauglir, y Malus, sin pensarlo, tiró de la pierna cortada del hombre sacándola del estribo, puso su pie en el soporte de cuero y se montó sobre el lomo del gélido.

El general estaba tratando de escabullirse por la arena y dejaba un reguero de sangre detrás de su muñón. El nauglir intentó alcanzar a Malus con sus fauces, dando vueltas sobre sí mismo, pero el noble no le hizo el menor caso y saltó para alcanzar a su enemigo en retirada.

Cayó al suelo a algunos palmos del general sobre la endurecida arena. Sintió un dolor horrible en caderas y rodillas, pero sacó fuerzas de flaqueza y avanzó a cuatro patas como un lobo. El señor de la guerra lo vio venir y le lanzó un golpe con su temible maza, pero Malus se anticipó al golpe y lo esquivó agachándose. La fuerza del empujón hizo que el general quedara de espaldas sobre el suelo, momento que aprovechó el noble para montarse a horcajadas sobre él con la espada en alto.

—Enhorabuena, general — le dijo entre dientes—; habéis venido al norte con un ejército para encontrarme y aquí me tenéis.

La espada descendió rápida como el relámpago y atravesó el cuello del general haciendo rodar el yelmo del dragón por la arena. Malus se arrastró en pos de él para recuperar el rezumante trofeo que llevaba dentro. Se puso de pie sobre la arena manchada de sangre y sostuvo en alto la cabeza del general. Lo asaltó de golpe algo

feroz, parecido a un *déja vu*, que se transformó en seguida en una sensación de triunfo.

—¡Naggor! —rugió, y un grito de desesperación surgió de los caballeros de Hag Graef que estaban más próximos. En ese momento, le pareció el sonido más dulce que había oído jamás.

Malus se puso la cabeza del general debajo del brazo y recuperó su espada, mientras buscaba como un loco a *Rencor*. Lo vio que venía cojeando hacia él y corrió al encuentro de la bestia herida antes de que algún caballero enemigo decidiese tratar de acabar con él. Otro nauglir habría olvidado a su jinete y se hubiera lanzado a la refriega, pero *Rencor*; era más listo que los gélidos en general.

—Bien hecho — dijo Malus, montando en la silla—. ¡Bien hecho, terrible bestia!

Cogió la cabeza del general, la ensartó en la punta de su espada y la puso en alto para que amigos y enemigos pudieran verla. Los caballeros de Hag Graef próximos a él ya estaban en franca retirada, conmocionados y desanimados ante la muerte de su señor de la guerra. Los caballeros pretorianos lo ovacionaron al sonido de las estridentes trompetas.

¡Trompetas! Malus miró hacia el norte. Una masa de hombres a caballo cargaba colina abajo con Eluthir a la cabeza y seguidos por una muralla de lanzas relucientes. La bandera de lanceros enemigos apostada al norte había defendido su posición y había sufrido el mortífero ataque de los exploradores, pero en ese momento se dejaron llevar por los nervios y retrocedieron ante el embate de la caballería. Las fauces de la trampa se habían abierto, y los naggoritas atrapados pudieron escapar.

Una ovación surgió de las filas de la caballería y, en ese preciso momento, Malus vio a Fuerlan en medio del grupo más numeroso de caballeros. El general naggorita había perdido su yelmo en la pelea y en su cara se reflejaban un miedo y una rabia espantosos. El noble dio la vuelta a *Rencor* y se abrió paso entre la enfervorizada multitud hasta Fuerlan.

—¡Mi señor! —le gritó Malus mientras se acercaba—. La infantería ha llegado y Eluthir ha abierto un camino para nuestra retirada. Debemos darnos prisa antes de que el enemigo se recupere de la sorpresa.

—¿Retirada? —Fuerlan entrecerró los ojos oscuros llenos de odio—. ¡El ejército del Arca Negra no se retira! ¡Seguiremos adelante, y cuando la batalla haya terminado os haré decapitar por cobarde!

—¿Seguir adelante? —Malus no se lo podía creer—. ¡Nuestra caballería está dispersa y agotada! ¡Debemos retroceder y reagruparnos, o la trampa podría volver a cerrarse sobre nosotros en cualquier momento y no tendríamos otra ocasión de romperla!

—¡Silencio! —chilló Fuerlan, temblando de rabia. Alargó su mano cubierta con el guantelete; en ese momento, Malus se dio cuenta de que ni siquiera había

desenfundado la espada—. La cabeza de ese hombre merece estar en las manos de un verdadero guerrero, no de un Darkblade traidor como vos. Traedla aquí y poneos fuera de mi vista. Me ocuparé de vos cuando la batalla haya terminado.

Malus apartó los ojos de Fuerlan y buscó la mirada de los agotados jinetes y caballeros naggoritas. Todos contemplaban la escena con sorpresa apenas disimulada, pero nadie osaba contradecir al hijo de Balneth Calamidad. El noble sacó el trofeo de la punta de su espada y se lo entregó a Fuerlan sin una palabra; a continuación, se volvió de espaldas.

Fuerlan levantó la cabeza del general.

—¡Victoria para el Arca Negra! —gritó como si él mismo acabara de arrancarle la cabeza al señor de la guerra.

Mientras lo hacía, Malus volvió y golpeó de plano con su espada al general naggorita en la cabeza. El hijo del Señor Brujo emitió un gruñido y cayó de la silla.

Por un momento, el silencio reinó entre los naggoritas. Malus esperó, paseando la mirada por los presentes sin decir una sola palabra.

Por último, uno de los caballeros pretorianos habló.

—El señor general ha sido herido — dijo, poniendo una intención evidente en sus palabras mientras miraba a sus hombres—. Eso os deja al mando, lord Malus. ¿Cuáles son vuestras órdenes?

Malus asintió y siguió adelante como si no acabara de cometer un acto de flagrante amotinamiento. Buscó entre los presentes al trompeta de Fuerlan y fijó en él su mirada autoritaria.

—Tocad la orden de retirada de la caballería — dijo—. Los caballeros pretorianos deberán formar y actuar como retaguardia para cubrir la retirada. Con suerte, arrastraremos el contraataque del enemigo hacia nuestras lanzas.

—Sí, mi señor —dijo el trompeta con voz áspera, y llevándose la trompeta a los labios tocó una serie complicada de notas.

De inmediato, los caballeros pretorianos se pusieron en movimiento, transmitiendo la orden a sus compañeros dispersos. Alrededor de ellos, el polvo empezaba a asentarse y el orden volvía a imponerse sobre el caos. Una vez roto el cerco de hierro, los lanceros enemigos se habían retirado unos doce metros hacia el este y el oeste, y su caballería había retrocedido en dirección al río. Los hombres de a caballo de los naggoritas fueron volviendo a sus filas en grupos dispersos de tres o cuatro. Tendrían suerte si quedaba una compañía completa de ellos cuando terminara el día.

Los caballeros pretorianos habían corrido una suerte parecida. Había quedado menos de la mitad de los caballeros de la élite del arca, una pérdida a todas luces apabullante. Y la batalla distaba mucho de haber terminado.

Sonaron las trompetas de las fuerzas del Hag, señales contradictorias provenientes

de diferentes jefes, pero Malus sabía que eso no duraría mucho. La mayor parte de los jinetes ya habían llegado a las líneas naggoritas o estaban a punto de hacerlo. El noble alzó su espada.

—¡Caballeros pretorianos! ¡Al galope!

La formación de ojerosos caballeros se puso en movimiento y fue cogiendo velocidad a medida que los nauglirs recuperaban las fuerzas y empezaban a correr. Casi de inmediato se oyó un clamor en las filas enemigas. Malus volvió la vista y vio, inclinándose nuevamente hacia adelante, las armas curvas de las compañías de lanceros. El espectáculo de sus enemigos más odiados escapándoseles de las manos les había señalado con más claridad que sus jefes el camino que debían seguir.

Normalmente, la carrera no hubiera suscitado dudas, pero los nauglirs llevaban todo un día batallando y hasta su legendaria energía estaba casi agotada. Entre aullidos, los lanceros se abalanzaron por ambos lados sobre las fuerzas en retirada. Sibilantes virotos de ballesta empezaron a surcar el aire, pero esa vez provenían de los autarii apostados sobre la colina que disparaban sobre el grueso de la infantería enemiga. Una lanza pasó tan cerca que Malus, con sólo haber alargado la mano, podría haberla agarrado si hubiera querido hacerlo. En el fondo de la formación se oyó el entrechocar de armas. Cuando miró hacia atrás vio que los lanceros enemigos habían dado alcance a la última fila de caballeros y estaban luchando contra los hombres montados.

Por delante, sonó una trompeta, y dos compañías de lanceros se desplazaron a izquierda y derecha abriendo un camino para que pasaran los caballeros. Se oyó un clamor cuando el primer nauglir pasó de una forma atronadora por la brecha abierta, y Malus alzó la espada a modo de saludo.

Los lanceros enemigos se dieron de bruces con los naggoritas que los esperaban y se oyó el estrépito de las armas unas contra otras. Los capitanes gritaban órdenes a sus hombres; las banderas retrocedieron un paso ante el impacto. Entonces, los naggoritas se afirmaron bien en el suelo y repelieron el ataque. Los hombres de las primeras filas eran diezmados una y otra vez por la frenética acometida de las lanzas; los heridos abandonaban las filas tambaleándose y retirándose hacia la retaguardia, cojeando o llevando las manos a las heridas sangrantes del pecho y de los brazos. Las partes se castigaban mutuamente como una lluvia de piedras, dejando una huella dispersa de cuerpos destrozados mientras se iba produciendo un desgaste paulatino.

Una vez a salvo detrás de sus líneas, la rápida carrera de los caballeros se detuvo. Los hombres se dejaron caer en sus sillas, muertos de cansancio y debilitados por la multitud de heridas menores. Malus se desprendió de la formación y volvió hacia la línea. Las compañías de lanceros naggoritas no cedían terreno frente a unas tropas enemigas más o menos igualadas. Desde el flanco derecho, los autarii seguían lanzando su lluvia letal sobre los lanceros enemigos, y Malus se dio cuenta de que el

enemigo no tenía ballesteros propios, de modo que en eso llevaban una ligera ventaja.

Los ojos de Malus se fijaron en la masa oscura de hombres montados a caballo o en gélidos que permanecía en el lado norte del vado, a menos de cien metros de allí. ¿Entrarían en combate o estarían demasiado agotados como para luchar? No había modo de saberlo. Malus tenía claro que a menos que entre la nobleza del Hag hubiera alguien capaz de erigirse en nuevo general, las compañías de lanceros no iban a retirarse. La inercia de su misión las había llevado a trabarse en combate con la línea naggorita, y allí se mantendrían hasta que una u otra parte se desmoronara.

Se dio cuenta de que el resultado de la batalla estaba en sus manos. Esa idea le produjo una íntima conmoción.

Al cabo de unos minutos había tomado su decisión. Se giró y condujo a *Rencor* de vuelta hacia los caballeros exhaustos, y llegó al mismo tiempo que Eluthir. La cara del joven caballero reflejaba una alegría salvaje. Había otra media docena de cabezas recién cortadas colgando de su silla como trofeos.

Malus pasó revista al grupo con la mirada.

—¿Dónde está lord Gaelthen? —preguntó.

—Lo vi caer junto al río, mi señor —dijo uno de los caballeros con voz ronca—. Fue durante la tercera o cuarta carga del enemigo.

—¡Ah! —dijo Malus con tono grave, sorprendido ante la auténtica sensación de pérdida que le producía la noticia—. Está bien. Eso se suma a la deuda de sangre que tienen con nosotros esos bastardos —dijo—. Y vamos a cobrárnosla. Ahora mismo.

Los hombres se irguieron en sus sillas. El agotamiento había eliminado toda expresión de sus rostros. Malus los miró fijamente.

—La infantería enemiga está plenamente entregada, pero la caballería flaquea. Si lanzamos sobre la infantería una carga en el lugar adecuado, se vendrá abajo. Ya sé que hoy habéis luchado duro y habéis perdido muchos compañeros a manos del odiado enemigo. Sus espíritus os observan. ¿Vais a negarles la venganza que se merecen?

Una conmoción sacudió las filas de los caballeros. Después de un momento, habló uno de ellos.

—¡Si vos nos guiáis, temido señor, os acompañaremos hasta la mismísima Oscuridad Exterior!

Malus sonrió como un lobo. —Seguidme, entonces —dijo.

El noble condujo a los caballeros hacia el flanco derecho, donde la división de lord Jeharren estaba castigando a los lanceros enemigos bajo la cobertura del fuego constante de los autarii. El joven capitán saludó al ver la llegada de Malus y de los caballeros.

—Un buen día para combatir, temido señor —dijo Jeharren, como si estuviera hablando del tiempo o de una ejecución pública. Tenía clavado en un hombro un

virote de ballesta, pero el lord naggorita no le hacía el menor caso.

—Enhorabuena, lord Jeharren —dijo Malus—. Los caballeros pretorianos se adelantarán a vuestras líneas y cargarán contra el enemigo. Cuando dé la señal, ordenaréis a vuestras compañías que abran un camino en el centro de la formación enemiga.

Jeharren asintió.

—Se hará lo que ordenéis, temido señor. Malus volvió junto a sus hombres.

—¡Formad en columnas! —ordenó—. ¡Dispuestos para cargar!

Los caballeros se dispusieron rápida y ordenadamente en columnas a pesar de su estado de agotamiento. Cuando estuvieron organizados, Malus alzó su espada teñida de sangre y saludó a lord Jeharren. El capitán asintió y se volvió hacia su trompeta.

—¡Preparados! —gritó Malus con la mano apretada sobre la empuñadura de su espada.

Al sonar la trompeta, dos compañías se replegaron a derecha e izquierda dejando el camino expedito. Los lanceros enemigos se lanzaron por él adelante con gritos exultantes. Malus bajó en ese momento el brazo describiendo un arco.

—¡A la carga!

Los caballeros pretorianos se lanzaron adelante con un grito terrible y cayeron sobre la línea enemiga. Los lanceros que se habían precipitado hacia la brecha abierta vieron lo que se les venía encima y trataron de retroceder. Muchos dejaron caer sus lanzas llevados por el pánico, y empezaron a empujar y golpear a los que tenían detrás para abrirse camino.

Los caballeros del Arca Negra cayeron sobre la línea enemiga como una lanza y, aplastando a los hombres a su paso, llegaron al corazón mismo de la formación. Malus lanzaba golpes a las cabezas y los cuellos de las tropas apiñadas, infligiendo terribles heridas en las caras y gargantas expuestas. Partía lanzas y yelmos, mientras *Rencor* lanzaba por los aires los cuerpos aplastados como un perro de caza entre las ratas. Por todas partes se oía el ruido de gritos y el entrechocar de aceros, y Malus, enardecido, reía como un loco.

Tan repentinamente como se había iniciado, la presión de las tropas se retrajo ante los caballeros como una ola cuando se retira de la playa. Los lanceros, superados por la ferocidad de la carga naggorita, rompieron filas y huyeron hacia el vado. El flanco izquierdo había caído y se incrementó la presión de los naggoritas en el centro y la derecha del Hag.

Malus tiró de las riendas y alzó la espada.

—¡Alto! ¡Alto! —ordenó.

La batalla todavía no estaba decidida. Todo dependía de lo que hiciera la caballería enemiga. Si contraatacaban, era posible que los naggoritas se encontraran muy pronto combatiendo a la defensiva.

Buscó a la caballería enemiga al pie de la colina y la vio atravesando el ancho río, huyendo hacia el sur. Los caballeros enemigos les iban pisando los talones. Habían perdido a su señor de la guerra y con él su voluntad de seguir combatiendo.

Poco después, el centro de la línea enemiga cedió y la retirada se convirtió en desbandada. Los lanceros tiraban sus armas y bajaban la colina a trompicones, tratando de salvar la vida. Sonó una trompeta y las divisiones naggoritas avanzaron tras ellos a paso medido, matando a todo el que pudieron alcanzar. Hasta la maltrecha caballería salió en su persecución, vengándose de la carnicería que había padecido una hora antes.

Un clamor se alzó desde las filas de los caballeros pretorianos.

—¡Malus! ¡Malus! —gritaban, y él rió y gritó con ellos, embriagado con el rojo vino de la victoria.

Eluthir hizo avanzar a su nauglir entre los cadáveres enemigos apilados y se unió a él.

—¿Adonde ahora, mi señor?

—¿Adonde va a ser? —dijo Malus señalando al sur con su ensangrentada espada

—. ¡A Hag Graef!

20. El Valle de las Sombras

Una lluvia fría susurraba entre las ramas de los pinos por encima de la cabeza de Malus. Unas pesadas gotas le empapaban el pelo, se colaban por debajo de la gola de su armadura y le mojaban la ropa. También corría en surcos por su mugrienta armadura, tomando un color rosado al ir arrastrando la sangre seca que la cubría. Él y los demás capitanes del ejército formaban un círculo apretado bajo la protección de los pinos y estudiaban un gran mapa, dibujado sobre piel encerada, del valle que tenían delante. «Cuando hayamos terminado, el terreno que pisamos estará tan rojo como un campo de batalla», pensó el noble con cansancio.

El día estaba ya muy avanzado y el cielo cubierto hacía previsible que se hiciera de noche temprano. Habían marchado casi sin pausa desde la batalla de Aguanegra; ahora los hombres estaban a un lado del Camino de la Lanza bajo la lluvia, demasiado cansados para hacer otra cosa que no fuera arrebujarse en sus capas para conseguir un poco del descanso que necesitaban desesperadamente.

Estaban a algo más de un kilómetro de la entrada del Valle de las Sombras. De no ser porque el cielo se había cubierto de gris y la lluvia desdibujaba todos los contornos, a esas alturas ya podrían verse las torres de Hag Graef desde donde se encontraban. Sin embargo, Malus daba las gracias por ese tiempo espantoso que les permitía ocultarse. Durante la larga marcha, la caballería y los exploradores habían recibido órdenes de ir por delante y de matar a cualquier soldado que huyera hacia el sur o a cualquier viajero que fuera hacia el norte. Malus pensaba que el drachau de Hag Graef seguramente conocía el desastre del vado del Aguanegra, pero no tendría idea de la distancia a que se encontraba el ejército del Arca Negra de las murallas de su ciudad. El noble sabía que la ventaja que eso les daba no era mucha, pero por el momento estaba dispuesto a aferrarse a lo que fuera.

La batalla en las ruinas y el combate que tuvo lugar a continuación en el vado del río se habían cobrado un pesado tributo sobre el ejército naggorita. Sólo una cuarta parte de su caballería y apenas un tercio de los caballeros pretorianos estaban en condiciones de combatir. Entre las bajas sufridas en las ruinas y la batalla en el vado, habían perdido a toda una división de infantería. Malus había mandado reconstituir la segunda división con la bandera de infantería de reserva y una media bandera de supervivientes de la unidad original. Lord Kethair había muerto castigando el flanco izquierdo del enemigo en las ruinas, y lord Dyrval había caído con muchos de sus hombres en una emboscada en el vado. Sus sustitutos eran nobles jóvenes con escasa experiencia de campo, pero las heridas de sus caras y la dura mirada de sus ojos revelaba que sabían lo que era luchar duro y que estaban dispuestos a hacer lo que fuera necesario para salir victoriosos en la guerra contra el Hag.

«El problema —pensó Malus con amargura— es que no tengo la menor idea de

cómo contribuir a que así sea.»

Los goterones caían sonoramente sobre la oscura y arrugada piel del mapa, que parecía pertenecer a los primeros tiempos del enfrentamiento secular con Hag Graef, es decir, a muchas décadas atrás. Los detalles del valle y del terreno que rodeaban a Hag Graef estaban dibujados con gruesos trazos negros. El noble siguió la línea del Camino de la Lanza, que descendía internándose en el valle y serpenteaba entre los espesos bosques que llevaban a la puerta norte de la gran ciudad druchii. Conocía de memoria cada revuelta del camino, del mismo modo que conocía las murallas y pesadas puertas en sus menores detalles. Era su hogar, el premio que había querido reclamar para sí desde el primer día en que se había presentado en la Corte de las Espinas hacía ya muchos años.

También sabía que tres divisiones de infantería exhaustas, un puñado de caballeros y unas mermadas fuerzas de caballería no eran en absoluto suficientes para tomar por asalto la ciudad, ni siquiera en el caso de que consiguiesen atravesar las puertas. Durante aquella larga tarde había considerado el problema desde todos los ángulos, tratando de imaginar cómo tenía pensado Nagaira apoderarse del Hag para entregarlo a su prometido, y todavía no era capaz de ver la forma de conseguirlo. Ni siquiera la magia bastaría, porque el drachau podía convocar a las brujas del convento para contrarrestar los conjuros de Nagaira. Y puesto que seguramente habían perdido la ventaja del elemento sorpresa, no se le ocurría ninguna estratagema para introducir en la ciudad a todo un ejército sin encontrar resistencia.

Los únicos que conocían el plan en todos sus detalles eran el Señor Brujo, Fuerlan y Nagaira. Balneth Calamidad estaba a más de cien leguas de allí, y Malus ni siquiera estaba seguro de que Fuerlan siguiera vivo. Suponía que algún miembro de la división se habría ocupado de hacer que sacaran de allí al general cuando los caballeros pretorianos se habían retirado al vado, pero no había vuelto a ver al hijo de Calamidad después de aquello, y Malus no tenía ni tiempo ni energía para molestarse en averiguar qué había sido de él. Por ahora estaba al mando del ejército y con Hag Graef prácticamente a la vista no podía por menos que sentirse tentado por la idea de usar el plan secreto de Nagaira para sus propios fines. Si ella conocía una manera de poner a Fuerlan en el trono con los instrumentos con que contaba, ¿por qué no él?

A menos que no hubiera ningún plan y esto fuera una retorcida traición para consolidar el poder de su aliado Isilvar, el nuevo vaulkhar. Una gran victoria sobre Naggor le daría a Isilvar la legitimidad que tanto necesitaba entre los nobles del Hag. Pero, de ser así, ¿para qué lo necesitaba a él Nagaira? ¿Por qué habría de tomarse tantas molestias para tenerlo bajo su control?

«Tú eres la flecha», había dicho el caballero. ¿Qué significaba eso? ¿De dónde provenía esa visión?

Le dolía la cabeza. La piel alrededor del golpe que le habían dado en la cabeza

estaba caliente y le causaba dolor si se tocaba. Además, durante la marcha se había mareado varias veces. Todos los huesos del cuerpo le pedían descanso a gritos. ¿Era sólo que estaba exhausto? ¿Acaso sus heridas le producían alucinaciones? ¿O es que había alguna otra cosa?

Malus se dio cuenta de golpe de que los capitanes lo estaban mirando. Se sacudió para volver a la realidad y, al hacerlo, lanzó una lluvia de gotitas teñidas de rojo.

—¿Sí?

Lord Esrahel carraspeó.

—Estábamos tratando de determinar el lugar para el campamento, mi señor — dijo.

—¡Ah, sí! —respondió Malus, frotándose la frente con aire ausente.

Los dolores de cabeza habían ido en aumento a lo largo del día; sentía como si la cabeza le fuera a estallar. Una vez más centró la atención en el mapa.

—En el valle, el terreno no es adecuado para un gran campamento, y de todos modos soy reacio a postergar nuestro avance. La velocidad es básica. Debemos atacar mientras nuestro enemigo está cansado.

—Con todo respeto, mi señor, también nosotros estamos al borde del agotamiento — dijo lord Ruhven.

En la cara del viejo druchii había una costura que daba relieve a una fea herida de lanza que tenía en la mejilla. Tenía el rostro encendido y los ojos hundidos, pero su voz seguía siendo vigorosa.

Los hombres han librado dos duras batallas y han hecho una marcha forzada en un solo día. Combatirán si se lo ordenáis, pero no resistirán mucho frente a tropas frescas.

Lord Eluthir hizo un gesto de aprobación. Tras la muerte de Gaelthen y como consecuencia de su victoriosa carga en la batalla del vado, Malus lo había nombrado su edecán y le había dado el control de los caballeros pretorianos para poder dedicarse él a mandar al conjunto del ejército.

—Los nauglirs no pueden más —dijo—. Muchos están heridos y hace horas que no se los alimenta. Si les exigimos mucho más morirán antes de que empiece la batalla.

Malus respiró hondo y se enjugó el agua de la cara. Odiaba la idea de parar cuando faltaba tan poco para su destino, pero no veía otra alternativa.

—Tenéis razón —concedió de mala gana—. No tiene sentido seguir adelante en nuestro estado. —Estudió el mapa y consultó las notas de referencia del Señor Brujo para detallar la marcha—. Según el plan, debemos acampar aquí —dijo señalando un punto dentro del valle a menos de tres kilómetros de la ciudad—, pero el lugar es peligroso. No queda sitio para maniobrar en caso de que la ciudad envíe tropas contra nosotros. Estaríamos atrapados entre los bosques y las paredes del valle, y aunque

sólo fuera por lo estrecho del espacio, nos harían picadillo.

A regañadientes llegó a una decisión y señaló otro punto en el mapa, más al norte y no muy lejos de donde se encontraban.

—Lord Esrahel, montad aquí las tiendas —dijo—. Es una zona de granjas abandonadas, con buenos campos y mucho sitio donde moverse. Pasaremos ahí la noche mientras consulto con mi hermana cuál debe ser nuestro próximo movimiento. Estad preparados para marchar en cuanto salga el sol. Si no hemos partido para entonces, será demasiado tarde.

—Ya es demasiado tarde —susurró una voz fría, espectral.

Malus se quedó paralizado, pensando por un momento que el caballero le estaba hablando al oído..., hasta que se dio cuenta de que los demás también habían oído la voz. Se volvió y vio la esbelta silueta de la chica autarii de pie a la sombra de los pinos, a su espalda.

El noble sintió un estremecimiento al encontrarse con los ojos oscuros y vacíos de la joven.

—¿Qué noticias traes? —preguntó secamente.

—El vaulkhar ha salido de la ciudad —dijo llanamente—. La bandera de las cadenas espera fuera de la ciudad con muchas lanzas y parientes de los dragones.

—¡Por la Sangre de la Madre Oscura! —exclamó—. Llévame. Quiero verlo con mis propios ojos.

Avanzaron agazapados bajo la lluvia mientras se iba haciendo de noche, protegidos por las sombras de un bosque de pinos a menos de un kilómetro de la ciudad. La joven autarii estaba tensa y empuñaba una espada en cada mano mientras escrutaba la oscuridad debajo de los árboles con mirada penetrante. El resto de los exploradores del ejército estaban por ahí fuera, Malus lo sabía; formaban un cordón defensivo para él. También había exploradores enemigos recorriendo el valle, se lo había dicho la chica, y por su andar cauteloso se dio cuenta de que esa vez no eran desventuradas víboras de las rocas.

Malus estaba echado sobre la tierra empapada por la lluvia, mirando con desmayo a las fuerzas reunidas en los campos delante de la ciudad. Podía ver con claridad la bandera del vaulkhar, con su círculo de cadenas de plata enlazadas sobre campo rojo. Ocho banderas de lanceros —dieciséis mil hombres— aguardaban en vastos campamentos que llenaban los prados baldíos casi a reborar. Y lo que era peor, el noble contó tres banderas de caballeros acampados cerca de las murallas de la ciudad, con sus nauglirs próximos a las oscuras tiendas y listos para entrar en acción en cualquier momento.

—¡Madre Bendita! —musitó el noble, señalando otra bandera roja y negra empapada cerca de la del vaulkhar—. Incluso ha convocado a los ejecutores del templo. —Ni siquiera podía hacer un cálculo aproximado del número de guerreros

del templo de Khaine que podía haber en la ciudad. ¿Mil? ¿Diez mil? ¿Cómo saberlo?—. Isilvar ha reunido a la milicia de la ciudad y no sé cómo ha convocado a toda la nobleza menor en el Hag. ¿Cómo consiguió tal influencia con tanta rapidez?

—Vos se la disteis — dijo la chica.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Malus, mirándola con dureza.

—Hemos estado siguiendo sus patrullas casi toda la tarde — dijo la autarii—. No hablan más que de vos. Unos cuantos supervivientes llegaron a la ciudad antes que nosotros y contaron cosas increíbles sobre vuestras proezas. Sois como un demonio, y con el viejo vaulkhar muerto y tantos poderosos señores en campaña, la ciudad tiembla ante vuestra llegada.

—Parece que por fin me he ganado una reputación — dijo Malus amargamente. La frustración le atravesaba el corazón—. Y ha resultado ser nuestra perdición. —Apretó los puños—. Debieron mandar un mensajero al Hag el día en que destruí al grupo de avanzada en las ruinas. Si no hubiéramos acampado aquel día podríamos haber tomado al enemigo por sorpresa en el vado y habríamos llegado aquí antes de que Isilvar pudiera reunir a su ejército.

—¿Y ahora?

—Ahora sólo podemos retirarnos. Aunque no tuviéramos mermadas nuestras fuerzas, no podríamos hacer frente a un ejército de estas proporciones. —El noble trató de calcular las fuerzas de que disponía el enemigo—. Si como dices, tienen exploradores en los bosques, entonces es probable que el vaulkhar esté esperando a saber que hemos entrado en el valle, donde nos cercarán como si fuéramos ganado. De esa manera puede ir enviándonos tropas hasta que estemos demasiado exhaustos para seguir combatiendo, y entonces mandará a los caballeros para que acaben con nosotros. —Lentamente y con todo cuidado, Malus se puso en cuclillas—. El plan era azaroso desde el principio y ha fracasado. Ahora debemos tratar de sobrevivir a las consecuencias —dijo—. ¡Me temo que no encontrarás al noble al que estás buscando.

—Puede ser — dijo la joven—. ¿Os enterasteis de algo en la tienda de Nagaira?

Malus hizo una mueca.

—No sé cómo, pero estoy sometido a sus designios —dijo no muy seguro.

—¿Designios? ¿Para qué?

—No lo sé — dijo con voz ronca—. Ella y Fuerlan tienen algo pensado para mí. También había algunos mapas de una especie de laberinto...

Malus se quedó de piedra y con los ojos desorbitados. Lentamente, se volvió y contempló las murallas oscuras de la ciudad.

—Madre de la Noche — dijo entre dientes—. Soy un perfecto idiota. El plan estaba allí, delante de mis ojos, y no fui capaz de verlo. —Se volvió hacia la chica—. Tenemos que volver al campamento. ¡Esta campaña ha sido un engaño desde el principio!

Malus estaba dispuesto a hacer corriendo todo el camino desde el valle al nuevo campamento. Resultó que cuando la chica autarii y él habían recorrido menos de cuatro kilómetros, oyó los golpes de los martillos y las órdenes cruzadas de un ejército montando el campamento en el interior del Valle de las Sombras.

El noble se paró en seco.

—En nombre de la Madre Oscura, ¿qué es esto?

La chica se detuvo con expresión preocupada y empezó a avanzar hacia la linde del bosque en el lugar donde bordeaba el Camino de la Lanza, pero Malus la adelantó y corrió directo hacia la fuente del ruido. No necesitaba el mapa de piel encerada para saber en qué punto del valle estaban. Esrahel y los demás habían desobedecido sus órdenes y estaban levantando el campamento en el lugar determinado por el Señor Brujo, lo cual los ponía exactamente en el camino de las fuerzas de Isilvar.

El camino estaba oscuro. Los hombres del tren de equipajes estaban trabajando duro, levantando tiendas y distribuyendo raciones para la cena. Los soldados del ejército naggorita deambulaban como borrachos entre tanto trajín; muchos guerreros se habían limitado a echarse al suelo y se habían quedado dormidos de inmediato. Malus observó el amotinamiento que tenía ante sus ojos y se estremeció de frustración y de ira. ¿Qué estaban pensando?

—Busca a Eluthir — le dijo a la joven—. ¡Dile que se reúna conmigo en la carreta de lord Esrahel de inmediato!

La chica se desvaneció como una sombra alada, y Malus entró a grandes zancadas en el campamento con ansias asesinas.

No tardó en orientarse. Todos los campamentos del ejército seguían un plan preestablecido. Los nobles y los caballeros en el centro, bien protegidos por las compañías de lanceros distribuidas en círculos, mientras que la caballería acampaba en dos grupos al este y al oeste, donde podían poner a sus caballos en los corrales e ir y venir patrullando con un mínimo de dificultades. El tren de equipaje y de artillería acampaba un poco al norte del centro, lo suficientemente alejado del perímetro como para proteger los valiosos suministros del ejército y las armas de asedio, y lo bastante cerca como para ofrecer a los nobles todo lo que desearan.

Malus atajó por los estrechos caminos abiertos entre las tiendas de los nobles y se encontró una auténtica ciudad de carretas cerradas que pertenecían al tren de equipaje. Al cabo de unos minutos de camino entre las carretas y el agitado trabajo de sus ocupantes llegó al enorme transporte de Esrahel. Por las estrechas ventanas de la carreta salía luz bruja y el noble pudo oír a Esrahel dentro, soltando órdenes a sus subordinados.

Malus desenvainó la espada y rodeó la parte trasera de la carreta.

—¿Qué significa esto? —dijo con voz tan cortante como la espada que llevaba en la mano.

El noble se paró en seco al ver en el fondo de la carreta abierta a ocho caballeros con sus armaduras y las espadas en mano. Al principio, no los reconoció, pero vio que intercambiaban sonrisas lobunas y luego miraban a una figura que estaba de pie en la entrada de la carreta abierta. Malus siguió la mirada hasta el noble de aspecto aristocrático, que lo observaba con furia y altanería desde la estrecha entrada. Lo reconoció de inmediato.

—¿Tennucyr? —dijo, frunciendo el entrecejo—. ¿Qué estáis haciendo?

—Restableciendo el orden —le soltó el noble—. El orden legítimo de las cosas, bastardo asesino.

La mano de Malus se tensó sobre la empuñadura de su espada y dio un paso hacia Tennucyr, con toda la intención de matar al hombre allí mismo, pero los guardias avanzaron como un solo hombre y se encararon con él en silencio. Malus logró emitir un único grito airado antes de que un puño con guantelete lo golpeará en la nuca y lo sumiera en la oscuridad.

Malus se despertó con un grito cuando la punta de un cuchillo trazó una línea rasgada en su mejilla.

Estaba desnudo y colgado por las manos del grueso poste de una tienda y con la cara lasciva de Fuerlan a escasos centímetros de la suya. La tienda estaba iluminada por un par de grandes braseros que daban a la desfigurada cara del general un aspecto demoníaco. Hasta Malus llegó el olor acre a vino barato del aliento de Fuerlan y vio el fuego de la locura bailando en sus ojos oscuros.

El general rió entre dientes como un niño malévolo.

—¿Lo veis? Ya sabía que podía hacerlo volver en sí.

La sangre corría por el lado de la cara de Malus mientras él echaba una mirada a la tienda. Allí estaba Tennucyr, reclinado en una silla de campaña y bebiendo vino a sorbos con expresión de odioso desdén. Los guardias y aduladores de Fuerlan llenaban la sala principal de la tienda, silenciosos como si estuvieran asistiendo a una ejecución. El noble se preguntó si no se trataría precisamente de eso.

No reconoció la tienda, pero dedujo que sería la de Tennucyr. Era evidente que había sido él quien había recogido a Fuerlan en el vado y lo había mantenido oculto toda la tarde hasta que el general recuperó parte de sus fuerzas. El noble sacudió la cabeza.

—He sido un necio —siseó.

—¿Por haberme golpeado? —preguntó Fuerlan.

—No, por no haberos rematado cuando tuve ocasión.

A Malus le pareció que le estallaba la cabeza cuando Fuerlan dio un grito furioso y lo golpeó en la frente con el revés de su cuchillo. El noble gruñó y echó la cabeza hacia atrás, tratando de evitar que la sangre le cayera sobre los ojos.

Fuerlan se acercó más a él.

—Es un error que pronto lamentaréis, os lo garantizo. Ya le he dado a lord Tennucyr el mando de los caballeros pretorianos como premio por su lealtad y coraje. Vos ya no tenéis cabida en este ejército. Por amotinaros podríais ser ejecutado sumariamente, pero voy a pasar la noche desollándoos vivo. — El general alzó el cuchillo contemplando cómo se reflejaba el fuego en su filo manchado de sangre—. Lo único que lamento es tener tan poco tiempo para dedicaros. No sabéis cuánto he deseado esta oportunidad, Malus. He soñado con pasar días haciéndoos una lenta vivisección. He gastado una fortuna en construir una habitación especial en mi torre donde podría haberos cortado en trozos, volver a reconstruiros y destrozarnos de nuevo día tras día. Habría sido algo glorioso.

Fuerlan cogió a Malus por la barbilla e insertó la punta de su cuchillo por encima del ojo derecho de Malus. De forma lenta y deliberada, empezó a hacer un corte en la piel, trazando casi un círculo completo en torno a la cuenca del ojo. El noble apretó los dientes y el dolor hizo que se estremeciera, mientras una sonrisa nerviosa iluminaba la cara del general.

—¿Alguna vez habéis bebido vino en el cráneo de un noble, primo? Él líquido impregna los huesos y altera sutilmente el sabor. Mañana por la mañana me sentaré en el trono del drachau de Hag Graef y beberé vino tinto y dulce en el cuenco de vuestro cerebro, y ya tengo ganas de saborearlo.

El dolor hizo que a Malus le faltara el aliento, mientras pestañeaba tratando de mantener la sangre fuera del ojo. Un dolor sordo provocaba una palpitación dentro de su cráneo. Entonces, oyó una voz.

—Tú eres la flecha, Malus —oyó que le decía el caballero al oído.

El noble rompió a reír. Primero, fue un estremecimiento de sus hombros que fue cobrando fuerza y volumen al ver brillar el miedo en los ojos de Fuerlan.

—Si me matáis, necio, ¿quién hará el trabajo de tu asesino?

El general retrocedió.

—¿De qué estáis hablando?

—Ahora ya conozco vuestro plan, primo —le espetó Malus—. Toda esta campaña ha sido una diversión para hacer que los ejércitos salieran del Hag. He estado pensando en todas las estratagemas y las tácticas que conozco para tomar la ciudad con las fuerzas de que disponéis, pero no he conseguido encontrar una sola manera de lograrlo, y eso es porque nunca tuvisteis intención de apoderaros de la ciudad. Se supone que yo debo introducirme en la ciudad a través de las madrigueras y asesinar al drachau por vos, para que a continuación salgáis vos de las sombras y reclaméis la corona. Ese es el designio que introdujo Nagaira en mi cerebro distorsionando mis recuerdos para hacer que me olvidara, ¿no es así?

Fuerlan dio un paso atrás y abrió mucho los ojos, sorprendido.

—Ella..., ella dijo que no lo recordaríais.

Malus vio una figura moviéndose en las sombras de la tienda. Sólo se veía el contorno del alto caballero, mientras que sus facciones quedaban ocultas.

—La flecha no elige ni el lugar ni el blanco contra el que es disparada —le advirtió la aparición con su voz sepulcral.

—No necesité recuerdos. Las claves estaban delante de mis ojos —replicó Malus—. Una vez que os hayáis hecho con la corona nadie os la podrá arrebatar como no sea por la fuerza de las armas o por una declaración del Rey Brujo. Así es la ley, y podéis recurrir a las fuerzas del templo y del convento para hacerla valer. Un vaulkhar joven e inexperto y un ejército de reclutas se lo pensarán dos veces antes de concitar la ira de los brujos de la ciudad, de modo que supongo que después de cierta resistencia inicial Isilvar aceptará el statu quo. Cuando los señores más poderosos vuelvan de sus campañas, vuestro poder estará asentado y no tendrán más remedio que aceptarlo. —El noble sonrió con amargura—. Pero si consigo sobrevivir al intento podréis entregarme a Malekith para que me ejecute, ganando así su apoyo tácito para vuestro gobierno. Sin duda, es un plan brillante, lo cual me lleva a pensar que fue mi hermana quien lo concibió.

—¡Vaya halago! —se burló Nagaira—. Podría resultar encantador de no ser tú el bastardo frío y traicionero que eres.

La bruja se introdujo en la tienda como un viento helado y apareció detrás de Malus. Se cernió sobre Fuerlan como un fantasma vengativo. Había prescindido de su máscara de plata y se había echado atrás la capucha de su empapada túnica. Las sombras que velaban su cabeza parecían retorcerse como si fueran volutas de humo. Sólo se le veían con claridad los ojos, que brillaban con fuego mágico. El general balbució ante su proximidad e intentó decir algo, pero la bruja le propinó una bofetada que a punto estuvo de hacerlo caer de rodillas.

Uno de los guardias de Fuerlan lanzó un grito airado y saltó hacia Nagaira con una daga en la mano. La bruja pronunció una palabra que cortó el aire de la tienda e hizo que el fuego de los braseros se avivara, y que el hombre cayera muerto a sus pies.

—Levantaos, mamarracho —le soltó a Fuerlan—. ¿Habéis perdido el poco seso que teníais?

—¡Cometió un acto de amotinamiento en el campo de batalla! —se quejó Fuerlan—. No podía dejarlo pasar.

—¡Claro que podíais! —dijo Nagaira entre dientes—. Podéis hacer todo lo que queráis, necio e insignificante hombrecillo. ¿Creéis que es así como se comporta un drachau, respondiendo a sus mezquinos instintos cuando hay cosas más grandes en juego? ¿Sois digno de la Corte de las Espinas o no, hijo del Señor Brujo?

—¿Cómo osáis tratarme así? —replicó Fuerlan—. Cuando sea drachau...

—¡Ah!, pero todavía no lo sois ¿verdad? Ni lo seréis sin él —dijo Nagaira,

señalando a Malus—. Liberadlo y haced que lo vistan. Nos queda poco tiempo.

Con una mirada de profundo odio a la bruja, Fuerlan hizo un gesto a sus guardias, que liberaron a Malus y le trajeron sus ropas. El noble meneó la cabeza con desánimo, haciendo gestos de dolor mientras se vestía.

—¿A qué tanta prisa, hermana?

Antes de que la bruja pudiera responder se oyeron unas pisadas precipitadas fuera de la tienda. Los ojos brillantes como ascuas de Nagaira se entrecerraron con gesto de fastidio mientras se retiraba al fondo de la tienda y desaparecía por completo entre las sombras. Al hacerlo, pasó sin saberlo al lado del espectral caballero que parecía mirar a Malus con impaciencia.

—Lo que una bruja hace, sólo una bruja puede deshacer —dijo la figura. El caballero se acercó, y Malus pudo verle por fin la cara. No tenía las facciones afiladas de un druchii, sino el rostro malévolo de un demonio—. Y sólo dicen sus propias verdades.

La cortina de entrada a la tienda se abrió sin ceremonias, y al volverse, Malus vio a lord Eluthir y a una docena de caballeros de aspecto hosco que entraban en la tienda. El joven caballero se hizo cargo de la situación con una rápida mirada e inclinó la cabeza ante Fuerlan.

—Disculpad esta intrusión, mi señor —dijo Eluthir con sequedad—. Estaba buscando a lord Malus. —Se volvió hacia el noble, haciendo como si no viese los cortes que tenía en la cara—. Los caballeros pretorianos están formados y en situación de revista, tal como ordenasteis —dijo.

—Lord Malus ya no es vuestro capitán —intervino Fuerlan.

Cuál no sería la sorpresa del general cuando el joven caballero lanzó una carcajada.

—Una buena broma, señor —dijo Eluthir—. Lord Malus nos condujo a la victoria en el vado del Aguanegra y mató al general del Hag en combate cuerpo a cuerpo. ¿Quitarle el mando a un héroe? ¡Qué absurdo! Pensad en el descontento que eso provocaría entre las tropas, eso por no hablar del insulto que sería para vuestro padre, que fue quien lo nombró. —El caballero sonrió con aire aprobador—. No tenía idea de que mi señor general tuviera un sentido del humor tan refinado.

Fuerlan no pudo hacer otra cosa que quedarse mirando al hombre con gesto de frustración. Eluthir se volvió hacia Malus.

—Los hombres os esperan, mi señor. ¿Os llevo la armadura? —Me la colocaré de camino —dijo el noble, poniéndose el kheitán sobre los hombros y recogiendo las placas de la armadura. Le dirigió a Fuerlan una mirada mordaz—. El trabajo de un capitán no acaba nunca —dijo con una sonrisa—. Ruego que me disculpéis, señor. Los hombres están cansados y hambrientos, y pueden volverse... ingobernables... si se los hace esperar mucho.

Una vez fuera, Eluthir se inclinó hacia Malus.

—Perdonadme por haber tardado tanto, mi señor. Hemos buscado prácticamente en todas las tiendas del campamento antes de encontrarlos.

La lluvia hacía que le ardieran las heridas, pero el noble alzó la cara al cielo y disfrutó su dolor. Era como una bendición de la diosa, un indulto de la condena de esclavitud.

—No hay nada que perdonar, Eluthir. Actuasteis bien. Ahora debemos darnos prisa si queremos evitar el desastre. —Respiró hondo—. Reunid a todos los capitanes y que vengan a mi tienda de inmediato. Debemos salir de aquí.

Eluthir lo miró con preocupación.

—¿Nos retiramos?

—No tenemos elección —dijo el noble—. La campaña fue planeada para fracasar. Sólo fue una distracción para ocultar otros designios más grandes. Pretendía sacar a los guerreros de Hag Graef de la ciudad, y lo ha conseguido. Si no sacamos al ejército del valle con las primeras luces, será arrasado.

—Estáis hablando de amotinamiento, de verdadero amotinamiento —dijo Eluthir con voz grave—. Fuerlan tiene intención de quedarse y de combatir, ¿no es cierto?

—No, tiene intención de escabullirse mientras os matan —respondió Malus—. Podéis quedaros aquí y morir, o volver al arca y probar suerte con el Señor Brujo. Apostaría que él detesta tanto como yo dilapidar un buen ejército.

Eluthir se quedó pensando un momento antes de tomar la decisión.

—Iré a reunir a los capitanes —dijo.

Malus asintió. Una línea de nauglirs de aspecto cansado esperaban en el camino junto a la tienda, entre ellos *Rencor*. El noble pasó la mano por el cuello escamoso del gélido y se acomodó lentamente en la silla.

—Id a mi tienda lo más pronto que podáis y, a continuación, poned a los caballeros en condiciones de emprender la marcha. Es posible que los necesitemos para vencer cualquier resistencia ante el plan.

Eluthir asintió y se alejó con los caballeros. Malus partió en la dirección contraria, siguiendo el metódico trazado del campamento, hasta que llegó al sitio donde sabía que debía estar su tienda. Su cabeza era un torbellino de ideas mientras trataba de formular un plan para retirar al ejército en plena noche en las mismísimas narices de Isilvar. «Ya veremos cómo piensan obligarme Nagaira y Fuerlan con un ejército que me respalda», pensó con determinación.

Había confiado en encontrar a uno o más de los exploradores esperando en su tienda. Al no tener sirvientes propios, no había nadie que encendiera los braseros o que trajera comida de las cocinas. Malus hizo a un lado la cortina de entrada y se sorprendió al encontrar encendidos los dos braseros, que llenaban la tienda de una cálida luz rojiza.

«Probablemente, tendremos que abandonar todo el equipaje —pensaba Malus—. Menos ruidos, menos peso y menos tiempo para disponer la partida.» Una vez tomada esa decisión se dirigió al fuego más próximo y tendió las manos para secarlas. Fue entonces cuando los cuatro hombres encapuchados que estaban parados a uno y otro lado de la puerta le cerraron la salida. Sus espadas relucían a la luz del fuego.

21. La oscuridad y la ruina

En el preciso momento en que Malus se acercaba al brasero, oyó la voz del caballero con cara de demonio.

—¡Cuidado! ¡Tienes encima a tus enemigos!

Giró sobre sus talones buscando la espada y los cuatro hombres se movieron al unísono, arrinconándolo con movimientos rápidos y silenciosos. Llevaban armaduras de cuero teñido de negro y unas capas cortas, de lana, con grandes capuchas que dejaban los rostros en sombras; pero Malus supo que eran hombres del Hag.

—¡Asesinos! —gritó en el preciso momento en que el jefe del grupo saltaba sobre él.

Los dos hombres chocaron, y Malus cayó de espaldas contra el brasero, lo volcó y provocó una lluvia de furiosas chispas. La humedad de su capa empapada chisporroteó y humeó al aterrizar Malus entre el hierro caliente y las brasas. El brazo de la espada le quedó atrapado bajo la rodilla del asesino, que además le apretaba la garganta con la mano izquierda. Una espada corta, de hoja ancha, se cernió sobre la cabeza del noble.

Malus dejó escapar un grito ahogado y lanzó un puñado de carbones encendidos al fondo de la capucha del atacante. El asesino se apartó con un grito de dolor, y el noble consiguió desasirse de él. De inmediato, se lanzaron los otros tres hombres, pero Malus consiguió desenvainar y describió con su espada un arco feroz a la altura de las rodillas de los asaltantes. Consiguió ponerse en cuclillas cuando uno se abalanzaba sobre él amenazando su garganta con un cuchillo de hoja larga. El noble paró el golpe e hizo un gesto de dolor cuando el atacante le dio un golpe en la muñeca con una porra de madera nudosa. El golpe hizo que se le cayera la espada, y antes de que Malus pudiera tratar de hacerse otra vez con ella, tuvo que esquivar una cuchillada mortífera dirigida a su garganta.

Malus sentía oleadas de calor contra la parte posterior del cuello. El interior de la tienda estaba en llamas y los atacantes lo estaban arrinconando hábilmente contra ellas. Otro hombre con una espada lo asaltó por la izquierda, pero Malus sacó su segunda arma y, por los pelos, consiguió parar un potente golpe con el que pretendía herirlo en el hombro. Al hacerlo, la porra del segundo atacante lo alcanzó detrás de la sien izquierda y lo derribó al suelo.

Le dio la impresión de yacer sobre el suelo humeante largo rato, mientras parpadeaba tratando de apartar las punzadas de dolor de sus ojos. Todo sucedía como en cámara lenta: vio su mano entumecida que trataba de alcanzar la espada que había dejado caer, pero una bota de cuero la apartó lentamente. Una mano enguantada lo cogió por el pelo y le tiró la cabeza hacia atrás, hasta que pudo ver las lenguas de fuego que lamían el techo de lona de la tienda. Abrió la boca, tratando de hablar, pero

lo único que le salió fue un gruñido de dolor.

Dos de los asesinos se inclinaban sobre él, con miradas inescrutables desde la profundidad de sus capas. Allí cerca había un tercero, erguido como un juez a punto de dictar sentencia.

—Rematadlo — dijo con voz grave el tercer hombre.

Malus parpadeó, tratando de recordar dónde había oído antes esa voz.

El cuarto de los asesinos se puso de pie tambaleante, sacudiendo la cabeza encapuchada. Salía humo de los puntos de la tela en los que el carbón había dejado su impronta. Se movía entre un halo de llamas y su espada estaba roja por el reflejo de las llamas. Cuando llegó junto a Malus, puso el borde afilado de la espada sobre la garganta del noble y echó atrás su capucha. La cara pálida del hombre presentaba terribles quemaduras y tenía el pelo blanco chamuscado. Sus ojos del color del bronce candente miraron a Malus con una mezcla de odio y de angustia.

Malus lo contempló y sintió un peso frío en el corazón.

—¿Arleth Vann?

—Bien hallado, mi señor — dijo el asesino con voz inexpresiva—, pero me temo que es la última vez. Habéis transgredido la ley del Rey Brujo y habéis traicionado a vuestra ciudad al uniros al enemigo. Como hombres que os habíamos jurado lealtad, la infamia nos ha alcanzado a todos.

El hombre que estaba junto a la puerta de la tienda echó atrás su capucha. El rostro bien parecido de Silar Sangre de Espinas tenía un rictus de amargura.

—Nos habéis traído la ruina, Malus. Todos se han vuelto contra nosotros por vuestro crimen. ¡Ahora somos menos que esclavos!

La espada de Arleth Vann penetró apenas en el cuello de Malus.

—Debéis morir para que podamos recuperar nuestro honor —dijo—. No hay otra salida.

Los dos hombres que estaban junto a Malus se descubrieron. Dolthaic el Despiadado le escupió a la cara.

—Hacedlo —dijo con desdén.

La expresión de Hauclir era desolada. No había enfado en sus ojos ni atisbo de sorpresa. Miró a Malus escrutadoramente.

—Decidme que esto es parte de un plan —dijo—. Decidme que lo teníais planeado todo y que lo que hemos sufrido desde nuestro regreso a Hag Graef tiene algún sentido. Decidme que teníais prevista una manera de enderezar las cosas.

Malus sostuvo la mirada implorante de su guardia.

—¿Puedes darme un momento para pensarlo? —dijo, intentando sonreír.

—Matadlo —dijo Dolthaic—. Acabemos con esto.

A lo lejos retumbó el sonido de los cuernos en el aire nocturno. Arleth Vann se estremeció y, a continuación, cayó de rodillas delante de Malus, con los ojos

desorbitados por la sorpresa. El asesino emitió un gruñido y se fue contra el noble con tres virotes de ballesta clavados en la espalda.

Los espectros entraron velozmente en la tienda desde tres lados, cargando a través de la entrada y por dos rendijas abiertas en el lienzo en llamas. Silar lanzó un alarido e inmediatamente retrocedió forzado por el feroz ataque de dos exploradores autarii mientras su espada destellaba al parar las embestidas de las hojas cortas y penetrantes de los espectros. Dolthaic soltó una maldición e intentó decapitar a Malus, pero dio un paso vacilante hacia atrás acompañado de un grito de dolor al clavársele en el hombro otro proyectil.

Un autarii se lanzó contra Hauclir con dos espadas que parecían dos serpientes. El antiguo capitán de la guardia soltó a Malus y trató de clavar su cuchillo en la cara del espectro. El autarii esquivó el golpe y la porra de Hauclir lo golpeó en la frente. Mientras el explorador caía, Hauclir cogió del brazo a Arleth Vann y lo levantó del suelo con fuerza sorprendente.

—¡Corred! —le dijo a Dolthaic, arrastrando al asesino inconsciente hacia la parte trasera de la tienda. Desarmado, Dolthaic lanzó a Malus una mirada de odio al pasar y corrió hacia la pared en llamas, atravesó la tela debilitada y salió a la noche lluviosa.

Al romperse la pared, la tienda empezó a desplomarse. Malus sintió que lo cogían por los brazos y lo alejaban del fuego. Logró atisbar todavía a Hauclir y Dolthaic arrastrando a Arleth Vann tras una tienda vecina y después los perdió de vista.

El aire de la noche se estremecía con el toque de los cuernos y el ruido de lucha. Una forma esbelta se arrodilló frente al noble y puso las espadas de Malus a su lado. La chica autarii examinó atentamente los ojos del noble y, a continuación, deslizó un pequeño trozo de corteza entre sus labios. El sabor era horriblemente amargo. Malus sintió una arcada, se dobló y vomitó en la hierba.

—¿Estáis bien, mi señor? —preguntó la joven—. ¡Es preciso que os recuperéis en seguida, están atacando el campamento!

Malus hizo una pausa. Sentía sabor a bilis en la boca y casi no podía respirar. Los sonidos que resonaban entre las tiendas adquirieron de repente un significado temible: Isilvar había encontrado el campamento y había decidido no esperar al amanecer; había lanzado un ataque por sorpresa sobre las exhaustas y desorganizadas tropas naggoritas.

El noble apretó los puños y cerró fuertemente los ojos, hasta que todo su cuerpo empezó a temblar por el esfuerzo. Se obligó a apartar su mente de toda distracción y a sepultar la imagen del gesto implorante de Hauclir en las oscuras profundidades de la mente.

—Busca a Eluthir —dijo—. Los capitanes están con él. —Mientras consideraba la situación y las posibles opciones, un plan empezó a tomar forma en su cabeza—. Dile a Eluthir que contraataque con todos los caballeros que pueda encontrar. A

continuación, dile a Esrahel que prenda fuego al equipaje para cubrir la retirada de la infantería. —Lentamente recogió sus espadas y se puso de pie, obligándose a no pensar más que en la situación que tenía ante sí—. Diles a los comandantes de infantería que hagan una retirada a la defensiva hacia el norte.

—¿Retirada adonde? —preguntó la joven.

—¡A donde sea! ¡La cuestión es salir de aquí! —respondió Malus con tono intempestivo—. Pongamos en marcha al ejército y ya nos ocuparemos del resto después. —El noble envainó sus espadas y, con gran esfuerzo, empezó a mover las piernas en dirección a *Rencor*.

La chica fue dando órdenes en su ininteligible dialecto autarii, y la mayor parte de los espectros se dispersaron como una bandada de cuervos. Les hizo un gesto afirmativo a los tres que quedaban y lentamente se fundieron con las sombras de los alrededores.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Malus con expresión ceñuda.

—Vigilaros —dijo con tranquilidad, escrutando las sombras—. Creo que nos acercamos al final de todo esto —añadió con tono distante—. Vuestra campaña está tocando a su fin y vuestros enemigos os acechan como una manada de lobos.

—Nunca fue mi campaña —dijo Malus, sorprendido por la amargura de su voz.

—¿Y la maldición de la bruja? —preguntó ella, volviendo la cabeza.

Malus meneó la cabeza. Recordó las palabras del caballero demoníaco.

—Lo que hace una bruja, sólo una bruja puede deshacerlo —dijo ya junto a *Rencor* y comprobando la silla y las riendas.

—Que así sea —replicó la chica con aire serio. Se llegó a él y le puso una mano en el hombro—. Volveos, mi señor, hay algo que debo deciros.

Malus se disponía a volverse, pero la voz de Nagaira hizo que se parara en seco.

—Se ha hecho de noche, hermano —dijo la bruja saliendo de la oscuridad hacia la luz que proyectaba la tienda en llamas—. Ya es hora.

Malus hizo una pausa, buscando sigilosamente la daga en su cinto, hasta que recordó que la había perdido en la pelea.

—Hora de huir, hermana —dijo tratando de ganar tiempo—. El ejército está en grave peligro.

—¿El ejército? Lo que tiene que hacer el ejército es morir —dijo la bruja—. Tengo pensada otra tarea para ti. Vuélvete.

Se volvió, buscando con la vista a la autarii, pero comprobó que la joven había desaparecido.

Nagaira estaba a cierta distancia, flanqueada por una docena de acólitos vestidos de negro. Fuerlan se encontraba por allí con la espada desenvainada. La expresión del antiguo general estaba crispada por la rabia y el miedo.

Los ojos relucientes de la bruja se entrecerraron, y Malus sintió sobre sí mismo el

peso frío de su sonrisa.

—Vas a hacer exactamente lo que yo diga —le ordenó—. Sigúeme.

El dolor desapareció cuando Nagaira ejerció su influjo sobre él. Sintió nacer en el pecho un vigor enorme que se revolvía como un haz de serpientes en torno a su corazón. Los pies empezaron a moverse por su cuenta.

Malus miró con desesperación a su alrededor. ¿Dónde estaban los espectros? ¿Por qué no hacían nada? En su desaparición se volvió hacia *Rencor* mientras caminaba hacia su hermana.

—¡Arriba, *Rencor* ¡Ataca! —ordenó. Le habría dado lo mismo que la bestia se hubiese muerto, porque esperó en vano que acudiera y obedeciera.

El nauglir seguía sentado sobre sus cuartos traseros cuando Nagaira condujo a Malus y a sus compañeros hacia la oscuridad.

Los caballeros y la caballería de Isilvar habían atacado por el Camino de la Lanza desde el sur. Nagaira condujo a Malus y a sus acompañantes hacia el oeste, fuera del campamento, y hacia los espesos bosques que salpicaban el fondo del valle. Malus la seguía como un perro amaestrado, oyendo con impotencia los gritos y alaridos del ejército, su ejército, mientras moría. Rogó a la Madre de la Noche que Eluthir y los caballeros pretorianos consiguieran escapar, o que al menos tuvieran una muerte digna de caballeros. Si Tennucyr iba al mando, ninguna de esas cosas estaba garantizada.

No podía dejar de moverse por mucho que lo intentara. No había voluntad, ni rabia, ni miedo capaces de impedir que sus miembros lo llevaran a donde iba Nagaira. Sin embargo, se dio cuenta de que podía ir más lento, rezagándose por entre el grupo hasta donde fuera posible sin perder de vista a su hermana. Podía salirse del sendero si lo deseaba, siempre y cuando tuviera a su hermana a la vista, y podía andar más de prisa. Daba la impresión de que estaba obligado a seguir las órdenes de Nagaira al pie de la letra, aunque no necesariamente sometién dose a ellas en espíritu. Eso le daba más libertad de la que esperaba, y su mente trabajaba frenéticamente mientras se abrían camino por los bosques tenebrosos, buscando una manera de aprovechar su descubrimiento.

Más de media hora anduvieron por el bosque antes de llegar a una enorme roca granítica que sobresalía de la tierra. Tenía el tamaño de una cabaña pequeña y se había hecho sitio en medio de la maleza abriendo un claro de exiguas proporciones. La lluvia caía pertinazmente y relucía sobre la superficie de la piedra. De inmediato, los acólitos de Nagaira se distribuyeron en torno a la roca, adoptando la mitad la postura de alguien que está rezando, mientras la otra mitad se apostaba como centinelas en torno al claro. Nagaira, en tanto, había hecho aparecer un globo de fuego brujo y empezaba a examinar la roca.

En más de una ocasión durante el recorrido, a Malus le había parecido detectar

signos de movimiento sigiloso entre los árboles. Estaba seguro de que los espectros los estaban siguiendo, pero ¿por qué no habían actuado? ¿Acaso estaban haciendo tiempo esperando un momento oportuno para actuar lejos de los hombres de Isilvar? De pie en la linde del claro, el noble miró a Nagaira y a los dos nobles naggoritas con cautela. La bruja era ajena a cuanto la rodeaba; estaba absorta en el examen de la piedra, pero Fuerlan se encontraba al borde del pánico.

—Estaba pensando, hermana —se atrevió a decir Malus—, ¿cómo es posible que nuestro ilustre hermano consiguiera reunir una fuerza de castigo para atacar Naggor con tal rapidez? Calamidad tenía la seguridad de que no nos encontraríamos con ninguna resistencia seria hasta que hubiéramos pasado el Aguanegra y me atrevería a decir que conoce el Hag y a sus jefes tan bien como cualquiera.

—Daría la impresión de que Isilvar es un líder mucho más eficaz de lo que cualquiera habría imaginado —dijo la bruja con tono ausente.

—¿O acaso tú y él tramasteis juntos todo esto? ¿Acaso lo pusiste al corriente de los planes del arca?

Fuerlan se volvió hacia Nagaira, abriendo mucho los ojos. —¿Es eso cierto?

—¿Por qué habría de hacer tal cosa, mequetrefe?

Malus no estaba seguro de a quién había dirigido ella el apelativo, pero Fuerlan lo tomó como una ofensa.

—¡Nada ha salido como lo habíamos planeado! —gritó—. ¡Nunca dijisteis que mi ejército sería destruido! ¿Cómo se supone que voy a controlar la ciudad sin tropas que me sean leales?

Una idea asaltó a Malus. De repente, todo encajaba a la perfección.

—No vais a hacerlo. —Frunció el entrecejo mientras veía cómo tomaba forma su teoría—. Creo sinceramente que os han traicionado.

Fuerlan se volvió poco a poco a mirar a Malus. De pronto, empezó a guiñar el ojo derecho, presa de un tic nervioso.

—Callaos — dijo—. ¡Sólo estáis tratando de malquistarnos!

Malus se le rió en la cara.

—¡Ella e Isilvar han sido aliados durante años, pobre desdichado! ¡Los dos pertenecen al culto de Slaanesh! —Experimentó una satisfacción salvaje al ver el horror en la cara del hombre—. ¿No os lo había dicho? ¡Y yo que creía que estabais prometidos! —dijo, riendo entre dientes—. ¿Es que los naggoritas no habláis con vuestras futuras esposas?

Fuerlan se volvió hacia Nagaira blanco como la leche.

—¿Es eso cierto?

—¡Oh, sí! —dijo Nagaira sin prestar atención mientras pasaba un dedo por una grieta de la piedra.

—Ella pretende que yo mate al drachau, pero ¿quién más se beneficiaría de ese

asesinato? Isilvar, por supuesto —dijo Malus—. Después de destruir vuestro ejército será aclamado como un héroe. Entonces, cuando vuelva al Hag y se entere de la muerte del drachau, ¿quién va a impedirle que ocupe el trono? —Le dedicó una sonrisa cruel al naggorita—. Supongo que vos seréis entregado a Isilvar para que pueda mostraros por las calles durante los festejos por su victoria.

—¡Callaos! ¡Callaos de una vez! —Fuerlan estaba temblando de rabia—. Nagaira, decidle que está equivocado. Vos nunca podríais gobernar al lado de Isilvar. ¡Sólo yo podría haceros reina!

La bruja se enderezó y volvió la cara hacia los dos hombres.

—Malus —dijo con tono autoritario—, ven aquí.

El noble hizo una mueca cuando su cuerpo se puso en movimiento, y apuró el paso para dejar a salvo su orgullo y que no se notara tanto que estaba siendo el juguete de su hermana.

Nagaira hizo una señal a uno de sus guardias. La figura encapuchada se adelantó llevando una caja de madera que él conocía.

—Ábrela — dijo la bruja.

Así lo hizo. Dentro vio las tres reliquias que ya había visto antes.

—¿Ves esa daga? —preguntó Nagaira.

—Sí.

—Excelente. Cógela y mata a Fuerlan con ella.

Malus cogió la daga negra. Fuerlan lanzó un grito de terror.

—¡Zorra mentirosa! —gritó el naggorita, alzando su espada—. ¿Pensáis que vais a matarme, hijo del Hag? ¡Adelante, entonces! Me he entrenado con los mejores duelistas del arca...

Sus palabras se interrumpieron por el sonido de acero contra acero. El naggorita mantenía su expresión de estupor y no apartaba la mirada de Malus, que estaba a casi un metro de él. Lenta, muy lentamente, bajó los ojos hasta la empuñadura de la daga que sobresalía del peto de su armadura. El último aliento de Fuerlan salió de sus labios a modo de un suspiro sobresaltado, mientras caía sobre una rodilla y, a continuación, de bruces contra el suelo.

—Un lanzamiento impresionante —observó Nagaira.

—Lo que sea, por no oírlo —replicó Malus, secamente.

El noble observó cómo un guardia ponía a Fuerlan boca arriba y le arrancaba con las dos manos la daga. Malus quedó impresionado por la expresión de terror absoluto en la cara del hombre. ¿Qué sería eso tan espantoso que había sentido en el último momento de su vida? Fuera lo que fuese, pensó que no era ni la mitad de lo que se merecía.

Pero ¿dónde estaban los espectros? Escrutó con ansiedad el bosque. ¿Por qué no habían intervenido todavía?

Cerca de él, Nagaira salmodiaba en voz baja y se produjo un destello de luz azul. Cuando Malus volvió a mirarla, estaba de pie ante un agujero hecho en la enorme roca, que parecía una curva que penetraba en la tierra.

La bruja se volvió hacia él. Los ojos le brillaban con una luz sobrenatural.

—Vamos a casa, hermano —dijo.

Por un momento, Malus creyó que Nagaira se había perdido. No es que fuera difícil perderse en el sinuoso laberinto al que llamaban las madrigueras. Los túneles tenían kilómetros de largo distribuidos en curvas y revueltas sin fin que no tenían una configuración comprensible para una mentalidad lógica. Según la leyenda, las madrigueras estaban centradas en Hag Graef, y nadie sabía a qué profundidad penetraban en la tierra. Las habían hecho durante un invierno, varios siglos después de la construcción de la ciudad, y cerca de la superficie los túneles conectaban con sótanos y alcantarillas. Los túneles eran el refugio de un número temible de terribles depredadores, desde nauglirs hasta arañas de las cavernas, pero una alma inteligente —o desesperada— también podía usarlos para ir y venir a través de la ciudad sin ser vista.

Nagaira conocía a la perfección el trazado de los túneles, o al menos los que estaban próximos al Hag propiamente dicho. Ahora, sin embargo, llevaba las hojas de pergamino que Malus había visto antes en su tienda y las consultaba atentamente mientras guiaba al grupo siguiendo un camino tortuoso a través de las madrigueras.

Hacía tiempo que el noble había perdido la noción del tiempo mientras seguía su orbe de fuego brujo a través de una sucesión interminable de túneles. Lo mismo podrían haber pasado horas que días desde que habían dejado atrás el mundo de la superficie.

Daba la impresión de que la bruja estaba buscando algo, pero Malus no podía imaginar qué sería. Cada tanto, cuando llegaban a una intersección, hacía una pausa, inclinaba la cabeza y soltaba un encantamiento en una lengua que Malus no entendía, pero que de todos modos le daba dentera.

Por fin, llegaron a una especie de callejón sin salida, un enorme pozo cuyo fondo se perdía en una oscuridad abismal. De la oscuridad salían unas emanaciones nocivas que hicieron toser a Malus. Encima del pozo, el aire era quieto y frío, y abajo no se oía el menor ruido.

Nagaira se acercó al borde del pozo y miró hacia el vacío. Aparentemente satisfecha, se volvió e hizo señas a uno de sus acólitos. El hombre se adelantó y se echó atrás la capucha, mirando a la bruja con expresión de serena adoración. Ella alzó la mano, sosteniendo algo que parecía un rubí resplandeciente y lo deslizó entre los labios del acólito.

—Este es mi regalo para ti —dijo.

El hombre sonrió.

—Duermo en la oscuridad para que los durmientes puedan despertar — dijo, y saltó al vacío. Cayó sin producir el menor sonido.

Nagaira dio la espalda al pozo y volvió por el camino por el que habían venido.

Volvieron a los túneles tortuosos, y Nagaira a la consulta de sus mapas. Poco después, llegaron a un nuevo pozo, y otro de sus fieles seguidores recibió su regalo y se precipitó en el olvido.

Malus observaba con horror creciente el desarrollo del ritual. Después de que el tercer guardia se sumiera en la oscuridad eterna, empezó a sentir que el aire estaba cada vez más cargado. ¿Serían sacrificios que ofrecía Nagaira? Y de ser eso cierto, ¿a qué o a quién? ¿Qué tenían que ver con su plan para matar al drachau?

En total, seis acólitos habían sido entregados a la oscuridad. El aire pesado de los túneles chisporroteaba de tanto poder acumulado, y Malus podía sentir que se conmovía y palpitaba contra su piel como algo vivo. Era como si hubieran estado deambulando por el laberinto durante una eternidad, y el noble ya no podía más.

—¿¡Vamos a caminar por estos malditos túneles hasta que caiga la Noche Eterna?! —exclamó Malus, incómodo al percibir la inquietud patente en su voz—. Como si no fuera ya bastante malo que me hayas transformado en tu flecha asesina, hermana. Lánzame ya sobre el drachau o arrójame a uno de tus pozos sin fondo. Realmente ya no me importa lo que sea.

Nagaira se volvió poco a poco para mirarlo de frente.

—Muy bien — dijo con una pizca de diversión en su tono habitualmente helado.

Extendió la mano apuntando a un montón de escombros que cubría el lateral de una pared cercana y pronunció una palabra de poder. El aire empezó a ondularse, como si fuera agua, ante aquel sonido, y la pila de piedras estalló hacia afuera, apartándose de la mano de la bruja. Cuando se despejó la nube de polvo, Malus vio un agujero de bordes desiguales en la pared del túnel y una especie de cámara al otro lado.

—Hemos llegado —dijo Nagaira.

La bruja señaló el agujero, y Malus pasó a través de él como en un sueño. Con la iluminación del fuego brujo de Nagaira, pudo ver que estaba en una pequeña cámara burdamente abierta en la roca. A intervalos regulares sobre las paredes había pares de grilletes con las esposas abiertas. Cerca del centro de la habitación vio un montón de esqueletos polvorientos, apilados entre dos braseros volcados. Al otro lado de la cámara se abría una nueva cámara que parecía todavía más grande.

Un escalofrío recorrió a Malus de pies a cabeza. Sabía dónde se encontraba.

Nagaira dio un paso hacia el interior de la habitación y su luz inundó el espacio con un leve resplandor verdoso. Atravesó la cámara, haciendo una pausa para tocar los huesos apilados y pasó, a continuación, a la cámara de festejos que había al otro lado.

La enorme caverna estaba vacía. Los agujeros en las paredes donde los ejecutores de Khaine habían desatado su mortífera emboscada habían sido tapados con ladrillos, y los numerosos cuerpos hacía ya tiempo que habían sido retirados y quemados. Malus siguió a su hermana, que se dirigía hacia la escalera en espiral que subía hacia el altísimo techo abovedado de la cámara.

—Me llevó una década excavar este lugar —dijo Nagaira—. Tuve que introducir de contrabando a una veintena de esclavos enanos de Karond Kar para hacer el trabajo. Una veintena. Imagínate el gasto. — Apoyó una mano sobre la curva balaustrada de la escalera—. Y eso fue sólo la construcción. Tuve que dedicar el doble de tiempo y hacer sacrificios sin número para introducir el culto aquí, en la ciudad. —La bruja se volvió a mirarlo—. Todo eso destruido en una sola noche.

Malus escrutó sus ojos relucientes.

—¿Debo tener pena de ti, hermana?

—No hay brujería en el mundo lo bastante fuerte como para despertar piedad en tu frío corazón —dijo Nagaira con tono burlón—, y tampoco la tendré yo de ti. — Alzó la mano y apuntó a la frente de su hermano—. Sé de tus ambiciones, Malus. Te he observado en la Corte de las Espinas y he visto cuánto ansiabas poner en tu cabeza la corona del drachau. Ahora vas a destruir todos esos sueños con tus propias manos. Mi designio actúa sobre ti, Malus Darkblade —salmodió—, está escrito en tu carne y grabado en tu cerebro. Ve a la fortaleza del drachau y ejecútalo.

22. Víctimas del destino

La sed de sangre se extendió como hielo negro por las venas de Malus.

El ansia asesina hizo que sus músculos se contrajeran y lo impulsaran hacia arriba por la escalera de caracol hacia la torre en ruinas de Nagaira y a través de la ruinoso cámara que le daba acceso. Escombros parcialmente fundidos llenaban la estancia que había sido grandiosa y las pesadas puertas de dos hojas colgaban de sus bisagras rotas que a pesar de todo las mantenían en pie por su propio peso. Malus tuvo que avanzar por momentos a tumbos y por momentos casi arrastrándose entre la cámara sembrada de escombros. El cuerpo le temblaba por la energía apenas contenida y sentía los músculos llenos de fuerza sobrenatural, mientras el corazón le latía con el vigor insuflado por la bruja. La piel del noble se erizaba en líneas afiladas como cuchillos de escritura mientras el conjuro que Nagaira había grabado en su carne lo empujaba hacia adelante, hacia las mismísimas fauces de la muerte.

Se lanzó contra la puerta de la torre con una fuerza bestial, que la hizo caer sobre el suelo del patio que había al otro lado.

Malus salió tambaleándose al aire de la noche, con el pecho agitado. Ya no sentía ni las heridas ni la fatiga de los días de marcha y de lucha en el camino hacia el Hag. Todo desaparecía ante las ansias voraces de encontrar y matar a su presa. Si se quedaba quieto demasiado tiempo, sentía la ansiedad que le quemaba las entrañas como brasas y que se hacía más feroz a cada momento. De sus labios salió vapor cuando miró hacia el cielo estrellado mostrando los dientes. A duras penas se contuvo de aullar como un lobo ávido de sangre.

En lugar de eso, trató de dominar la furia que sentía aplicándola a resistir al designio de Nagaira. El fuego que lo quemaba por dentro se avivó todavía más. Tendió la mirada sobre el patio sembrado de escombros, hacia una plataforma improvisada a la que, meses antes, habían llevado desde la torre a docenas de adoradores de Slaanesh para quemarlos. En el aire todavía había olor a carne quemada y a sangre derramada.

En el centro del patio, había una fuente rota, cuyas piedras decorativas aparecían destrozadas y fundidas. Malus cayó contra el borde curvo de la fuente y hundió la cara en el agua salobre que quedaba dentro.

Cuando sacó la cabeza del agua contaminada se produjo una perturbación en la superficie que desalojó la basura que flotaba en ella y le permitió verse reflejado en las aguas aceitosas. El pelo negro le caía en greñas apelmazadas por la suciedad y su sangre seca, y su cara manchada de barro le daba todo el aspecto de un demonio de mirada lasciva. Trató de recordar las facciones contraídas del caballero que había vislumbrado en sus visiones y oyó otra vez sus palabras: «Lo que una bruja hace, sólo una bruja puede deshacerlo».

Malus rechinó los dientes, frustrado, mientras observaba las agujas afiladas de la torre del drachau que se alzaban en el cielo nocturno. Su sino lo llamaba, tirando de todas las fibras de su cuerpo. No podía volverse y desandar el camino hasta su hermana, del mismo modo que no podía respirar el agua removida de la fuente que tenía debajo de su mentón. ¿Qué terrible semilla había plantado su hermana en su interior y qué espantoso fruto nacería de ella?

Su mente daba vueltas y vueltas en una búsqueda desesperada de escapar al influjo de la bruja.

—¿Qué se yo de la maldita brujería? —dijo entre dientes—. ¡No soy brujo como lo era mi madre!

La idea cayó sobre Malus como un golpe entre los ojos. Atónito, se dejó caer del borde de la fuente al suelo. Sintió todavía con más intensidad la brasa candente del designio de su hermana, que transmitía impulsos dolorosos a sus entrañas; pero por un instante, la posibilidad de liberarse le dio fuerzas suficientes para aguantar el dolor.

«Eldire —pensó—, por supuesto.»

Se puso de pie trabajosamente y volvió a estudiar la torre del drachau. El convento formaba parte del entramado interior de la fortaleza, al que sólo podía accederse por un pasillo situado en el centro mismo de la torre.

El primer reto consistía en llegar al interior. Malus sonrió con amargura. Al menos por una vez podía hacer que el designio de su hermana actuara a su favor.

La fortaleza del drachau era casi una ciudad en sí misma. Rodeando las agujas centrales de la torre del homenaje del gobernante había una multitud de torres menores que eran las residencias de los nobles de más alto rango de la ciudad y de sus hijos. Muchas de estas agujas estaban interconectadas por estrechas pasarelas de aspecto delicado, construidas por los esclavos enanos hacía cientos de años. Unas cuantas tenían acceso directo a la torre del drachau, pero una excepción era la torre del vaulkhar de la ciudad.

Los patios interiores y los pasillos de la gran fortaleza estaban desiertos y oscuros. Daba la impresión de que todos los druchii capaces de portar una arma habían sido reclutados por Isilvar para engrosar las filas del ejército ante la amenaza naggorita. Malus no pudo por menos que admirar la previsión y minuciosidad del plan de su hermana mientras se colaba veloz y sin tropiezos por las galerías de los patios exteriores, hasta llegar a las mismísimas puertas de la torre del vaulkhar.

No había guardias ante la altísima puerta de dos hojas. Malus empujó con las manos la vieja madera con herrajes de hierro y modificada por medios mágicos, lo que la hacía más fuerte que el acero. El noble sonrió con expresión maligna.

—Dejadme entrar — susurró al poder que palpitaba bajo su piel. Asentó bien los pies, agachó la cabeza y empujó.

El fuego que ardía en sus entrañas se atenuó transformándose en un bloque sólido de voluntad inquebrantable. Al principio, las puertas no cedieron. Malus volvió a empujar con más fuerza, acompañando el movimiento con un gruñido. Impulsó el hielo negro que corría por sus venas hacia el interior de la madera de roble endurecida y los cerrojos de hierro del interior.

Se oyó un débil crujido. A Malus empezó a sangrarle la nariz por el esfuerzo. En algún lugar, un trueno distante sacudió el cielo.

Malus sólo oyó un ruido de madera al astillarse, después otro. Al otro lado de la puerta, sonó un débil grito sofocado. Disfrutó con la nota de desesperación que transmitía y empujó con todas sus fuerzas, transformado su gruñido en un rugido feroz. Entonces, con un crujido definitivo, las barras que sujetaban las grandes puertas se combaron y rompieron sus anclajes, y las grandes puertas se abrieron con un gruñido de hierro torturado.

Un puñado de sirvientes encogidos de miedo se apretaban en el gran vestíbulo del vaulkhar cubierto de polvo. Gritaron, aterrorizados, al verlo atravesar el destrozado umbral, y huyeron despavoridos al oír su risa enloquecida. Malus atravesó el gran vestíbulo de altísimo techo y columnas en forma de dragones vigilantes, y subió por la escalera principal. Nunca había visto los aposentos privados del vaulkhar, pero conocía la torre lo suficiente como para poder encontrarlos.

La torre parecía una ciudad abandonada; los pasillos y los descansillos estaban silenciosos, y el eco devolvía el sonido de sus pasos mientras subía por la curva escalera. Los hombres de Lurhan se habían marchado, e Isilvar todavía tenía que crear su propia guardia personal, de modo que nadie salió al paso de Malus cuando abrió de golpe la puerta de dos hojas que daba a los aposentos personales del señor de la guerra y atravesó la modesta antecámara hasta una sencilla puerta sin pretensiones.

Malus arrancó el pomo de hierro y empujó la puerta, que se abrió sobre la oscuridad y el fuerte viento. Volvió a oírse el trueno, aparentemente más cerca que antes, aunque todavía podían verse los puntos fríos de las estrellas brillando en el cielo. Malus agachó un poco las rodillas y bajó la cabeza para hacer frente al viento traicionero y cambiante, y recorrió con paso implacable la estrecha galería que conducía a la negra silueta de la torre del drachau.

Al principio, tomó a los dos guardias por estatuas. Protegidos como estaban en sus casetas a uno y otro lado de la puerta del drachau, el viento ni siquiera les movía las pesadas capas. Lo cierto era que lo tomó por sorpresa cuando uno de los guardias cubierto con su armadura se adelantó medio paso e interpuso su lanza para impedirle el paso. La voz del centinela sonó poco firme. ¿Quién era ese extraño cubierto con una capa negra que llegaba desde la torre del vaulkhar?

—No podéis entrar, temido señor —gritó, tratando de hacerse oír a pesar del furioso viento—. El drachau no desea...

Malus agarró al guardia por la gruesa capa y lo tiró del puente abajo como si fuera un juguete infantil. Su grito de terror quedó amortiguado por el fuerte viento y por el rugido de otro trueno.

El segundo centinela se quedó paralizado. Malus llegó hasta él en dos rápidos pasos, lo cogió por el yelmo y golpeó con él la puerta con herrajes de hierro que tenía a su espalda. La puerta se sacudió sobre sus goznes, pero no cedió, de modo que Malus golpeó otras dos veces en rápida sucesión. La madera crujió y el metal cedió. El guardia al que Malus tenía sujeto se sacudía en sus últimos estertores. Después de un cuarto golpe, la puerta se abrió, y Malus arrojó a un lado su ensangrentado ariete. Al otro lado, la sala de la guardia estaba vacía. Se detuvo allí unos instantes, esperando oír un grito de alarma por encima del agitado pulso de sus sienes.

Todo estaba silencioso. El fuego de sus entrañas lo impulsaba a seguir adelante. Trató de orientarse y encontró una estrecha escalera que llevaba a las plantas inferiores de la torre y al convento de las brujas.

La torre del drachau estaba tan desierta como el resto de la fortaleza. Malus se preguntó cuántos sirvientes y hombres de armas druchii habría en los bosques fuera de la ciudad, cortando gatzates y expoliando a los muertos naggoritas.

Había hombres armados montando guardia ante la gran puerta negra del convento de las brujas.

Lo normal era que los hombres que montaban guardia ante la Puerta de las Novias llevaran el acero desenfundado en la mano: largos draichs que se manejaban con ambas manos y en cuya confección intervenía la magia para dotar a su filo de una agudeza sobrenatural. Los dos guardias estaban en sus puestos habituales, pero la vigilancia estaba reforzada por cuatro hombres armados con las pesadas hachas de las tropas personales del drachau.

Malus cayó sobre ellos sin una palabra, desenvainando su espada y saliendo de las sombras con un único movimiento elegante y silencioso. El primero de los que portaban hachas cayó con la garganta cortada; el noble arrancó el hacha de la mano del muerto y la lanzó a la cara de uno de los espadachines situados cerca de la puerta.

Mientras los sesos del hombre se desparramaban por el suelo, Malus se dejó caer sobre una rodilla y lanzó un movimiento enérgico con las dos manos contra otro de los que portaban hacha. Nuevamente, cogió el hacha de la mano del moribundo justo a tiempo de parar un furioso golpe descendente del hacha del tercero de sus compañeros. Movido por la fuerza bruja que lo poseía, Malus paró el golpe con facilidad, hizo a un lado el arma del hombre y le clavó la espada en la boca, abierta en un grito. Las vértebras se quebraron blandamente, y el guardia cayó con la espina dorsal atravesada.

La última de las hachas describió un arco amplio dirigido a la nuca del noble. Éste se agachó, sintiendo el aire que desplazaba la afilada hoja al pasar, y a

continuación, le lanzó al hombre un potente revés, que lo alcanzó en la parte trasera de la rodilla derecha. El cuero, la carne y el músculo se abrieron con una efusión de sangre brillante, y el guerrero cayó al doblársele la pierna. Antes de que pudiera recuperarse, Malus remató el giro y le cortó la cabeza de un hachazo.

Un sonido sibilante fue la única advertencia que le llegó a Malus de que el draich del último de los guerreros pretendía partirle la cabeza en dos. Formó una equis por encima de la cabeza con la espada y el hacha, y paró el golpe; se tambaleó un poco bajo la fuerza del impulso del hombre. Se puso de pie con un rugido, desviando hacia un lado el draich con el hacha y girando sobre el talón para separar la cabeza del hombre de sus hombros.

Se encontraba ante la puerta negra cuando el último cuerpo no había terminado todavía de caer al suelo. A diferencia de las demás, la puerta del convento se abrió apenas la tocó.

Era una puerta de frío mármol negro, liso y sin pulir. Al tocarla Malus, en la superficie de piedra relumbraron las runas mágicas y un portentoso estremecimiento sacudió el aire. Cuando cruzó el umbral que daba acceso desde la torre del homenaje del drachau a la torre sacrosanta, sintió que el fuego que llevaba en sus entrañas se convertía en una furia agonizante. Las serpientes negras de su pecho le oprimieron el corazón y casi no podía respirar. Puso en juego toda su voluntad para avanzar.

«No importa que se me chamusque la piel y que mis huesos se rompan», pensó, apretando los dientes de dolor. ¡Es preferible sufrir y morir antes que convertirme una vez más en la mano asesina!

Al otro lado de la puerta, se abrió un pasadizo corto y tenuemente iluminado, en cuyas paredes había hornacinas con estatuas altas e imponentes de brujas de tiempos pretéritos. Una luz tan pálida como la de la luna brillaba desvaída al final del corredor.

Malus avanzó tambaleándose, reprimiendo las ganas de gritar, mientras el diseño de Nagaira lo corroía por dentro. A punto estuvo de caer en el umbral del otro extremo que daba paso a una enorme cámara semejante a una catedral iluminada por docenas de globos de fuego brujo. Enormes columnas subían hasta un techo tan alto que se perdía de vista, soportando una fila tras otra de galerías que daban al espacio de devoción que había debajo. En el extremo más alejado del espacio se alzaba una estatua del propio Malekith, el frío esposo de las novias del convento.

Ante la estatua, rodeada por un reducido grupo de brujas novicias, estaba Eldire, la más vieja y penetrante de todas las videntes de Hag Graef. Su fría belleza y su mirada intimidadora hacían que la majestuosa estatua que había detrás de ella pareciera pequeña y deforme por comparación. Los ojos de la vidente se entrecerraron al ver acercarse a Malus.

Delante de Eldire había un hombre con las manos en actitud de súplica. Al oír los

pasos de Malus, se volvió, y su cara delgada y juvenil reflejó aprehensión y fatiga.

El rostro de Uthlan Tyr palideció de impresión cuando reconoció la cara torturada que tenía ante sí, y Malus lanzó un gemido terrible cuando el designio de Nagaira fructificó, por fin, en un fruto amargo.

El dolor y la rabia contenidos en el pecho de Malus se expandió por todo su cuerpo como un fuego lacerante. Sintió que sus venas se consumían y sus músculos acechaban como serpientes para llenarse a continuación de vigor y presionar contra el interior de su armadura. Era como si alguna bestia brutal anidara dentro de él y acabara de despertar ávida de sangre. Cuando Malus echó atrás la cabeza y aulló, la voz en nada se parecía a la suya.

—¡Madre! —gritó con avidez.

La cara se le crispó en un éxtasis asesino al posar sus ojos en el objeto del designio de su hermana, y lo único que quería era sostener su corazón todavía vivo entre sus manos. Sonó un trueno que reverberó a través de la piedra y de la tierra, y el suelo se estremeció con la fuerza desatada de un titán.

Se lanzó sobre su madre; las espadas manchadas de sangre destellaban bajo la luz pálida. Uthlan Tyr retrocedió con un grito de terror mientras echaba mano a su espada. Las novicias alzaron sus manos y pronunciaron palabras de poder haciendo que en el pecho de Malus se encendieran negras llamaradas que restallaron como relámpagos. Las descargas abrieron surcos en el peto del noble, y penetraron en su pecho como afiladas espadas, pero la bestia que había dentro de él apenas sentía dolor. Las mujeres gritaban mientras el noble blandía hacha y espada en una danza mortal; la sangre empezó a correr, y los cuerpos caían al suelo mutilados. Con el rabillo del ojo, Malus vio una figura que se lanzaba como un rayo contra él. Con un poderoso juego de muñeca mandó al drachau despedido hacia atrás, llevándose las manos a la cara y gritando como un niño.

La última de las novicias saltó sobre Malus con sus dedos transformados en cuchillos de hierro, que despedían un calor penetrante. El la cortó en dos en pleno salto con su pesada espada y saltó a través de la lluvia de sangre y órganos, lanzándose contra su madre.

Eldire ya estaba fuera del alcance y retrocedía como una sombra delante de la luna. Malus rugió de furia al ver que se desvanecía ante sus ojos, fluyendo como humo por la nave de la devoción y retirándose por una estrecha escalera que había en el extremo más alejado de la habitación.

La torre toda pareció sacudirse cuando Malus se lanzó a perseguir a su madre escaleras arriba como un lobo hambriento. Los truenos retumbaban mientras él corría, ajeno a todo lo que no fuera el rostro pálido de su madre. Presa del designio y de la sed de combate, no atendía a las descargas de fuego mágico y a los destellos verdes y relampagueantes que castigaban y laceraban su cuerpo a medida que las brujas salían

de sus celdas y descargaban su poder sobre el intruso. Podía sentir que su piel se fundía y sus músculos se deshacían, pero la bestia que llevaba dentro no le daba tregua. Mantenía su cuerpo unido mediante una red de hielo negro, y él no hacía más que reír cuando se topaba con figuras pálidas y las derribaba con sus espadas tintas en sangre. Malus corría por las galerías austeras y grises, subiendo cada vez más alto y dejando un rojo reguero de muerte a su paso.

Eldire se le escapaba siempre por un pelo, alejándose como un sueño inalcanzable. Era como si fuera a correr para siempre, avanzando a grandes zancadas por un paisaje negro y saciando su sed de sangre con los cuerpos esbeltos de novicias y brujas. Su armadura empezaba a caerse a pedazos al quemarse los correajes y romperse las juntas por los conjuros salvajes, y una nube de humo brotaba de su propia carne quemada y lo cubría como una mortaja.

Sus pies encontraron otra escalera, más empinada y estrecha que las demás. Subió por una espiral cerrada, envuelto en la oscuridad, persiguiendo la imagen obsesiva de Eldire. De golpe salió de la oscuridad al viento huracanado y el retumbar de los truenos. Entonces, la negrura que lo rodeaba se desvaneció como una cortina y se encontró en la cima de la torre cuadrada del convento. Eldire estaba a menos de cuatro metros de él, posada como un cuervo en un punto y rodeada de brujas que entonaban cánticos.

De repente, Malus se dio cuenta de que estaba rodeado por brujas y de pie sobre un extenso sigilo que cubría gran parte del techo de la torre. Sin dudarlo, se lanzó a por Eldire en el preciso momento en que ella pronunciaba una palabra de temible poder, y se encontró envuelto en cadenas de fuego.

La bestia que Malus llevaba dentro rugió con odio desatado. Él se sacudió y se debatió entre los vínculos encantados, pero la magia de las brujas lo tenía bien cogido. El noble cayó sobre el suelo de piedra con la sensación de que su piel iba a estallar con la furia del espíritu que llevaba dentro.

Una sombra le cayó encima. Eldire se elevó por encima de Malus con los brazos extendidos. Entonó palabras que se materializaron en el aire en torno al noble, y unos dedos helados e invisibles penetraron en su pecho. Malus se dobló en dos, gritando de agonía mientras la hechicera libraba la batalla contra el furioso espíritu. Por un momento, las dos voluntades se enfrentaron sin que ninguna de las dos se impusiera sobre la otra, pero Eldire podía recurrir al poder del convento y lentamente la bestia empezó a ceder. Encogiéndose como una llama sedienta de petróleo, la bestia fue debilitándose cada vez más bajo el poder de Eldire, y Malus empezó a sentir que recuperaba la cordura. Quedó allí tendido, tembloroso y sin sentido, mientras el fuego del espíritu asesino se consumía sin que él pudiera entenderlo.

Entonces, Eldire apuntó con un dedo largo al rostro de Malus y, al pronunciar otra orden, el cuerpo del hombre empezó a arder.

Líneas destacadas de dolor empezaron a recorrerle la piel. Malus permanecía rígido, inmovilizado por la magnitud de su sufrimiento. Tenía fijos los ojos en los zarcillos de fuego sinuoso que brotaban de su piel y se dio cuenta de que tomaban la forma de símbolos.

Eldire estaba eliminando de su cuerpo el diseño de Nagaira con el fuego, y mientras se consumía, los recuerdos enterrados de Malus volvieron a salir a la superficie. Las ilusiones se desvanecieron. Ya no era un noble de Naggor ni de Hag Graef. No era un general ni un héroe ni un conductor de hombres. Era un proscrito, olvidado de sus juramentos y de su honor. Era una flecha que yacía rota sobre una dura piedra, y lloró lágrimas de rabia bajo el viento aullador.

Malus alzó la vista hacia su madre.

—¿Tú... sabías que iba a venir...?

Eldire fijó sobre su hijo una mirada fría y tenebrosa. El esbozo de una sonrisa pasó por sus labios perfectos.

—Estaba escrito —dijo.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué tú y no el drachau?

—Porque las ciudades y las coronas ya no significan nada para alguien como ella —replicó Eldire—. No le importaban lo más mínimo los planes de Isilvar, ni los de Fuerlan, ni los tuyos —explicó la vidente—. Nagaira volvió al Hag por el más puro de todos los motivos: la venganza.

Entonces Malus observó el resplandor rojo en el cielo. El viento venía caliente y traía olor a humo. El trueno retumbó y sintió que la gran torre se estremecía debajo de él. Lenta y dolorosamente se puso de pie. El sigilo estaba oscuro, en realidad; sus líneas de mercurio se habían ennegrecido en el monumental enfrentamiento de voluntades. El círculo de brujas miraba a Malus con odio irreductible, pero ni una sola se movió para detenerlo cuando se acercó al borde de la torre.

Hag Graef estaba ardiendo.

Desde donde se encontraba, Malus pudo ver que los edificios caían y las columnas de fuego se elevaban hacia el cielo de la noche. La ardiente destrucción se difundía atravesando calles y distritos. Salía vapor de terribles grietas abiertas en la tierra, en cuyo fondo se veía el resplandor de la piedra fundida.

Volvió a resonar el trueno, y esa vez Malus vio un rayo de color blanco amarillento que se introdujo como una cinta de fuego a través de la superficie de la tierra y como un gusano pernicioso corrió hacia el barrio de los Herreros. Donde tocaba la cinta, el hierro se fundía y las casas se prendían fuego. Por debajo del trayecto siseante del gusano saltaban chispas y, al cabo de un momento, Malus se dio cuenta de que quemaban los cuerpos de la gente.

—¡Madre de la Noche! —dijo Malus, atónito—. ¿Qué es lo que ha hecho?

—Ha convocado a los Durmientes —dijo Eldire—. Nagaira ha encontrado un

conjuro para perturbar su sueño y ahora desatan su rabia sobre la ciudad.

—¿Los Durmientes? —replicó Malus.

De repente recordó el silencioso salto de los acólitos de Nagaira al fondo de las tinieblas.

—Las madrigueras —dijo Malus, dándose cuenta de repente de cómo se habían hecho los túneles debajo de la ciudad—. ¿Destruirán la ciudad?

Eldire asintió.

—No quedará piedra sobre piedra, por eso debes buscar a Nagaira y detenerla.

—¿Detenerla? —gritó una de las hechiceras.

Ante el estallido de la bruja, las hermanas del convento dieron un paso adelante con expresión de rabia.

—Si alguien debe detener a esa criatura somos nosotras, Eldire —continuó la bruja—, y después tendrás que enfrentarte a un ajuste de cuentas por tu participación.

Eldire se volvió hacia las brujas y por su rostro de alabastro cruzó una expresión de oscura rabia.

—Tranquilas, brujas indignas — dijo, y en el aire pudo mascarse su poder.

El círculo de hechiceras fue empujado hacia atrás por un viento invisible, por una energía tan intensa que sus cuerpos estallaron en llamaradas a su contacto. Sus gritos se perdieron en el viento ululante y lo único que quedó de ellas fueron huesos ennegrecidos cuando fueron arrojadas al vacío desde lo alto de la torre.

Malus observó la demostración de poder con los ojos desorbitados de admiración. Cuando Eldire se volvió hacia él tenía la cara tensa por el esfuerzo, pero su voz era tan tranquila como siempre.

—Nagaira trató de matarme porque creía que yo era la única con poder suficiente dentro de la ciudad para detenerla. Usó su poder para hacer de ti su arma, alimentando el designio con las propias energías del demonio, pero borrando de tu mente los recuerdos de la posesión de Tz'arkan para que no sospecharas nada..., hasta que ya fuera demasiado tarde.

La cara del noble se crispó al pensar en el demonio. Todavía podía sentir a Tz'arkan dentro de sí, débil, pero presente. Entonces, la importancia de las palabras de Eldire lo golpeó como un ataque físico.

—¡Tz'arkan! —exclamó—. ¿Tú lo sabías?

—Por supuesto — dijo con aspereza—. Fueron mis maquinaciones las que te hicieron ir al norte.

Por un momento, Malus se quedó sin habla. El fuego se extendía y la ciudad moría a sus espaldas, pero lo único que podía hacer él era repasar mentalmente una y otra vez las palabras de su madre.

—Entonces, ¿Nagaira estuvo haciendo tu voluntad todo este tiempo? —preguntó.

—Estoy segura de que al principio no se dio cuenta, pero así fue —replicó Eldire.

De repente alargó la mano y tocó a Malus en la mejilla. Ese leve contacto hizo que la piel le ardiera, pero no pestañeó. La mano estaba tan fría como el mármol.

—Ella fue un peón más en un juego que llevo muchos años jugando —dijo Eldire, orgullosa—. Tú eres la culminación de toda mi labor, hijo. Desde convertirme en concubina del Rey Brujo, pasando por volverme al Hag con Lurhan y envenenar a su esposa y a sus hijos pequeños hasta llegar a ser la patrocinadora secreta de Nagaira, todo esto lo hice, y más aún, para convertirte en lo que eres esta noche.

Malus trató de imaginar la maraña de manipulaciones descrita por Eldire y la magnitud de los hechos lo dejó sin respiración.

—Pero ¿por qué? —preguntó. Entonces recordó las acusaciones de Urial aquella fatídica noche a bordo del *Saqueador*—. ¿Tiene algo que ver con aquella maldita profecía? ¿Con mi destino?

—Tú labras tu propio destino, hijo, lo cual puede ser muy beneficioso para ti —le soltó Eldire—. Todo en este mundo está definido por acción y reacción. Por causas y efectos. Si apuñalas a un hombre, él muere, ¿no es cierto? Cuando un hombre reacciona a las fuerzas del mundo que lo rodea se convierte en un eslabón en una cadena de acontecimientos que se remontan al principio de los tiempos. Cuando es acuchillado, muere. Es su destino. ¿Lo ves?

Malus frunció el ceño.

—Cuándo las acciones de un hombre están determinadas por los acontecimientos que lo rodean, está actuando según el destino.

—Exacto —dijo Eldire—. La adivinación no tiene nada que ver con las brujerías, Malus, aunque es un talento que pocos poseen. Los videntes leen intuitivamente en el entramado de causas y efectos, y ven cómo se desarrollarán los acontecimientos futuros. Una profecía es un posible resultado, es decir, una consecuencia de una secuencia de acontecimientos que podrían ocurrir dentro de un año, o de diez, o de mil años. Pueden producirse por iniciativa propia, u obedecer a un designio si hay alguien con la previsión necesaria para orquestarlo.

Al noble le daba vueltas la cabeza mientras trataba de entender las implicaciones.

—¿Y tú pusiste deliberadamente en marcha esta profecía? ¿Me impusiste este destino?

—Sí.

Malus se tambaleó, y el horror se reflejó en su cara.

—¿Me hiciste presa de Tz'arkan para cumplir el plan de alguna diosa renegada?

—Eres mi hijo, Malus —dijo Eldire, fríamente—. Puedo hacer contigo lo que quiera.

El noble luchó con un nuevo atisbo de rabia.

—Entonces, si sabes tanto, si cada uno de mis pasos ha sido planeado por ti incluso antes de que naciera, dime: ¿puedes ver mi futuro?

Eldire miró la ciudad en llamas.

—¿Quieres decir tu destino? Sí.

—¿Y adonde me conduce?

—A tu destrucción. Al fuego, la desgracia y la esclavitud.

—¡Madre de la Noche! — dijo Malus sin aliento, luchando desesperadamente contra la desaparición que amenazaba con invadirlo—. Pues no. Te equivocas, madre. ¡No voy a permitirlo!

El noble observó con sorpresa que una sonrisa enigmática aparecía en el rostro de la vidente.

—¿De modo que rechazas tu destino?

—¡Por supuesto! —dijo Malus con un hondo gruñido.

—Bueno —dijo Eldire, asintiendo con aire pensativo—. Eso es fácil decirlo, pero no tanto hacerlo. Llevas demasiado tiempo dejándote llevar por las acciones de los demás. Has vivido constantemente creyéndote demasiado rápido o demasiado listo como para ser víctima de las consecuencias de tus acciones —dijo, y otra vez sonrió—, pero siempre estuviste a merced del destino, y mira adonde te ha llevado. —Se volvió y miró hacia la ciudad incendiada—. Ella ha aprendido la lección, hijo. Y eso la ha hecho realmente peligrosa.

Malus sopesó las palabras de Eldire.

—Y si yo rechazo mi destino y elijo mi propio camino..., entonces ¿qué?

Eldire lo miró, con los ojos encendidos.

—A ti te toca decidirlo — dijo—. Con el tiempo verás que lo que te ha sucedido hasta este momento ha sido un regalo. Se te ha otorgado el potencial para tener un gran poder, y con la muerte de Lurhan has perdido todo lo que alguna vez valoraste o deseaste. —Le cogió la mano y la alzó hasta su cara. Malus vio las venas gruesas, negras, abultadas, y la piel oscura, corrompida—. El destino ya no puede tocarte a menos que lo permitas. Elige tu camino en lugar de que lo elijan por ti —dijo—. Tienes al alcance de la mano glorias inimaginables.

Malus estudió a su madre un instante, tratando en vano de adivinar qué se escondía tras sus ojos negros. Lentamente, apretó el puño.

—Muy bien —dijo por fin—. Primero, el demonio.

Eldire asintió.

—Primero el demonio. Nagaira tiene las tres reliquias y las está usando como instrumentos clave de su conjuro.

El noble enarcó una ceja.

—¿Pueden usarse para hacer conjuros?

—No, exactamente. Sus capacidades pueden usarse como instrumentos para hacer posible ciertos conjuros — explicó Eldire—. Las reliquias eran algo más que meras posesiones atesoradas por los cinco hechiceros que apresaron a Tz'arkan, eran parte

integral del proceso que lo ataba al reino físico. Es por eso por lo que debe encontrarlas si quiere deshacer esa vinculación que le han impuesto.

Rebuscó en la manga de su túnica y sacó un fino anillo de plata.

—Toma —le dijo, poniéndole el anillo en el dedo—. Después de esta noche no podrás volver a Hag Graef. Con este anillo podremos comunicarnos cuando brille la luna. Ahora debes irte —concluyó, empujándolo suavemente—. Una vez que te hayas ocupado de Nagaira y que hayas recuperado las reliquias, debes buscar la Espada de Disformidad de Khaine en la ciudad de Har Ganeth. Ándate con cuidado en la Ciudad de los Verdugos. Tu hermano Urial te aguarda allí y piensa hacer suya la espada.

—Junto con mi encantadora novia — dijo Malus con amargura—. Espero con ansiedad la reunión.

Se acercó al borde de la torre sujetando muy bien sus armas. Había nueve metros de altura hasta el patio oscuro.

—Supongo que a estas alturas el drachau habrá llamado a la guardia y seguramente estarán buscando en el convento.

—Sí —dijo Eldire—. Estarán aquí dentro de poco.

Malus miró a Eldire y sonrió con tristeza.

—Dales mis recuerdos —dijo, y saltó hacia la noche teñida de rojo.

Su capa se agitó en el aire como las alas de un dragón mientras se hundía en la oscuridad.

La magia de Eldire envolvió a Malus en su caída, frenando su descenso hasta que el aterrizaje fue casi como abandonar una escalera. Tocó el suelo y sin perder un segundo echó a correr hacia la torre de Nagaira.

Ya en el suelo, los estragos de los gusanos eran mucho más evidentes. De los adoquines del pavimento subían oleadas de calor y el suelo temblaba de repente. Un vapor ponzoñoso salía de las grietas del suelo y obligaba a Malus a cubrirse la cara con la capa y a corregir el rumbo a cada tanto. El aire traía un sonido ululante que incluso se imponía al rugido de la tierra torturada: se estaba preparando un ciclón. Por el cielo se iba extendiendo un rojo profundo, sangriento, de uno a otro horizonte, a medida que se incendiaban los edificios. Por lo que Malus podía ver, el daño todavía se limitaba a unas cuantas porciones de la ciudad, pero a menos que se hiciera algo y pronto Hag Graef sería destruida.

En un momento, a poca distancia de la torre de la bruja, todo el patio se levantó delante de él y una ráfaga de calor como el de un horno lo echó atrás como si hubiera dado contra un muro de piedra. Mientras observaba, horrorizado, una ampolla incandescente de carne, más grande que un nauglir, se elevó y se hundió delante de él como una serpiente marina en un océano de piedra. Se hundió casi con tanta rapidez como había surgido, desapareciendo en medio de una nube de vapor nocivo. No vio

ni la cabeza ni la cola y dio gracias a la Madre Oscura por esas pequeñas bendiciones.

Tenía la sensación de haber estado la mitad de la noche corriendo por el patio en ruinas de la fortaleza, hasta que por fin llegó a la torre estragada de su hermana. Con toda la destrucción que había a su alrededor, quedó sorprendido de que la estructura semifundida se mantuviera todavía en pie, pero entonces cayó en la cuenta de que si Nagaira estaba dentro seguramente habría tomado precauciones para asegurar su propia supervivencia. Tal como decía el viejo proverbio, los muertos no saboreaban nada. La venganza era un placer que sólo podía gustar a los vivos.

Llegó a la puerta abierta y se detuvo al sentir el cosquilleo de la magia sobre la piel. Tz'arkan estaba casi dormido en su pecho, ya que había sido despojado de gran parte de su vitalidad, primero por el designio de Nagaira y después por el conjuro de Eldire, de modo que sabía que no podía contar con su fuerza. Su armadura estaba hecha una pena y colgaba sobre su maltrecho kheitan. Después de pensar unos instantes, se despojó de lo que quedaba de ella, ya que más que protegerlo de los conjuros de Nagaira lo que hacía era entorpecer sus movimientos. Estaba empezando a sentir el dolor de sus heridas y la fatiga lo iba invadiendo como una ola lenta y negra. Si no actuaba pronto, no podría hacerlo.

En realidad, no tenía la menor idea de cómo iba a detenerla. El recuerdo de su hermana matando a uno de los hombres de Fuerlan con una sola palabra revivió patente en su cabeza. ¿Cómo iba a enfrentarse a semejante poder?

La tierra tembló y se quejó, y un silbido de piedra fundida se expandió por el aire al quebrar nuevamente la superficie uno de los gusanos. Malus escuchó el terrible sonido y un plan empezó a tomar forma en su cabeza. Sujetando con fuerza la empuñadura de sus armas, entró en la ruinosa torre.

La cámara de entrada estaba desierta como él había supuesto. Malus se dirigió a la escalera y descendió hacia la oscuridad.

No había bajado más que unos cuantos escalones cuando oyó los cánticos, seis voces entonando un coro frenético, entrelazando palabras de poder en un conjuro continuado. A medida que Malus iba descendiendo por la escalera de caracol, la oscuridad empezó a teñirse de una leve luminiscencia azulada. Al cabo de unas cuantas vueltas, salió al espacio abierto muy por encima del suelo de la caverna y vio el poder mágico de Nagaira en toda su terrible gloria.

Se encontraba en el centro de un sigilo enorme tallado en el suelo de la caverna. La plata burbujeaba y hervía a lo largo de las marcas arcanas, y su poder mágico despedía un resplandor azulado. Nagaira tenía en la mano la *Daga de Torxus*, y a sus pies estaban el *Octágono de Praan* y el *Ídolo de Kolkuth*. A Malus no se le ocurría qué papel podían desempeñar en sus maquinaciones, pero tampoco le importaba.

Por fuera del círculo mágico, había otro más amplio atendido por seis acólitos supervivientes de Nagaira. Fueron sus cánticos los que oyó cuando dieron la espalda

a su hermana y alzaron sus manos, amenazadores, contra las sombras de la caverna.

El noble hizo un gesto afirmativo con la cabeza al ver confirmadas sus sospechas: ellos eran su protección. Ella despertaba a los gusanos, y sus acólitos evitaban que se lanzaran sobre ella. Malus apretó los dientes y bajó los escalones que quedaban de dos en dos. Cuando tocó el suelo de la caverna iba a toda carrera y cargó sobre el acólito más próximo. El druchii estaba casi perdido en un trance, concentrado en mantener su parte de la compleja salmodia. En el último momento abrió mucho los ojos al darse cuenta del peligro, y su cántico se transformó en un grito momentáneo antes de que Malus le partiera el cráneo con el hacha.

Los cánticos cesaron y a Malus le pareció sentir que la protección se desmoronaba, deslizándose por su piel en pequeñas chispas de poder. Antes de que el primer hombre llegara al suelo ya estaba atacando al segundo, mientras aullaba como un condenado. El druchii gritó y sacó un cuchillo de hoja ancha. Malus se rió del hombre indefenso mientras le cortaba la mano en que sujetaba el cuchillo con un golpe de su hacha y, a continuación, le clavaba la espada en el pecho. Cayó al suelo gorgoteando en tanto se le formaba en los labios una espuma rosada, pues le había perforado un pulmón.

Entonces, el mundo se convirtió en un estallido de dolor cuando un rayo de luz verde golpeó a Malus en la espalda. Se tambaleó, y al volverse a medias, vio a un acólito en el otro lado del círculo que echaba la mano hacia atrás y entonaba un cántico furioso, preparando otro rayo. Con un rugido, el noble le lanzó el hacha, y la feroz expresión del acólito se convirtió en conmoción cuando el arma fue a clavarse en su abdomen.

Malus vaciló cuando unas manos invisibles lo sujetaron a la altura del pecho y de las piernas. Se debatió por instinto, como si pudiera desasirse de los vínculos embrujados, pero lo único que consiguió fue caer al suelo. Entonces, un latigazo de fuego verde y brillante lo alcanzó en la cadera y la pierna izquierda, lo que arrancó un grito de agonía a su torturada garganta. Desde el otro extremo del círculo, los acólitos supervivientes se acercaban a él con las manos ardientes de malévolos fuerza.

A través de una nube de dolor, Malus vio que Nagaira se había dado cuenta de lo que estaban haciendo sus acólitos. Se volvió a ver sobre quién estaban canalizando sus energías. Rodeada por una corona de poder, el tono de su cántico cambió de la ira a la sorpresa al ver a Malus en el suelo, dentro de su círculo de protección.

—¡Hola, hermana! —dijo con voz ahogada mientras el ruido de los truenos aumentaba dentro de la cámara—. Hay alguien a quien me gustaría que conocieras.

La rabia hizo que la voz de Nagaira adquiriera un tono más grueso, y en ese momento, la pared que había cinco metros más allá de ella se disolvió en una oleada de calor y vapor cáustico al entrar en la cámara uno de los grandes gusanos. Los tres acólitos que quedaban lanzaron gritos de agonía al ser presas de las llamas, y la

propia Nagaira retrocedió vacilante, alzando su mano libre como para parar la oleada de aire abrasador que recorrió la caverna.

Al morir los acólitos, las líneas de fuerza que sujetaban a Malus desaparecieron. Le ardió la garganta por efecto del vapor ponzoñoso, pero con un supremo esfuerzo se puso en movimiento. De un salto se levantó y se lanzó sobre Nagaira con sus últimas fuerzas. Le cayó encima, y ambos se desplomaron en el suelo, en el centro del círculo mágico. Ella se debatía como una serpiente bajo el peso de su cuerpo, revolviéndose y pronunciando palabras de poder. Llevado por la desesperación, Malus apretó la garganta de su hermana, haciendo morir el encantamiento en su garganta, y a continuación le arrebató el cuchillo que llevaba en la mano y se lo clavó en el pecho.

El cuerpo de Nagaira se sacudió y la bruja lanzó un grito de agonía antes de apoyar ambas manos sobre el pecho de Malus y lanzarlo por los aires con una descarga atronadora de poder.

Malus aterrizó en un montón humeante a varios metros de ella. Las quemaduras y las costillas magulladas hacían que le doliera todo el cuerpo. Todavía tenía la *Daga de Torxus* en la mano, cuyos dedos estaban manchados de icor negruzco en vez de sangre. El noble miró hacia el centro del círculo mágico y vio, horrorizado, que Nagaira se estaba poniendo de pie lentamente. Un líquido negro rezumaba del orificio triangular abierto en su kheitan.

La bruja aulló de rabia y dolor mientras extendía la mano y le lanzaba un espectral dardo negro a la cabeza. Antes de que hubiera recorrido la mitad de la distancia hacia su blanco, el conjuro falló y se disolvió en el aire. Nagaira cayó sobre una rodilla, y bajo la mirada de Malus, las sombras que envolvían sus facciones desaparecieron. Se encontró mirando al fondo de unos ojos que eran orbes de negrura absoluta. Su cara, angulosa y feroz como la de su padre, tenía ahora un color gris pálido. Una red de gruesas venas rojas palpitantes surcaba sus mejillas y su garganta. Un terror espantoso atenazó el corazón de Malus. Su hermana ya no era una simple druchii. ¡Se había convertido en huésped de un demonio!

Nagaira trató de reír. Un delgado hilo de icor le corría por la barbilla.

—La daga no puede apoderarse de lo que ya no está allí —dijo con una risa exenta de alegría—. Tengo que darte las gracias, querido hermano. De no haberme obligado a buscar refugio en las tormentas del Caos jamás habría visto a los Dioses Oscuros en toda su terrible gloria. Y me consideraron digna, Malus. —Un eco terrible reverberaba en su voz dando una idea del poder sobrenatural que circulaba por sus venas—. Me han bendecido con un poder que no puedes ni imaginar y me han dado este mundo para que lo quemé en su nombre.

Malus miró a su hermanastra, conteniendo un estremecimiento de terror.

—No me asustas, bruja —dijo, tratando de sonar despreciativo a pesar del miedo

—. Incluso con todo tu poder, tu plan ha fracasado. Eldire sigue viva, y la ciudad será reconstruida. No soy un warlock, pero incluso yo sé que los Poderes Malignos no toleran el fracaso.

La risa de Nagaira sorprendió a Malus.

—Tonto insignificante —dijo con los ojos llenos de odio—. Todo obedece al plan, Malus. El único fracaso es el tuyo. —La bruja poseída por el demonio se irguió, mirándolo con altiva expresión de rabia—. Has conseguido un pequeño indulto, hermano. Puedes esconderte entre los escombros o huir a los remotos confines de la tierra, pero cuando llegue el momento te encontraré. Tz'arkan se inclinará ante mí y el mundo se acabará. —Nagaira sonrió y dejó al descubierto unos dientes manchados de sangre negra y coagulada—. Así se ha previsto.

Colocó una mano manchada de icor sobre su herida y pronunció una sola y terrible palabra. Unas sombras salidas del aire mismo la envolvieron. Cuando se desvanecieron, ella ya no estaba.

No era más que otra de las figuras magulladas, cubiertas de sangre, que se abrían paso penosamente entre el caos de las calles cubiertas de escombros de Hag Graef. Soldados y ciudadanos pasaban corriendo a su lado, tratando de apagar los muchos incendios de los que estaba llena la ciudad. Nadie reparó en él cuando atravesó con paso tambaleante la puerta norte de la ciudad y desapareció en la oscuridad. Llevaba las reliquias de Tz'arkan, que pesaban como grandes bloques de hielo, en una bolsa que colgaba de su cinturón.

Dos horas más tarde, Malus llegó al campamento naggorita. Había grandes montones de cadáveres y las carretas seguían ardiendo allí donde las habían volcado prendiéndoles fuego. En cierto modo, la devastación reinante entre las tiendas chamuscadas le produjo más impresión que todos los edificios derruidos de Hag Graef. La ciudad sería reconstruida muy pronto, pero el orgulloso ejército a cuyo frente había marchado Malus desde el Arca Negra, nunca volvería a cabalgar.

Malus encontró a *Rencor* un poco al oeste del campamento, no muy lejos de donde había estado su tienda. El nauglir se estaba dando un festín de carne muerta, y en su gruesa piel había media docena de heridas menores, pero se puso de pie de inmediato y acudió al trote en cuanto el noble lo llamó.

Se encaminaron a los bosques, deshaciendo el camino que había recorrido Nagaira esa misma noche. El claro con el afloramiento rocoso parecía un lugar tan bueno como cualquier otro para descansar unas horas.

Después de buscar durante media hora, consiguió encontrar madera seca suficiente para una hoguera. Cuando volvió al campamento, *Rencor* había encontrado más carroña que comer. El cuerpo de Fuerlan había desaparecido de cintura para abajo, y el nauglir había escupido las placas de su armadura, que se agitaban ya en un montón. Mientras la bestia comía, el noble encendió el fuego y se sentó en el suelo

húmedo con la vista fija en las llamas.

No oyó la llegada de la chica autarii, que se sentó al otro lado del fuego. Estaba solo, y de repente, cuando seguía con la mirada una danzarina lengua de fuego, se encontró ante un par de ojos color violeta.

Se miraron un instante y hubo entre ellos una mirada de reconocimiento mutuo.

La chica autarii se inclinó un poco hacia adelante, con las manos sobre las rodillas.

—Soy Ahashra Rhiel, del clan del dragón de la colina —dijo con tono grave—. Mi hermano era Nimheira.

—Te conozco bien, Ahashra. —Malus suspiró y con cansancio agregó —: ¿Quieres compartir carne y sal conmigo?

—Sabéis que no —replicó con su voz inexpresiva—. Entre nosotros hay una deuda de sangre. El espectro de mi hermano pide venganza.

—Sí, claro —dijo Malus—. Es una pena; hubiera disfrutado mucho con tu compañía en otras circunstancias.

Ahashra lo observó con mirada fría y felina.

—No, de ahora en adelante marcharás solo, Malus de Hag Graef. Ahora veo cuánto has perdido. Has perdido tu nombre y tu honor. Tus sueños yacen en el polvo. En esta vida sólo te esperan soledad, miedo y dolor.

Malus frunció el entrecejo.

—O sea que después de todo no vas a matarme.

El espectro lo estudió en silencio algunos instantes.

—No —dijo, por fin—. No mereces ese acto piadoso.

Dicho esto se puso de pie y volvió a desaparecer en las sombras ante los ojos de Malus.

El noble se quedó largo rato mirando fijamente la pequeña hoguera, absorto en sus pensamientos. Por mucho que lo intentó, le resultó difícil encontrar alguna manera de rebatir la lógica de la autarii.

—¡Madre Bendita!, necesito un trago — dijo con voz ronca, poniéndose de pie trabajosamente.

Rencor había dejado de comer y lo miró con indiferencia cuando empezó a rebuscar en las alforjas, hasta que encontró la frasca medio vacía. Cuando volvía hacia la hoguera tropezó con algo blando que salió rodando por el suelo. La cabeza de Fuerlan se detuvo dentro del círculo iluminado por las llamas. Todavía conservaba la expresión de terror.

Malus se sentó junto a la cabeza de su primo. El pelo negro empezaba a chamuscarse con el calor del fuego, y atrajo hacia sí el macabro trofeo. Ahashra tenía razón. La muerte era el fin de todo sufrimiento, pero también el fin de la ambición. Recogió la cabeza y miró los ojos sin vida de Fuerlan.

—Ambos lo hemos perdido todo —dijo—, pero a diferencia de ti, yo puedo recuperarlo.

Primero había que pensar en Har Ganeth y la Espada de Disformidad de Khaine. En cuanto se corriera la voz del desastre de Hag Graef, era posible que Urial lo creyera muerto. Sonrió. Era una ventaja que tenía que aprovechar.

Malus puso la cabeza de Fuerlan en el suelo y sacó su espada. De un solo golpe bien calculado, le levantó la tapa de los sesos. Dejó la espada a un lado, con la mano a modo de cuchara vació el cráneo de lo poco que había dentro y lo arrojó al fuego. A continuación, se puso en cuclillas, sacó el tapón de la frasca con los dientes y se sirvió una dosis abundante en el receptáculo de los sesos de Fuerlan.

—¡Por el destino! —dijo, y alzando el cráneo en un brindis a la oscuridad, lo vació de un trago.